

Nuestro Tiempo

REVISTA MENSUAL

CIENCIAS Y ARTES — POLÍTICA Y HACIENDA

Año I

Madrid, Junio de 1901

N.º 6

El presente número

Salvador Canals hace en la Crónica del mes pasado una concreta exposición de la situación actual de los partidos en Cataluña, y singularmente el catalanismo, á propósito de la elección de cuatro regionalistas en Barcelona.

El Exministro de Hacienda *D. Raimundo F. Villaverde* estudia las soluciones dadas para el problema de los cambios en España por *M. Edmond Thery*, exponiendo ideas propias de gran interés, justificando actos suyos al frente de la administración de Hacienda, y señalando orientaciones para el porvenir.

Gabriel Maura Gamazo estudia la situación presente de la política alemana; la significación de Alemania en las relaciones internacionales; los dos grandes problemas de política interior que á aquel Gobierno preocupan; el estado de aquellos partidos, etc. El Sr. Maura y Gamazo, que acaba de ver consagrados los prestigios de su mocedad laboriosa é inteligentísima con una alta recompensa de la Academia de Jurisprudencia, ha residido algunos años en Alemania y sabe á fondo el carácter y la situación de aquella política.

Inocencio Redondo estudia técnicamente la Cate-

dral de León, que, piedra á piedra, conoce. Era Catedrático de dibujo en el Instituto leonés cuando el arquitecto Madrazo se encargó de las obras de restauración. Pronto se hicieron íntimos amigos, confiando el arquitecto sus planes, y ayudándole Redondo en el dibujo de toda la ornamentación de la Catedral y en la investigación de reliquias artísticas que permitieran establecer los orígenes del gran monumento. Cuando Madrazo fué rudamente perseguido y sostuvo memorables polémicas con el Cabildo, Redondo fué de los pocos que salieron á la defensa del maestro, imponiendo silencio á sus detractores. Todo esto, aparte la competencia general del Sr. Redondo, actual Vicedirector del Instituto de Oviedo, nos movió á solicitar su colaboración para presentar á los lectores de NUESTRO TIEMPO un completo estudio de la espléndida Catedral de León, devuelta al culto el 28 del pasado Mayo.

Rectitudes, distinguido escritor, ofrece al lector un estudio minucioso de nuestro proletariado militar.

La oficialidad del Ejército español está tan mal retribuida, que acaso ese sea uno de los problemas fundamentales para la reorganización de nuestro Ejército. *Rectitudes* compara lo que aquí tenemos con lo que hay en Francia y en Alemania, y pone soluciones compatibles con el estado presente del país.

Prudencio Rovira titula *La verdad de una mentira* el estudio que hace sobre los elementos sociales, no políticos, que constituyen las nuevas Cortes. Siguiendo el procedimiento de Desmolin en su libro famoso, señala la proporción en que cada profesión contribuye á la formación de nuestro Congreso, y una gráfica presentación de todas ellas le ayuda á demostrar cómo los elementos fundamentales de la riqueza nacional y de la nación misma aparecen dominados, aplastados, por gente acaso menos indispensable á la vida y al progreso de la sociedad.

Estos son los artículos que, con las secciones habituales, constituyen el presente número de NUESTRO TIEMPO, que con él completa su primer tomo semestral.

EL EDITOR



El mes pasado

Madrid, 6 de Junio de 1901.

ELECCIONES SIN ELECTORES

Pasaron las elecciones, y en ejercicio estarán dentro de pocos días las Cortes en ellas formadas. Cómo son esas Cortes, qué elementos las componen, cosa es que en este mismo número de NUESTRO TIEMPO estudia uno de mis compañeros. Cuál sea la obra del nuevo Parlamento, qué lo que de él puede prometerse España, tema es que recata el porvenir, aunque con velos transparentes y en jirónes. No usurpemos á la crónica de mañana sus asuntos, que de sobra los tiene la de hoy en hechos y enseñanzas de la jornada electoral.

Nada hay en ella, vista en conjunto, que revele un progreso de nuestras costumbres políticas ni de nuestra educación cívica. A los procedimientos consuetudinarios de los Gobiernos ha respondido la habitual indiferencia de los electores. Se puede asegurar que ni el cinco por ciento de éstos ha acudido á la consulta de la Corona. La Unión Nacional, que parecía llamada al remedio de esa indiferencia criminal, pues el movimiento iniciado en Zaragoza no podía tener eficacia sino en el caso de que sirviera para traer á la vida pública esas clases productoras y mercantiles que jamás participaron de ella, ha sufrido grande é indiscutible fracaso. No ya en toda la nación, ni siquiera allí donde presentaron candidatos, han dado los elementos de que se supone representante la Unión Nacional señal alguna de entusiasmo, ni aun de vida. Si todos los que durante los dos últimos años han firmado mensajes ó figurado en actos de la Unión Nacional hubiesen votado y hecho votar á cuantos bajo su influjo tienen, no cuatro, sino cuarenta, y no por componendas, sino por imposición de la masa de electores, serían los representantes de ese movimiento en las Cortes. Con menos de programa verbalista y más de voluntad resuelta, y con candidatos que más sincera y lealmente representaran los intereses de que se dice verbo la Unión Nacional, acaso le debiéramos, con el despertar de los electores, un primer paso en el camino de la regeneración de nuestra política. Abogadillos ambiciosos, exfuncionarios enriquecidos en la administración colonial, enredadores desechados en varios partidos, comerciantes de reputación, si no averiada,

poco prestigiosa, ¿cómo habían de mover á los electores con aquellos bríos que eran menester para dar la batalla á las corruptelas de los Gobiernos y de los caciques? Pocos son los agricultores, los industriales y los comerciantes que á las Cortes vienen, como se verá en el artículo de Prudencio Rovira. Pues esos pocos vienen como conservadores, como liberales, como republicanos, como regionalistas, no como afiliados á la Unión Nacional. De los cuatro diputados de ésta, uno es abogado y otro escribano de actuaciones!

Provincia por provincia, y salvo muy contadas excepciones, no es lícito hablar de lo que ha salido de las urnas, sino de lo que han puesto en las actas supuestas de supuestos escrutinios los representantes del caciquismo local, cuando el Gobierno lo ha respetado ó ha transigido con él, ó los agentes del propio Gobierno, cuando frente á un caciquismo que le enojaba ha querido echar las bases de un nuevo toparcado. Mientras en Huesca y en Asturias, por ejemplo, se ha robustecido la influencia del cacique, y en Castellón se ha respetado y en León y en Logroño se ha consagrado, en Galicia se ha procurado un *modus vivendi* entre los diversos toparcas que se reparten aquellas provincias; en las de Castilla se ha acudido á todos los medios para desarraigar las influencias antiguas en beneficio de otras nuevas, ya que no en provecho exclusivo de aquella anarquía que se apoderará de la política provincial de España en cuanto de ella desaparezca el cacique, si previamente no se ha creado ciudadanos y sano ambiente de verdadera «vida pública».

Con un caciquismo se acaba fácilmente. El mejor de cuantos pareceres han respondido al Sr. Costa para su información del Ateneo sobre «Oligarquía y caciquismo», es este que da la realidad de las elecciones. Un gobernador con rienda suelta acaba con la influencia de un hombre en una provincia, por legítima que aquélla sea, sin dejarle siquiera un palmo de tierra en que cosechar la flor de la gratitud para las mercedes que pródigamente derramara. Unos cuantos sueltos de periódicos, dando aires á las amenazas de los libertarios de Barcelona, han bastado para arrollar el caciquismo tradicional de conservadores y fusionistas en equitativo y apacible turno de poder. Pero ¿habrá alguien tan ciego que de buena fe y á conciencia diga que de hoy en adelante será la vida pública en Valladolid y en Barcelona libre y sano ejercicio de la ciudadanía por ciudadanos resueltos y conscientes?

EL CASO DE BARCELONA

El caso de Barcelona tiene importancia trascendental. Creo que es un punto culminante en la larga serie de torpezas por la

política madrileña cometidas en Cataluña. Los Sres. Comas y Masferrer, cacique liberal, y Planas y Casals, cacique conservador, habían convenido con el gobernador el reparto de las siete actas de la capital: tres para los ministeriales, dos para los conservadores, una para el Sr. Sol y Ortega, que, aunque republicano, se lleva bien con aquellos señores, y otra para el de oposición que más apretara. Esto era lo acordado, lo «encasillado», y á que eso saliera se encaminaron las cosas. Pocos días antes de las elecciones se suspendió las garantías constitucionales por una futesa: aquello bastaría para el retraimiento, ó, por lo menos, para el decaimiento de regionalistas y republicanos. Entre éstos hubo disensiones; pero aquéllos perseveraron en la campaña, y dos ó tres días antes de las elecciones se volvió á la normalidad. El empuje de esas dos oposiciones fué tal, que toda la prensa de Madrid y Barcelona decía el 19 por la noche y el 20 por la mañana que regionalistas y republicanos habían vencido. El mismo día 20 por la noche el Gobierno proclamó *sus datos* sobre la elección: habían vencido los tres adictos, los dos conservadores, el Sr. Sol y Ortega y el doctor Robert, regionalista. La prensa puso el grito en el cielo. Aquello era una provocación y una injuria. El gobernador de Barcelona dirigió al Gobierno, y éste publicó, un telegrama diciendo que las elecciones habían sido un modelo de legalidad, que nunca se había publicado tan pronto el resultado de ellas, etc., etc. Se amenazó con el conflicto en la calle... y el día 23, en el escrutinio general, cuando se había dicho que los datos oficiales del 21 eran completos, aparecen con mayoría, y proclamados, por tanto, los cuatro regionalistas, dos republicanos radicales y un ministerial... Y el gobernador de Barcelona, sin embargo, sigue en su puesto. Ni ha dimitido ni se le ha relevado. O eran falsos los datos suyos ó lo son los del escrutinio general. Si lo primero, ¿qué autoridad tendrá en Cataluña un Gobierno que deja en su sitio, una hora después de probada su falsía, al gobernador que la comete? Si lo segundo, ¿qué prestigio el de un Gobierno que, ante la amenaza del motín por los que aparecían derrotados, falsifica la elección y les da la victoria?

Para apreciar mejor la gravedad de esto, conviene conocer la situación política de Cataluña y especialmente la de Barcelona. Hay allí esos dos caciquismos: Planas Casals y Comas Masferrer, con la fuerza oficial. Del segundo se han separado en estos últimos años elementos liberales muy importantes, que vacilan entre sumarse resueltamente al regionalismo, en que creen, ó seguir al Sr. Gamazo, en quien confían. En contra del primero había un núcleo de conservadores que siguieron al Sr. Silvela en la disidencia, y á los que apoyó éste desde el Gobierno, hasta que se formó el gabinete Azcárraga, cuyo mi-

nistro de la Gobernación, el Sr. Ugarte, devolvió al Sr. Planas y Casals el predicamento que había perdido. Hoy aquellos antiguos silvelistas ó están anulados ó se han sumado al regionalismo. Tal es el estado de los partidos de gobierno en Barcelona.

Aparte ellos, hay, en las clases, una notoria mayoría catalanista, aunque de matices diversos, y en las masas, algunos republicanos, algunos socialistas y muchos anarquistas y libertarios que representa en esta jornada electoral el periodista Alejandro Lerroux. Los republicanos que pudiéramos llamar de cátedra han perdido mucho terreno, así como el carlismo, á quien el matiz templado del catalanismo ha restado casi todas sus fuerzas.

EL CATALANISMO

A poco que las nuevas Cortes quieran ocuparse en problemas graves, creo que ese del catalanismo es uno de los que más deben interesarles. Menester será que comiencen por enterarse de lo que es eso, porque la mayoría de nuestra gente política lo ignora en absoluto. Hace poco más de un año, un ministro me preguntó qué decía el «programa de Manresa». Me parece que con eso está dicho todo.

Los que se imaginan mejor informados creen que el catalanismo es cosa de ayer por la tarde. En Madrid apenas se había hablado de ello hasta 1898. A lo sumo, se consideraba como una chifladura literaria. De la absoluta indiferencia se ha pasado, por obra de la ignorancia, al absoluto disparate de creer sinónimos catalanismo y separatismo. Exactamente el caso de Cuba, y á la vista está cómo salimos de él.

El catalanismo es tan antiguo como Cataluña. Como problema político trascendental para el Estado español, el catalanismo existe desde el compromiso de Caspe. De entonces acá, ese sentimiento no ha desarmado nunca. Largos períodos ha estado sin disparar sus armas; pero jamás las ha dejado de la mano. Por carácter y por historia, es el particularismo regional español de vida más robusta y de mejor definida personalidad. Sin necesidad de retroceder tanto, dando un puntapié á lo pasado, aun el más reciente, para no mirar más que lo ocurrido en nuestros días, no hay político español que de 1885 para acá pueda alegar ignorancia del catalanismo. En aquel año, una comisión catalanista entregó á D. Alfonso XII una «Memoria en defensa de los intereses morales y materiales de Cataluña». Aquella Memoria fué elaborada en reuniones celebradas en la Lonja de Barcelona al comenzar dicho año de 1885.

Desde entonces no se ha interrumpido ni un solo día el desarrollo del catalanismo, no como desahogo literario, sino como formidable hecho político. Sin darle la forma concreta que en

Manresa se estableciera siete años después, el catalanismo pidió en 1885 la reforma completa del Estado español en ese sentido del respeto á las personalidades regionales y en contra, por consiguiente, del desaforado centralismo á la francesa que caracteriza la revolución española del siglo XIX. Aquello se contestó de momento con un «visto, archívese», y, luego, repitiendo una vez más en el próximo Mensaje de la Corona á las Cortes aquellas promesas de descentralización que siempre han figurado en esos documentos y jamás en los hechos de los gobiernos.

En 1888, cuando la Reina Regente fué á inaugurar la Exposición de Barcelona, otra vez se acercó al Trono el catalanismo exponiéndole su sentir y sus aspiraciones. «Querer someter, Señora, á las mismas leyes todas las naciones diversas de un gran Estado, á pesar de sus grandes diferencias de historia, de carácter, de idioma, de usos y costumbres, ha tenido desastrosas consecuencias para Austria, vuestra patria de origen, como para España, siendo para una y otra causa de la pérdida de territorios que una sincera autonomía hubiera conservado unidos... Vemos que al otro lado de los mares hay algunos pueblos en que aun flota al viento la bandera de España; pero que pueden de un momento á otro rebelarse contra los errores de una política unitaria y absorbente, tanto más cuanto que de aguijón les sirve el comparar su estado precario con la prosperidad creciente de aquellos pueblos que de España se separaron.»

Aquel mismo año, en los Juegos Florales de Barcelona, no un catalanista, ni siquiera un catalán, un castellano tan ilustre como Menéndez Pelayo, dijo á S. M.: «Habéis venido, señora, á escuchar amorosamente los acentos de esta lengua, no forastera y exótica, sino española neta, limpia de toda mancha de bastardía. Vuestro generoso y magnánimo espíritu comprende que la unidad de los pueblos es unidad orgánica y viva, y no puede ser aquella unidad ficticia, verdadera unidad de la muerte, y comprende también que las lenguas, signo y prenda de raza, no se forjan caprichosamente ni se imponen por fuerza, ni se prohíben ni se mandan por ley, ni se dejan ni se toman por voluntad, pues nada hay más inviolable ni más santo en la conciencia humana que el nexo secreto en que viven el pensamiento y la palabra».

Aquello pasó pronto para el Gobierno y para los políticos de Madrid. Con seguir fortaleciendo la influencia alternativa de los caciques conservador y liberal y con dar protección más ó menos circunstancial y artificiosa á las industrias catalanas, habíase cumplido. Ni siquiera se creía necesario respetar las expansiones del patriotismo catalán, y se hacía burla y chacota de cuanto manifestaba su personalidad característica. El

catalanismo seguía infatigable su propaganda, ó mejor dicho, su organización, pues no se necesitaba sembrar sentimientos é ideas que espontáneamente brotaban de todos los corazones. En 1892 se celebró la Asamblea de Manresa, de donde salió el famoso programa que en 1900, á los ocho años, no conocía ni sabía dónde hallar un ministro de la Corona. Ni en aquel programa de autonomía y federación, ni en los actos que le siguieron como consecuencia de aquella Asamblea, hubo intención siquiera contra España, pues no es de buena fe ni de sentido común confundir el Estado español, á cuya reforma radical se aspira, con la Nación española, compuesta por diversas nacionalidades, y cuya permanencia y robustez se considera necesaria para la independencia y prosperidad de aquellos pueblos distintos que la constituyen.

Tanto es así, que el catalanismo se dedicó á despertar el sentimiento regionalista en otras regiones españolas, en Galicia, en Asturias, en las provincias vasco-navarras, en el antiguo reino de Valencia. Hasta en Santander y en Murcia hallaron un eco simpático aquellas excitaciones. Pero el movimiento no pudo dar los resultados apetecidos, porque no hubo medios para perseverar en la campaña, como era necesario para devolver al sentimiento particularista, vivo en todas las regiones, aquel vigor y aquella organización de fuerzas que en Cataluña ha conservado. Fué un desencanto para los catalanes el ver, por ejemplo, que Galicia no despertaba de su letargo como región sino para defender las mezquinas ventajas de una capitania general. En cambio, cuando Navarra entera surgió vigorosa en defensa de su personalidad, el catalanismo le prestó cuantos auxilios pudo darle... á reserva de sentir también allí el desengaño, cuando vio cómo el espíritu regional de los navarros volvía á su sueño de resignación, tan pronto como logró apartar de sí el peligro de un régimen contributivo distinto del que disfrutaba. No significa esto que el particularismo regional tenga menos fuerza espiritual en esas regiones que en Cataluña: el amor á la patria chica está tan vivo como en ésta en todas partes, incluso en Castilla y en Andalucía; las diferencias entre unas y otras regiones son tan evidentes cuando se toma por tipo de comparación á Cataluña, como cuando se compara con otra cualquiera; pero en Cataluña, por cien razones, generales unas y específicas otras, que no entran cómodamente en la presente crónica, se ha conservado más vigor, aspiraciones mejor definidas, concepto más claro de lo que deben ser las regiones para el Estado español y éste para ellas.

Todo eso siguió, sin embargo, inadvertido para nuestra gente política, y fué menester que el desastre de 1898 viniese á dar escandalosas proporciones á todos los problemas nacionales,

para que aquélla se diese cuenta de que existía uno muy grave en Cataluña. Así y todo, si el general Polavieja no hubiera sentido la humorada—que humorada fué, por lo que luego se ha visto—de halagar á los catalanes diciéndoles que «tenía la firme resolución de dar á la vida regional, en todo lo que no afecta á la unidad del Estado y al ejercicio de la soberanía, la amplitud necesaria para que se desarrollase sin las trabas á que hoy está sujeta», tal vez no se habrían dignado políticos y periodistas madrileños ocuparse, siquiera superficialmente, en la cuestión catalana.

Al formarse el gobierno de 1899, hubo motivos para creer que abríamos los ojos. En aquel ministerio entraron el susodicho general Polavieja, que tales compromisos—y otros mucho más concretos—había contraído, y el Sr. Durán y Bas, que, á pesar de la templanza de sus convicciones, teníalas muy definidas á favor de una amplia autonomía. Se envió al gobierno de Barcelona un hombre de toda confianza para el general Polavieja, y se llamó á la alcaldía á un regionalista caracterizado, el doctor Robert. El caciquismo del Sr. Planas y Casals, además, recibió varias heridas mortales de manos del propio Gobierno... En eso quedó todo. El general Polavieja se desentendió pronto de los catalanes; al Sr. Durán y Bas se le ató de manos; el Sr. Ugarte restituyó á Planas y Casals lo que el Sr. Dato le quitara, y se volvió á la guerra contra la propaganda catalanista, con la sistemática suspensión de garantías y el constante recelo aplicado por sistema á toda manifestación catalana.

No sería justo acusar exclusivamente al Sr. Silvela. Hay en todo esto de la política centralizadora de España, que tanto le ha hecho perder y que acabará por reducirla á la Puerta del Sol con alguna colonia en la Mancha, algo de implacable fatalidad. Sólo así se explica que hombres como Cánovas y como Silvela, que con tanto tino hablan de la época de Felipe IV, y que tantas investigaciones han hecho respecto de ella, no piensen de ese negocio más que lo que pensaba el Conde Duque, y obren de otra suerte que el de Olivares. Por otra parte, para abordar desde el gobierno de Madrid el problema catalán, se necesita un estadista de tal temple y con tanta fe en su conocimiento de las cosas, que no se deje llevar por la opinión vocinglera que entre unos cuantos periodistas afanados y unos cuantos indocumentados afanosos forjan en los círculos de Madrid. Esa opinión falsa llevó á Cánovas á la guerra por la guerra en Cuba, y á Sagasta al conflicto con los Estados Unidos, y esa opinión puso miedo en el ánimo de Silvela, al encararse con el problema catalán. Además, no es posible ocultar que el regionalismo tomó frente á aquel Gobierno rumbos y actitudes poco á propósito para conquistarlo. Todas las ansias del catalanismo pa-

reclan concentradas en la campaña por el concierto económico. No era verdad; pero lo parecía, y eso era lo que alborotaba y lo que amenazaba con la resistencia ó iba resueltamente á ella. Esto fué un error de los que así plantearon el problema. El concierto económico, como consecuencia de una verdadera autonomía administrativa, hubiera venido por sí solo. El concierto económico, como trámite previo, como reclamación perentoria, tenía que sonar mal en las suspicacias tradicionales para cuanto á las aspiraciones descentralizadoras atañe. Muchos dijeron que tras de ello se ocultaba un negocio ilícito; sostuvieron no pocos que aquello era el arma terrible que Cataluña recababa para lograr un día su independencia. Bien sé que esto no era verdad; pero yo creo haber leído cuantos discursos fueron pronunciados en varios *meetings* á favor del concierto económico, mientras que la mayoría se limitó á leer ó escuchar la impresiones frívolas y apasionadas de la prensa de Madrid sobre aquellos discursos. Aparte esto, se explica la resistencia del Sr. Villaverde, escarmentado de los malos ratos y de los conflictos que á nuestros ministros de Hacienda han proporcionado los pactos económicos con las provincias vasco-navarras. Cada variación tributaria cuesta fatigas de muerte, y como aquí vivimos en Hacienda, como en todo, en perpetua interinidad, ¿quién es capaz de asegurar que en cinco años, en tres, en dos años, no habrá necesidad de introducir modificaciones en el régimen tributario?

Por unas y otras razones, el problema catalán salió agravado de manos del Sr. Silvela, que parecía llamado á resolverlo ó á colocarlo en buen camino. Su situación actual es, según mis datos, la siguiente:

Hay el verdadero catalanismo, la *Unió Catalanista*, fiel al espíritu y á la letra del programa de Manresa. En sus Asambleas de Reus y de Balaguer ha sido ratificado íntegramente aquel programa, que, en sustancia, daba en estos términos el Manifiesto de Marzo de 1897:

Entendemos que han de quedar á cargo del Poder central del Estado español las relaciones internacionales, el ejército de mar y tierra, las relaciones económicas de España con todos los demás países, la construcción de obras públicas de carácter general, la resolución de todos los conflictos y cuestiones interregionales y la formación del presupuesto anual de gastos, al que deberán concurrir las regiones en proporción á su riqueza; todo con la organización correspondiente y adecuada.

Pero entendemos que corresponde al Poder regional el régimen interior de Cataluña y que ha de constituirse ésta manteniendo el temperamento expansivo de su legislación y según sus necesidades y modo de ser. En consecuencia, queremos la lengua catalana con carácter oficial y que sean catalanes todos los que en Cataluña desempeñen cargos públicos; queremos Cortes catalanas, no sólo para estudiar nuestro derecho y leyes civiles, sino para todo lo que se refiera á la organización interior de nuestra

tierra; queremos que catalanes sean jueces y magistrados, y que dentro de Cataluña se fallen en última instancia los pleitos y causas; queremos ser árbitros de nuestra administración, fijando con entera libertad las contribuciones é impuestos, y queremos, en fin, la facultad de contribuir á la formación del ejército español por medio de voluntarios ó en dinero, suprimiendo en absoluto quintas y levas en masa, y estableciendo que la reserva regional forzosa preste servicio solamente dentro de Cataluña.

Esto es nuestro *catalanismo* dentro de España: esto es nuestro *regionalismo* dentro de Cataluña.

El último llamamiento de la *Unió Catalanista* al Poder Central es el Mensaje entregado en 6 de Julio del año pasado á S. M. la Reina Regente. Ratificase en ese Mensaje la protesta de que no aspira el catalanismo á desprender á Cataluña del resto de España; repítese una vez más que las soluciones que propone no lo son á título de privilegio para Cataluña, sino como reforma general para toda España; se afirma con valentía que el catalanismo no conspira en las sombras, sino que públicamente, y á la faz de todos, se mueve y propaga sus ideas; se protesta contra leyes de excepción que por aquel tiempo fueron votadas, y contra injurias y provocaciones de todo linaje, y se advierte á la Corona de los peligros á que por tal sistema se empuja á los catalanistas. Ese documento corrió la misma suerte que todos los anteriores.

A la derecha del catalanismo, sin combatir el programa de Manresa, pero sin aceptarlo incondicional y explícitamente, están los regionalistas que han triunfado en estas elecciones sin los votos y acaso contra la voluntad de la *Unió*, como se verá más adelante. Constituyen ese partido, que no debe ser considerado como distinto radicalmente, sino como matiz del catalanismo, elementos políticos que militaron en los partidos españoles y se desengañaron de ellos; hombres que salieron del retraimiento en que vivían, respondiendo á las excitaciones del general Polavieja y aun del Sr. Silvela, y un gran número de industriales de Cataluña que hasta 1898 creyeron que con el proteccionismo arancelario tenían bastante para las necesidades de la región, y que entonces abrieron los ojos, comprendiendo lo artificioso de un proteccionismo que les abría, pero no les conservaba, el mercado colonial, y que les entregaba, pero no robustecía, el mercado interior. Estos regionalistas son los que alzaron como bandera el concierto económico, y los electos de Barcelona, los Sres. Robert, Rusiñol, Domenech y Torres, son los mismos que, en unión del ilustre marqués de Camps, entregaron á la Reina en 1899 el mensaje en que pedían aquel régimen de Hacienda.

A la izquierda de la *Unió Catalanista* hay un grupo de catalanes definitivamente desengañados y notoriamente separatistas, ya para independizar á Cataluña, ya para anexionarla á

Francia; pero es de justicia declarar, no sólo que ese grupo es el menos numeroso, sino también que acaso no sea lícito considerarlo como verdadero núcleo bien definido, pues el número de los que lo forman es circunstancial, aumentando de momento bajo el azote de provocaciones impertinentes, y reduciéndose cuando al influjo de éstas se impone la reflexión que aconseja despreciarlas. Normalmente, no se puede decir que haya un separatismo catalán. Se aborrece allí al Estado español, pero no más que en todas las provincias españolas cuando se toca su desastrosa influencia. Si el Sr. Maura dijo en el Congreso, con aplausos entusiásticos de todo el país, que el Estado hallase necesitado de una revolución que se hará en las calles, si no se hace en las Cortes, ¿por qué llamar separatistas á los catalanes que dicen eso mismo? Se pinta en Cataluña, con los colores más sombríos, la situación moral y material de las provincias centrales sometidas al régimen presente. Si el Sr. Unamuno, que acaba de decir en el Ateneo que en España no se puede hablar de retroceso, porque no hay atrás ni adelante para estas tribus salvajes acampadas en el extremo meridional de Europa, es rector de la Universidad de Salamanca y un prestigio de la inteligencia española contemporánea, ¿por qué llamar separatistas á los oradores catalanes ni á sus escritores cuando no dicen más que eso? ¿Es que aquí en Madrid tenemos bula para escarnecernos y maltratarnos?

Al estudiar la situación actual del catalanismo, se observa un hecho muy grave: el obrero industrial de Cataluña va desertando de las banderas del catalanismo, para hacerse socialista ó libertario. Con unos cuantos años más de guerra sistemática, dejará el catalanismo de ser un recurso aplicable á la cuestión social en Cataluña, que tendrá pavoroso aspecto. Lo escribí hace siete años en el *Heraldo*: ó el regionalismo ó la anarquía, y las cosas siguen en ese rumbo más cerca ya de lo segundo que de lo primero. Hoy el catalanismo tiene en sus huestes á gran parte de la aristocracia y de la burguesía, á toda la clase media intelectual y trabajadora, y al obrero del campo: la población obrera de los grandes centros fabriles va poco á poco abandonando los ideales de patria por el cosmopolitismo devastador de la anarquía. ¿Cómo podría ser de otra suerte, si el catalanismo no ha conquistado una sola ventaja, ni siquiera en la opinión extracatalana, con que poder alentar los ánimos menos cultos?

Por otra parte, una de las fracciones del regionalismo, la que halagó el general Polavieja, tiene marcadísimo tinte clerical, demasiado estrechas concomitancias con gente de iglesia, y esto ha alarmado á las masas obreras, cada día más alejadas de la fe religiosa, embriagadas de un racionalismo siniestramente cómico al ser profesado por pobres inteligencias á oscuras é incapaz-

ces de raciocinio. Y hay otro factor. Hasta 1895 la mayoría de los industriales catalanes, los fabricantes que más influían en política, estaban apartados del regionalismo, aunque le pertenecieran en espíritu. Con el cebo del proteccionismo, manejado torpemente como uno de tantos recursos de los caciques, se les tenía alejados del movimiento catalanista. Sin ser abiertamente hostiles, la *Lliga de Catalunya* y el Fomento del Trabajo Nacional no eran, ni mucho menos, colaboradores en una misma obra. Hacia el año antes citado, aquello comenzó á variar. Los catalanistas acudieron al Fomento, y en una elección de Junta directiva estuvieron á punto de triunfar. La pérdida de los mercados coloniales, con la consiguiente crisis industrial, despertó al fin á aquellos señores, que comenzaron á derivar hacia el catalanismo regionalista, que ha triunfado en las elecciones. Esta aproximación de los patronos hacia el catalanismo tenía que ser forzosamente otra causa de alejamiento para las masas obreras enconadas por la propaganda «libertaria».

De mala fe, ó por ignorancia, proceden los que confunden el catalanismo con el proteccionismo de la industria catalana. En la Asamblea de Manresa, quedó esto claramente establecido por labios de D. Fernando Alsina. Cataluña necesita ser proteccionista, precisamente por las malas condiciones de vida que la actual administración crea á su trabajo; pero no se puede reducir á ventajas arancelarias las aspiraciones de Cataluña. En muchos casos concretos, pensadores y periódicos catalanistas han censurado ciertas campañas proteccionistas, y por esto y por otras muchas razones no es justo, cuando aquéllos se quejan y reclaman, decirles:

—¿Pero qué más queréis, si os hemos entregado las llaves de las aduanas y el mercado nacional?

Tanto menos, cuanto que se ha tocado lo artificioso de aquellas concesiones, la esterilidad de aquellas ventajas, en la presente crisis industrial de Cataluña, que es una agravante tremenda de la crisis política. Al amparo de un régimen arancelario se creó allí industrias que hoy, después de haber formado una numerosísima población obrera á que no pueden atender, se encuentran en el aire. Los momentos son decisivos para esa cuestión. Me hacen estos regionalistas diputados en las últimas Cortes de la Regencia el mismo efecto que los autonomistas cubanos diputados en el primer Parlamento de este período que pronto pasará á la Historia. Cierto es que no representan íntegramente al catalanismo los electos de Barcelona; pero á su elección ha seguido la Asamblea de Tarrasa, en que la *Unió Catalanista* ha tenido buen cuidado de consignar explícitamente su estado de ánimo en estos momentos.

Estuvieron representados en la Asamblea unas cuatro-

cientas agrupaciones catalanistas y ocho periódicos afiliados á la *Unió*. Tenía por objeto principal la Asamblea «interpretar y aclarar los acuerdos de la de Reus referentes á la lucha electoral», é «interpretar y aclarar los acuerdos de la Asamblea de Balaguer que se refieren á la forma de tributación más conveniente para Cataluña, mientras no sea autónoma». Lo primero es una advertencia, ya que no una censura, á los regionalistas electos; lo segundo, una afirmación de principios que el catalanismo reitera en el momento de venir diputados los mantenedores del concierto económico.

Sobre ambos puntos hubo discusión; pero los acuerdos fueron tomados por aclamación. Lo más importante de ellos está en lo siguiente:

La Asamblea ratifica lo acordado en Reus respecto de la intervención del catalanismo en la política activa, tomando parte en las luchas electorales como medio para conseguir la aplicación total y completa de las Bases de Manresa; pero declara que, aprovechando hechos de la experiencia que han resultado de los sucesos políticos y sociales ocurridos después de la Asamblea de Reus, no sólo protesta de que no por eso acepta el régimen actual, sino también de que no puede el catalanismo transigir con los usos y costumbres de propaganda y lucha peculiares de la política española, manifestando solemnemente que los principios contenidos en las Bases de Manresa no pueden ser jamás, para fines electorales, contrahechos, mutilados ni conculcados, y que la rectitud y pureza de procedimientos que imponen los principios de la causa catalanista, así como el ahorro de esfuerzos estériles y de desengaños que acentúan el mal social de la indiferencia, exigen que á la lucha electoral no se acuda por el catalanismo, más que en las ocasiones y circunstancias en que se considere que los esfuerzos han de ser fructuosos, y digna y honrada la contienda.

Estas ideas son minuciosamente desarrolladas en varios párrafos que omito, para traducir lo referente á conciertos económicos:

La Asamblea ratifica por completo el acuerdo tomado en la Asamblea de Balaguer, en el que se determina que, mientras no sean implantadas en toda su integridad las bases de Manresa, entra en el terreno de lo posible, y es altamente conveniente, que Cataluña sustituya el actual sistema de contribuciones por otro, consistente en arreglos económicos con el Gobierno sobre la base de cantidades fijas tal como se había acordado en la Asamblea de Reus

Y para que no haya confusiones, se establece las condiciones á que ha de ajustarse los conciertos económicos:

- 1.ª Los arreglos económicos han de ser siempre para la totalidad de Cataluña, nunca para una parte cualquiera de la tierra catalana;
- 2.ª En caso de concordarse dichos arreglos, ha de ser sin abdicar del sistema tributario definido en los principios generales y bases especiales que se aprobaron en la Asamblea de Balaguer. Mientras se hacen los

trabajos preparatorios de cambio tan radical se utilizarán los actuales medios contributivos;

3.ª Ha de ser fundamento de los arreglos económicos que Cataluña se encargue del mayor número de servicios públicos, con el fin de imprimirles el especial carácter de la personalidad catalana y de elevarlos al grado de perfección en que se hallan en los pueblos verdaderamente civilizados;

4.ª Las cantidades fijas base de los arreglos económicos, se ha de procurar que no sean el tipo de tributación actual, sino la cantidad que con toda justicia y proporcionalmente á la extensión del territorio y densidad de la población con relación al Estado corresponda á Cataluña, debiendo deducirse además las cantidades que hayan de ser destinadas á los servicios públicos que queden á cargo de nuestro pueblo;

5.ª A pesar de que el catalanismo no ha aceptado la actual antinatural división de Cataluña en cuatro provincias, mientras no sea posible constituir la Diputación Catalana única, es conveniente trabajar para que se forme entre las cuatro Diputaciones provinciales un pacto ó federación para recabar del Poder central el establecimiento de conciertos económicos conforme á los principios precedentes; y

6.ª Los arreglos económicos que no se ajusten á los acuerdos de la Asamblea de Balaguer y á las declaraciones de esta Asamblea, no pueden ser considerados como aplicación de los principios del catalanismo, ni podrán ser apoyados explícitamente por las entidades afiliadas á la Unión, porque se ha de considerar que vulneran el espíritu eminentemente catalán que inspiró las bases de Manresa.

He ahí el estado de alma del catalanismo al venir á las Cortes los cuatro diputados regionalistas de Barcelona.

Creo que el problema está planteado con toda claridad. Ahora veremos qué hacen con él los matemáticos que sean llamados á la pizarra parlamentaria.

MANIOBRAS MILITARES

Se ha dicho que en uno de los Consejos de Ministros en que se tratara de la cuestión catalana, el general Weyler expresó, con asombro de sus compañeros civiles, un criterio muy expansivo y muy sensato respecto del problema fundamental. Siendo este el país de los viceversas, según fama, el hecho es verosímil; pero no sé si será verdadero. El general Weyler pone el mayor cuidado en no figurar en cosa alguna política. Casi se podría decir que alardea de desentenderse de ellas, desplegando, para la gestión exclusivamente militar de su departamento, una actividad inusitada. En tres meses de ministro de la Guerra ha inspeccionado personalmente más cuarteles y servicios y se ha movido más que muchos de sus antecesores en años enteros de poder.

Las prácticas militares de esta primavera, aunque muy sencillas, lo más elemental en la educación del soldado, han parecido una novedad estupenda, fruto de aquella actividad que el

ministro de la Guerra ha impuesto siempre á las tropas á su mando. Esas maniobras han llamado principalmente la atención en Madrid, por haber concurrido á ellas las Academias militares y por haberse operado á ese propósito una aproximación del Rey al Ejército, con cuyos futuros oficiales ha compartido el campamento y la mesa.

Técnicamente, las operaciones realizadas en los Carabanchales tienen poca importancia. Ni el ministro que las dispuso, ni los generales que las dirigieron, piensan lo contrario. En terreno muy reducido, de pocos relieves y conocido hasta la saciedad, ni era posible mover á la gente con desembarazo, ni había ocasión de lucir iniciativas, ni siquiera motivo para discurrirlas. A juicio de algún general, sólo los capitanes podían hacer algo al mover sus compañías, y todos los informes convienen en que tales oficiales han quedado muy bien, demostrando dotes de mando, discurso personal y entusiasmo vigoroso. La marcialidad y la viveza del soldado; las buenas disposiciones y el *entrain* de la mocedad que se educa en las Academias, y la pericia y el celo de los capitanes: de ahí las únicas notas positivas que un crítico militar puede retener de esos ejércitos, sin olvidar, por de contado, pues nuestros artilleros tienen de antiguo bien sentado el pabellón, la habilidad de la artillería para el emplazamiento de las piezas de campaña.

El público frívolo se ha interesado por el espectáculo brillante de esos ejercicios, y la opinión reflexiva ha apreciado su singular transcendencia. Con esas jornadas de trabajo consigue en pro del espíritu militar, que tanto ha escaseado siempre en España, mucho más que con cien campañas elocuentes en loor del Ejército. Pero claro es que eso no puede quedar ahí, que es menester que á estos ejercicios brillantes, mas inútiles, sustituyan grandes y verdaderas maniobras que sean una enseñanza, no una molestia ó un pasatiempo para la oficialidad y para la tropa.

Esa es la única manera de tener Ejército; mas para hacer eso se necesita dinero. No es posible pensar en maniobras cuando no hay dinero más que para ¡media hora de tiro! y cuando no alcanza ni aun para una gratificación á la oficialidad, que de su escuálido bolsillo necesita pagarse los gastos extraordinarios que esas prácticas imponen. El actual presupuesto de Guerra importa 165.974.330 pesetas. Deduciendo el capítulo de la Guardia civil y el crédito para ejercicios cerrados, quedan para el servicio general de Guerra 142.967.827 pesetas, que representan más del 15 por 100 del presupuesto total de gastos, advirtiéndose que esa cifra es exclusivamente para el ejército activo. Pero al examinar las partidas que la constituyen, se encuentra que el personal y el material burocrático de la Administración

central absorben pesetas 3.316.548; que el personal registrado bajo título de Administración provincial consume 98.190.527 pesetas; que en subsistencias y gastos de acuartelamiento en general se gastan 21.485.533 pesetas; en transportes, 1.031.000; en cría caballar y remonta, 2.258.444; en material de artillería é ingenieros, 10.406.000; en pensiones de cruces, 295.210; en premios de enganches y reenganches, 5.000.000; y en alquileres de edificios militares, 308.607, importando estas partidas, de las que no se sabe que puedan dejar nada para maniobras, 142.294.869. No quedan más que unas 600.000 pesetas... ¿para prácticas militares? No, porque de ahí han de salir el material de oficina y mobiliario de los Cuerpos de Ejército, y otros diversos gastos. Con tal presupuesto, ¿es posible educar en la práctica un Ejército útil? ¿Puede España gastar cerca de 143 millones en Ejército para no tenerlo, y á sabiendas de que así no puede formarlo?

Ante esos hechos, y mientras no obtengan respuesta esas preguntas, ¿no habrá algo y aun algos de finchamiento de hidalgo vanidoso en cuanto digamos de «nuestras maniobras militares»?

LO QUE CUESTA LA GLORIA

La gloria militar ó el intento de alcanzarla es lo más caro hoy para las naciones, y ahí está Inglaterra, á la que el deseo ó la necesidad de asegurar su territorio, y el propósito de adquirirlos nuevos, está costando más de lo que le costara establecer su inmensa prosperidad económica en crisis. En 1880, gobernando Gladstone, el presupuesto de gastos de la Gran Bretaña era de 2.104 millones de pesetas, á la par de 25 pesetas por libra esterlina. En 1890, gobernando Salisbury, ese presupuesto no había crecido más que en unos sesenta millones de pesetas, aumento que, para un plazo de diez años, no es alarmante. Pero á partir de esa fecha, los saltos han sido terribles para el contribuyente inglés.

En 1892, lord Salisbury dejó á míster Gladstone un presupuesto de 2.425 millones (260 más que en 1890 y 320 más que en 1880): en 1895, lord Rosebery dejó al marqués de Salisbury una previsión de gastos de 2.625 millones de pesetas, lo que da para los tres años de administración liberal un aumento de doscientos millones. En 1900, á los cinco años de gobierno de Salisbury-Chamberlain, ya estaba el presupuesto en los 3.000 millones. En el presupuesto de 1900-1901, los gastos liquidados han importado 4.589 millones de pesetas, y los previstos para 1901-1902 ascienden á 4.690 millones, bastante más del doble, comparando con 1880. Esto cuesta á Inglaterra la gloria militar,

menos aún, el deseo de alcanzarla en las aventuras del imperialismo.

La administración inglesa distribuye el coste de esas empresas proporcionalmente entre las generaciones presentes y las venideras, porque, si hay gloria para la nación, justo es que éstas contribuyan mañana á pagarla, y si hay locura en perseguirla, de estricta justicia parece que por el bolsillo la expíen los que la sufren.

De ahí las dos fuentes de recursos, el impuesto y el empréstito, á que se acude para colmar los déficits. Así para el ejercicio de 1900-1901 los impuestos fueron gravados (*income tax*, tabaco, té, alcoholes, cerveza y timbre) en 307 millones de pesetas (siempre á la par de 25 por libra esterlina), y el empréstito dió 1.330 millones. A los mismos medios se acude para el ejercicio de 1901-1902: se pide al impuesto (*income tax*, azúcar y carbón) 275 millones; se saca de la suspensión de las amortizaciones 116 millones, y al préstamo se llama por 1.500 millones, de los cuales 500 quedarán para los previstos é inevitables suplementos de crédito de la reorganización militar.

La guerra del Transvaal, que en los primeros momentos pareció cosa de unos meses y de un coste inferior á 600 millones de pesetas, es ya cosa de «unos años», y ha costado ya 3.825 millones, sin fijarnos en lo que deja de aumento permanente en los gastos militares del Estado. Y lo peor es que en los territorios anexionados en el Africa no hay que pensar por ahora, pues no sólo el comisionado del ministro de Hacienda para estudiar su situación, sino el mismo Milner, uno de los padres de la guerra actual, declara que «sin dudar del éxito final de la contienda, hay que resignarse á que la obra de la reedificación administrativa de aquellos países sea más difícil, más lenta y más fatigosa de lo que en un principio se creyera». «Son países jóvenes y sanos, añade Milner, y se repondrán y pagarán; pero hoy por hoy su ruina es absoluta». Añádase á esto el efecto producido por los últimos triunfos de los boers, que si no son para ellos una promesa de victoria, son para los ingleses una amenaza de sacrificios, y se comprenderá por qué el ministro de Hacienda británico—nombrémoslo á la española—se ha limitado á recursos de momento, convencido de que no se ha cerrado el abismo que tantos millones absorbe, y de que han de pasar aún algunos ejercicios económicos antes de que sea posible trazar planes definitivos con soluciones permanentes.

Pero no caiganos en la monomanía de los anglófonos de todas partes. En la misma liquidación del ejercicio de 1900-1901 hay una demostración de que esta crisis inglesa está muy lejos de ser todavía la decadencia británica. Los ingresos ordinarios fueron en aquel ejercicio de 3.259.625.000. Una nación que pue-

de pagar eso, sin que su tren de vida decaiga, no es, precisamente, una nación decaída. Además, descontando del total de gastos los extraordinarios de guerra, aumentando el fondo de amortización, que también para aquel ejercicio fué suspendida, y disminuyendo de los ingresos unos 75 millones que se supone aportados por importación excepcional de mercancías temerosas de un gravamen en los derechos de Aduanas, queda un exceso positivo de los ingresos realizados sobre los gastos hechos de unos 175 millones de pesetas, verdadero *superávit* del presupuesto ordinario británico para el ejercicio de 1900 á 1901.

Una eminencia de la Estadística, Sir Robert Giffen, en Memoria leída el 21 de Mayo ante el Instituto de Banqueros de Londres, tranquiliza respecto de eso á sus compatriotas, y sin llegar tan lejos como él, que casi considera un buen negocio eso de los enormes presupuestos de guerra, hay que convenir en que será pintar como querer el desentenderse de Inglaterra por creer que ha dado, en la guerra actual, con la horma de su zapato. La prosperidad del país es, á juicio de Sir Giffen, perfectamente compatible con el máximo de cargas militares. Estas se reducen, además de asegurar la defensa del territorio y el engrandecimiento nacional, á una más viva circulación de capitales, para las naciones cuya industria y cuyo comercio pueden atender á todas ó casi todas las necesidades de su ejército. Respecto de la riqueza del Reino Unido, Sir Robert Giffen analiza el impuesto de la renta: éste representa en 1890 una renta anual de 15.775 millones; en 1900 representa 18.975 millones, ó sea un 20 por 100 de desarrollo de riqueza en diez años. Para el sabio estadista, la fortuna de la Gran Bretaña renta anualmente 37.500 millones de pesetas, mientras que ni la de Rusia, ni la de Francia, ni la de Alemania, pasa de 25.000 millones. Para una nación que tiene de renta 37.500 millones, ¿qué importa gastar en guerra y marina 1.500 millones? ¿Cómo se ha de asustar un país de una deuda que no llega á su renta de un año? ¿Qué particular se creería arruinado por deber el importe de sus ingresos de un año?

De las innovaciones tributarias impuestas por el Canciller del Echequier, sólo la del carbón ha producido verdaderas dificultades. El aumento de dos peniques por libra esterlina en el *Income tax* es perfectamente tolerable: hoy significa, con ese añadido, un impuesto de 5,80 por 100, y Pitt creía que podría ser, sin angustia del contribuyente, del 10 y hasta del 15. El derecho de cuatro chelines y dos peniques por 50 kilos de azúcar tampoco ha sido rechazado más que *pro fórmula*, pues no hay contribuyente que se estime, que no deba asustarse de cualquier gravamen de tributos. El consumo medio anual por cabeza es de 56 libras, y para cada contribuyente es ese impuesto un desembolso de 2,80 pesetas al año. A pesar de él, el azúcar

seguirá estando muy barato en Inglaterra, por las primas que las naciones productoras continentales dan á sus azucareros para ayudarlos en la conquista del mercado inglés. El derecho sobre la exportación de carbón no es una novedad, pues existió hasta 1846, en que fué abolido. Por aquella época la exportación de carbones ingleses no era más que de millón y medio de toneladas, y el impuesto apenas producía lo que costaba su administración. Hoy las cosas varían, pues la exportación de carbones ha pasado de los 45 millones de toneladas. Una de las razones que Sir Michael Hicks-Beach ha alegado á favor de ese tributo, es la de que no se trata de la venta de un producto industrial renovable, sino del tráfico sobre un capital que la industria humana no podrá crear cuando se haya agotado en el seno de la tierra.

CONFLICTO APLAZADO

Por fortuna para todas las potencias, ya han salido de una de las cuestiones más embarazosas y que con más abrumadora carga pesaban sobre sus presupuestos: me refiero á la cuestión de China. La evacuación por las tropas europeas se va haciendo rápidamente. Francia, Alemania, Rusia é Inglaterra dejan en Pekín, para la custodia de las legaciones, 300 soldados cada una; Italia y Austria-Hungría, 200 cada una, y 150 los Estados Unidos. En Tientsín quedarán 2.000 hombres. Entre Chan-Hai-Kouan y Tching-Ouan Tao, 1.500. 3.000 más, divididos en diez puestos de 300, quedarán en la línea Pekín-Chan-Hai-Kouan. Con esto y algunos otros destacamentos, serán unos 12.000 los hombres que los ejércitos cristianos dejen en el Pe-Tchi-Li.

Pero aun queda el rabo por desollar, y el conde Goluchowski, al exponer ante las Delegaciones austro-húngaras la situación política, decía el día 22 del pasado Mayo que «la solidaridad de las potencias sería de nuevo puesta á prueba en los asuntos que quedan pendientes». Los síntomas son de que tampoco esta prueba dará resultados satisfactorios en lo que concierne á las indemnizaciones que de China se exige. Mientras Rusia insistía en la proposición del empréstito garantizado por las potencias y sobre los de la renta de Aduanas y el aumento de algunos de estos derechos, Inglaterra se opone á que se cobre de una vez la indemnización, y al Empréstito, y á la garantía de las potencias por consiguiente. La razón principal de esto, para Inglaterra, es que no quiere aumento en los derechos de aduanas de China, por los perjuicios que ello causaría á su comercio, y acaso sea la misma, sólo que vista á la inversa, la razón que Rusia tiene para pedir lo contrario.

Todo hace creer, por tanto, que la cuestión del Extremo Oriente no está resuelta, sino simplemente aplazada. ¿Se resolverá algún día, ó vendrá á ser su solución la terrible para Europa que se complacen en prever y pintar los que hablan del Peligro Amarillo, de una invasión del Occidente por las muchedumbres chinas, que con sus armas barrerán nuestra civilización y con su trabajo nuestra riqueza?

SALVADOR CANALS

El problema del cambio en España

Celebrando la idea de abrir una información acerca de las soluciones propuestas en términos concretos por el ilustrado director de *El Economista Europeo*, M. Edmond Théry, para resolver el problema de nuestro cambio exterior, no me parece lícito acudir al llamamiento que se me honra sin rendir un tributo de gratitud y justicia á aquel insigne escritor por el noble interés que hacia España y su porvenir económico revela en ese y en tantos otros trabajos de su docta pluma.

Cumplido este deber, pasaré á examinar, con la brevedad y la llaneza propias de un escrito informativo, la serie de conclusiones consultadas en forma de interrogatorio, no sin recordar antes que su espíritu y su tendencia son los mismos á que obedecía el epílogo de un discurso académico sobre la cuestión monetaria que escribí hace más de once años.

He aquí los párrafos á que aludo, cifra y compendio de las mismas opiniones que con ocasión del interesante estudio de M. Théry he de sostener ahora:

«Todo conspira á hacer que pese con abrumadora gravedad sobre nosotros, y amenace pesar más cada día, el desorden monetario nacido de la depreciación de la plata.

Creo haber expuesto imparcialmente los datos económicos, históricos y políticos del complejo y difícil problema.

Entre sus soluciones, la que en el momento presente pudiera sernos ventajosa, porque al restablecer el antiguo cambio legal de 15 1/2, tendería á restaurar el valor mercantil de nuestra plata circulante, ofrece las dificultades y tropieza con los obstáculos que detenidamente he analizado. Cualquiera de las otras, lo mismo la bimetalica bajo una proporción diferente, en armonía con el precio del mercado, que la monometalica-oro con desmonetización lenta de la plata, impondrá, si algún día prevalece, sacrificios considerables al Tesoro, que la situación de nuestro presupuesto hace difíciles, pero que serían forzosos, ante la imposibilidad de resignarnos á una inferioridad monetaria, funesta para nuestro porvenir económico.

Mas ninguna de esas eventualidades teóricas está cercana. Imperará entretanto, acaso mucho tiempo, la política monetaria expectante, que tanto interesa gobernar con acierto, no

aggravando nuestra situación con nuevas acuñaciones de plata(1), poniendo esmero en prevenir el desnivel de los cambios, aprovechando toda contingencia favorable para el aumento de nuestra provisión de oro, requiriendo con estos fines de nuestro primer establecimiento de crédito los servicios que está llamado á prestar, como regulador privilegiado de la circulación fiduciaria y metálica; prestando, en fin, á la legislación arancelaria y á los tratados de comercio la profunda y vigilante atención que en época tan crítica reclaman.»

Sin más preámbulo, paso á ocuparme en el examen de las conclusiones de *M. Théry*.

I

«Que el Banco de España no realice beneficios sobre el cambio comprado con sus propios billetes y que regularice las fluctuaciones de la prima sobre el oro por entregas oportunas de éste con ayuda del excedente de su existencia *legal*.»

Magistralmente, aunque con excesiva y no justa dureza contra nuestro primer establecimiento de crédito, trata *M. Théry* del mercado del cambio en los capítulos II y VI de su trabajo.

No cabe sostener que sea exclusivamente responsable el Banco de España de la equivocada política monetaria seguida entre nosotros por tanto tiempo; pero puede bien serlo en adelante de la resistencia á corregir y reparar sus resultados, que al fin una opinión ya muy extendida advierte y condena.

Siempre en sus funciones de regulador de la circulación, cumple al Banco, además y aparte del auxilio que ha de ofrecer al Estado en la reforma monetaria á que aludiré examinando la conclusión sexta, prestar desde luego al comercio, y en general al país, el importantísimo servicio de moderar la prima del cambio y combatir sus fluctuaciones, contrarrestando la especulación, lejos de concurrir á ella y de aprovecharla en busca de beneficios.

Con tal mira, y después de establecer para el cumplimiento de ese deber primordial de todo Banco privilegiado de emisión una línea ulterior de conducta en conferencias con la Administración del de España, propuse al Gobierno que se le cediera, no á 15, sino á 19 por 100 de prima, la indemnización norteamericana de 20 millones de *dollars*.

Importa recordar que el beneficio del cheque sobre París desde 115 por 100 á que llegó á cotizarse en el período álgido de la guerra (Mayo de 1898), no había descendido en los primeros

(1) Fuera de la moneda auxiliar ó menuda que exijan las necesidades de los pequeños pagos.

meses de 1899 sino á los promedios de 30,52 y 28,93 por 100, oscilando entre 34,60 y 28; pero en Abril del mismo año 1899 llegó á cotizarse á 17 y se mantuvo después en términos medios mensuales de 19,52 á 22,68 por 100 hasta fin de Julio. Diversas causas, entre las cuales descollaban: el término ó agotamiento de la repatriación de capitales, la penuria de la exportación y los considerables pagos en el extranjero de maquinaria para fábricas de azúcar, de electricidad y otras, de material de tranvías y de buques para la industria naviera, elevaron de nuevo el cambio á un promedio mensual que osciló entre 23,31 y 30,65 durante mi administración, ó sea hasta los primeros días de Julio de 1900.

Sería injusto deducir de estas cifras que el Banco de España no hubiera empleado para contener el alza de la prima de los efectos extranjeros, que en el fondo, como luego diré, es la prima del oro, sus medios propios, siempre considerables, y el muy importante que adquirió del Tesoro. No puedo poner en duda las declaraciones que su administración me hacía sin cesar y aun los datos precisos de sus auxilios, otorgados en condiciones ventajosas á toda verdadera necesidad y á toda demanda sincera del comercio.

Pero al propio tiempo debo decir que aquella experiencia, á más de demostrar que fueron estériles todos los esfuerzos para encerrar el desnivel de los cambios en el límite de 20 por 100 que la ley de su descenso y un examen de sus causas mercantiles, financieras y monetarias permitían trazarle, al menos en los propósitos de los que en 1899 examinábamos con atención el problema, acreditó en mi espíritu el convencimiento de una manifiesta y ya ineludible necesidad de mayores medios de acción en el Ministerio de Hacienda sobre el Banco de España para cuanto se relacione con el plan de reforma de la circulación fiduciaria y metálica, dirigido á la mejora del cambio internacional.

Ha de figurar sin duda entre sus bases relativas al Banco la abstención de todo beneficio sobre el cambio, cuyo comercio debe ser para aquel establecimiento, no un negocio, sino un servicio.

Conforme de todo punto en esta apreciación con la doctrina de M. Théry, creo, sin embargo, que mientras no se alcance un descenso tal en la prima del oro que la aproxime á la par, no cabrá estimar oportunas ni eficaces las entregas de aquel metal para regularizarla.

Puede entretanto el Banco contener su alza y moderar sus fluctuaciones, combatiendo el agio mediante la oferta de papel de cambio sin lucro y hasta con quebranto para atender á las verdaderas necesidades del comercio.

II

«Que el Banco eleve el tipo del descuento y del interés sobre títulos, como lo hizo desde 23 de Enero de 1892 hasta 5 de Agosto de 1899, y que mantenga el nuevo tipo hasta que el cambio haya bajado de 15 por 100.»

Cúmpleme ante todo consignar que *M. Thérý* formula esta conclusión y la desenvuelve en el capítulo IV de su estudio como un consejo al Banco, fortalecido con oportunos ejemplos de la conducta seguida por otros establecimientos análogos. Es, en efecto, la fijación del tipo ó tipos del descuento y del interés de los préstamos sobre efectos públicos, función privativa del Consejo de Administración y ajena por su índole mercantil á toda dirección y aun á toda influencia del Gobierno.

Llama sin duda la atención el cuadro mediante el cual compara *M. Thérý*, en la página 39 de su folleto, el descuento del Banco de España con los que al presente ofrecen los más importantes de Europa, colocando al lado del tipo respectivo los decotización y rendimiento líquido de las Deudas de cada Estado, negociables en la Bolsa de París.

Es sabido que hoy sólo un establecimiento de emisión, el Banco de Francia, descuenta más barato que el nuestro, á 3 por 100, y únicamente dos, el de Bélgica y el de los Países Bajos, lo hacen á tres y medio, como el de España. El de Inglaterra, después de haber tenido el descuento á 6 por 100 á fines del año 1899 y á principios del 1900, lo conserva desde Julio último á 4, como el de Alemania y el de Austria-Hungría, habiéndolo bajado muy recientemente el del imperio alemán, que lo tenía en 28 de Abril último á 4 1/2 y á 5 1/2, y 5 durante el año anterior (1). Los de Suiza le tienen también á 4 1/2; los de Italia, á 5; el de Rusia y el de Portugal, á 5 1/2, y otros países, á 6 y á 6 1/2.

No cabe, sin embargo, deducir de tales datos que, siendo el capital más caro en España que en el mayor número de los pueblos citados, haya arbitrariedad patente ó error inexcusable en los acuerdos del Consejo del Banco sobre tan delicada y conocida materia.

El alza del descuento no responde entre nosotros á la necesidad de defender la existencia de oro en las cajas del Banco, puesto que el de España no entrega sino plata al cambiar sus billetes. Es, con todo, indudable que aquella medida contendría la emisión, reduciendo la cifra de los billetes circulantes, cuya

(1) A fines de 1899 y principios de 1900 estuvo á 7 y á 6 por 100 el descuento en Berlín.

influencia efectiva y moral en el quebranto de nuestros cambios exteriores es evidente. Pero hay dos consideraciones que explican y abonan la conducta del Banco.

Es la primera que, emprendida ya y debiendo continuarse con perseverancia, y en lo posible con rapidez, la liquidación de los anticipos al Tesoro, nadie debe extrañar que aquel establecimiento piense desde ahora en los medios de reemplazar su cartera de efectos públicos con la mercantil, de que tanto se habla, y cuyas fuentes no son sino los descuentos y los préstamos á particulares y Compañías.

Es la segunda de esas consideraciones, olvidadas por algunos críticos, que con andar todavía relativamente caro el dinero en España, ha abaratado mucho y en buenas condiciones de seguridad, y á plazo corto hay una masa considerable de numerario que busca y no encuentra colocación, no ya al interés anual de 3 y medio por 100, sino aun muy por debajo de ese tipo.

Convengo, sin embargo, en que el Banco de España debe restringir sobre todos los préstamos con garantía de valores públicos, elevando su interés, y tender á la regularización de su descuento por el precio corriente del dinero, fomentando su empleo verdaderamente reproductivo en empresas industriales y aun agrícolas, antes que en especulaciones bursátiles y en combinaciones financieras.

Debe, en suma, volver á la antigua y general costumbre de fijar más alto el tipo de interés de los préstamos sobre títulos que el de los descuentos propiamente dichos, y debe huir del descuento inerte, sin relación con los movimientos y las necesidades del mercado, dando con oportunas variaciones de aquél norma y dirección á las demás Sociedades de crédito, con la tendencia constante á elevar el valor de nuestra moneda.

III

«Que el Gobierno obtenga de las Cortes el pago en oro de los derechos de Aduanas; que utilice para sus gastos de orden exterior lo que de aquellos ingresos necesite, y que entregue el sobrante al Banco de España á un tipo inferior al del mercado; pero con la estricta obligación de cederlo al comercio (no á los cambistas) al mismo precio.»

Esta medida, como las que después propone *M. Théry*, se distingue de las anteriores en que depende exclusivamente de las Cortes y del Gobierno; pero tiene con aquéllas de común su carácter de recurso auxiliar é indirecto, encaminado, más bien que á combatir el desnivel de los cambios en su origen, á moderar sus efectos y á mitigar sus daños. No por ello debe desdenarse, pues siendo costoso y lento el remedio definitivo y ra-

dical de crisis tan grave, son del mayor interés para ayudar á su tratamiento los calmantes y paliativos, que además de atenuarla facilitan la forma paulatina y gradual en que su curación debe procurarse.

Pero, por lo mismo, cada uno de esos tópicos tiene en el plan su momento y lugar oportunos, fuera de los cuales puede su aplicación ser contraproducente.

Lo sería hoy, á mi juicio, el pago en oro de los derechos de Aduanas. Muy elevado nuestro arancel, recargadísimo además el precio de las importaciones con la prima del cambio, el nuevo recargo, que implicaría la obligación de pagar también en oro los derechos de entrada, sería excesivo, y la demanda de oro ó de cambio para abonarlos podría fácilmente elevar, lejos de reducir, aquella prima.

Cuando planteado con garantías de permanencia el régimen que ha de conducir á la mejora de los cambios exteriores, se hayan sentido sus efectos reduciéndose considerablemente el quebranto de nuestra moneda, el pago en oro de los derechos de importación podrá ser un origen natural, económico y seguro de moneda sana destinada á satisfacer las necesidades del Estado en el extranjero y aun las de la circulación en el interior.

Para que la medida en cuestión resulte oportuna y eficaz con un arancel como el nuestro, no debe aplicarse hasta que merced al influjo de otras, y aun al de ella misma, la baja de la prima adversa del cambio compense el sacrificio que ha de exigir á los importadores la adquisición de oro con que realizar el pago de los derechos arancelarios.

IV

«Que se permita á las Compañías de ferrocarriles cobrar en oro una parte de sus ingresos, los que provienen del tráfico extranjero, por ejemplo.»

Son aplicables á esta medida las mismas observaciones formuladas con ocasión de la precedente, pues se trata por ella de extender á las tarifas de transporte de los artículos extranjeros en el interior el recargo de la prima del cambio, hoy por su enorme cifra excesivo y violento; pero útil con los fines expuestos y con el de hacer gradual el tránsito al nuevo estado de cosas, cuando la moderación que se haya llegado á obtener en su tipo le haga soportable.

V

«Que el Gobierno liquide tan rápidamente como le sea posible, según el estado del mercado público, los anticipos hechos por el Banco; pero sólo mediante empréstitos interiores.»

En este punto, mi conformidad con el dictamen de *M. Théry* es resuelta y absoluta. He tenido no pocas ocasiones de exponer la misma idea en discursos parlamentarios y en documentos oficiales, y á ella, como es notorio, he ajustado mis actos en el Gobierno, abrazando esa tendencia é iniciando esa política en medio y á pesar de las graves dificultades que la cercaban y que hoy parecen entre nosotros olvidadas, porque en su parte mayor y más ardua están vencidas.

Se dió con vigor en 1899 y 1900 el impulso inicial á la liquidación de los anticipos del Banco, é interesa fundamentalmente á nuestro progreso económico, y en especial á la mejora de nuestros cambios exteriores, no abandonar ese vital empeño completamente feliz de la obra de la nivelación.

Aunque sean conocidas, no es inútil recordar las cifras de los reintegros al Banco de España, realizados por el Tesoro cuando necesitaba hacer frente, no sólo á nuestro *déficit* crónico, hasta entonces atendido con incesantes préstamos anuales por el Banco mismo, sino al servicio de los anticipos enormes contraídos para satisfacer los gastos de tres guerras y al de las Deudas de Ultramar.

A más de 314 millones de pesetas ascienden las entregas del Tesoro al Banco en los dos años últimos: 166.200.000 devueltas en 1899 y 147.800.000 en 1900, al consolidar la Deuda flotante.

No á *M. Théry*, ni á tantos ilustrados economistas franceses como en revistas de la importancia de *L'Economiste Européen*, del mismo *Economiste Français*, de *Le Bulletin Financier*, *Les Entretiens Economiques et Financiers* y otras, han hecho justicia al esfuerzo del pueblo español y á la obra de las Cortes y del Gobierno; pero á muchos críticos nacionales que escriben con excesiva facilidad sobre estas materias, conviene explicarles por qué esos reembolsos no han producido una reducción equivalente en la circulación fiduciaria. Nunca la esperaron los que están habituados á estudiar en su vasta complejidad los hechos económicos y en su lenta y laboriosa manera de actuar las causas que los producen.

No era posible cambiar súbitamente un sistema de crédito del Tesoro y de vida del Banco que venía ejercitándose durante un cuarto de siglo.

Los gastos de la guerra y sus resultados imponían necesidades apremiantes. Es verdad que en medio de ellas, como queda dicho, se inició una nueva política financiera, cuyas bases han sido la nivelación del Presupuesto del Estado, la consolidación de la Deuda flotante de la Península y el principio de la liquidación de los préstamos del Banco de España; pero entretanto, y por vicisitudes ineludibles de la liquidación de la guerra y de la natural y obligada intervención del Banco de España en esas

operaciones, se ha dado lugar á salidas de billetes de sus cajas, que contrarrestan ó atenúan el resultado de aquellos importantes reintegros en el sentido y en el efecto, que no por ello pierden, de reducir la cifra de la circulación fiduciaria. Tales fueron: 1.º, las necesidades de la especial Deuda flotante de Ultramar por resultas de la guerra, atendidas mediante el nuevo crédito ó cuenta corriente, con garantía hasta la cifra de 100 millones que autorizó el artículo 7.º de la ley de 2 de Agosto de 1899, crédito del cual, si bien en 19 de Mayo no iban consumidos más que 29.800.000 pesetas, como se declaró en la exposición de motivos del Real decreto de emisión del empréstito destinado á consolidar la Deuda flotante de la Península, se han invertido ya, al presente, 86.460.000 pesetas; 2.º, la natural demanda de cuentas corrientes con motivo de la misma consolidación que en una semana hizo descender ese saldo del pasivo del Banco en 162 millones de pesetas, ó sea de 754 millones á 592, si bien luego se ha repuesto hasta alcanzar la cifra de 670 millones con que figura en el último estado de situación; 3.º, el incremento de los préstamos á particulares, que, con la misma ocasión y estimulados por la rebaja del interés, se elevaron, de 72 millones que importaban en 26 de Mayo de 1900, á 133.678.000 pesetas, á que ascendían en 30 de Junio (1), representando en el último balance, ó sea en el de 18 del presente mes de Mayo, 110.667.000; 4.º, el desarrollo, por iguales causas, de los descuentos con particulares, que, de 108.979.000 pesetas en 26 de Mayo, subieron en 30 de Junio á 129.155.000, y continuando después su ascensión constante, llegaban en 18 del presente mes á 188.354.000 pesetas.

Estudiando con atención esas significativas cifras, nadie podrá extrañar que los 314 millones reintegrados al Banco de España no hayan lucido íntegramente como baja de la cantidad de billetes en circulación; pero no por eso han dejado de producir su saludable efecto, ya evitando que se elevara más, ya sustituyendo á la cartera oficial de obligaciones del Tesoro y de una parte de los Pagarés de Ultramar la mercantil de efectos de particulares.

No lo niega en su saber y en su experiencia *M. Théry*, y si bien censura al Banco por haber desvirtuado las acertadas medidas del Gobierno, reconoce que no á éste, sino al Banco, incumbe fijar el tipo de su descuento, y aun pudiera añadir que

(1) Por 179.500.000 llegaron á figurar los préstamos á particulares en la situación del 9 de Junio; pero habiéndose el Banco apresurado á devolver el excedente de los depósitos constituidos para la suscripción al empréstito de consolidación, conviene no dejarse inducir á error por datos transitorios y fugaces.

todos los establecimientos de emisión, en circunstancias análogas, al negociar grandes operaciones de consolidación han hecho lo mismo, no ciertamente por presión de los Gobiernos, sino ante la demanda del mercado.

Por mi parte, nunca afirmé que el empleo del numerario suscrito en reintegrar al Banco una parte de sus préstamos al Tesoro hubiera de reducir en una cantidad equivalente la circulación fiduciaria, sino que *conduciría á reducirla*.

Es, sin duda, preciso para ello que se mantenga con firmeza la política financiera á que obedecieron aquellos reembolsos, y que también, sin renegar con un puritanismo quimérico de lo que hizo el Banco de España en circunstancias que abonaban su actitud, se limiten los préstamos sobre títulos, elevando su interés, como he pedido al examinar la conclusión segunda, y se circunscriba la emisión todo lo posible á aquellas operaciones de verdadero carácter mercantil que dejan en la cartera del Banco, como representación y garantía del billete, efectos sanos y de fácil y rápida realización.

Para terminar como empecé este capítulo de mi informe, declaro mi completo acuerdo con la conclusión que voy examinando, lo mismo en la conveniencia de continuar tan rápidamente como sea posible la liquidación de los anticipos del Banco, que en la ventaja de hacerlo mediante empréstitos interiores, como el realizado para consolidar la Deuda flotante en 4 de Junio de 1900.

VI

«Que se prohíba por una ley la acuñación de plata por cuenta del Tesoro..... pero prohibiéndose principalmente toda nueva demanda de crédito al Banco, porque á cada nueva petición corresponde un aumento de la circulación fiduciaria, más deprimente y más peligroso para el cambio que aquellas acuñaciones.»

M. Thérý llega en esta conclusión á la raíz misma del mal, pero no la toca sino de pasada. Para mí el origen de la crisis de nuestros cambios está en la extraviada política monetaria que venimos siguiendo desde 1873.

La prima que exigen nuestros pagos en el extranjero no es sino el precio de la moneda internacional necesaria para realizarlos. Los países que la poseen, por haber abrazado antes ó después de aquella fecha el patrón único de oro, ó por haber renunciado entonces á la acuñación de plata, aunque conserven el doble patrón monetario en sus leyes, tendrán, mientras mantengan el oro en circulación, limitadas las oscilaciones de sus cambios exteriores al pequeño tanto por ciento que representan

los gastos de transporte y seguro de aquella especie metálica, única moneda internacional en nuestros días.

El exceso del quebranto del cambio sobre ese límite, en último y sincero análisis, no responde á causas mercantiles ni financieras, sino monetarias.

Tal es nuestra crisis, y así tuve el honor de plantear su estudio hace más de once años, según demuestran los párrafos de mi discurso de 1890, con que he encabezado este artículo.

Entonces el problema, examinado á fondo, ofrecía aún á los Estados bimetalistas tres soluciones; hoy no queda de ellas en pie más que una sola, la más costosa, la más lenta, pero la única segura: el restablecimiento de la circulación de oro con desmonetización paulatina de la plata.

La circunstancia de comentar al presente trabajo de *M. Théry*, me invita á acudir á su autoridad para dar testimonio de ese cambio.

Fué el actual redactor en jefe de *El Economista Europeo* uno de los más activos é ilustrados propagandistas del bimetallismo internacional. Todavía en 1895 contribuyó á fundar la liga bimetálica francesa, y, sin embargo, ante el Congreso de los valores mobiliarios celebrado en París el verano último, pronunciaba las siguientes palabras, con acento elocuente y convencido:

«Pensábamos antes que ensanchando la base monetaria de las transacciones internacionales, es decir, devolviendo á la plata su antigua función de moneda internacional, podríamos remediar con un paliativo ese estado de cosas; pero yo estimo hoy el problema como de solución casi imposible.»

Algunos economistas de los que más han tratado estas cuestiones, *MM. Clement Juglar, Raffalovich, Frederiksen, Neymarck*, celebraron esa declaración, y entonces *M. Théry*, con la lealtad del investigador sincero, se levantó á ratificarla, exclamando entre aplausos: «Se me felicita por haber abandonado el bimetallismo; no le abandoné yo, es el bimetallismo quien nos ha abandonado.»

Estriba aquí lo que antes he llamado el remedio radical; pero no hay que engañarse: una enfermedad crónica, mantenida por vicios orgánicos que han durado veintiocho años, no se cura en un día.

No basta prohibir la acuñación de plata; no basta limitar la emisión de billetes. Es fuerza prever y evitar el daño de la contracción monetaria abriendo el cauce á la moneda sana, cuya circulación ha de reemplazar á la moneda depreciada. Hay que establecer, en suma, un plan completo y perseverante, á cuyo término alcancemos el restablecimiento de los pagos en oro,

como lo han hecho á nuestros ojos tantas naciones, después de vivir bajo el régimen del papel moneda.

No ha existido ese régimen en España, por más que lo hayan dicho y aun lo digan grandes autoridades del extranjero en la ciencia económica. Es verdad que los efectos del que nos hemos obstinado en mantener desde 1873 son semejantes. Nunca se ha declarado inconvertible el billete del Banco de España; pero hace mucho tiempo que no se cambia por oro, sino exclusivamente por plata, único instrumento efectivo de nuestra circulación. De aquí que, sin tener papel moneda propiamente dicho, tengamos en las piezas de cinco pesetas lo que llamó *Cernuschi* asignados metálicos.

La depreciación de nuestra moneda nace de ese origen. El billete de Banco, aun con la cifra á que actualmente su circulación asciende, lejos de engendrar el quebranto de nuestro signo monetario, le contiene y modera.

Es este un teorema que se demuestra matemáticamente.

En efecto: el último precio (1) de la onza *standard* de plata en el mercado de Londres ha sido de 17 peniques 3½; la equivalencia exacta de la relación legal de 1 á 5 1½ entre la plata y el oro amonedados, ó sea de la par de las especies con el precio de la onza *standard silver*, era de 60 peniques 26½, ó como se decía corrientemente en el comercio, de 60 13½; pierde, por tanto, hoy la moneda de plata de nuestro sistema, con relación al oro, un 55,55 por 100 de su valor (2); es así que el quebranto del cambio representa 37 por 100, luego nuestra circulación monetaria en conjunto, billetes de Banco y plata, vale en realidad 18,55 por 100 más que si fuese de plata únicamente.

Hace oficio el billete de paracaídas de la plata, por el crédito de que goza, por la comodidad que ofrece, y porque al fin concurren á cubrirle 350 millones de pesetas en oro.

Pero habría un peligroso error en deducir de tal demostración que sea, como algunos pretenden, indiferente para el estado del cambio, la cifra de los billetes emitidos (3). Ellos con la plata forman una circulación depreciada, y la mayor oferta de cualquiera de los dos elementos que la constituyen conduce á deprimir su valor en oro, expresado aproximadamente por la prima del cambio.

(1) *Money Market* de *The Times* el día 17 de Mayo de 1901, pág. 4.

(2) Precio actual de la plata = 27 3½ = 27,0875

Precio á la par legal = 60 26½ = 60,0888

2708,7500 | 60,0888

| 44,455 valor = 55,545 quebranto.

(3) No sólo de los circulantes, sino de los que puedan salir á la circulación.

No cabe negar, por otra parte, sin cerrar los ojos á la realidad, que el efecto moral de la reducción ó del aumento de nuestra circulación fiduciaria en sentido favorable ó adverso á la estimación de nuestra unidad monetaria en el extranjero, es superior en rapidez y eficacia al que pueda resultar de cualquiera otra medida.

Pero vedadas por la ley nuevas acuñaciones de moneda fundamental de plata; contenida toda emisión de billetes que no obedezca á la función natural y automática del Banco, hay que encaminarse al establecimiento de la circulación del oro, comprendiendo la desmonetización de la plata en forma que prevenga los riesgos de una contracción monetaria.

El empeño es arduo; pero no era fácil en 1899 el de nivelar con recursos ordinarios el presupuesto, y está logrado. Pide aquél más tiempo y una acción perseverante, cuya norma debe dar la ley que, por acuerdo de las diversas representaciones parlamentarias, se dicte con objeto de interés nacional tan patente, y cuyos medios han de absorber los pretendidos sobrantes de que se habla con la peligrosa tendencia de destinarlos á alivios de tributación notoriamente prematuros y funestos.

VII

«Que se mantenga la nivelación del presupuesto; que se haga todo lo necesario para desarrollar la producción indígena, y que el Estado se abstenga de contraer deudas en el extranjero.»

Era la nivelación del presupuesto condición de vida del Estado y de adelanto económico del país. Conseguida, merced á su esfuerzo y á la previsión y energía de las últimas Cortes del Reino, sería insensato no mantenerla. Con ella por base pueden hacer no poco los Poderes públicos en el sentido de desarrollar la producción y favorecer el comercio. Ningún apoyo de cuantos toca ofrecerles al Estado, ha de ser, con todo, más eficaz que el de procurar como instrumento á los cambios una moneda sana que evite sus quebrantos y sus fluctuaciones.

No bastarían leyes y decretos para alcanzar ese vital progreso, venciendo, con la ayuda del tiempo y del contribuyente, los obstáculos que de él nos separan: era precisa una nueva política económica, ya iniciada con resolución y con éxito por las Cortes, que tuvieron en Abril un fin tan prematuro como injusto, política que es de esperar continúe el Parlamento que ha de abrirse en Junio.

Acaso no falten censores que me acusen de no haber formulado, cuando desempeñé el Ministerio de Hacienda, el plan legislativo de corrección ó mejora de nuestros cambios exterior-

res, que después he proclamado necesario en una solemne ocasión política. Si los hay, aun sin recordarles hasta qué punto se me criticó, va á hacer dos años, por acumular soluciones, reformas y proyectos, les diré que, según reconoce *M. Théry* en el magistral estudio que examino y en otros no menos brillantes, nada cabía hacer, ni aun intentar, en el orden financiero en España ante las dificultades inmensas con que la guerra, la pérdida de las colonias y la inevitable aceptación de su Deuda nos pusieron á las puertas de la bancarrota; nada cabía hacer, repito, sin normalizar antes el presupuesto y el crédito del Estado, combatiendo el *déficit* crónico de nuestra Hacienda pública, como le han combatido, hasta extinguirle, las Cortes de 1899.

Reconociéndolo, dice muy bien *M. Théry*, en la última de sus conclusiones, que es necesario mantener la nivelación. Ella habilita al Estado para llenar sus fines y para favorecer el desarrollo de la producción nacional.

Cuanto á la abstención de contraer deudas en el extranjero, soy también del parecer del economista francés, y he unido el ejemplo al Consejo, proponiendo á las Cortes contra lo que universalmente se esperaba: la reorganización de la Deuda pública y el arreglo del presupuesto del Estado con los recursos del país sin el menor auxilio extraño.

Prefiero resueltamente llegar hasta el fin de la nueva empresa, de regularizar los cambios exteriores, como propone *M. Théry*, sin aumentar, ni aun transitoriamente, nuestros compromisos con el extranjero. Mas la experiencia y la previsión obligan á recordar que las naciones cuyo ejemplo en esa difícil obra de restaurar la circulación metálica pueden servirnos de guía, han solido hacer su provisión de moneda sana mediante empréstitos en el exterior.

Ahora, una sola palabra final, ó, mejor, una idea, para tranquilizar á tanto escritor como profesa en periódicos y revistas la economía política sin haberla estudiado bastante en las aulas y en los libros.

—¿Y después?—preguntan esos aficionados con aire de triunfo—. ¿Y después de allegada la provisión de oro para la circulación, quién la mantiene dentro de las fronteras y las costas de una nación deudora?

No quiero hacerme cargo de las razones con que *M. Théry* demuestra que España puede ser un país acreedor.

Siéndolo ó no, si por dicha llegásemos con el tiempo á recobrar el bien perdido del equilibrio y la estabilidad de nuestros cambios exteriores, no tendría por qué ser cuestión para el Estado la circulación del oro. Lo es hoy, á causa de que la ha estorbado y llegó á imposibilitarla con sus medidas, sacrificando un interés económico tan esencial para el país á fugaces

y mal entendidas ventajas del Tesoro en los préstamos del Banco y en las emisiones de moneda de plata; pero normalizando el mercado monetario, su provisión no incumbe al Estado, sino al mercado mismo.

Restituido el oro á la circulación, bastará que los Gobiernos del porvenir no la perturben, ingiriendo en ella signos que suplan y expulsen la moneda sana, para que ésta, por obra de su necesidad, que actúa irremisiblemente como una fuerza neumática, se renueve mediante la presentación de pastas á la acuñación por los particulares, Bancos y Compañías que necesiten el oro amonedado para sus pagos.

El Estado sella la moneda, pero no debe emitirla; es á los particulares á quien toca pedirle el servicio de la acuñación que gratuitamente les presta.

RAIMUNDO F. VILLAYERDE

Madrid, 20 de Mayo de 1901.

La política en Alemania

Al finalizar el año 1862 era Prusia, siguiendo la imagen bismarckiana, un cuerpo débil, cansado ya de soportar su pesadísima coraza. El partido progresista, dos veces triunfante en las urnas, formando mayoría en la Dieta, negábase á reconocer el derecho divino de Guillermo I y á votar los tributos. El Rey, convencido de que no era lo mismo recibir de Dios la soberanía que ejercerla entre los hombres, pensó primero en abdicar, y llamó después á Bismarck, á quien juzgó, no sin razón, capaz de meter en cintura al sacrilego Parlamento.

Desde el 62 hasta hoy, el cuerpo débil se ha fortalecido y llegado á ser un Imperio de 52 millones de habitantes extraordinariamente prolíficos, que es la primera potencia militar del mundo, que pretende serlo también naval, mercante y de guerra, industrial y comercial.

Como obra de un solo hombre, cuya mano de hierro supo recoger y encauzar las energías de un pueblo regenerado en las luchas napoleónicas, será siempre el Imperio alemán uno de los más hermosos ejemplares de la arquitectura política. Monumentos tan rápidamente edificados no son nunca inconvertibles: tanto como de quien los levante, necesitan después de quien los conserve, y precisamente los estadistas capaces de labor tan especial, que tanto han abundado en Inglaterra, escasean en Alemania, como en todas las naciones que no pueden ofrecerles la escuela del régimen parlamentario sincera y ampliamente establecido.

Vivieron los dos últimos cancilleres de las energías acumuladas que se están agotando; Bismarck hizo bastante con dar el impulso; no podía preocuparse de la trayectoria; pero Alemania comprende ya que no basta marchar, aunque sea hacia adelante; que es preciso saber á dónde se va.

El nuevo canceller, Conde de Bülow, diplomático de la escuela de Bismarck, aunque mucho mejor educado que el maestro, goza de gran prestigio en el Imperio y de la confianza de su Soberano, el cual, en muy pocos años, le ha elevado á tan alta dignidad desde la Embajada de Roma, á través de la Secretaría de Negocios Extranjeros. El Conde de Bülow es el ll-

mado á resolver el difícilísimo problema de la *dirección* de Alemania para lo venidero, problema que está ya planteado en una cuestión económica, insignificante al parecer, complicada con la situación del Imperio en la política internacional.

La política exterior.—Tratados de comercio y tratados políticos

Aproxímase la fecha de la renovación de los Tratados de comercio, y el estado de los partidos y los compromisos del canciller obligan al Gobierno á satisfacer, al menos en parte, las reclamaciones que formulan los elementos agrarios, pidiendo protección para la agricultura. Hablaré más adelante de la génesis y gravedad del problema en su aspecto interior; trato ahora de mostrar las complicaciones internacionales que trae consigo. Mientras los ingleses ponen mote á su aislamiento internacional y no desperdician ninguna ocasión de atraerse á los Estados Unidos, los alemanes se quedan solos sin decirlo. La Triple Alianza es un mito. Austria, que ve en Alemania la causa de sus complicaciones interiores, sufriría resignada un fracaso de sus aliados, con tal que se enfriase el entusiasmo pangermanista que padece. Víctor Manuel III acaba de demostrar con la entrevista de Tolón sus simpatías á Francia y lleva el camino de apartarse en esto como en todo de la política de su padre. La renovación de los Tratados de comercio decidirá la de la Triple Alianza; pero aun renovada ésta, la situación interior de Austria y de Italia hace muy dudosa la eficacia de la ayuda que pudieran prestar á Alemania en sus aventuras internacionales.

El sueño dorado de Guillermo II, al menos uno de los que tiene, es heredar á Francisco José, reconstituir el Sacro Romano Imperio y llevar su esfera de acción, cuando no su soberanía, hasta la Arabia, y es claro que para esto será Rusia su principal obstáculo. Con Rusia tropieza también en China, donde ha sido Alemania la última en llegar, siendo hoy la primera en imponer condiciones al Gobierno de Pekín. De rechazo hiere á Alemania la antipatía de los rusos, confundida con la de sus aliados los franceses, y de Witte, el Ministro de Hacienda ruso, tiene solemnemente declarado que responderá con una guerra aduanera á cualquier aumento en los derechos de importación de los cereales. El crecimiento de la población alemana se calcula en un millón anual de habitantes. La laboriosidad de los naturales y la facilidad con que se resignan aun á los más duros trabajos harían provechosísima la colonización, si la pobreza del suelo no la hiciera necesaria. Como lo comprendió Bismarck, lo comprende Guillermo II, pero han llegado tarde. En Africa, aunque embadurne los mapas, no tiene el Imperio

más territorio que el que pisan sus funcionarios: no ha logrado, ni era fácil, que se establezcan allí quienes en América y aun en la misma Europa hallan medios de hacer fortuna; iguales razones abonan el fracaso de todo intento que pudiera hacerse en Asia, y puesto que el rumbo favorito de los emigrantes alemanes es el de la América del Sur, lógico parece ir á colonizar donde existan elementos. Muy recientemente ha dicho el Emperador que el porvenir de Alemania estaba en el mar. Siempre tuvo Guillermo II la preocupación de la marina de guerra, pero sus insinuaciones sobre la necesidad de aumentarla fueron tan mal recibidas dentro y fuera del Reichstag, que hasta el año 1899 no halló ocasión de emprender una gran campaña en ese sentido.

El poder naval.

Comenzóla el Gobierno por medio de la prensa oficiosa, é inmediatamente se fundó una Sociedad de propaganda. El pueblo ha presenciado ese movimiento con indiferencia, los socialistas con hostilidad, pero los interesados en la marina mercante y los anglófilos se encargaron de suplir con el ruido la falta de número. Ya el año 1898 se había llegado á un arreglo entre el Gobierno y el Reichstag con ocasión del aumento que entonces se propuso: comprometiase el primero á no pedirlo mayor en seis años, y el segundo á votar en cada uno de éstos y sin discusión el crédito que se convino. Por eso en la sesión del 11 de Diciembre del 99, primera de las destinadas á los presupuestos, apenas fueron éstos leídos, y en lugar de proceder á su discusión, el canciller Hohenloe, el Ministro del Exterior, Von Bülow; el de Marina, Tirpitz, y el de Hacienda del Imperio, Thielmann, hablaron sucesivamente para encarecer la necesidad de un aumento de la Armada.

En 25 de Enero del año pasado se leyó en primera lectura el proyecto de ley según el cual, por medio de construcciones sucesivas, tendría el Imperio en 1917: 38 buques de línea, 8 guarda-costas acorazados, 20 grandes cruceros y 45 pequeños cruceros, en lugar de los 19, 8, 12 y 30, respectivamente, que, según la ley del 98, estarían construídos para 1904. La extrema izquierda se oponía al proyecto, la derecha y los liberales lo apoyaban, y el Centro católico, que no desperdicia ninguna ocasión de recabar concesiones á cambio de favores parlamentarios, decidió la cuestión por 201 votos contra 103. Se votó el proyecto, aunque reduciendo á 14 los grandes cruceros y á 38 los pequeños, y para ello será preciso gastar en diez y siete años 4.353 millones de marcos. ¿Qué se propone el Gobierno alemán? Los discursos de Bülow y los artículos de la prensa parecen indicar que va dirigido el golpe contra Inglaterra, y así lo entendió

también la prensa inglesa; pero no es verosímil. Alemania no puede pretender la primacía naval, á menos que renuncie á la militar, y esto equivaldría á renegar de la Geografía, de la cual no se reniega impunemente; pero además es un absurdo, que la masa contribuyente alemana no podrá ni querrá ver realizado: eso de sostener una Armada parecida siquiera á la de Inglaterra, cuando su marina mercante es siete veces inferior en número y diez en tonelaje. ¿Se piensa quizá en una guerra con la Gran Bretaña? Ya creo haber demostrado que no tienen los dos imperios ningún interés político encontrado; Bismarck no se recataba en proclamarlo: «Alemania—decía—tiene dos enemigos naturales, Rusia y Francia, y le interesa, pues, fomentar las desavenencias de Rusia é Inglaterra en Asia, de Inglaterra y Francia en Africa». Intereses políticos, no; pero económicos, sí. Es preciso no olvidar que Alemania atraviesa ahora la crisis de la sobreproducción, ya sufrida por los dos grandes pueblos sajones, crisis que ha de agravarse con la política agraria anunciada. Pero aun prescindiendo de esto, es lógico que desee un fracaso de Inglaterra en los mares, fracaso que presupone la unión de la Doble y la Triple Alianza. ¿Hay alguien que crea que se han cicatrizado las heridas del amor propio francés?

El Emperador y su pueblo, respecto de Inglaterra.

Cuando más humillada estuvo Inglaterra en el Sur de Africa y ningún otro problema distraía la atención de las potencias, lanzó Guillermo II su famoso telegrama á Kruger, y ya es público que sondeó la opinión cancilleresca sobre la procedencia de una intervención combinada á favor de los boers. Rusia se encogió de hombros, Francia declaró con entera franqueza que, llegado el caso, auxiliaría á Inglaterra. El kaiser comprendió, sin duda, que se había excedido y ha procurado borrar la impresión de su telegrama, primero aconsejando á Kruger que saliera de Alemania, y después prodigando muestras de cariño á Inglaterra durante su breve estancia allí. El aumento de la Armada no puede tener otro fin que la necesidad de colonizar en Sudamérica y las dificultades que á ello opondrán los Estados Unidos, celosos defensores de la doctrina de Monroe, con ligeras variantes *pro domo sua*. La gran República norteamericana no se duerme sobre los laureles á costa nuestra conquistados, y entre su pueblo y el pueblo inglés las corrientes de simpatía son notorias; las clases directoras inglesas, así como la gran prensa del Reino Unido, predicán la conveniencia de una alianza anglo-alemana, pero no hallan eco ni en el pueblo alemán, cuyo odio á los ingleses es tradicional, ni en la prensa alemana, ni siquiera en el Reichstag, que acoge con aplausos

toda manifestación favorable á Rusia y contraria á Inglaterra. La condecoración de lord Roberts con el Aguila Negra es quizá el más impopular de todos los actos políticos del reinado de Guillermo II. En la tradicional rivalidad cortesana, que trascendió alguna vez escandalosamente al público, de la Emperatriz viuda con Bismark, primero, y con su hijo después, éstos tuvieron siempre de su parte al pueblo alemán, que odia aún hoy á la hija de la Reina Victoria.

Siluetta del Emperador.

Tal es la situación de Alemania: aislamiento internacional, intereses políticos contradictorios de intereses económicos; conveniencias exteriores en pugna con la opinión general. Guillermo II y el conde Bülow son los que han de despejarla. Antes de subir al Trono, había ya conquistado Guillermo las simpatías de sus futuros vasallos, proclamándose partidario entusiasta de la política de su abuelo y de la tradición militar prusiana. No ha faltado á su palabra. Sin embargo, durante los primeros años de su reinado, asaltó á los buenos burgueses alemanes el temor de que el kaiser no estuviera en su sano juicio. Asombrábales aquel viajar incesante del que llamaban Guillermo; aquel cambiar de uniforme cinco ó seis veces al día; aquel componer música y mandar pintar cuadros por él concebidos, y, sobre todo, aquel discursar fuera de programa en los banquetes, en los actos militares, en las recepciones académicas, en la calle á obreros en huelga. Una vez dice á los soldados que le pertenecen en cuerpo y alma; otra escribe en el álbum de Munich aquello de *Regis voluntas suprema lex est*; una noche llama al director artístico de la Opera de Berlín para advertirle que el traje de algunas coristas no está en carácter; cuando le presentan la lista de propuestas de premios con motivo de una Exposición de Bellas Artes, borra del primer lugar el nombre del autor del proyecto y director de las obras del edificio del Reichstag, y lo sustituye con el de una artista húngara que había pintado su retrato favoreciéndole algo; dice que no quiere soldados que no recen el padrenuestro, y sabe que casi toda la oficialidad húsar es judía; arresta á un oficial porque va sin uniforme, y, como hay muertes repentinas, inaugura el siglo un año antes que el resto del mundo. Todo lo sabe, todo lo gobierna, está en todas partes: según gráfica é irrespetuosa frase de Bismarck, «es un falderillo que todo lo... mancha».

La política interior.—Cómo gobierna Guillermo II.

Pero no obstante sus extravagancias, que tanto regocijan á los parisienses, sería grave injusticia negar que el Soberano ale-

mán es quizá el que reúne mayores y mejores dotes de gobierno entre todos los europeos. La separación de Bismarck, dolorosa pero necesaria amputación, bastaría para acreditarlo. Antes de las elecciones del 87 habíanse aliado los partidos conservador, del Imperio y nacional-liberal, formando lo que se llamó el *cartel* ó promesa mutua de apoyarse en los empates, muy frecuentes con el sistema alemán; y aunque todos los demás partidos se unieron contra Bismarck, no tuvieron más que 175 diputados, por 220 de los contrarios. Con el advenimiento del Emperador Guillermo, los conservadores reaccionarios, que sentían cierto escrúpulo de conciencia al marchar unidos con los liberales, provocaron una disidencia á las órdenes del doctor Stocker, pastor de la corte, y combatieron el *cartel* por anticristiano, pidiendo en cambio reformas en sentido socialista del Estado y ultra-religioso. Confiaban, sin duda, en el apoyo de Guillermo II; pero como éste desautorizó á Stocker y á su periódico la *Kreuzzeitung*, el *cartel* se renovó para las elecciones del 90. Sin programa común y con la disidencia padecida, no triunfaron más que 135 ministeriales, aumentando en cambio los socialistas.

Derrotado así el Gobierno, Bismarck propuso la disolución del Parlamento, y el Emperador se negó á ello. Aconsejó entonces el canciller una inteligencia con el centro, y tampoco accedió el Emperador. Las relaciones entre ambos eran algo tirantes de tiempos atrás por las continuas escaramuzas de Bismarck con la gente que rodeaba al nuevo Emperador, sobre todo con el conde de Waldersee. Vino la ruptura por negarse Bismarck á que se suprimiera un reglamento del año 52, que prohibía á los ministros prusianos comunicar directamente con el Rey. Guillermo II contestó exigiéndole la dimisión de sus cargos de ministro del Exterior y nombrando en su lugar al general conde de Caprivi. El nuevo dignatario se atrajo al partido socialista no renovando las violentísimas leyes de represión del 78; á los elementos liberales por la política de los tratados de comercio que celebró en 1891, 93 y 94 con casi todas las naciones europeas; al centro católico con la exención del servicio militar á favor de los seminaristas, obteniendo, en cambio, el apoyo de este partido para el establecimiento del impuesto sobre la renta y la reforma de los Municipios de las provincias orientales. Unidos el centro y los conservadores protestantes, intentaron hacer pasar una ley para que fuese obligatoria la instrucción religiosa en las escuelas de primera enseñanza; el canciller les apoyaba resueltamente, y quizá hubieran logrado triunfar si el Emperador, interpretando la opinión general, no se hubiera opuesto diciendo que no quería una ley votada contra los partidos gubernamentales. Caprivi resignó la presidencia

del Ministerio prusiano, que se confirió al conde de Eulenburg.

A más de esta intervención, que podríamos llamar *constitucional*, apenas surge una cuestión vital en la política alemana, se apresura Guillermo II á adoptar postura clara y definida, aun á riesgo de comprometer su alta dignidad, poniéndose al nivel de un presidente responsable del Poder ejecutivo. En 1893 obtuvieron los socialistas 1.786.000 votos, y aunque no lograron más de 44 diputados por la anticuada división electoral del Imperio, los conservadores, que sacaron 70 representantes, reunieron 400.000 sufragios menos. Alarmóse la opinión burguesa, y el Emperador emprendió una campaña personal contra los que llamaba «elementos subversivos», empujando al Gobierno para que volviera al sistema de la represión. Las diferencias que con este motivo surgieron entre el canciller y el presidente prusiano provocaron la caída de los dos, y el nombramiento para ambos cargos del príncipe de Hohenlohe, gobernador á la sazón de la Alsacia-Lorena, el cual no logró tampoco recabar del Reichstag la ley represiva. No es éste el único fracaso imperial de los últimos tiempos; ninguno más ruidoso que el sufrido en el Landtag prusiano, hace dos años, con motivo del proyecto de canal desde el Rhin hasta el Elba, que el Emperador patrocinaba; de él trataré luego, porque ha resucitado y vuelto á ser cuestión del día. Pero la pesadilla del Kaiser es la inmoralidad, creciente en su pueblo, como en todos aquellos cuya condición económica prospera rápidamente, y en los que la pluralidad de religiones relaja la disciplina.

La inmoralidad.

No escasean las ocasiones de alarma: una vez salen á plaza las escandalosas orgías á que en reuniones ocultas se entrega la más alta sociedad berlinesa; otra, aparece comprometido en el *krach* de los Bancos hipotecarios particulares un Yabez Balfour, que destinaba una parte del fruto de sus latrocinios á edificar iglesias y había sido condecorado por el Emperador. En dos casos, sobre todo, fué grande la pública agitación. Hace más de diez años apareció asesinado un sereno en uno de los barrios extraviados de Berlín, y resultó ser el autor del crimen un tal Heinze, *souteneur* de la peor especie. No obstante las repugnantes circunstancias del caso, él, en sí, tenía escasa importancia, pero dió lugar al descubrimiento de tales abismos de perversión, que Guillermo II hizo un llamamiento á las «clases morales» *gesittete kreise*, al que respondió el Gobierno con una ley que se llamó Heinze, cuya discusión en el Reichstag fué durante mucho tiempo el asunto político de mayor importancia. Bien es verdad que las derechas católica y protestante intentaron uti-

lizar aquel estado de la opinión para recabar del Parlamento una especie de previa censura policíaca de las obras literarias y artísticas, provocando la protesta de los elementos intelectuales y de los liberales. Reducida á sus términos naturales, se votó por fin la ley Heinze á mediados del año pasado.

El otro escándalo reciente no es menos grave, aunque tiene otro carácter. Parte de la campaña gubernamental antisocialista era una ley de «protección á los obreros que no quieren tomar parte en las huelgas». No es del caso relatar las vicisitudes parlamentarias del proyecto, y se comprende la pasión con que había de discutirse una cuestión que atañe á la única defensa eficaz del trabajo en su lucha con el capital. Cuando más violenta era la contienda, publicaron los socialistas una carta, misteriosamente lograda, que contenía la prueba irrefutable de haber aceptado el ministro del Interior, conde de Posadowski-Wehner, 12.000 marcos de la Asociación general de grandes industriales para hacer propaganda del proyecto. Era un rudo golpe á la tradición de moralidad administrativa alemana, irremediable en sí, pero no en sus efectos, si se procedía al pronto y enérgico castigo de los culpables. Razones políticas estorbaban el uso de la medicina. El Emperador actual ha seguido siempre una política francamente conservadora, y los liberales de la izquierda, alejados del Poder, se aproximan de día en día á los socialistas. Como el centro católico no es partido gubernamental, sólo vota con el Gobierno cuando obtiene alguna ventaja á cambio de sus votos. De aquí que el Canciller, que está por encima de los partidos, tenga que apoyarse unas veces en los nacionales-liberales y otras en los conservadores. Son éstos, en el actual Reichstag, más numerosos que aquéllos, y la *Real politik* «política positivista» predicada por Bismarck y practicada por Bülow, ha obligado á éste á prometer á los conservadores agrarios la restauración del régimen proteccionista. El conde de Posadowsky-Wehner es el campeón de las doctrinas agrarias en el Ministerio imperial, como Miquel lo era en el prusiano. La solución del asunto llamado de los doce mil marcos ha sido por demás extraña. El canciller declaró que se trataba de una gravísima falta, pero que el ministro del Interior merecía toda su confianza, y Posadowsky confesó que había aceptado el dinero para hacer propaganda antisocialista y que volvería á hacerlo cuantas veces hallara ocasión. ¿Se quiere más claro?

Por graves que estos problemas sean, en realidad, ni Guillermo II, ni mucho menos von Bülow, se han hallado aún frente á ningún conflicto interior ó exterior del cual pudiera depender el porvenir del Imperio. En la fecha, quizá muy próxima, en que eso suceda, ¿estarán ambos á la altura de su misión?

Juzgar á los hombres políticos por las esperanzas que despiertan, equivale á profetizar la Historia; sin embargo, los primeros actos del nuevo canciller le acreditan de hombre respetuoso de los derechos del Parlamento, y esto es una garantía de que mañana no fiará sólo en sus propias fuerzas.

Las enseñanzas de China.

La intervención alemana en China, tan fácil y provechosa en los comienzos, sirvió al Emperador y á las clases más altas del Imperio para justificar la gloria militar purísima, pero incruenta, del actual reinado. El resto de la opinión alemana, que era también la mayoría, miró siempre con desconfianza, cuando no con hostilidad, una aventura internacional tan improvisada y de éxito tan problemático. La agitación boxer y el asesinato del Embajador alemán dieron ocasión al Kaiser para pronunciar unos cuantos discursitos inyectados de sangre retórica, predicando «una Cruzada que lleve á China la civilización cristiana». El suceso ha dado la razón á los escépticos. En primer lugar, el único triunfo militar de la expedición, la toma de Pekín, se debe tanto por lo menos como á los alemanes á los japoneses y á los indios, que tampoco son cristianos precisamente; en segundo lugar, los consejos feroces de Guillermo II han sido ejecutados tan al pie de la letra por sus tropas, que, narradas esas hazañas en las que se llaman «Cartas de los Hunos», escritas por los mismos soldados y publicadas por la prensa radical, han dejado en situación bastante ridícula á los que de veras creyeron en el amor paternal que profesaba el Emperador á los boers y demás pueblos oprimidos.

En China han demostrado también repetidas faltas de táctica y dificultades de administración que, desde el 70 hasta hoy, el ejército alemán antes ha decaído que progresado. Hubo algo más grave: temeroso el Gobierno alemán de que el Reichstag se negase á votar el crédito necesario para los enormes gastos de la expedición que habían ya consumido los 32 millones de marcos, *superávit* del anterior presupuesto, emitió, en bonos del Tesoro, un empréstito de 80 millones de marcos, cosa ya grave en sí, pero que agravaron aún más tres circunstancias: no se pidió autorización al Parlamento, arrebatándole su elemental prerrogativa; el empréstito fué exclusivamente cubierto por los Estados Unidos, y, por último, su importe no se destinó francamente á cubrir los gastos de la expedición, sino á «necesidades perentorias», lo cual equivalía á volver á empezar. El pueblo y el Parlamento tuvieron el sentido político de comprender que en una cuestión internacional no era patriótico dejar al Gobierno en la estacada, y se contentaron con disparar

contra el Canciller, el cual, retirado en sus tierras de Rusia, se enteraba tarde y mal de los acontecimientos. El Emperador le obligó á dimitir y nombró al Conde de Bülow para sucederle. El elegido se presentó ante el Reichstag entonando el yo pecador: la conducta pasada era un escarnio del Parlamento y no se repetiría jamás; pero siendo ya irremediable la falta, se imponía el perdón; con suma habilidad logró empujar los debates hacia el aspecto teórico del asunto, y después que unos cuantos Diputados hubieron hecho gala de su erudición histórica, el Reichstag votó primero el *bill* de indemnidad de los gastos hechos, que en 1.º de Abril ascendían á 153 millones de marcos, y después un nuevo crédito de 100 millones.

El asunto de los 12.000 marcos y los compromisos agrarios del nuevo Canciller le han enajenado la voluntad de socialistas y liberales, y es muy difícil que salga con igual fortuna de los dos problemas cuyo planteamiento se avecina: el del canal y el arancelario; pero antes de exponerlos, bueno será decir algo de la composición y tendencias del Reichstag, que es, en definitiva, á quien incumbe su resolución.

El actual Reichstag.—Los partidos alemanes.

Elegido en 1898, está destinado á durar hasta 1903, si algún suceso no lo estorba, lo cual hoy, al menos, parece improbable. Entrán á formarlo quince fracciones distintas á más de los catorce Diputados independientes, á los cuales llaman los alemanes *Wilden*, salvajes. La menor de todas ellas es la danesa, que consta de un solo Diputado, Johannsen, reelegido invariablemente desde la creación del Reichstag, representando á los elementos del Schleswig, que protestan de su anexión á Prusia. La Liga de los agricultores, *Bundder Landwirte*, partido que nació en Febrero del 93, á consecuencia de la baja de los trigos ocasionada por la política librecambista de Caprivi, tiene tres Diputados, agrarios radicales, enemigos de la riqueza mueble é industrial, y que, siguiendo los consejos de Ruprecht, obscuro propietario de Breslau, iniciador de la idea, antes que liberales, ultramontanos ó conservadores, son «defensores de los intereses de la agricultura». Próximos á éstos, con cinco Diputados, están los *Banerubundler*, ligueros rurales que representan los intereses de las pequeñas propiedades territoriales, y reclutan, como aquéllos, sus partidarios en los distritos del Este. Los demócratas forman el *Volkspartei*, que nació al calor del movimiento del 48, reclaman el establecimiento del sufragio universal y del jurado; son contrarios á la hegemonía prusiana y al militarismo, y piden libertad para la prensa, la asociación y las reuniones. Muy debilitado este partido con la formación del Imperio,

no trajo al primer Reichstag más que dos Diputados y el 87 ninguno; pero en el actual tiene ocho, dirigidos por Payer, y representantes de los distritos de Wurtemberg, en cuya capital, Stuttgart, reside el núcleo mayor de sus partidarios. Forma *cartel* con la fracción liberal demócrata, y ambas votan, generalmente, de acuerdo. Ocho Diputados cuenta también el partido de la Alsacia-Lorena. Cuando en 1874 prorrogó, por fin, Bismarck el derecho común á los territorios recién conquistados, eligieron éstos 15 Diputados, que se limitaron á protestar, ante el Reichstag, de la anexión, retirándose después; pero poco á poco nació allí un partido que se llamó autonomista, y que, cediendo ante los hechos consumados, pretendía formar entre las fracciones de oposición y obtener las mayores ventajas posibles. A él pertenecen esos ocho representantes que votan, en su mayor parte, con el centro. Unidos á éste se hallan también cinco de los nueve Diputados *Welfeu*, otro de los partidos de *protesta nacional*. De los países anexionados á Prusia el 66, que fueron: Hesse-Cassel, Nassau, la ciudad libre de Francfort y el Hannover, sólo el último opuso resistencia al yugo prusiano, y el Rey se negó á admitir la indemnización (fondo *welfo*) que se le ofrecía. Secuestrado el capital por Bismarck, se destinaron sus intereses á pagar agentes secretos que persiguieran á esos reptiles dañinos hasta en sus guaridas».

Quando los reptiles no fueron ya un peligro, el fondo *welfo* sirvió para comprar á la prensa, y de entonces procede la denominación de *fondo de los reptiles*, generalizada hoy en Europa.

Viene luego, con 10 representantes, el *Deutsche-sozialen Reformpartei*, partido de la reforma social alemana, ó más claro, partido antisemita. En 1879 inició el Pastor Stocker, ya citado, una campaña contra la preponderancia social de los judíos, que no fué secundada por la opinión y mereció acres censuras del Kronprinz Federico; pero diez años más tarde logróse, por fin, la constitución de un partido cuyo programa fué una mezcla extraña de principios liberales y conservadores. Como el odio á los judíos era el único vínculo común á todos los antisemitas, las cuestiones de política interior provocaron entre ellos repetidas disidencias, en las cuales perdió la fracción sus mejores miembros, Ahlwardt, hoy independiente, y Forster, hoy conservador. Von Liebermann es el *leader* de los que perseveran.

La manía unitaria de Bismarck le había hecho extremar, en la provincia polaca de Posuania, las medidas de germanización antirregionalista; prohibió la enseñanza del polaco en las escuelas y compró las tierras de los nobles arruinados, revendiéndolas, en pequeñas parcelas, á colonos alemanes; cuando

la Posuania, que no entró en la Confederación germánica, se vió obligada á formar parte de la del Norte, envió al Reichstag de la Confederación primero, y al Imperial después, un partido de protesta nacional, compuesto en su mayor parte por nobles católicos. El Conde de Caprivi se apartó, en este como en otros puntos, de la política de su antecesor, revocó las disposiciones antirregionalistas, que eran, además, ineficaces, y se atrajo al partido polaco, que desde 1890 es gubernamental. Cuenta hoy con 14 Diputados.

La historia y composición de los partidos liberales es algo más complicada. Encargado Bismarck en 1862 de la formación del Ministerio prusiano, no logró que la mayoría progresista del Landtag votase el presupuesto militar, lo cual no fué obstáculo para que constitucionalmente se cobraran los tributos, y como disuelto el Parlamento triunfasen por tercera vez los progresistas, se apeló al sistema de prescindir de la Cámara popular y gobernar con la más dócil de los señores.

Violentísimas fueron las protestas de la opinión, y la tirantez de relaciones entre el Rey y su pueblo hubiera podido acarrear grandes males, si la afortunada política exterior del Canciller no le hubiese atraído la voluntad del segundo.

Por entonces, 1866, Bismarck el *Funker*, el hidalgo prusiano, comprendiendo que sus auxiliares conservadores y agrarios se iban gastando, comenzó á abandonarlos por los grandes industriales, y una parte de sus amigos le siguió en la evolución. Con éstos y con los que vinieron de la izquierda se formó el partido *nacional-liberal* llamado de Bismarck, burgués, imperialista, hostil á la nobleza, al clero y á la burocracia, entregado por completo al Canciller, de quien mendigó alguna vez reformas liberales, resignándose con la frecuente negativa. El resto de los *progresistas* siguió con el nombre de *Fortschrittspartei* hasta 1884, reclutando sus partidarios en las grandes ciudades y en una parte del Schleswig-Holstein. Bismarck, apoyado en los nacionales-liberales, persiguió á los católicos durante el *Culturkampf*, y con motivo del primer atentado contra el Emperador en Mayo del 78, emprendió la campaña anti-socialista. Sus auxiliares vacilaron, pero el segundo atentado en Junio del mismo año evitó por el momento la crisis. Ya al siguiente iniciaba Bismarck la política socialista del Estado, abandonando á su vez la librecambista que hasta entonces sostuviera, y el partido se dividió en dos mitades: una, dócil al Canciller, y otra, que tomó el nombre de *Unión liberal* y acabó por fundirse en Marzo del 84 con el partido progresista para formar el que se llamó *Freisinnig*, liberal. El programa de esta fracción pedía en lo político instituciones análogas á las de los países latinos y era en lo económico defensora de la escuela de

Manchester, pero se diferenciaba del *Volks-partei* democrático por su carácter prusiano y su militarismo vergonzante. La cuestión militar originó su desmembración. Bismarck, con su nuevo sistema financiero, gobernó desde 1878, apoyándose en los conservadores y en el Centro católico; pero cuando en 1887, aprovechando la agitación boulangierista francesa, quiso renovar con un año de anticipación el *septenado*, católicos y *freisinnige* se negaron á votar la ley militar por más de tres años y medio, y el Reichstag fué disuelto. Triunfante, como arriba dije, el *Cartel* en las elecciones del 87, se hizo aún más conservadora la política del Canciller; pero con el advenimiento de Capriví cambió la situación, sintiendo algunos liberales la nostalgia del poder; y cuando en el otoño del 92 pidió el Gobierno un aumento en el ejército de 84.000 hombres por cinco años y medio, el Reichstag se opuso y fué disuelto. Unos, favorables al proyecto, formaron la *Unión liberal* con inclinaciones gubernamentales; los otros fundaron el partido liberal demócrata, *Freisinnige Volks-partei*, que evoluciona hacia la extrema izquierda. En el actual Reichstag tienen éstos 29 diputados; los nacionales liberales, 47, y la Unión liberal, *Freisinnige Vereinigung*, 12 representantes.

La familia conservadora alemana está partida en dos, pero debe de ser por gala, pues no hay entre una y otra rama ninguna diferencia substancial. Llámase la primera *Konservativ-partei* y cuenta 54 diputados; *Deutsche Reichspartei* ó partido del Imperio se denomina la segunda, que llevó en Prusia el nombre de partido liberal-conservador y ha obtenido 23 representantes. Son aquellos herederos directos de los que sostuvieron á Guillermo I y á Bismarck en su lucha con el progresismo. Dueños de grandes predios en las provincias orientales, entusiastas de la hegemonía de Prusia, de acendrado y tradicional ministerialismo, disfrutan los más altos cargos y tienen fama de colocar á deudos y amigos en los mejores puestos, *conservando* antes que nada la prosperidad de la propia familia. En otros países no disfrutaban los conservadores ese monopolio.

El partido del Imperio es también prusiano y predomina en las provincias centrales, sobre todo en la Silesia. Sus representantes votan alguna vez contra el Gobierno para justificar el mote de liberales que un tiempo se pusieron á sí propios, y así ocurrió en 1892, con motivo de la reforma escolar ya mencionada.

Pero el programa de ambas fracciones es idéntico: unión íntima del Estado con la Iglesia evangélica; instrucción religiosa en las escuelas; Monarquía de derecho divino, *asesorada* por el Parlamento; celosa conservación de las instituciones históricas dentro de la propiedad y de la familia; protección aduanera

para la riqueza nacional; intervención del Estado en el problema obrero y fomento de los gremios á la antigua usanza; nada de transacciones con los enemigos del orden social.

Conservadores y nacionales-liberales, unidos casi siempre, forman la derecha del Parlamento, y entre ellos y las fracciones de la izquierda fluctúan católicos y socialistas, alternativamente halagados por los gobiernos.

Nada menos que 56 diputados trajeron los *Social-Demokraten* á este Reichstag, aunque después han sufrido la gran pérdida de Liebknecht. La historia de esta fuerza y su programa son harto conocidos para que me entretenga en hacer aún más extenso este artículo. Unidas en el Congreso de Gota del 75 las dos ramas afines, la de la derecha fundada por Lasalle, que llegó á tener coqueteos con Bismarck, y la de la izquierda francamente revolucionaria, capitaneada por Bebel y Liebknecht, formaron juntas el partido socialista obrero que, oprimido por Bismarck, obtuvo 24 diputados en las elecciones del 90, cuando caducaron las leyes de represión, y 44 en las del 93. Si se planteara el sufragio universal ó se rectificase la división electoral del Imperio, aumentaría quizá en veinticinco puestos. Su tendencia es, sin embargo, á hacerse más gubernamental cada día, desde que no ve en el régimen existente un obstáculo insuperable para el logro de sus ideales.

El *Centrumspartei* se constituyó como tal partido en el *Landtag* prusiano de 1870 y tomó su nombre en el primer Reichstag imperial, al cual trajo 63 diputados. Empezó protestando de la pérdida del poder temporal del Papa y ha seguido después apoyando ó moviendo todo lo que pueda favorecer los intereses de la Religión, la Iglesia ó el Pontificado. Guiados los católicos por el ilustre Windthorst, diputado *Welfo*, tonificados por la persecución de Bismarck y de su ministro Falk, trajeron 100 diputados el 84 y tienen hoy 109, sin contar los del partido de la Alsacia Lorena y del *Welfo*, que votan casi siempre con ellos. El Presidente del Reichstag, conde Ballestrem, pertenece al Centro, y el Dr. Lieber es hoy la personalidad más saliente de la fracción. En las cuestiones de política interior que no afectan al catolicismo, no siempre coinciden las opiniones de todos, y conservan la libertad del sufragio sin que por ello se entienda relajada la disciplina. Contra el tratado de comercio rumano votaron 41 representantes del Centro y en pro los restantes. Cosa análoga ocurrió al discutirse el tratado ruso. Han logrado ya la readmisión de casi todas las Ordenes religiosa, y el 97 obtuvieron por segunda vez de la Cámara la revocación de la ley que expulsaba á los jesuitas, moción que fué luego rechazada por el *Bundesrat*. La fuerza de este partido radica en Baviera y en las provincias católicas de Prusia y Baden.

El *Landtag* prusiano ó Cámara popular tiene análoga composición á la del Reichstag; pero como no se discuten los asuntos en ambos Cuerpos simultáneamente, tropiezan á veces los gobiernos con la dificultad de tener que apoyarse en la derecha prusiana mientras combaten la derecha imperial, ó viceversa. Tal ocurrió con la cuestión del Canal, íntimamente enlazada con la aduanera, que es ó va á ser muy pronto la de actualidad.

Los canales de navegación.

Hace más de veinte ó treinta años que se agita en Prusia la opinión para lograr la construcción de un Canal que comunique las dos grandes vías fluviales del Este y el Oeste, el Elba y el Rhin, prestando facilidades al cambio de los productos industriales de aquella región por los agrícolas de ésta, y enlazando los dos sistemas de canalización que tienen por base aquellos dos ríos respectivamente. El coste de obra tan considerable retrajo por mucho tiempo á los gobiernos, hasta que el Emperador tomó el asunto por su cuenta y prometió á los interesados la satisfacción de sus deseos. En la segunda mitad de la legislatura del 99 se presentó al *Landtag* de Prusia el oportuno proyecto, que, muy bien recibido entre los liberales ligados á la industria por sus intereses particulares, tuvo desde el comienzo la hostilidad de los conservadores y nacionales liberales, agrarios en su mayoría. Las razones que determinaron la conducta de los últimos eran cuatro, á saber: los 250 millones de marcos, coste mínimo de la obra, implicaban, por una parte, nuevos tributos, y por otra, dificultad para lograr el auxilio del Presupuesto que la Agricultura necesita y pretende obtener; en segundo lugar, demuestra la experiencia que la facilidad de comunicaciones con una región fabril convierte á los centros industriales en esponjas que absorben la población rural, disminuyendo y encareciendo la oferta de brazos agrícolas; en tercero, es evidente que la baratura con que en lo sucesivo podrían trasportarse los trigos nacionales alcanzaría también á los extranjeros sin poner obstáculo á la para aquéllos ruinosa competencia; y por último, viendo seriamente comprometido al Gobierno en el asunto, hallaban en él un arma de defensa para cuando se discutiese la cuestión aduanera.

Oponíanse también al proyecto: los representantes de Silesia, cuya nascente industria perdería el monopolio que disfruta en los mercados orientales, si á ellos tuvieran fácil acceso por el Canal los productos de la del Oeste; y las poblaciones del valle del Lippe, así como las costeras, porque el proyecto oficial no guiaba á través de ellas el cauce, sino por el valle del Ruhr; y á unos y otros daba alientos ver en la Secretaría de Hacen-

da á Miquel, el más importante de los ministros prusianos, que llevaba más de diez años á la cabeza de su departamento y demostraba con sus equívocos discursos inclinarse á los agrarios todo cuanto le permitía el respeto debido á los compromisos imperiales. El Centro pudo haber inclinado la balanza, pero deseaba obtener, en cambio, del Gobierno una reforma que modificase la base plutocrática del derecho de sufragio municipal, á lo cual se oponían los nacionales-liberales y también los conservadores, éstos con el único objeto de enemistar el Centro con el Gobierno. Después de muchas alternativas, y cuando se iba á proceder á la segunda lectura, con motivo de la inauguración de un canal desde el Rhin á Dortmund, pronuncia el Emperador un discurso anunciando que él y su Gobierno han adoptado la resolución *firme é irrevocable* de prolongar aquel ramal hasta el Elba; el *Landtag*, sin embargo, rechaza el proyecto por algunos votos, y Miquel vuelve á cerdear en sus discursos. A nadie extrañó ya que después de la tercera lectura fuese rechazado el proyecto por dos tercios de mayoría.

Se habló de crisis ministerial, pero el Emperador no quiso, en esta como en otras ocasiones, permitir que pudiera creerse el Parlamento árbitro de la existencia ó composición de los Gobiernos. Se habló también de disolución del *Landtag*; pero aparte de que hubieran triunfado con ligerísima diferencia los mismos representantes, habríase ofendido con ello á los partidos de la derecha, sobre los cuales se apoyaba el Gobierno imperial en el Reichstag para las cuestiones entonces pendientes: la ley Heinze, la de protección á los obreros que no quieren holgar, y la de aumento de la Armada. Por eso el Emperador se contentó con censurar en el Mensaje de clausura la oposición hecha al Proyecto y con prometer que volvería á presentarlo. El arma era ya esgrimible; y los agrarios se han dado ya tan buena maña, que la legislatura de 1900 transcurrió sin que se renovase el Proyecto, y hoy sabe el Gobierno que sólo conseguirá su aprobación á cambio del aumento de los derechos arancelarios para los trigos extranjeros, lo cual equivale á no poder renovar los Tratados de Comercio. Inútil fué para vencer la tenaz resistencia de los agrarios que el Gobierno dejara cesantes en los cargos que desempeñaban á cuantos diputados votaron contra el Proyecto; inútil la caída del Ministro de Interior, Recke, y del de Instrucción y Cultos, doctor Bosse; inútil la amenaza de obligar á dimitir á Miquel; inútiles las promesas hechas por el nuevo Canciller de satisfacer cuando llegue el caso las pretensiones aduaneras de los agrarios: éstos no quisieron perder su garantía. En la legislatura actual, el Proyecto se presentó de nuevo, pero adicionado. Prometía el Gobierno, para atraerse á los representantes de provincias orientales, ca-

nalizar algunos de sus ríos, y para atraerse al Centro, canalizar también el Lippe, que atraviesa distritos donde tienen mayoría los católicos. La Comisión preparatoria tomó del Proyecto las adiciones y rechazó lo principal; el Emperador cerró bruscamente la Cámara y exigió á Miquel su dimisión. Esta es la situación del día. Los derechos sobre los cereales son ahora de 3 marcos 50; algunos agrarios piden que se aumenten hasta 5 ó 6 marcos, otros hasta 7,50. ¿Qué harán el Emperador y su Gobierno? ¿Enemistarse con los partidos de la derecha, y alterar la tradición política de este reinado yendo á buscar el apoyo de liberales y socialistas, enemigos del militarismo y de las aventuras exteriores?

¿Acceder á las demandas de protección agrícola, determinando la clausura de nuevos mercados cuando empieza á ser aguda la crisis industrial por que atreviesa Alemania, cuando á los gastos del Ejército se suman los de la Armada y los ocasionados por la expedición á China, y cuando Italia, Austria, Rusia y los Estados Unidos anuncian una guerra aduanera, que degenerará por fuerza en enemistad política?

No es que crea yo que este asunto ponga en riesgo la unidad política de un Imperio, en el cual son tan escasos y débiles los gérmenes separatistas, pero sí amenaza tal vez su porvenir histórico; porque ó miente la experiencia, ó no es posible rivalizar á un mismo tiempo con la industria sajona y con la agricultura de los pueblos más fértiles de Europa y América, con la potencia militar de Francia y Rusia y con la naval de Inglaterra y los Estados Unidos; porque no es fácil salir con bien de arriesgadas aventuras internacionales, cuando se ofendió por igual á todas las grandes Naciones, como si la prosperidad inusitada no fuera ya ofensa bastante; y porque rechazando por sistema las pretensiones de los partidos avanzados, no se puede gobernar, enajenándose, además, la voluntad de las clases conservadoras.

GABRIEL MAURA GAMAZO

LA CATEDRAL DE LEÓN

SU ORIGEN HISTÓRICO Y ARQUEOLÓGICO

Muchas y muy justas alabanzas ha merecido de propios y extraños esta insigne catedral por su hermosa grandeza, por lo puro de sus líneas, por su simplicidad en la construcción, por la riqueza de su escultura, por la suntuosidad de sus vidrieras, por su rica sillería de coro, y, últimamente, por su ya famoso palimpsesto con el Código de Alarico, que descubrió el diligentísimo profesor de Viena D. Rodolfo Beer; pero también se puede asegurar que no tenemos en España otro monumento que haya sido más controvertido por los historiadores, por los arqueólogos y por los *amateurs* de todas clases, condiciones y nacionalidades. Los historiadores aseguraban, con documentos de los archivos, que el fundador de tan magníficas fábricas era Ordoño II, y apoyaban su opinión con otros documentos de piedra: como el sepulcro del mismo rey, situado en el eje de la iglesia, á espaldas del sitio que debió ocupar la *Cathedra* ó silla del obispo; la estatua de ese mismo Ordoño II en actitud de sacar la espada para castigar á su mayordomo, más otra estatua que ha desaparecido y que estaba sobre ménsula en una de las pilas del crucero; representando á ese mismo mayordomo en actitud de huir aterrado. Pero los arqueólogos, á su vez, afirmaban que esta maravilla del arte ojival no podía ser anterior al siglo XIII, y, por consiguiente, sin negar que don Ordoño fabricase una catedral, aseguraban que debió ser otra. Hoy, á Dios gracias, se acabó toda controversia por este lado, con el descubrimiento que hizo D. Demetrio de los Ríos de casi todos los cimientos de la iglesia del siglo X, soterrados próximamente á un metro del plano de la actual catedral, y de los que, con gran acierto, levantó su correspondiente planta.

Pero si acabó la controversia entre historiadores y arqueólogos en lo que se refiere á la fecha y si fué D. Ordoño ó Alfonso IX su fundador, no ocurre lo mismo con el carácter de su fábrica, que los más adjudican á la escuela francesa, por el gran parecido que tiene con las del Norte de Francia y, además, porque muchos han dicho, como el Sr. Lampérez, que «la catedral legionense es un monumento sin premisas en España».

Esto, en absoluto, no lo creemos exacto, si por premisa se entiende «la señal ó indicio por donde se viene en conocimiento de alguna cosa ó se infiere ésta».

Efectivamente: la catedral de León es un modelo puro del arte ojival desde su primitiva traza, sin mezcla alguna de románico de transición, ni sin transición; pero porque no se conozca hoy dónde ó cuándo se pudieron hacer los estudios previos para llegar á esa evolución del arte, no se puede asegurar que no se hicieran, pues sería esto tanto como decir que la catedral legionense era de generación espontánea, ó, volviendo al argumento primero, calificarla de un remedo más ó menos fiel de lo hecho en otra parte, y, como es consiguiente, por maestro extranjero; y esto, precisamente, es lo que dudamos.

Sin que nosotros aseguremos, en modo alguno, que el Pedro Cebrián que aparece como maestro de la catedral en 1175 sea el que proyectó esta portentosa fábrica, podemos señalar tres iglesias, próximas á León, de la misma época (es decir, del tiempo de Pedro Cebrián), en las que constan, si no todos los estudios relativos á todos los problemas resueltos en la catedral de León, los más importantes, los que podemos llamar primordiales, puesto que de ellos dependen los demás.

Son estas iglesias á que nos referimos Santa María de Sandoval, fundada en 1167; Santa María de Gradefes, de 1177, y la iglesia grande de Sahagún, ampliada por el abad Diego y concluida, en 1183, por el abad Domingo.

Tres particularidades notables tiene la iglesia de Sandoval, que brindamos á los arqueólogos españoles por lo que puedan interesarles: 1.º, las cuatro pilas del crucero, en las que resulta que las dos del lado de Oriente son muy parecidas, por su composición, á las de la catedral legionense, dado que tienen un baquetón fuerte á cada lado para el primer anillo de los arcos transversales del brazo y capilla mayor; otro más ligero, inmediato al anterior y separado por un diente, para razonar el segundo anillo de los mismos arcos, y, tras otro diente, un tercer baquetón, más bien tambor, para el diagonal de la bóveda, de que luego hablaremos. Pero lo notable aquí es que la pila Sudoeste constituye una masa informe hasta la altura de tres á cuatro metros, en que, de repente, y como si la última hilada fuese un plano de monte, aparecen los elementos de la pila ojival. ¿Por qué? Pues porque el estudio se había hecho (mejor, resuelto) en la pila Noroeste, en la que se ven los tanteos por los sillares labrados en su sitio, como lo demuestra la falta de despiezo apropiado; es decir, que esta solución, ó aspiración, se presentó en marcha ya la obra, y se suspendió el trabajo en las pilas de Oriente, hasta hallar la solución en las del Poniente; pero obrando sobre el terreno, no en el papel, por-

que de ser esto último, las cuatro pilas serían iguales, y no lo son.

2.º La originalidad, si así puede decirse, de la bóveda del crucero. Sobre esas pilas de que antes hablábamos, coronadas de rudos capiteles en que ya se inicia el tambor, arrancan los cuatro arcos torales, que son de medio punto; pero en el centro de esa especie de chaflán de la pila, y sobre las líneas de capiteles, se inicia otra pequeña pila, también con modestos capiteles coronados de imposta, y merced á la cual se eleva más de un metro el arranque del diagonal, resultando, no ya sólo la bóveda gótica, sino una de más elevación en su centro, con todo el aspecto de bóveda *domatical*. Se nos olvidaba decir que desde el centro de los arcos arrancan otros cuatro nervios, siendo, por consiguiente, ocho en la clave.

3.º La circunstancia, no menos notable, de conservar los gabletes en que terminaban los cuerpos altos principales de fachada antes del suplemento para la nueva cubierta.

Santa María de Gradefes no la describimos; pero se nos ha de permitir llamar la atención sobre las pilas del crucero (donde se repite el mismo caso de Sandoval), las bóvedas, todas de crucería, ojivales, y las no menos raras tres capillas del ábside, donde cabían cinco. Sin duda la tradición era una capilla por nave, ó no tenían reliquias, ó santos á que dedicar las otras dos. En esta iglesia no había cuando nosotros la visitamos más imágenes que el crucifijo del altar principal, único en que, al parecer, se celebraba.

La famosa iglesia de *San Benito de Sahagún* ha desaparecido completamente, para desgracia del arte y vergüenza de España; pero la Comisión de Monumentos de León sacó algunas fotografías, realizó estudios y levantó planos, que están de manifiesto en una de las salas del Museo. Era una iglesia inmensa para aquellos tiempos; las pilas, de tradición cruciforme, pero prolongados los palos de la cruz, lo que daba lugar á un nuevo diente, sobre el que apoyaba el diagonal. En los muros, estos diagonales insistían en ménsulas, capiteles y cabezas de carácter extraño. Las ventanas, todas románicas, pero los formeros de los muros de arco apuntado y, en los lienzos de los ábsides, arcos significados de herradura con dos anillos. Había algún capitel con tambor, los más de tradición románica, así como las impostas; en cambio, las basas que hemos podido ver, todas bajas y con una pequeña garganta en lugar de la escocia, etcétera, etc.

Véase, pues, cómo, sin citar San Pedro de las Dueñas, monasterio próximo á Sahagún, ni la parroquial iglesia del mercado de León y otras en que, en este mismo siglo XII, se realizaban trabajos preparatorios del arte ojival (girolas, pilas, ar-

cos, bóvedas y capiteles con tambor), como decimos, no se puede asegurar en absoluto que la catedral legionense sea un monumento sin premisas en España.

Tal es nuestra modesta opinión, que sinceramente expone-mos y que celebraríamos no fuese rectificad; y no por vanidad de nuestro criterio, sino por lo que se refiere al arte ojival en España, mejor dicho, al arte ojival español, pues no podemos creer, á la vista de tamaños tanteos, que fuese exclusivamente francés ó germano. A lo menos, habría que confesar que los franceses ó alemanes encargados de la construcción de nuestros monumentos, andaban tan á ciegas como los españoles mismos, como si no dominasen el arte ojival.

Pero vengamos ya á describir la catedral de León, objeto preferente de este artículo.

ESTRUCTURAS

Grande es la plaza que por Occidente y Mediodía permite ver tan hermoso monumento; pero aun así resulta pequeña para dominar con la vista la fábrica, y hay que ir de un lado á otro para enterarse de tanto relieve y tanta filigrana como solicita la atención. Para juzgar de su grandeza y proporciones hay que salir de la ciudad y escoger uno de los varios puntos en que se ve á la iglesia dominando la masa del caserío, con sus altas torres, hastiales, pináculos y cresterías; sólo así, á distancia, y perdiendo detalles, es como se puede formar juicio de su magnificencia y composición. Sobre todo por el Oriente, por el ábside, es de un efecto que jamás se borra de la memoria, visto una vez.

Su planta es la usual; la cruz latina, sin más particularidades que la de tener las torres replanteadas fuera de las naves (lo que permite erguirse limpia la nave mayor entre las torres) y la de volver las naves menores en los brazos del crucero. Al extremo de los brazos tiene portadas, y á los pies de la iglesia pórtico. Esto en lo que se refiere á la catedral propiamente dicha; pues entre ésta y el claustro existe una capilla larga, la de San Andrés (que algunos han llamado anteiglesia), sin que la mayoría sepa á qué se debe esta rara adición. Hemos de decir también aquí que la de León es, quizá, la sola catedral española que no tiene agregaciones, pues la única capilla que existe, la de Santiago, está fuera, y sin más comunicación que una pe-queñísima puerta en la capilla más reducida y más oscura del ábside, que sólo se percibe por la anteiglesia ó capilla de San Andrés antes citada.

Su estructura es de lo más elemental y sencillo que se conoce. Un manchón circular en las pilas intermedias, decorado con

seis baquetones ó columnas: una para el arco transversal de la nave menor, dos laterales para los formeros de los arcos de comunicación entre naves, y tres al frente de la nave mayor, de los que el central, más grueso y saliente, sube hasta el arranque del transversal de la bóveda alta, y los otros dos, más delgados, son para los diagonales de esa misma bóveda. En las pilas torales, el manchón es de figura trapezoidal, con los mismos elementos constructivos; salvo que aquí hay uno más, por tener los arcos torales tres anillos, mientras que en los arcos de comunicación sólo hay dos aparentes. En los muros de cerramiento, un gran zócalo corrido, de dos y medio á tres metros de altura, decorado con alegantes arcaturas, coronadas de enérgica imposta; y á esta altura, un andito que atraviesa las pilas. El frente de éstas, que avanza en la línea general del basamento citado, se compone de cinco baquetones: el del medio para el transversal, los dos inmediatos para los diagonales y los otros dos para los formeros de ventanas, si tal puede decirse de un hueco sin muro. Esta misma disposición razonada corre por toda la iglesia, ábside inclusive, sin más que pequeñas variantes á que obligan los cambios de planos en la cabeza del templo: tal como ser elípticas ú oblongas, en vez de circulares, las pilas intermedias del ábside, etc.

En la nave mayor y sobre los arcos de comunicación de las naves, otra imposta que corre por toda la catedral como un plano de nivel necesario, y que señala también por el exterior. Aquí el triforio calado y corrido; sobre el triforio, otra imposta con el escamado de ventanas, que permite otro paso por el exterior, y á los dos metros y medio los capiteles que coronan los pilares y de donde arrancan los arcos generadores de la bóveda. A los pies de esta gran nave, como á los extremos de los brazos, las puertas, el triforio calado y encima una gran rosa; de modo que no quedan paños de muro donde poder pintar más que á espalda de los grandes tímpanos de las portadas, ó sea en la parte comprendida entre los vanos de las puertas y el triforio. Lo demás, ó es pequeño y dividido, como las enjutas de los arcos de comunicación, ó está calado, salvo aquellas partes próximas al ábside, en que no se pudieron hacer ventanas porque lo impedían por un lado el tesoro y por el otro la capilla de San Andrés, pero en los que se simularon los huecos con todas sus estructuras.

Por fuera, el basamento contra los contrafuertes, que son estrechos y muy salientes; las ventanas coronadas de cornisa, con *crochets*, y éstas de antepechos calados; luego siguen los contrafuertes, hasta recibir los arbotantes, coronados por dos pináculos cada uno. Al fondo, las ventanas altas con sus gabletes, rosetones ciegos, cornisa, antepechos calados y pináculos.

Tales son, en líneas generales, los elementos de esta gran-

diosa máquina. Su manera de funcionar es muy sencilla también, y para mejor inteligencia de los que no tienen costumbre de estudiar estas construcciones, simularemos que los miembros arquitectónicos no son de piezas articuladas, sino de pies derechos y cerchas de madera. Esto admitido, los pilares de fábrica simulan pies derechos; los arcos diagonales y el transversal de la nave, cerchas que apoyan en el capitel y con todo el peso de la bóveda empujan el pie derecho hacia fuera; pero este empuje está contrarrestado por los dos arbotantes, uno á la altura de los capiteles y el otro en los riñones de la bóveda, todo ello en el sentido transversal. En el longitudinal lo aseguran los arcos de comunicación entre naves y los formeros de ventana, más el andito del triforio y el de ventanas altas, que, referidos á construcciones de madera, funcionarían como correas; de modo que es casi imposible el desplome, ya se considere como pilar, ya como pie derecho. Pues esto mismo, sin más variante, ocurre en las naves bajas y en toda la complicada máquina del ábside. Donde existe un empuje, existe también un contrarresto ponderado; y cuando se estudia ese modo racional de funcionar la fábrica, es cuando se comprende que, á no fallar la resistencia de los materiales ó poner sus manos pecadoras un profano ó una corporación caprichosa, hay monumento por los siglos de los siglos.

Estas consideraciones nos llevan, como por la mano, á tratar de las causas de la ruina de la maravillosa basilica.

RUINA.—SUS CAUSAS

Según unos, se inició por la poca firmeza del terreno sobre el que se fundamentaron las pilas intermedias de Oriente, en el brazo Sur, lo que dió lugar á que se bajase el pilar, se arruinasen las cuatro bóvedas que apoyaban en la pila media y se moviesen, en más ó en menos, las inmediatas. Según otros, la ruina se debe al terremoto de 1755; pero los más convienen en que la verdadera causa fué la caprichosa idea de construir una gran cúpula con su correspondiente linterna (que se esperaba diese mucha magnificencia á la catedral), sin contar con que las pilas torales no estaban aparejadas para recibir tan gran balumba como representaban las torrecillas y pináculos que habían de contrarrestar (una buena parte en falso) los empujes de la media naranja.

Pero antes de analizar estas causas, séanos permitida una aclaración que juzgamos pertinente en este momento, y es que la cúpula no falló porque no resistiesen las pilas y arcos torales, sino porque, siendo su sección pequeña, no cabían todos los elementos necesarios, y ya hemos dicho antes que una buena

parte de ellos estaba al aire, en falso ó poco menos. La mejor prueba de la firmeza y estabilidad de la fábrica de la catedral, nos la dió el inolvidable arquitecto D. Juan Madrazo, cuando, con todo conocimiento, estableció en la nave mayor y brazos su famoso encimbrado (que apoyaba en el andito del triforio), sin el menor detrimento ó resentimiento de esas pilas, que parece mentira puedan resistir hoy el esfuerzo y peso de la bóveda y cubierta. En aquella ocasión se demostró cumplidamente que podían con toda esta carga, más el número considerable de metros cúbicos de madera que tenía el encimbrado referido, y otra no despreciable que, en parte, contrarrestaba el interior y servía de andamio al exterior, pero que también apoyaba en el durmiente del triforio. Fué esta una prueba de *padre y muy señor mío*, como vulgarmente se dice, un peso superior por todos conceptos.

Pero volviendo á las causas de la ruina, diremos que, ya fuera porque fallase el cimientó de la pila media al Oriente del brazo Sur, ya porque cerchó la pila toral Sudeste, es lo cierto que se restauraron pilas intermedias y bóvedas y no hubo ya más movimiento por este lado, de modo que aquí no resultó sino un trastorno parcial y sin consecuencias para la estabilidad general del monumento.

No sucedió lo mismo con la desdichada construcción de la media naranja del arquitecto Naveda. Desde 1733, en que este arquitecto se encargó de su ejecución, hasta que en 1860 (más de un siglo) desbarató Laviña toda esta pesadumbre que abrumaba la catedral, se puede decir que no hubo un día de descanso en la ruina, que por momentos adelantaba.

Sintetizando, para no ser difusos, podemos decir que la ruina se debe, principalmente, á la ignorancia en que estaban, respecto del modo de ser de estas construcciones, los arquitectos que intervinieron en las diversas obras realizadas en los frontones ó hastiales de Poniente y Mediodía y, sobre todo, en la desdichada cúpula y su linterna.

Pero si se han considerado justas cuantas recriminaciones se han hecho á los arquitectos que intervinieron desde 1631 hasta 1859, año en que D. Matías Laviña se encargó de la restauración; en cambio, los restauradores todos, desde esta fecha, cuál más cuál menos, se han distinguido con obras que merecen el aplauso general.

ARQUITECTOS RESTAURADORES

Don Matías Laviña, á más de desmontar con acierto sumo aquella desgraciada cúpula y linterna y todo el brazo Sur, hastial inclusive, hasta su nacimiento (sin el menor tropiezo y sin

que hubiera que lamentar ningún accidente en obra de tanto compromiso por su altura y desintegración de arcos y bóvedas), dejó también entibados los arcos que más amenazaban ruina, atirantados otros, apuntalados los muros de la nave alta y convertido en elemento útil para la reconstrucción el andamiaje provisional utilizado en el derribo. Por lo que toca á la reconstrucción, llegaba al triforio cuando, ya muy achacoso por la edad, le sorprendió la muerte en Enero de 1868.

D. Andrés Fernández Callejo, que le sucedió por breve tiempo, organizó muchos servicios, arregló el local de oficinas (que se puede decir no existía antes) y labró alguna piedra; pero no colocó un solo sillar.

En Febrero del año siguiente, 1869, fué nombrado D. Juan Madrazo y Kunz, que en realidad ha sido el verdadero restaurador de la catedral, el primer arquitecto que conoció sus estructuras, dió la norma, levantó el espíritu público, de las Academias y del Gobierno, formó escuelas, y, por consiguiente, pudo realizar el milagro de la restauración.

Era este insigne arquitecto discípulo de la Escuela de Madrid y de su padre, que fué un gran maestro director de Bellas Artes. Había viajado mucho y con fruto, según luego se vió; conocía en su conjunto, como en sus menores detalles, todos los monumentos principales de la Edad Media de Francia, de España y de Inglaterra, donde también residió; así es que, cuando hubo de encargarse de la basílica leonesa, se puede decir que ya la conocía de antiguo.

Su primer cuidado y, por consiguiente, sus primeras obras se dirigieron á asegurar con cimbras los arcos más necesitados de apoyo; y con piedras elevó los dos caracoles y contrafuertes del ángulo Sudoeste de la nave y brazo Sur, para restablecer el arbotante de la nave alta, que Laviña había sustituido con vigas; las cuales, por su mucho tiempo y por estar á la intemperie, ofrecían poca seguridad. Había aquí, en rigor, un peligro constante, porque el arbotante referido era el que había de asegurar el muro alto en la parte cortada y que ya había empezado á moverse hacia afuera.

Interin se realizaban estas obras imprescindibles y del momento, se dedicó el Sr. Madrazo á un estudio serio y detenido de lo ejecutado por Laviña y de lo que faltaba por hacer; pues es de advertir que la Academia no había aprobado en todas sus partes los planos de D. Matías.

Muchos fueron sus apuros y sus escrúpulos al llegar á este punto. Por un lado, tenía que decir que lo hecho por su compañero debía desaparecer, por desconocimiento de la composición del triforio, y, sobre todo, porque imposibilitaba la construcción del hastial: declaración, seguramente, muy delicada

para un arquitecto de la caballerosidad de Madrazo, y más cuando pensaba lo mal recibida que sería por el pueblo la imprescindible demolición de la parte de triforio ejecutado. Para salvar su responsabilidad y llevar la convicción á la Academia de San Fernando, dibujó en ocho hojas: 1.º Los trazos y disposición del triforio de Laviña. 2.º Una copia exacta y muy escrupulosa de la disposición y despiezo del triforio antiguo del Norte, y, por último, el proyecto que en definitiva sirvió para la reconstrucción; acompañando á este trabajo una Memoria explicativa, tan razonada y convincente, que no sólo mereció la aprobación, sino también los mayores elogios de la Academia, y muy particularmente del ponente, quien manifestó ser incalculable el valor del proyecto por la habilidad y ciencia que representaba.

No podemos seguir describiendo paso á paso los trabajos de tan docto maestro, todos superiores, sin que omitiese nunca esfuerzos ni viajes y procurando siempre el mejor acierto en todas sus partes; pero si enumeraremos los principales, que son (á más del triforio): el de terminación del hastial del Sur; el de muros laterales y el de enjarjes, que comprendía las cinco hileras primeras sobre las torales y el famoso encimbrado, donde hay tanto que estudiar. Todos los proyectos iban acompañados de Memorias tan luminosas, que no valían menos que los dibujos.

Pero no quedó reducido á esto sólo la rica labor de Madrazo. Con el modesto nombre de restauraciones parciales, emprendió una serie de trabajos á cual más útiles para la fábrica y para los obreros mismos. De esta época datan la sustitución por relevo de muchos sillares de mala clase y de otros ya imposibles por obras improcedentes, sustituyéndolos con otros nuevos; para lo cual, y por lo muy delicado de la operación, eligió obreros que, constituidos en cuadrillas, se dedicaron á esta especialidad, logrando una destreza y una cohesión tan íntima de la fábrica nueva con la vieja, que causaba verdadera admiración aun en los menos peritos. Afecto también á este mismo capítulo del presupuesto, fué la construcción de nuevas bóvedas con sillarejos de piedra toba, arrancada de la montaña misma de León, en cuya labor tanteó Madrazo si serían más aptos para desempeñarla los albañiles, los canteros adelantados ó los simples mamposteros. Es decir, que para D. Juan Madrazo, tan estimable era la fábrica encomendada á su cuidado como el obrero mismo, á quien estimulaba constantemente con sus trabajos de empeño.

No menos escrupuloso fué en la elección de personal técnico afecto á las obras, pues, á más de la competencia, exigía condiciones especiales de carácter. Se procuraba, siempre que podía, un amigo animoso, no un subalterno que creyese haber cumpli-

do con su deber asistiendo puntualmente á las horas de trabajo y oficinas.

De otras muchas cualidades de su bello carácter pudiéramos hablar, como, verbigracia, su constante relación con los obreros, tan instruídos que no sólo sabían lo que llevaban entre manos, mas también lo que venía después. También podríamos detenernos á describir su finísima labor en la farmacia del Sr. Merino, en el Hospital provincial, en el anteproyecto de cárcel de partido, etcétera, etc. Pero todo ello nos apartaría del objeto preferente de este artículo.

En resumen, y por lo que á la catedral se refiere, D. Juan Madrazo dejó significados, cuando no resueltos, todos los problemas de la restauración, y creó un personal, lo mismo técnico que obrero, en condiciones tales de competencia y entusiasmo, que más ya no se podía pedir. También le cabe la gloria de haber conseguido una consignación de 23.000 duros anuales en el presupuesto general del Estado.

Sustituyó á tan inolvidable maestro D. Demetrio de los Ríos y Serrano, quien tomó posesión de su cargo en 20 de Marzo de 1880. Mérito suyo grandísimo fué haber sido fiel intérprete de los proyectos de su antecesor, lo mismo en la terminación del hastial Sur que en el otro proyecto de muros laterales. Profesor maduro y reflexivo, comprendió al momento que encontraba la obra en las mejores condiciones de organización, por lo que se limitó á estimular á unos y otros para que no decayese el entusiasmo y á sostener la noble emulación que observaba en las cuadrillas respectivas, ó sea las de la reconstrucción del brazo Sur, y las afectas á las restauraciones parciales; aprovechándose hábilmente de los descansos que esta confianza le proporcionaba para compenetrarse de lo que faltaba por ejecutar y del recto juicio de su antecesor, para lo cual tenía todos los estudios y luminosas Memorias de éste ordenadamente conservados.

El resultado no se hizo esperar; prosiguió con vigor los trabajos de sustitución por relevo, hasta dejar completamente limpios de jabelgos todos los muros del templo, y de ocre los capiteles; rehizo todas las bóvedas que lo necesitaban, que eran las más, y por el exterior arregló los arbotantes y contrafuertes y coronó de gabletes y cornisas todas las ventanas altas, en armonía con el proyecto de muros laterales del brazo Sur.

Interin se realizaban todos estos trabajos, fué pensando y proyectando el derribo y reconstrucción del hastial del Poniente, que más tarde realizó, previa la aprobación del proyecto por el Gobierno, oída la Academia de San Fernando. Á imitación de Laviña, estudió también la documentación del archivo de la catedral, de donde recogió curiosos datos; y últimamente pensó en la

restauración de las vidrieras antiguas y confección de las nuevas, sin llegar á resultados prácticos.

Tal fué, en sus líneas generales, la paciente y larga serie de trabajos realizados por el infatigable D. Demetrio, hasta primeros de 1892, en que falleció.

Termina la serie de arquitectos restauradores con don Juan B. Lázaro, hijo de la misma ciudad de León, joven de grandes alientos y muy entusiasta por la magnífica catedral de su pueblo.

Bien hubiera querido que á él solo se debiera toda la restauración; pero cuando se encargó de ella, ya casi todo estaba hecho por sus antecesores, en lo que se refiere á las obras de fábrica. Acometió, pues, con gran entusiasmo las obras complementarias de rejería, que no tenían poco que hacer, y con destino á ellas estableció talleres especiales con su sección de forja, de repujados y fundición de bronce, el enlosado general de la iglesia, muy deteriorado de antiguo, y más con las excavaciones practicadas por su antecesor, y, sobre todo (y aquí está la labor de verdadera gloria para el arquitecto leonés), emprendió el estudio y restauración de las tan grandiosas como importantes vidrieras de la catedral.

Las rejas de todas clases quedaron como recién hechas, y en el enlosado procuró imitar en lo posible las antiguas y grandes losas sepulcrales, que tanto carácter dan á estas fábricas. Respecto á las vidrieras, hemos de ser un poco más extensos.

Mucho, y ya de muy antiguo, se viene escribiendo acerca de los materiales y procedimientos empleados para la confección de estos mosaicos transparentes, y no son pocas las fábricas que se precian de haber conseguido el mejor éxito; pero la verdad es que siempre, ya por la naturaleza del vidrio ó de los colores, por los tonos de éstos ó por la pátina de los antiguos, resultaban las nuevas más esplendorosas y traslucientes, hasta ofender la vista, mientras que en las viejas domina una opacidad tal, que no molestan ni aun recibiendo los rayos del sol. Esto precisamente es lo que se trataba de obtener, á más del carácter de época, tanto en el diseño de las figuras como en la ornamentación.

Ya su antecesor, Sr. Ríos, se había ocupado en este asunto y aun llegó á estar en relación con casas extranjeras, como pensó también que quizá se pudiera hacer en España; pero le sorprendió la muerte sin hallar la solución. Nuestro joven arquitecto leonés, prescindiendo en absoluto de extranjeros, se puso en relación con el Sr. Rigal, que gozaba en Cataluña fama de artista y de excelente vidriero. Efectivamente: el Sr. Rigal recibió un panel antiguo, lo restauró y repitió de modo tan perfecto, que los más avisados no podían distinguir fácilmente cuál era el viejo y cuál el nuevo, no ya en su sitio, pero ni á la

mano. No hay para qué decir cuánta sería la alegría y el entusiasmo del Sr. Lázaro ante esta prueba tan decisiva, ni nosotros hemos de entrar en más detalles; baste saber que, no pudiendo trasladarse á León el Sr. Rigal por asuntos de familia, el arquitecto nombró al Sr. Bolinaga, un joven pintor leonés, para que al lado de aquel maestro aprendiese tan difícil arte, coronando el éxito este proyecto tan patriótico como generoso.

En esto tuvo su origen ese modesto taller de vidriería de que tan orgulloso se muestra León y que, con el auxilio del arquitecto Sr. Torvado (también leonés) y demás personal afecto á las obras, nos permite hoy contemplar la rica y numerosa colección como si por ella no hubiesen pasado los siglos, ni... los lonjeros.

No terminaremos esta reseña sin hacer una súplica. ¿No podrían publicarse los dibujos que tan escrupulosamente se hicieron para la restauración de las vidrieras? Sería una obra realmente beneficiosa para la historia y para el arte, y muy honrosa para el que la lleve á feliz término.

Hasta aquí lo que podemos llamar la parte histórica del monumento; veamos ahora la parte monumental y artística.

RACIONALIDAD Y RIQUEZA DE LA CATEDRAL

Hicimos antes referencia á los elogios que se han dedicado á este admirable monumento por su ligereza como fábrica, por sus proporciones de esbeltez, por la simplicidad de sus elementos constructivos, por la sobriedad y acierto de los decorativos, por la suntuosidad de sus portadas y, sobre todo, por la belleza y número de sus magníficas vidrieras. La verdad es que todo cuanto se diga será siempre poco en materia de alabanzas, inagotables y todas merecidas.

Traspasar el umbral por cualquiera de las portadas y quedar admirado de la grandiosidad de edificio; contemplar la altura y masa de las bóvedas sostenidas por elementos tan ligeros; encontrarse con una fábrica sin muros de cerramiento, ligera, aérea, rica, de arcadas numerosas, toda color, toda luz, y prorrumpir en una exclamación de asombro, es cosa inevitable.

Pero cuando se observan y analizan sus partes componentes: los zócalos, con sus basas que parecen aplastadas con tanto peso; los capiteles, decorados sobriamente con hojas nerviosas que avanzan del tambor para apoyar las partes salientes del ábaco; la ligereza y claro-oscuro de las molduras en los nervios de las bóvedas; la proporción de los arcos de comunicación; la gracia y ligereza del triforio, con sus columnillas y rosetas caladas; las altas ventanas, con sus tres rosetones lobulados y sus ligerísimos maineles, todo ello resulta tan preciso, tan racional, que pensamos que no puede ser de otro modo.

¿Cómo y por qué las gentes se dan tan pronto cuenta de este efecto?

Pues porque la fábrica está simplemente decorada con sus mismos elementos; no sobra nada, pero tampoco falta un perfil; no hay nada agregado y menos un postizo. Así se entiende tan fácilmente la primorosa construcción, siendo esta sobriedad y graciosa sencillez la característica de las producciones de obras de arte en el siglo xiii, lo mismo en la arquitectura que en la escultura y pintura, y por ello con tanta frecuencia se oye decir que la catedral de León es un modelo perfecto, un modelo tipo.

Y que en esto no hay exageración se demuestra sin más que observar cómo en el siglo xiv aumentan y varían los perfiles de sus molduras, se multiplican los nervios de sus bóvedas, los contrafuertes se decoran con hornacinas y figuras, crecen en tamaño, forma y número los pináculos y las gárgolas, todo, en fin, se enriquece, y en el siglo xv más, y en el xvi con delirante exceso; de gótico ú ojival no queda ya, en este último siglo, más que el nombre. En el arte, como en los ríos, es la corriente más pura en el origen que á larga distancia. Otro tanto ocurre con la escultura y pintura. En el siglo xiii, el artista atendía especialmente al espíritu, sus figuras se movían dulcemente, como dulce era la expresión de sus rostros; los paños, que bajaban hasta el plinto, eran escasísimos en los hombros y pecho y más abundantes abajo, para cubrir las formas con un pliegue característico que permitía ver el pie. En el siglo xiv las figuras aumentan de movimiento, de cuerpo y de paños, y hasta en los rizos ó bucles de sus cabelleras. En el xv y xvi se pierden las proporciones y se perdió todo, hablando en términos generales de este arte ojival.

ESCULTURAS

Como obras interiores ornamentales, que avaloran la fábrica, tiene esta iglesia varios sepulcros notables: uno á cada lado de la terminación de las naves bajas, á su vuelta en el crucero; otro en el ángulo Sudeste, y el de Ordoño II, con otros menos importantes, en el ábside, que no reseñamos por no hacer este trabajo interminable. También, por la misma razón, prescindimos de los del claustro.

Donde la escultura toma vuelo, donde realmente está la riqueza escultórica de la catedral es en las portadas, y muy principalmente en la del hastial del Poniente.

¡Lástima grande que las notabilísimas estatuas de la portada pequeña del brazo Sur no estén en la de Poniente, para completar en lo posible tan rico museo! Porque nos ahorraría andar de una á otra para describir la marcha ó desarrollo del arte escultural en los siglos xiii y xiv, dado que, si bien no faltan en esta

gran portada de Poniente esculturas del XIII, no son ciertamente del tamaño y de la evidencia de las seis grandes que se conservan en la del Mediodía.

Son estas seis estatuas ya bien conocidas. Su carácter distintivo es el ya indicado de sobriedad y sentimiento, esbeltez en las proporciones, dulzura en los movimientos y rostros, que miran de costado, y paños sencillos en su desarrollo, manifiestamente tomados del natural, pareciendo imposible haber llegado á esta perfección si se las compara con las usuales del siglo anterior; por donde viene á nuestra consideración lo que ya indicamos al principio, con motivo de las premisas. Pero las consideraciones que pudiéramos exponer con este motivo nos llevarían muy lejos, y las conceptuamos, además, impropias de este lugar.

En las portadas de Poniente tenemos este mismo tipo en las estatuas de los pilares en que apoya el pórtico, así como en los tímpanos y archivoltas inmediatas; con la particularidad de que los apóstoles que acompañan á la Virgen en el tímpano de la derecha, están copiados de modelos de paños mojados, según expresan la sequedad ó tiesura de figuras y pliegues, no siendo menos particular el coro de ángeles de la primera archivolta, cuyos cuerpos están ocultos por cuatro alas que los envuelven completamente, á más de las dos largas superiores.

Estudiando detenidamente tan gran número de modelos, todos hermosos, se ve bien cómo es cierto lo que ya dijimos antes acerca de los caracteres propios de estos siglos. Por ello no insistimos ni señalamos figuras (trabajo que sería completamente inútil no teniendo á la vista fotográfados ó dibujos á que referirnos), como tampoco reseñamos los asuntos, porque éstos ya los señaló, con toda minuciosidad, D. José M. Quadrado, al describir la impresión que en él produjeron aquellas tres portadas, ricas en los tímpanos, ricas en las archivoltas; de ricos doseltes cobijando las magníficas estatuas; de no menos delicado basamento, decorado con columnillas de finas basas y capiteles; de trilóbulos en las enjutas y fondos delicadamente labrados: todo ello envuelto en esa media penumbra que produce el avance del pórtico, apoyado en cuatro pilares de gran interés y riqueza. Bien quisiéramos describir, pero no acertamos á hacerlo, este conjunto, que es sin disputa uno de los más grandiosos y más acertados que ha producido el fantástico y juntamente racional arte de la Edad Media, en lo que toca á la composición y á la magnificencia decorativa.

VIDRIERAS

Y esto mismo podemos decir de sus interesantísimas vidrieras.

Aparte su tamaño y número, avaloran esta riquísima colección la variedad y carácter especial de casi todas las vidrieras. Las más antiguas (del siglo xiii) son de figuras pequeñas con su aureola; santos y ángeles encuadrados por figuras geométricas y arcos, á modo de nimbos, formados por perlas y fondos de color rojo ó azul. Los ángulos van decorados con hojas simétricas, cuando no terminados con cresterías unas veces, y otras con tres arcos coronados de castillos; no ocupando estas figuras más que dos paneles. Siguen á ellas las del xiv, de figuras mayores (tres paneles), y de éstas hay gran variedad y número. Merece especial mención la que representa una escena de montería, con los caballeros, halconeros y monteros armados de lanza, que llevan sujetos los perros, etc.; composición muy curiosa por la indumentaria. En otras, dos ó tres, hay escudos con el leopardo, como si fueran inglesas. En una están representados Adán y Eva en el Paraíso; Adán con la manzana en la boca.

Con éstas se confunden, por sus figuras del mismo tamaño y composición, las del siglo xv y del xvi. De estas últimas recordamos dos: la primera, en una capilla del ábside, representa la adoración de los pastores, y aunque muy brillante, se puede decir que descompone el cuadro, porque el asunto ocupa toda la ventana é interponiéndose los maineles, hacen un efecto muy raro é impropio; mientras que las demás son figuras siempre entre los maineles que las encuadran. La segunda, de ese mismo siglo xvi, representa á gran tamaño un San Isidoro y San Leandro, que nada tienen que envidiar á la mejor tabla al óleo de la época por su dibujo y finura.

Estos son, en conjunto, los lineamientos generales del magnífico museo de vidrieras, que empieza en el mosaico con cristales pequeños de ricos y enérgicos fondos y contrastes, y acaba en el cuadro al óleo.

SILLERÍA DE CORO

La sillería de coro es no menos notable que la fábrica, las esculturas de sepulcros y portadas y las vidrieras. Su disposición es la normal: asientos bajos para los beneficiados y altos para canónigos y dignidades; pero distingue á esta sillería una circunstancia que debemos señalar, y es la existencia en el fondo de un gran arco de medio punto con puertas de corredera, que sólo en muy contadas ocasiones se descorren, y que debemos explicar. Primitivamente, es decir, en el siglo xv, fecha de la sillería, los capitulares tenían sus asientos á la cabeza de la nave mayor, á derecha é izquierda antes del altar, ó lo que es lo mismo, en los dos tramos de bóveda que median entre el crucero y la escalinata para subir al altar mayor; y de aquí esos

dos monumentales tableros de nogal adosados hoy á la puerta citada, y que constituyan, en toda su altura, el frente de la sillería mirando al pueblo. Pero sin duda los capitulares se consideraron molestos ó poco abrigados con tal disposición, y en el siglo xvi (fecha del trascoro) idearon cerrar el coro por el crucero; así se produjeron ese gran arco y esas grandes puertas de corredera, que se abrían en las grandes solemnidades para que el pueblo pudiese presenciar los oficios divinos desde todo el largo de la nave mayor, y así quedaron cuando, en el siglo xviii, se trasladó la sillería adonde más podía estorbar.

Esta disposición ó cerramiento pudo ser beneficiosa para los capitulares, pero no para el pueblo, y menos para la sillería; pues para volverla en escuadras, fué necesario serrar lastimosamente los tableros, cuajados de finísimas lacerías, y los guardapolvos, no menos finos, de las sillas altas y bajas.

Del carácter y riqueza que como obra de arte tienen, tanto la sillería propiamente dicha como el trascoro, sólo diremos que son modelos perfectos de lo más hermoso que se produjo en aquellos dos siglos.

PINTURAS Y JOYAS

El claustro, con sus muros y sepulcros antiguos, sus bóvedas de Badajoz y pilares del Renacimiento, hace honor á la fábrica de la Iglesia; pero da pena hablar de él al recordar el deterioro, mejor dicho, ruina, de los interesantísimos frescos de sus muros, por donde la catedral ha perdido una de las joyas más preciadas de su antigua grandeza.

Y á propósito de esta antigua grandeza: en punto á alhajas, sólo se conserva el arca de las reliquias de San Froilán; en cuadros, una media docena verdaderamente notables, y en el archivo unos cuantos códices, que apenas si pueden dar idea de lo que atesoró iglesia tan distinguida por los monarcas y nobles. Baste decir que no tiene cruz procesional, y que de la famosa custodia de Arfe, como de sus numerosos tapices, no queda más que la memoria.

OBRAS PARA MAÑANA

Esta es, descrita en ligerísimos rasgos, la famosa catedral de León, que después de cuarenta años de trabajo asiduo ha vuelto á abrirse al culto el 28 de Mayo último, habiéndose hecho merecedores de la más alta consideración pública cuantos arquitectos han intervenido en su acertada restauración, así como los Ministros y las Cortes mismas que autorizaron los dispendiosos gastos necesarios. Pero no terminaremos sin hablar de otros dos puntos que creemos indispensables para dar por ter-

minada la restauración, á saber: la traslación de la sillería á su sitio primitivo, y el restablecimiento del Tesoro con el derribo del Provisorato, hoy oficinas de las obras.

Para conseguir lo primero, creemos suficiente el buen sentido de los muy ilustres capitulares, que se avendrán á ocupar el puesto que la liturgia les tiene señalado (el presbiterio), dejando al pueblo el resto y dando satisfacción á cuantos eximios hombres de Estado y artistas de todas clases han protestado del estorbo del coro en el sitio que más podía perjudicar, impidiendo la contemplación de tan sutuosa y mágica fábrica. Por ello no perdería en un ápice, antes ganaría mucho, la magnificencia del culto mediante la contemplación de los sacerdotes al pie del altar, dando muestras de unción religiosa y elevando al cielo sus plegarias por la paz y caridad entre los hombres.

El segundo punto es también sencillísimo: se trata tan sólo de restablecer la catedral, según estuvo en la Edad Media, con el Tesoro, la antigua muralla, de cuya guarda estaba encargado el cabildo, y la poterna, que por milagro de Dios se conserva aún. Sin este aditamento, entendemos nosotros que no se puede ni se debe aislar la catedral. No se puede, por la gran diferencia de altura desde el atrio á la carretera, á más de estorbarlo la sacristía situada en esta línea; y no se debe, porque se derruiría sin objeto la muralla, dejando aislada la poterna, que es parte integrante de aquélla y de la basilica misma.

¿Lograremos ver realizado tan bello ensueño? Del tiempo y de los hombres discretos lo esperamos.

INOCENCIO REDONDO

Oviedo, Mayo 1901.



El problema social-militar en España

ABNEGACIÓN DE LA OFICIALIDAD

Uno de los ejemplos más grandes de abnegación que ha dado el ejército español, y téngase presente que ha dado muchos y muy colosales, es el que está ofreciendo la oficialidad desde algunos años á esta parte, sufriendo con la más estoica resignación, y sin demandar protección alguna, las consecuencias terribles de la escasez de recursos económicos con que lucha, por los mezquinos sueldos que percibe.

Desde que reembarcaron en aquellas perdidas colonias los ejércitos de operaciones, que en ellas hubiesen conquistado para su patria, dentro de la derrota, la gloria, el honor y el respeto que no pudieron alcanzar en París los diplomáticos, desde aquellos días dolorosamente memorables, todos los escritores militares han venido dedicándose, con sin igual tesón, á buscar, por unos ú otros medios, la organización del Ejército, su reivindicación, su reconstitución sana, potente, vigorosa, y á esas campañas se han lanzado llenas de fe, de ardor y de entusiasmo las publicaciones y revistas profesionales.

Apenas si algún que otro escritor militar ha abordado el arduo problema de la carencia de recursos materiales, para afrontar las necesidades más perentorias de la vida que arrastra nuestra oficialidad, y todo el mundo ha guardado profundo silencio, todo el mundo ha contenido sus arranques de desesperación, y ha ahogado con valentía, en el fondo de su alma, los gritos que forzosamente tienen que arrancar á la garganta de un hombre la contemplación del drama de la miseria que se desarrolla en el seno de su hogar.

Y noble, leal, desinteresadamente, se sigue pidiendo que se modifique la instrucción militar, que se reforme la ley de reclutamiento, que se implante el servicio obligatorio, que se creen las reservas, que se organicen los servicios administrativos y sanitarios, que haya movilizaciones, prácticas y maniobras, ¡que se haga todo lo necesario para que España tenga un ejército fuerte, instruído, organizado, apto, un ejército de verdad! Y mientras así se piensa, y por esos ideales sublimes y patrióticos trabajan en sus diferentes esferas de acción los militares,

sigue al final de cada mes sembrando sus reales, entre las paredes que constituyen la modesta casa del oficial, la amargura y el sufrimiento, porque van desapareciendo del armario ó de la mesa de despacho las últimas monedas, no de plata, sino de cobre.

¿Cabe mayor abnegación? ¿Se puede pedir mayor desinterés? ¿Se concibe sacrificio más grande y más constante?

Pues esa abnegación, ese desinterés y ese sacrificio, ocultos permanecen entre las sombras de la hoy monótona y triste vida militar. Sacarlos á la luz pública, llamar sobre ellos la atención del país, buscar la recompensa á que son acreedores en la admiración y el elogio de todas las clases sociales, y tratar á todo trance de poner coto á su prolongación, son deberes que impone la justicia y el patriotismo á todo buen español.

La oficialidad del Ejército podrá tener el derecho, y hasta, por extensión, el deber de mantenerse frente á la pobreza en que se ve obligada á vivir por sus mezquinos sueldos, en ese silencio y en esa actitud correctísima en que se ha colocado; pero nosotros, los que dedicamos largas horas de nuestros días á la árida labor de intentar guiar con nuestra pluma la opinión pública, tenemos también el deber de llamar la atención de los Gobiernos y del país sobre ese serio y gravísimo problema, porque mientras los jefes y oficiales de nuestro Ejército no tengan sueldos que les permitan vivir con relativa holgura y decoro, no puede haber vida moral sana y vigorosa en los Institutos armados; y sin esa existencia, seno donde germina el gran espíritu militar moderno, han sido y serán estériles en todas las naciones los esfuerzos materiales que se realicen para robustecer los organismos y la acción de sus fuerzas militares.

Es tan imposible como ilusorio tratar de alcanzar grandes efectos útiles con una máquina modernísima, muy completa y acabada, sí, pero que carece de combustible para producir toda la cantidad de fuerza motriz que ha de transmitir el movimiento á sus diversas piezas.

Podremos idear planes de reorganización militar, discutirlos, ampliarlos, modificarlos y, llegando en ellos á la mayor perfección posible, aceptarlos definitivamente.

Toda esa labor convenientísima, necesaria, que urge, al ser llevada al terreno de la práctica se deformará irremisiblemente, si antes no tratamos de resolver el problema de los sueldos en el Ejército.

Y como el camino que se sigue en los Centros directores del elemento militar no es éste, y las grandes figuras que en nuestro generalato descuellan por sus tendencias reformadoras no piensan, por lo que se ve, así; nosotros, dando á este problema toda la importancia que en sí tiene, vamos á estudiarlo con al-

gún detenimiento, demostrando, al mismo tiempo, cuanto acabamos de hacer constar.

DE PAISANO Á OFICIAL

No basta afirmar, como hasta hoy se ha venido haciendo, que los sueldos de la oficialidad de nuestro Ejército son escasos, por más que tal afirmación está en la conciencia de todos.

No basta tampoco demostrar la necesidad de que el jefe y el oficial sostengan una vida decorosa y digna, y tras ello la imposibilidad de realizarlo con los medios pecuniarios que el Estado les otorga.

Antes que todo esto, y para colocar el problema social militar en su verdadero lugar, precisa que la opinión vuelva su vista hacia el espinoso calvario que, moral y materialmente, recorre el entusiasta muchacho que, al abandonar las aulas del Instituto, los estudios de segunda enseñanza, dedícase con verdadera fe y juvenil ardor á la carrera de las armas, hasta obtener el empleo de oficial en una Academia.

Hay que ver, hay que analizar, comparando lo que cuesta ostentar unas estrellas en la bocamanga de una guerrera, y cómo y en qué condiciones, con qué espíritu y tendencias se llega á adquirir esa *posición social* que brinda el primer empleo de la carrera militar.

Abandonando el aspirante á ingreso en una Academia del Ejército los estudios superficiales, ligeros, de la segunda enseñanza, en los que la pedagogía oficial hizo casi siempre trabajar muchísimo más á la memoria que al entendimiento, vese obligado, al empezar su preparación, á afrontar y vencer las siempre espinosas dificultades que ofrece el estudio concienzudo, detenido, profundo de las materias que constituyen la sólida base de la rama de las ciencias exactas.

Esa preparación no es comparable á la que se exige para el ingreso en cualquier facultad. La índole de los estudios que en ella se cursan, y que abarcan el campo de la Aritmética, del Algebra, de la Geometría plana y del espacio, de la Trigonometría rectilínea, con la lectura y traducción del francés y el dibujo de figura, todo ello con una extensión incomprensible, obligan al muchacho á trabajar intelectualmente de un modo desproporcionado para su edad, dándose muchos casos, muchos, amable lector, de inteligencias que sucumben por no poder mantenerse á la altura que demandan las imperiosas exigencias de estos cursos particulares.

Y llega el concurso anual para proveer las plazas que se sacan á oposición, y las estadísticas formadas de diez y nueve años á la fecha nos demuestran que la proporción entre esas

plazas y el número de los que se presentan á examen aspirando á ellas ha fluctuado entre el 1 por 100 y el 5 por 100, manteniéndose de ordinario entre el 2 $\frac{1}{2}$ y 3 $\frac{1}{2}$ por 100.

Esos exámenes se componen de tres ejercicios, y en ellos cada aspirante suele permanecer ante el Tribunal calificador de tres á cinco horas.

Téngase ahora en cuenta que los que en estos concursos toman parte no son licenciados ni doctores que han cursado una carrera, sino muchachos de catorce á diez y ocho años por regla general, y dígasenos con toda imparcialidad si estas oposiciones son tampoco comparables en nada á las de una cátedra, de una notaría, de un título de médico de baños, de un registro ó de una plaza de abogado del Estado.

En cuanto á los gastos que esta preparación origina á las familias, ¡qué diferentes son también de los que exige una carrera civil!

Los honorarios mensuales que las Academias particulares (no hay oficiales más que para un reducido número de huérfanos de militares muertos en campaña y para las clases de tropa) fluctúan, sin contar los libros, entre 40 y 60 pesetas si son externos, y entre 175 y 210 si son internos, situación en que forzosamente tiene que colocarse á los muchachos en múltiples ocasiones, por no haber en todas las localidades personas que, con garantías suficientes para ello, se dediquen á dirigir estos estudios especiales.

Aparte de este *censo mensual*, cuéntese los gastos que origina el acudir á examen en la época de concurso, viajes, fondas, honorarios de profesores ó persona que acompañe al alumno, matrículas, etc., etc.

Y como son contadísimos los casos en que un aspirante ingrese con un año de preparación por lo menos, multiplíquense por dos los gastos anteriormente indicados.

Una vez obtenida plaza en una Academia militar, al irse abriendo la flor de los entusiasmos y de los triunfos en la carrera, van brotando con sus incipientes perfumes sus primeras espinas, cuyas afiladas puntas empiezan ya á dañar el alma.

A los catorce ó los quince años, cuando no se ha contemplado más horizontes que el que se divisaba desde el cuartito de estudio, cuya ventana abría en las mañanas primaverales la mano querida de un padre bondadoso; cuando entre solícitas atenciones la madre adorada cuidaba de nuestra comida y de nuestra ropa, imprimiendo su incomparable amor el sello de su filial cariño en todo lo que nos rodeaba; cuando se desconocen por completo los peligros, las contrariedades, las incidencias, las amarguras y las penas de la vida, de pronto se abandona aquel hogar querido donde se meció nuestra cuna; se rompe,

se desgarran la infantil poesía de los primeros años de nuestra vida, y sin poder besar cuando la noche cierra y cuando el día amanece la frente y la mano de aquellos que nos dieron el sér, he ahí al *novato*, al alumno militar penetrando cohibido, perplejo, asustado, vacilante en la larga sala que se denomina *compañía*, con muchas camas, con muchas papeleras, con mucho cadete antiguo, y todos volviéndose hacia él, mirándole, riéndose de su figura tan escasamente airoso como poco marcial y poniéndolo en berlina como si fuese un ente ridículo.

En aquel momento asalta á la imaginación del novel militar el recuerdo de su tranquila casita, de las caricias, los halagos y cuidados de los suyos; de su cuartito con su cama, su lavabo y su armario; piensa en la gallardía con que miró siempre á los que fueron compañeros suyos, y, al volver los ojos hacia el cuadro que se le presenta, suele brotar de ellos, las más de las veces, la primera lágrima que se vierte en la carrera: ¡cuántas, sin asomar á las pupilas, inundan después el corazón, ahogando el alma!

Empiézase la vida escolar militar, y lo mismo que al entrar en la Academia hubo que abandonar cuantas prendas hasta entonces se vistieron, al penetrar en el umbral de aquélla hay que arrojar precipitadamente al olvido, y para siempre, cuanto sin darnos cuenta constituyó la existencia moral de nuestra pobre personalidad: la libertad, la independencia, la voluntad, las violencias de carácter, la entereza y el libre albedrío.

Ya no hay más libertad que la que permiten las severas ordenanzas; ya no hay más independencia que la que autoriza el reducido marco de múltiples y estrechos deberes; ya no hay más voluntad que la del superior; ya la violencia es delito y se castiga; ya la entereza es vicio y se corrige; ya el albedrío lo doblega y lo aprisiona un rígido horario que puntualmente se cumple al toque de corneta.

Y en ese troquel austero de la contrariedad, del orden, del silencio, del castigo, del estudio y del trabajo, empieza á fundirse, con la subordinación, la disciplina; con la enseñanza científica, el espíritu militar, que, más tarde, da vida, bríos y alientos para llegar hasta los sacrificios más grandes y más sublimes.

Sin más salidas que una hora diaria, cuando no se está arrestado, y yendo á los teatros solamente los sábados, cuando se tiene buenas notas en la calificación del mes anterior, desenvuélvese la vida del alumno dedicado, en lo científico, al estudio profundo, concienzudo, verdad, de la mecánica; de la física y la química; de la literatura militar; los códigos; las tácticas de todas las armas de combate; la topografía, la castramentación y puentes militares; la descriptiva, planos acotados,

perspectivas y sombras; los dibujos topográfico y lineal; la descripción, uso y manejo del material de ferrocarriles, del de telégrafos y teléfonos; la electricidad aplicada á la guerra; la teoría del tiro, las armas portátiles y el material de artillería de todas las naciones; la historia militar, los prolegómenos del derecho, el arte de la guerra, el reglamento de campaña, el de detall y contabilidad, la agricultura, la zootecnia é hipología y otras varias materias.

Haciendo constar que cuantas asignaturas acabamos de citar son las que se exigen para obtener el empleo de segundo Teniente, sin que hayamos hecho mención alguna de las que se estudian después en las Academias de Artillería é Ingenieros para ser promovidos al empleo de primer Teniente.

En la práctica ejecútanse cuantas son necesarias para complementar y ampliar los estudios teóricos que acabamos de bosquejar, llevándose á cabo constantemente trabajos arriesgadísimos, en los que se expone ya la vida en obras de fortificación, manejando pólvora, dinamita y nitroglicerina, y ejecutando repetidos ejercicios hípicas.

Al unísono de esta labor progresiva y continua, á la que el alumno tiene que dedicar todo su tiempo, todas sus energías, todas sus fuerzas, vase inculcándole imperceptiblemente por entre los comentarios de las Ordenanzas, del Código y de la historia militar la noción de su personalidad social.

Se eleva y se ennoblece cual es debido su misión entre sus semejantes; se le hace rendir culto á la caballeridad y al decoro; se levanta sus sentimientos; se halaga mucho su vanidad y su amor propio profesional; se fomenta en él una moderada y racional ambición, y, finalmente, por una serie de medidas y de costumbres no abandonadas ni un solo momento, se aristocratizan sus gustos y sus tendencias, buscando así la consolidación del brillo y el esplendor siempre anexo á las manifestaciones todas de la vida militar.

Así, formado en el orden científico, en el práctico y en el social, después de cinco años de penosísimos trabajos, amargos sinsabores, largos desvelos y bastantes peligros, sale de la Academia el joven Oficial, orgulloso, ufano, satisfecho de sí mismo, no cambiándose por el más feliz de los hombres; y cuando, al pasar la primera revista en el regimiento á que ha sido destinado, con emoción radiante de alegría, entra en la caja del Cuerpo á cobrar su primera paga, le entregan CIENTO CINCUENTA Y TANTAS PESETAS, porque hay siempre algunos descuentos.

Es decir, que los cuantiosos gastos que aquella familia hizo para dar una carrera al *chico*, y los sacrificios morales y materiales que éste llevó á cabo durante aquellos cinco años, sin con-

tar con el deber que tiene de ofrecer sus afecciones, sus esperanzas, sus afanes, su sangre y su vida á la voluntad de un Gobierno, todo eso lo recompensa el Estado con TREINTA Y UN duros al mes... ¡UN DURO diario!

Algo menos de lo que gana un cargador de muelle en un puerto de mucho tráfico; lo que viene á cobrar un regular oficial ebanista; un poco más de lo que se paga á un cobrador de tranvías, de esos que se declaran en huelga en estos tiempos y que cuentan con la simpatía del público, porque las *Compañías los explotan*.

LA VIDA DEL OFICIAL

Pasados los primeros momentos de sus entusiasmos, desvanecidas ya algunas de las ilusiones acariciadas en la Academia al soplo de la amarga realidad de la vida de guarnición, el Oficial recién ascendido encuéntrase, más pronto de lo que podía creer, con el propio y nada sencillo problema económico.

De los treinta y un duros mensuales que cobra, tiene que dejar, por lo menos, muy por lo menos, *quince* para la casa de huéspedes (1) y *uno* para el asistente, y le quedan los *quince* restantes para atender en los albores de la juventud á sus necesidades, á sus gastos, á vestirse, calzarse y á cualquier enfermedad ó contratiempo de la vida.

¿Cómo continúa ilustrándose este Oficial? ¿Cómo atiende á los gastos de cambio de guarnición, salida para destacamentos, maniobras, etc., etc.? ¿Cómo vive y se sostiene en la posición social, en el medio ambiente al que, con premeditación y cautela, se le ha ido empujando?

Sin embargo, en la mayoría de los casos el joven Oficial español salva esta su primera situación difícil, y aunque entre estrecheces, vive con relativo desahogo y decoro, siendo la causa de este *milagro* la protección que, aunque exigua, le presta aún la familia.

A pesar de esto, no es posible negar que en este primer empleo y en esa primera etapa de la vida militar, por *carencia de recursos para sostener la posición que le obligaron á crearse*, se encuentra el germen de vicios tan terribles como el juego y las deudas, que no en pocos casos han concluido muchos años después por empujar á dignísimos Jefes y Oficiales, tras del descrédito, al deshonor; tras el deshonor, al desastre, á la ruina, á la vergüenza de perder una carrera esmaltada de actos de arrojo y de valor, de grandeza de corazón y serenidad de alma.

(1) Compréndase, dado el precio que hoy alcanzan los artículos de primera necesidad, qué le darán para comer y qué comodidades gozará ese Oficial por *setenta y cinco* pesetas mensuales.

Porque lo injusto, lo terriblemente inicuo en nuestra sociedad militar, es que el Estado, por medio de la colectividad del profesorado, obliga al Oficial, como hemos expuesto anteriormente, á elevarse y mantenerse en una posición, para sostener la cual no le da después recursos suficientes.

Y es este un crimen moral que impunemente están cometiendo el Poder ejecutivo y el Poder legislativo; aquél autorizándolo, éste tolerándolo.

Transcurren los años, asciende el segundo teniente á primero, ó encuéntrase en posesión de este empleo desde su salida de la Academia, si es de Artillería ó Ingenieros, y cobra de 185 á 195 pesetas, según sea de á pie ó de Cuerpo montado, es decir, de 37 á 39 duros.

Más hombre, más baqueteado en la lucha de la vida, menos joven y menos afanoso del bullicio y de la orgía, lo lógico y regular es que sienta la necesidad, el deseo de constituir un hogar.

¿Por dónde llega á ese objetivo, tan humano como natural y conveniente? En muchas ocasiones, por la falta de recursos, tomando el torcido camino en cuyo límite se destaca el concubinato.

Y de nuevo encontramos al Estado español empujando violentamente al pobre defensor de su Patria por el camino del descrédito, del deshonor y la vergüenza, en el que se salpica de lodo ese brillo del uniforme que tanto se ensalzó un día, para abandonarlo después en el arroyo.

Si el Oficial es de ánimo fuerte y tiene verdaderamente arraigados en su conciencia sanos principios de moralidad, resiste esta tentadora oleada de las pasiones humanas, y decídese á constituir un hogar, pero como lo demandan su decoro y las exigencias razonables de la sociedad en que vive.

Nuevo problema ante este honrado propósito.

No hay que hacerse ilusiones; pasaron, no sabemos si para siempre, los tiempos aquellos en que el uniforme militar, *por sí solo*, se cotizaba á alto precio en el seno de las familias cuyas hijas, con lógica ambición, trataban de bien casar.

Hoy el positivismo, con poder avasallador, invade todas las esferas sociales, y, por el ímpetu decisivo de su acción, á la estima de los honores, las preeminencias y las glorias que ayer tanto valían, ha reemplazado el deseo de gozar de posición desahogada fundamentándola en rentas cuantiosas ó positivas ganancias bancarias, industriales ó agrícolas.

Democratizándose hasta las esferas más altas, muy especialmente en los países decadentes, y esto no lo decimos en son de crítica, á la aristocracia de la sangre y de la inteligencia ha ido ó va robando poco á poco su influjo y sus prestigios la aristo-

cracia de los preciados metales en que se acuñan las monedas, y poco á poco va franqueando como nunca las puertas de los palacios, y tras ellas las de los corazones de las bellas, más que el traje la sólida fortuna, más que el nombre el abolengo y la carrera, el lujo, el crédito y la cuenta corriente en el Banco.

Esta metamorfosis social ha ido empujando rápidamente hacia el rincón de la insignificancia al Oficial del Ejército, que, ¡pena nos da el decirlo!, si no cuenta con más distinciones que un nombre vulgar y modestísimo y más patrimonio que su espada, según clásica frase, vese obligado, en la generalidad de los casos, á realizar enlaces matrimoniales donde es verdad que resplandece con vivos destellos la honradez, pero también es cierto que contribuyen, más que á elevar ó sostener la posición social en que vivía, á disminuirla paulatinamente.

De todos modos, cáse el Oficial con una joven de distinguida y elegante familia, ó con una de modesta y más humilde clase, lo indudable es que la mayoría de las veces encuéntrase bien pronto el joven matrimonio obligado á vivir en un círculo de estrecheces y privaciones que, si no destruyen, amargan, por lo menos, las felicidades más risueñas, más grandes y encantadoras de la vida.

¿Y cómo no, si para sostener ese hogar recientemente creado se cuenta con *treinta y siete ó treinta y nueve duros* tan sólo? ¡Lo que paga de casa en Madrid, no un título, un potentado ó un personaje ilustre, sino cualquiera que pertenezca á la llamada *clase acomodada*!

Con ese dinero, ¿dónde se va á vivir? ¿Qué se va á comer? ¿De qué distracciones, de qué bienestar se puede gozar?

He ahí las causas que, injusta é innoblemente, han dado origen á que una sátira mordaz y sangrienta haya llevado al ridículo y al desprestigio á las familias de los militares españoles, tildadas de *cursis* y *ordinarias* por los que desconocen su triste vida de privaciones, por los que, faltando á sus deberes sociales, derrochan caudales que no tienen, ó desoyen la voz de los cristianos sentimientos de caridad dando al lujo y al esplendor, al boato y la pompa mundana lo que tanta falta hace, no á los Oficiales, que no reciben jamás limosnas, sino á los verdaderos desventurados, que expiran á veces en el seno del más horrendo pauperismo.

Llega el día del ascenso á Capitán, y aunque sea á los pocos años de casado, siempre llevando bastantes de servicio, ¿qué le representan al Oficial las 275 pesetas que viene á cobrar? Nada. Las necesidades han ido aumentando; es lógico suponer que han alegrado el modesto rincón de su vivienda los encantos de los hijos queridos; se ha gastado el poco dinero que ó pudo ahorrarse en algún momento ó trajo la esposa amante y cari-

ñosa; han salido ya del armario algunas alhajas, de las poquísimas que hay, en los primeros momentos difíciles, y con esos *cincuenta y cinco* duros, uno ó dos hijos y una casa á que atender, díganos la opinión desapasionada y sensata: ¿para qué hay? Para malvivir entre zozobras y pesares.

Entonces es cuando verdaderamente empieza á desenvolverse el drama que durante algunos años vivió planteado entre aquellos seres humanos.

Ante las necesidades, cada vez mayores, y las dificultades, cada vez más grandes, para cubrirlas dignamente, sin recursos extraordinarios para poder atender á los traslados de destinos, á las enfermedades y á los gastos que con el dolor acarrear las desgracias, el Oficial, en muchos de estos casos, ó, hastiado, abandona vilmente su hogar para encanallarse por la desesperación, dando pábulo, tal vez, á su propia deshonor, ó, afanoso de lograr á todo trance los recursos que para él son la vida de los suyos, se lanza en brazos del juego y de la usura, llegando hasta á olvidar, en ocasiones, lo que á sí mismo debe, deshonorando el uniforme que viste y cayendo por actos indignos llevados á cabo en el ejercicio de su profesión, dentro de la acción del Código penal.

Y en estos casos, marido burlado, jugador, tramposo ó presidiario, ¿quién es, ante Dios y ante la conciencia de los hombres, el culpable de la perdición, de la ruina, del deshonor de esa familia? El Estado, y sólo el Estado, que, abandonando sus deberes tutelares para con los que honrada y lealmente le sirven, los precipita á esos abismos tenebrosos que acabamos de señalar; porque no otra cosa puede suceder en muchísimos momentos de la vida militar, toda vez que el hombre, y más aún el hombre educado para la guerra, no suele poseer las virtudes que adornan á los mártires cuyas esfigies veneramos con respeto y adoración en los altares de nuestros templos.

Esta es la vida que se ven obligados á arrastrar muchos militares, los que no vemos en Madrid, los que no están al alcance de nuestros ojos, tan acostumbrados á los trenes lujosos de la Castellana y el Retiro y al oropel de los uniformes de nuestro Estado Mayor general.

Dígasenos si con una existencia así cabe dedicarse al estudio, cabe tener amor á la profesión de las armas, y sobre todo si es factible poseer esa *interior satisfacción* que tanto recomiendan las sabias ordenanzas militares, y sin cuyo requisito moral es axiomático en todos los ejércitos del universo que no hay posibilidad de tener institutos armados debidamente organizados, que garanticen, cual es preciso, la integridad y el honor de un pueblo, la independencia y la libertad de una nación.

LAS OFICIALIDADES EXTRANJERAS

A pesar de esas hondonadas, de esos abismos, de esos dramas que acabamos de señalar, hacia los que empuja, con harta frecuencia, á la oficialidad de nuestro Ejército la triste situación económica en que se ve obligada á vivir por lo mezquino de los sueldos que disfruta, ha sido, y continúa siendo, patrimonio exclusivo de sus grandes virtudes militares esa abnegación que señalábamos al principio de este trabajo, y, por patriotismo más que por entusiasmos que no pueden existir, porque los destruye el constante sufrimiento, ha cumplido, y seguirá cumpliendo fielmente sus más sagrados deberes.

En esto fían, sin duda, los que denominamos hombres de Estado, aquellos de quienes creemos que llevan en su cerebro savia reorganizadora para el ejército, y los que se titulan políticos, y por ello el problema de los sueldos militares no sólo continúa sin resolver, sino que se agrava cada vez más, porque raro es el Ministro de la Guerra que no autoriza con su firma un gravamen más ó menos pequeño sobre ellos, y, por lo tanto, una disminución positiva.

Mal hacen, muy mal, en proceder así los Generales y las eminencias políticas, parapetados tras ese espíritu de mal entendidas economías, que concluirán por dañarnos, pronto ó tarde, más aún de lo que nos dañaron los pasados despilfarros.

Recuérdese, y en esto como en todo conviene leer en el gran libro de la experiencia, recuérdese, repetimos, que antes de iniciarse nuestras últimas campañas coloniales todo lo fiábamos á la bravura, al arrojo, al heroísmo de ese soldado español, al verdadero rey del valor universal, llegando, en ese delirio ciego, en esa torpeza de no prever que caracteriza á la mayoría de nuestros hombres públicos, á afirmar en el Senado un General que ha ocupado preeminentes puestos en la gobernación del Estado, y que goza de renombrada fama de ilustrado y competente, que «con palos y piedras sabríamos defendernos cuando llegase el momento».

Y bien pronto, demasiado pronto, por desgracia nuestra, *llegó el momento*, y, á pesar de tener en nuestras manos el modelo más perfeccionado de los armamentos modernos, la bravura, el arrojo, el heroísmo del soldado español, quedaron evidenciados tan sólo en aquella prueba sublime, colosal, de disciplina, al obedecer las órdenes del Gobierno de su país, que, según se afirmó, se veía obligado á cerrarles la entrada en el patenque de la lucha. Y sin lucha, ¿cómo podría haber bravura, arrojo ni heroísmo?

Pues algo, si no idéntico muy semejante, podrá pasar algún

día si persistimos en cerrar nuestros oídos á la voz de la realidad y de la razón ante el problema social-militar, y si por gangrenamiento, por putrefacción en la vida íntima é interna de nuestra oficialidad sobrevienen nuevas desventuras, tampoco serán responsables de ellas los que visten el uniforme, que es ley universal que obedece á un conocido principio mecánico que todo cuerpo abandonado en el espacio no se eleva, sino descendiende.

Y para que resalte, para que se ponga bien de manifiesto ese público delito de imperdonable negligencia y abandono de las esferas directoras de la política en general, y de la militar en especial, hacia la oficialidad del ejército, vamos á hacer muy á la ligera un breve estudio de los sueldos y elementos con que los Gobiernos de algunas naciones extranjeras atienden á sostener la posición social y las necesidades que demandan el decoro y la dignidad de los hombres técnicos y valerosos, á quienes se confía el mando y la dirección de las tropas.

En Alemania la oficialidad puede cobrar cantidades mensuales, como remuneración á sus servicios, por nueve conceptos distintos:

- 1.º Sueldo fijo (*Gealt*) que por adelantado se abona cada mes.
- 2.º Indemnización en concepto de alojamiento (*Servis*).
- 3.º Suplemento de indemnización de casa (*Wohnungsgeld-zuchuss*), que se percibe como verdadero aumento de sueldo, para hacer frente á la carestía de los artículos de primera necesidad.
- 4.º Gratificación de cuadra (*Stallgeld*) para las plazas montadas.
- 5.º Gratificación de mando (*Zulagen*).
- 6.º Indemización por destacamento (*Kommandozulage*).
- 7.º Gratificación de viaje (*Reisegebühren*) por cambio de guarnición.
- 8.º Plus diario (*Tagegeld*) por comisiones, maniobras y ejercicios.
- 9.º Gratificación de escritorio (*Bureaugeld*).

En cada Cuerpo existe un fondo especial (*Offizierunterstützungs fonds*) de auxilio para los Oficiales, que maneja una Junta de ellos mismos presidida por el Jefe del regimiento ó unidad. El Oficial que necesita dinero se lo pide á su Jefe, y la cantidad que recibe se le descuenta mensualmente.

Entre los establecimientos de enseñanza figuran las escuelas (*Grosse militaier Waisenhaus*) para hijos de militares.

Existe también la llamada Sociedad cooperativa de Oficiales (*Deutscher Offizier Verein*), que se fundó en 1884. Tiene su central en la capital del Imperio y sucursales en todas las provincias, suministrando á PRECIO DE COSTE todos los efectos

de vestuario y equipo, los géneros de consumo general, comestibles, bebidas, etc., etc., disfrutando los socios el privilegio de reducción de precio en gran número de hoteles alemanes y hasta algunos extranjeros, como asimismo en las localidades de los teatros.

Lo más curioso y perfecto de la organización de esta Sociedad cooperativa es que cada Cuerpo de ejército lleva consigo una sucursal de ella con su correspondiente columna móvil de vestuario y víveres para la oficialidad.

Los sueldos que normalmente vienen á cobrar sin gratificaciones extraordinarias los Capitanes son de unas 476 pesetas, los primeros Tenientes 246 y los segundos 220.

En todas las guarniciones y destacamentos es obligatoria por Cuerpos la constitución del Casino militar, que se instala en el mismo cuartel ó en un edificio próximo, subvencionándolo el Estado cuando los fondos de los regimientos no pueden efectuarlo.

Estos Casinos cuentan con grandes salones, espaciosos comedores, biblioteca, billares, etc., etc., y están prohibidos en ellos completamente los juegos de azar ó de envite.

Lo más interesante de estos Centros, que á la par que recreativos son instructivos y abaratan notablemente la vida del Oficial, son los restaurants llamados *mess*; en ellos tienen obligación de comer diariamente los Capitanes y Subalternos solteros, y una vez por lo menos al mes se reúnen alrededor de aquella mesa todos los Jefes y Oficiales del Regimiento en las denominadas *Liebesmahl*, «comida de amistad».

El Oficial, al llegar al regimiento, deposita en la caja del Casino 112,50 pesetas, y paga como cuota mensual 3,75.

Los gastos de la «comida de amistad» se pagan á prorratio, y los de la diaria de solteros, á fin de mes, por cuenta personal.

Véase, pues, cómo, además de darse en Alemania á la oficialidad unos sueldos que aquí parecerían fabulosos, el Estado atiende con solícito cuidado á crear, conservar y sostener organismos semioficiales, digámoslo así, que proporcionan á los jefes y oficiales dinero en las situaciones apremiantes de la vida, vestuario, equipo, comestibles, recreos, instrucción y vida familiar, que estrecha cada vez más los lazos del compañerismo militar.

En Francia, además del sueldo, tienen los jefes y oficiales montados gratificación que se denomina de montura, plus permanente por la carestía de los artículos de primera necesidad y plus por asambleas ó concentraciones.

Cuando el militar viaja recibe la indemnización de ruta, si su viaje obedece á cambio de destino, necesidades del servicio ó quebrantamiento de su salud.

Esta indemnización se divide en indemnización de transporte y diaria.

La de transporte se subdivide á su vez en kilométrica y fija; la primera que se regula por el número de kilómetros recorridos en toda clase de vías, y la fija para atender á los gastos que tiene que efectuar el Oficial para trasladarse con su equipaje, desde donde viva á la estación de salida del ferrocarril y de la de llegada adonde piensa instalarse.

La indemnización diaria se concede para que el Oficial pueda alimentarse en el camino y sufragar sus gastos personales durante el viaje.

Sin tener en cuenta ninguna de las gratificaciones, pluses ni indemnizaciones de que acabamos de hacer mención, un Capitán cobra mensualmente, según lleve menos de seis años en el empleo, seis, diez ó trece, 255, 285, 315 y 345 pesetas, respectivamente, un primer Teniente 225 y un segundo 210.

Entre los establecimientos de enseñanza hay una *Escuela prítanea militar* en La Fleche para dar instrucción gratuita á los hijos de militares, preparándolos para la carrera de las armas, y varias *Escuelas preparatorias*, en las que también gratuitamente se da á los hijos de militares la instrucción general.

En París, y en la calle de Joubert, núm. 27, se constituyó con un capital de 200.000 francos, en 1890, la actual Sociedad cooperativa de los oficiales del Ejército y de la Armada.

Hoy cuenta con sucursales en Toulouse y Saint-Ouen; no vende más que á los oficiales, y á ellos facilita *todo género de artículos*, de mucho mejor calidad y por precios más módicos que el comercio.

Esta Sociedad tiene al mismo tiempo contratos especiales con sastres, zapateros, sombrereros, etc., etc., y en virtud de ellos los asociados adquieren géneros en esas tiendas con una rebaja, muy digna de tenerse en cuenta, en los precios ordinarios y corrientes.

Los Casinos militares tienen un organización completamente distinta de la de los alemanes, que en cuanto á efectos beneficiosos para la oficialidad, les permite alcanzarlos en mucha mayor escala que aquéllos.

Debido á la iniciativa y á la actividad del malogrado general Boulanger, estos Casinos, creados en 1833, adquieren, á partir de 1886 y 1887, desarrollo y esfera de acción poderosísimos.

Dependen del Ministro de la Guerra, que nombra la Junta directiva; viven al amparo de reglamentos gubernamentales, y es obligatorio para todos los generales, jefes y oficiales y, sus asimilados de los ejércitos de mar y tierra ser socios de estos centros.

Las cuotas mensuales que se abonan son de cinco francos los generales, tres los jefes y dos los oficiales.

El más importante y notable de estos Casinos es el de París, situado en la *Avenue de l'Opéra*, núm. 49, y en otro edificio contiguo, señalado con el núm. 37 de la *rue de Bellechasse*.

En este curioso centro militar hay sala de honor, de recepción, de conferencias, de lectura, de esgrima, de hidroterapia, de juegos que no sean de azar, pues los prohíbe terminantemente el reglamento, restaurant, café y hotel con todos los servicios de correos, telégrafos, teléfonos, peluquería, baños, etc.

En el hotel viven oficiales solteros, y por el módico precio de tres francos tienen los transeuntes habitación, servicio y bujías, costando igual cantidad almorzar ó comer en mesa redonda.

Pero lo que indiscutiblemente causa mayor asombro son los contratos que también tiene este Casino, *Cercle national des armées de terre et de mer*, con tenderos de comestibles, panaderos, carniceros, sastres, zapateros, sombrereros y hasta empresas de teatro.

En virtud de este contrato, todos los referidos comerciantes ó empresas hacen una rebaja á los socios del *Cercle national*, que fluctúa entre el 2 y 12 por 100.

El modo de efectuarlo es bien ingenioso. El socio del Casino militar ó su familia, sin declararlo, va á cualquiera de las tiendas, que en sus Anuarios anuncia aquél por tener contratos con ellas, y compra como si fuera un particular el artículo que desea, pidiendo al pagarlo la correspondiente factura con el recibo.

Este documento mercantil lo remite el socio á la Secretaría del Círculo, y ésta, agrupando al mes todas las cuentas que le envían sus socios, manda con ellas á sus cobradores á las casas que las expidieron y en cada una se hace por el comerciante la rebaja convenida con el Casino, cantidad que éste ingresa en su caja y abona en la cuenta corriente del socio á quien corresponde.

Para tener una idea aproximada de las ventajas de lo que acabamos de exponer, basta decir que, según estadística que copiamos de un curioso artículo del ilustrado escritor militar señor Ibáñez Marín, en el año de 1891 mandaron los socios del *Cercle national des armées* á su Secretaría 38.088 facturas, que representaban un valor líquido de 2.071.679,45 francos, de cuya cantidad se obtuvo la rebaja de 140.542,05 francos.

Al contemplar ó al leer esta organización potente, ordenada, racional y práctica en los recursos y facilidades para la vida del militar, se siente primeramente la inefable alegría que al alma inspira la contemplación de un ideal que, soñado un día,

se ve por fin realizado con éxito grandioso; mas al volver los ojos desde las alemanas ó las francesas ciudades á esta desventurada España, tan digna de mejor suerte, se empequeñece el corazón, porque lo oprime la pena y la amargura, y se comprende que, dando pábulo á una degeneración manifiesta, ni nuestros Gobiernos, ni nuestro propio país, son capaces de tomar esos derroteros de progreso, de engrandecimiento, de verdadera luz y prosperidad.

LO QUE EN ESPAÑA PUEDE Y DEBE HACERSE

Nos hemos fijado, para el ligerísimo estudio que acabamos de efectuar, en Francia y Alemania, porque, además de ser las dos naciones que más adelantada tienen la organización de recursos y facilidades para abaratar la vida del oficial, rodeándola de muy ventajosas comodidades y necesarios prestigios, son las que marcan las dos tendencias que en tales problemas están descollando hoy en Europa.

Francia, como habrá podido observar el lector, lleva por igual su acción protectora, digámoslo así, para la oficialidad al soltero que al casado; el Estado no trata de absorber la personalidad del oficial ni de retenerlo, por el celibato, en el constante ambiente de una vida exclusivamente profesional.

Alemania procediendo de distinto modo, halaga, ampara, protege privilegiadamente al oficial soltero, absorbiendo en la vida militar hasta los detalles más ínfimos é íntimos de su existencia particular. El Estado alemán no deja de proteger al oficial casado, pero nótase que se enfría hacia él su afecto, como si le hubiese enojado que se separase de sus camaradas para ir á constituir un hogar, entre besos y arrullos de amor; y esa entidad potente, ese alma del pueblo que engrandeció un Guillermo y educó un Bismark, celosa, envidiosa del bienestar que, al lado de la mujer adorada, va á encontrar el defensor de su honra y de su integridad, ¡no parece sino que teme que el amor de la esposa y las caricias de los hijos entibien algún tanto la idolatría y la veneración hacia el Emperador!

¡Hermosa prueba que evidencia el período á que ha llegado la raza germana en la evolución intelectual, posponiendo el yo á la realidad suprema é indestructible de la vida terrenal!

A las posiciones que Alemania ocupa dentro del planteamiento y desarrollo del problema social-militar universal nosotros no podremos llegar, ni aun tal vez en las postrimerías del siglo venidero. Somos latinos.

Nosotros, si no queremos estrellarnos en el vacío por seguir rumbos idealistas, si no queremos perder en románticos cantos nuestro tiempo y nuestras energías, es necesario que nos amol-

demostramos á las iniciativas de Francia, que hoy, por desgracia, es más que nunca excesivamente amado el hogar en España, porque en la caída de los pueblos siempre es la polvareda del individualismo lo que primeramente enrarece su ambiente, envenena su atmósfera.

¡Y ojalá lográsemos aproximarnos tan sólo adonde Francia ha llegado!

Es preciso, ante todo, que al tratar de resolver aquí, en parte, el problema social-militar, el Estado secunde la iniciativa particular colectiva, y ésta apoye sin cesar, honrada y laboriosamente, la acción de aquél.

Si, como suele ocurrir por estos desventurados lares, el Estado, por arbitrariedad, desidia ó desconocimiento, se divorcia de los organismos no oficiales ó simplemente semi-oficiales, ó absorbe sus funciones, ó éstos, por mala fe, negligencia y pasionales luchas, que también se dan casos, dañan y mortifican al Estado..... ¡adiós soluciones del problema!

El primer paso en este terreno de las soluciones debe darlo el Estado, aumentando, no mucho, pero sí algo y positivamente, los sueldos de la Oficialidad del Ejército, en los empleos inferiores de sus escalas, en los de Segundo, Primer Teniente y Capitán.

En seguida debe proceder la Oficialidad del Ejército, de acuerdo con el Estado, por iniciativa de él y en colaboración con él, á la creación de un Banco militar.

No es conveniente en nosotros el fondo especial de auxilio para Oficiales que existe en los Cuerpos alemanes. Nosotros, por hoy, necesitamos, no subdividir, sino centralizar, reconcentrar la organización de los recursos con que tendamos á aliviar la situación de la Oficialidad.

Mucho se ha escrito y trabajado en España, desde hace algunos años, para llevar á la práctica la hermosa idea de creación de un Banco militar. Entre todos los proyectos, el que nos ha parecido más viable, más digno, más apropiado, es el del Ingeniero militar Sr. Labaig: una Sociedad anónima con el exclusivo fin de facilitar dinero á préstamo á los militares, constituyéndose el capital social con acciones al tipo de 100 pesetas, sólo adquiridas por militares, é intransferibles á entidades, bien sean individuales, bien colectivas, del elemento civil.

Nosotros ampliaríamos este proyecto, haciendo que el interés de los préstamos fuese el exclusivamente necesario para cubrir el presupuesto ordinario del Banco, pagar el tanto por ciento que devengase el interés del capital social y amortizar lentamente este capital, con el objeto de que ese interés del préstamo llegase á ser un día lo únicamente indispensable para atender al presupuesto ordinario antes citado.

¿Y no podría el Estado, á manera de subvención, pagar los intereses del capital social, máxime cuando se le declara amortizable? ¡Qué poco costaría esto, y cuánto significaría!

Hay que completar este proyecto buscando el apoyo del Poder legislativo, para que promulgue una ley que declare que no podrá, en ninguna ocasión, ser embargada parte alguna del sueldo de la Oficialidad del Ejército por préstamos que no sean hechos por el Banco militar.

Y finalmente: ese Banco, si no se quiere que inspire recelos ni temores, es de todo punto indispensable que esté bajo la tutela y vigilancia del Estado, nombrándose su Consejo en dos terceras partes por los accionistas y una por los Ministerios de la Guerra y de Marina, y designando dicho Consejo los que deberán desempeñar los cargos que para el funcionamiento del Banco sea necesario crear, cuyos nombramientos serán elevados en propuesta al Ministro de la Guerra y al de Marina, toda vez que entendemos que el alto personal y el subalterno deberán estar compuestos exclusivamente por Jefes y Oficiales de los Cuerpos del Ejército y Armada y sus asimilados, sin que el pertenecer á los Cuerpos administrativos implique derecho preferente á cargo alguno, y debiendo considerarse todos de plantilla en la ley de Presupuestos generales del Estado.

Al mismo tiempo que sobre esto se trabaja, debía procederse también por iniciativa del Estado á la reorganización de nuestros Casinos militares, tomando por tipo el *Cercle national des armées de terre et de mer*, de París.

Para poder aspirar á un éxito relativo en tal empresa, es necesario, ante todo, que el Estado subvencione esos Centros, que deben ser de recreo é ilustración militar, bien directamente, bien indirectamente, ordenando á los Cuerpos militares que le asignen cantidades, de fondos que en ellos existen, que si bien es cierto que se administran con honradez y escrúpulo, también lo es que se emplean caprichosamente en atenciones de muchísima menor cuantía.

De este modo podría en primer término desterrarse en absoluto de los Casinos militares los juegos prohibidos, que en alguno muy importante de los actuales, según de público se decía, estaban tolerados, y no sabemos si seguirán estándolo, en una forma tal, que no era sólo el nombre del Centro el que se deshonraba, sino lo que es mucho peor, el nombre prestigioso, digno, respetable de todas las instituciones armadas.

Y subvencionados los Casinos militares, se podría, con positiva garantía de su prosperidad y sostenimiento, centralizar su organización, al mismo tiempo que se ensanchaba la autonomía de sus funciones.

Estos Casinos deberían establecerse en las capitalidades de

los distritos militares de la Península, y en las de las islas Baleares y Canarias, como asimismo en Ceuta y Melilla.

En cuanto á los contratos de los Casinos con fábricas y tiendas, como acontece en París, creemos que debe discutirse y meditar-se si es más conveniente optar por ellos, ó, prescindiendo de ellos, marchar directamente á la constitución de verdaderas cooperativas militares, pues ambas cosas las creemos en España perfectamente incompatibles.

Nosotros, desconfiando de la protección sincera que la industria y el comercio puedan dar al Ejército, somos decididos partidarios de que, afecta á cada Casino militar, haya una cooperativa del Ejército y de la Armada, que en mayor ó menor escala venga á ser lo que el conocido establecimiento *El Siglo*, de Barcelona, donde se vende desde la prosaica sartén hasta el elegante vestido de señora, desde el traje de caballero hasta la lámpara eléctrica y el mueble de una casa.

Claro es que dentro de los límites de este ya extenso artículo no cabe desenvolver los proyectos que, con arreglo á nuestro humilde criterio, deberían servir de base á estas soluciones que modestamente ofrecemos para el problema social-militar.

¿Llegaremos á ver iniciadas, por lo menos, algunas de las ideas que aquí apuntamos ansiosos del engrandecimiento moral de nuestro ejército?

¿Por qué hemos de faltar á la verdad? No; no tenemos esperanza alguna de que ni aun á bosquejar estos proyectos se alcance.

Y ¿cómo hemos de tenerla, si en estos momentos llegan á nuestras manos cartas de nuestra plaza de Ceuta, en las que con profundo dolor se nos da cuenta de la vida agonizante que hoy arrastra aquella cooperativa militar, la que llegó á ser la primera de España, por la persecución de que la ha hecho víctima, contra toda ley y reglamento, sin causa exterior que lo justifique, una... AUTORIDAD MILITAR?

Ante esto, ¿cómo es posible pensar, si no es soñando, en que en España podamos por ahora llegar á tener, para orgullo nuestro y alivio de la precaria situación de la oficialidad del ejército, edificios como los franceses de la calle de Joubert, de la Avenida de la Opera y de la calle de Bellechasse, en París?

¡Pobre España! ¡Pobre juventud española!... ¡Qué dignas son ambas de una mejor dirección en las esferas de todas nuestras actividades, de todas nuestras manifestaciones, de todos nuestros deberes en la vida social!

RECTITUDES

Madrid, y Junio 1901.

La vida intelectual en España

SUMARIO: *Academia de Ciencias Exactas.* Recepción del Sr. D. Leonardo de Torres y Quevedo, y su discurso sobre *Máquinas algébricas*; contestación de D. Francisco de Paula Arrillaga.—*Ateneo de Madrid:* «Oligarquía y caciquismo».

Crónica de Aragón, por Eduardo Ibarra, catedrático de la Universidad de Zaragoza.

ACADEMIA DE CIENCIAS EXACTAS, FÍSICAS Y NATURALES

El día 19 de Mayo ingresó en esta Corporación el ilustre ingeniero D. Leonardo de Torres y Quevedo, hombre de verdadero mérito, cuya reputación ha pasado la frontera, mereciendo altos honores por sus trabajos de investigación, objeto de experiencias de los sabios de otros países, y obteniendo para sus obras científicas la mayor consideración y la popularidad entre los doctos, premio reservado á muy reducido número de inteligencias.

El recipiendario pronunció en el acto de ser recibido por la docta Corporación un interesante trabajo cuya tema es: *Máquinas algébricas*, y del que son extracto los párrafos que damos á continuación.

Tras el encomio del Sr. D. Alberto Bosch, á quien viene á suceder en el sillón que ocupa, dice el Sr. Torres y Quevedo:

EL DISCURSO

«Una máquina algébrica es un aparato que impone entre los valores simultáneos de diferentes elementos las relaciones expresadas matemáticamente en una fórmula analítica. Todo aparato que permita reproducir á voluntad un fenómeno físico, cuyas leyes estén formuladas matemáticamente, puede en rigor denominarse máquina algébrica.

Algunos ejemplos lo pondrán claramente de manifiesto.

En el movimiento oscilatorio del péndulo simple existe cierta dependencia entre el tiempo que dura una oscilación y la longitud del péndulo; el tiempo es proporcional á la raíz cuadrada de la longitud. Esta última se determina de ordinario directamente, midiéndola, y la fórmula que expresa la ley del fenómeno se utiliza para calcular la frecuencia de las oscilaciones. Pues, inversamente, un péndulo dispuesto de modo que pueda hacerse variar su longitud, serviría para obtener, sin cálculo ninguno, la raíz de un número cualquiera; bastaría darle la longitud expresada por este número y medir cuánto dura una oscilación.

La temperatura de una cierta cantidad de aire ó de otro gas perfec-

to es proporcional al producto del volumen por la presión. Imaginemos un cuerpo de bomba con un émbolo perfectamente ajustado, que corre á lo largo de él; una escala graduada para indicar la posición del émbolo, ó, más bien, el volumen ocupado por el gas; y, por último, un manómetro y un termómetro para acusar la presión y la temperatura.

¿Queremos efectuar una división? Calentando ó enfriando el aire y cargando en el émbolo más ó menos peso, haremos que se lean al mismo tiempo los valores del dividendo y del divisor: el primero, en el termómetro, y en el manómetro el segundo. El valor del cociente ha de ser igual al volumen ocupado por el aire, y se leerá en la escala graduada.

Y así podríamos multiplicar los ejemplos tanto como se quisiera.

.....

Monge, en 1749, al plantear la organización de la Escuela Politécnica, proponía que se dedicaran dos meses al estudio de los *elementos de las máquinas* (1); Carnot, poco más tarde, ponderaba la utilidad de estudiar los *movimientos geométricos* (2); y otros hombres de ciencia, cuyos nombres es inútil citar ahora, trataron, más ó menos directamente, de la cuestión que nos ocupa; pero generalmente se estima que Ampère es quien constituyó la teoría de los movimientos geométricos en su *Ensayo sobre la Filosofía de las Ciencias* (3). En este libro se comprenden, bajo un solo nombre, dos teorías distintas, que más tarde han sido estudiadas separadamente por diferentes autores: la *Cinemática pura* y la *Teoría de los mecanismos*.

Ampère, después de exponer el concepto general de la Cinemática, define una máquina, diciendo que es un *instrumento con ayuda del cual se puede cambiar la dirección y la velocidad de un movimiento dado*; y luego añade: «Resulta así esta definición independiente de la consideración de las fuerzas que obran sobre la máquina; consideración que sólo puede servir para distraer la atención de quien trata de comprender su mecanismo. Para formarse idea clara, por ejemplo, del engranaje que obliga á la aguja de los minutos de un reloj á dar doce vueltas, mientras la aguja de las horas da una sola, ¿es preciso atender á la fuerza que pone el reloj en movimiento? El efecto del engranaje, en cuanto este último establece la relación de velocidad entre las dos agujas, ¿no es siempre el mismo cuando el movimiento procede de una fuerza cualquiera, distinta del motor ordinario, cuando, por ejemplo, se hace girar con el dedo la aguja de los minutos?»

Crítica Willis en su libro *Teoría de los mecanismos* (4) la definición de Ampère, porque habla ésta, según hemos visto ahora mismo, de la transformación de un movimiento *dado*, es decir, de un movimiento cuya dirección y velocidad sean conocidas; mientras Willis entiende, y

(1) *Essai sur la Composition des Machines*, par MM. Lanz et Bétancourt. París, 1808, p. 1.

(2) Carnot (L. M. N.), *Géometrie de Position*. París, 1803.

(3) *Essai sur la Philosophie des Sciences*, par André-Marie Ampère. París, 1834, p. 51.

(4) *Principles of Mechanism*, by Robert Willis, London, MDCCCXLI, p. XIII.

con razón, que la máquina se limita á regir las relaciones de velocidad y de dirección entre los dos móviles enlazados por medio de ella; pero que la conexión establecida y sus efectos son independientes de las velocidades actuales.

Tomando al pie de la letra la definición de Ampère, la transmisión citada en su ejemplo serviría para transformar un movimiento determinado (el de la aguja de los minutos); es decir, una rotación cuya velocidad es de una vuelta por hora, en el movimiento de la otra aguja: Willis quiere que la definición no se funde en los movimientos reales, sino en sus relaciones, y por eso, según él dice, la conexión entre las dos agujas del reloj rige la relación de sus velocidades angulares, que han de estar siempre en la proporción de doce á uno, y además impone la condición de que ambas agujas giren en cada momento en el mismo sentido: las dos en sentido directo, ó las dos en sentido inverso. Podrán marchar de prisa ó despacio, con movimiento continuo ó con movimiento alternativo, esto es indiferente; la máquina se limitará á imponer las dos condiciones mencionadas.

Esta crítica no tiene gran alcance, pues se refiere á un error de redacción en Ampère; pero Willis estaba interesado en ponerle de relieve para justificar una nueva clasificación de mecanismos, y yo he querido recordar sus palabras, porque, además de ser muy justas, nos encaminan directamente á nuestro objeto.

La máquina establece una conexión entre dos móviles; Willis la define teniendo en cuenta la relación entre sus velocidades, y nosotros la definiremos teniendo en cuenta la relación entre los espacios recorridos por aquellos móviles. Cada aguja del reloj describe, al moverse, un cierto ángulo, y los dos ángulos descritos por las dos agujas, medidos á partir de una posición elegida arbitrariamente, estarán en la relación de doce á uno.

Vemos ahora ya á la máquina imponiendo, de una manera mecánica, cierta dependencia entre los valores simultáneos de dos ángulos variables, lo mismo que una ecuación expresa, en lenguaje algébrico, cierta dependencia entre los valores simultáneos de dos variables abstractas. Pero estos ángulos son cantidades muy fáciles de medir por medio de limbos graduados y de contadores que cuenten automáticamente el número de vueltas de cada aguja; podremos, pues, construir un aparato, en el cual se leerán directamente los valores simultáneos de los ángulos descritos por las dos agujas, ó, para hablar más brevemente, los valores simultáneos de sus *desplazamientos*, y estos dos valores estarán ligados por una condición, á la cual necesariamente han de satisfacer siempre, cualesquiera que sean los movimientos de la máquina. La ecuación dice que un desplazamiento ha de ser igual al otro multiplicado por 12, y el aparato impone realmente esta condición.

Hemos venido, en resumen, dando un largo rodeo, á considerar las máquinas como se consideran los sistemas materiales en la mecánica racional, y á definir los efectos cinemáticos de los enlaces, formulando las ecuaciones impuestas entre los valores simultáneos de los desplazamientos de diferentes móviles.

.....

No es difícil ya imaginar la disposición general de una máquina

algebraica, que sólo se diferenciará de otra cualquiera en ciertas particularidades de orden práctico, y especialmente en las disposiciones adoptadas para que puedan leerse con facilidad los valores de los desplazamientos.

Se compondrá de varios cuerpos, fijos los unos y móviles, con relación á éstos, los otros; distinción puramente empírica, pues no hay ó no sabemos que haya cuerpos en reposo absoluto, y cualquier Tolomeo de la relojería podría explicar el movimiento de un reloj, suponiendo quieta una de las agujas, mientras giran alrededor de ella la esfera y la caja, arrastrando todas las ruedas, convertidas en otros tantos epiciclos. Pero, en la práctica, la distinción se impone casi siempre; así, cuando hablamos de los movimientos de un reloj, suponemos todos implícitamente que la esfera permanece inmóvil, y á nadie le ocurrirá, de seguro, explicar el movimiento de un torno ó de una máquina de coser suponiendo que el pedal está quieto y que la máquina toda oscila.

Esta íntima y perfecta analogía entre las máquinas ó sistemas mecánicos y las fórmulas algebraicas permite dar siempre forma sensible á toda clase de relaciones analíticas, y puede aprovecharse en algunos casos para ilustrar la exposición de teorías matemáticas.

No hay quien desconozca la conveniencia de emplear á veces ejemplos para hacer más clara la exposición de ideas abstractas.

Proporcionales casi siempre, y muy adecuados, la Geometría; pero en ocasiones no es fácil acudir á ella; la figura geométrica fija é indeformable, sólo mediante ciertos convencionalismos y artificios puede prestarse á la representación de relaciones entre cantidades variables; y por eso con frecuencia se supone que las figuras varían, según ciertas leyes, confirmando así mi opinión; porque estas figuras variables, como sistemas mecánicos ideales pueden considerarse; y yo sólo digo que en ciertas teorías debiera acudirse con más frecuencia, y de una manera sistemática, á esta clase de ejemplos.

Serían, en general, más sugestivos que los geométricos, y se prestarían lo mismo al razonamiento matemático, porque los sistemas que nosotros imaginemos compuestos de cuerpos inalterables, con formas geométricas exactamente definidas, sin asperezas que produzcan rozamientos imprevistos ni imperfecciones de ninguna especie, no existen ni pueden existir fuera de nuestro entendimiento; son, en puridad, entes de razón, conformes en un todo á la definición que de ellos hayamos dado, y es lícito, por consecuencia, afirmar con certidumbre matemática todas las conclusiones que de su definición puedan lógicamente derivarse.

Podría, pues, un sistema mecánico, lo mismo que una figura geométrica, servir de apoyo y guía al razonamiento matemático para facilitar á los principiantes la inteligencia de ciertas demostraciones, sin perjuicio de exponerlas luego en forma más abstracta, siempre que sea necesario.

Así como los entes geométricos se representan por medio de dibujos, y aun por medio de figuras en relieve, cuando conviene, así también para definir con entera claridad los entes cinemáticos, las máqui-

nas ó sistemas mecánicos ideales que hemos de hacer funcionar mentalmente, acudiremos de ordinario á su representación gráfica: pero quizá no esté de más á veces construirlos, para obtener una realización material suficiente, aunque grosera, de los hechos ó leyes que se trata de poner en evidencia.

Y eligiendo con tino los ejemplos, no serían necesarios aparatos muy complicados: un simple sistema articulado me ha servido, hace muy poco tiempo, para construir una función de dos determinaciones con dos puntos críticos, á los cuales les corresponden en el sistema dos puntos muertos, y se observa la permutación de las raíces cada vez que la variable describe una curva cerrada que comprende en su interior uno cualquiera de ellos.

La función construída no es monógena, pero eso ninguna importancia tiene para nuestro objeto.

Sería, igualmente, fácil construir—no exigiendo que fueran monógenas—funciones simple ó doblemente periódicas, y quizá algunas otras que presentarían particularidades interesantes.

De todos modos, el cálculo mecánico dará á menudo toda la exactitud necesaria; porque es frecuente en los problemas de Física, en los de Ingeniería y en otros muchos, manejar datos en cuya determinación caben errores de mucha monta ó fórmulas que no reflejan con entera fidelidad las leyes que representan, y es locura buscar en casos tales gran exactitud estirando las operaciones numéricas para obtener largas filas de guarismos.

Y otras veces, cuando se trate de cálculos que deben ser muy exactos, servirá también la máquina, que dará un primer valor aproximado, con ahorro casi siempre de la mayor parte del trabajo, aunque luego, para rectificarle, hayan de prolongarse los cálculos acudiendo á los procedimientos ordinarios.

Todas las combinaciones mecánicas necesarias en este aparato están ya ensayadas, y no es de creer que su construcción ofreciera dificultades de importancia.

Otras aplicaciones prácticas pudieran considerarse. Pero he abusado sobradamente de vuestra paciencia y aquí termino, como empecé, pidiéndoo perdón de haberos molestado con un discurso tan árido y desabrido.»

Al discurso de que es extracto lo antecedente, contestó el Sr. D. Francisco de Paula Arrillaga con otro, cuya primera parte da idea exacta de la labor y la personalidad científica de

EL NUEVO ACADÉMICO

Entre todas cuantas invenciones se han realizado ó ideado para ejecutar mecánicamente operaciones de cálculo, con ser tantas, y muchas de ellas dignas de admiración, ¿hay ó hubo jamás alguna más sorprendente que la de las máquinas algébricas del ingeniero español D. Leonardo de Torres y Quevedo?

A esta pregunta que á sí mismo se hizo un egregio ingeniero y profesor de francés (1), luego que conoció los trabajos de nuestro compatriota, debería yo contestar en este discurso, si el mismo matemático no la hubiera contestado á continuación de formularla; si la Academia de Ciencias de París, á propuesta de Marcel Deprez, Poincaré y Appell (2), no hubiera dado de tan raro invento el mismo honroso y público testimonio de mérito extraordinario, ó si, antes que otro alguno, nuestra Real Academia, mediante ponencia del sabio presidente de la sección de Exactas, D. Eduardo Saavedra, no hubiese informado con el merecido encomio sobre la Memoria y aparato presentados ante nosotros en 1893 (3).

Todos, con perfecta unanimidad de pareceres, declaran que las máquinas algébricas de Torres y Quevedo resuelven en teoría el problema del cálculo mecánico, de manera absolutamente general y completa, para la resolución de ecuaciones ó de sistemas de ecuaciones de cualquier grado, algébricas y trascendentes, con determinación de sus raíces reales é imaginarias, según principios rigurosamente matemáticos, por procedimientos directos é inmediatos, con mecanismos sencillos y algunos de singular originalidad: teoría y mecanismos comprobados en la práctica con una máquina para trinomios, con el proyecto de otra para ocho términos y con otra tercera para la resolución de ecuaciones de segundo grado con coeficientes imaginarios, exhibida en la Exposición de París (4).

El panegirico del nuevo académico viene, pues, de antemano hecho por el mejor y más elocuente de los modos: por el elogio de sus obras, discernido por hombres y senados tan conspicuos, que á mi sólo me toca brindarle en este momento las primicias del afecto con que es en esta casa acogida su persona. A ello me autoriza la benévola designación del presidente de la Academia, conocedor de la cariñosa amistad que con el Sr. de Torres me une hace muchos años, y sabedor del entusiasmo con que sigo, desde su iniciación, los trabajos que le han granjeado tan sólida reputación y aventajada fama de ingeniero sobresaliente y de matemático sutilísimo.

Es, por otra parte, superfluo todo encarecimiento de las dotes y talentos que en solemnidades como ésta es natural y debido hacer del recipiendario, pues á nadie, por ajeno que á estos estudios sea, se oculta la suma colosal de esfuerzos intelectuales que suponen labor tan ardua y concepciones teóricas y prácticas tan ingeniosas, cuyo éxito depende sólo del puro trabajo intelectual y de felices inspiraciones, que no pueden darse ni ser fecundas sino en entendimientos muy privilegiados.

(1) Maurice d'Ocagne.—*Génie civil*, del 18 de Enero de 1896.

(2) *Comptes rendus des séances de l'Académie des Sciences*, t. CXXX, séance du 2 avril 1900.

(3) *Anuario de la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales*, de 1895, página 202.

(4) Mr. Chateau, constructor de aparatos de precisión, lleva muy adelantada, bajo la dirección del Sr. de Torres, la construcción de una máquina para el cálculo de las raíces reales de una ecuación trinomia, y Mr. Kœmigs, en su laboratorio de Mecánica de la Sorbona, construye la de segundo grado, con coeficientes imaginarios.

También me juzgo dispensado de tratar á fondo del problema por él resuelto de modo tan cabal y en forma tan cumplida. Ahí están para eso los escritos que ha dado á luz, desde la Memoria que en 1893 nos presentó, é imprimió en 1895, hasta la que la Academia de Ciencias de París acordó, de su cuenta, el año pasado publicar en su *Repertorio de sabios extranjeros*, y ha sido hace poco estampada.

Tenéis, además, sobre el propio tema, el discurso que acaba de pronunciar, sobrio y severo, sin otras galas que el buen decir y la esmerada corrección de vocablos y de sintaxis, cual corresponde á la exposición doctrinal de conceptos y materias del más puro análisis matemático, y sin otros aderezos que los del rigor científico y del método estricto, del que es imposible que se aparte hombre de carácter tan serio y de procederes, ingénitamente y por educación, tan austeros.

A los que no conocierais aquellas publicaciones, seguramente os habrá causado ahora el mismo simpático efecto que á mí me produjeron las ocho substanciosas páginas de la introducción de su primera Memoria, donde en pocas líneas comienza por ampliar la idea de máquina y la definición de Cinemática de Ampère, poniendo de manifiesto la íntima analogía existente entre una máquina y una fórmula algébrica, y deduciendo racionalmente, con ejemplos tan sencillos como el de un tren epicicloidal, que limitar la teoría de los mecanismos á la transformación de un movimiento en otro sería tan arbitrario é injustificado como reducir el Algebra al solo estudio de las funciones de dos variables, y concluye en breves renglones por dejar sentado fundamentalmente que las máquinas algébricas deben cumplir con dos esenciales condiciones: una, la de servirse de *transmisiones puramente geométricas*, ó sea sólo dependientes de su forma, lo cual garantiza su seguro funcionamiento mientras no se rompan, se deformen ó se gasten; y otra, que sólo se empleen *mecanismos sin fin*, para que los valores de las variables, representados por recorridos de los móviles, puedan oscilar entre amplísimos límites: conceptos y razonamientos que, como hoy habéis visto, continúan informando la teoría y la práctica de las máquinas del Sr. de Torres. La claridad y la magistral lucidez con que de nuevo ha puesto ante nuestra vista la génesis en su mente de tan fecundas investigaciones demuestran, además, no sólo las facultades intelectuales de que goza y lo mucho y muy fructuosamente que las ha cultivado, sino su resuelta vocación por las ciencias exactas, y lo que es más plausible, la devoción con que á ellas se ha consagrado.

A continuación traza el Sr. Arrillaga un cumplido elogio del académico fenecido, D. Alberto Bosch.

LA MÁQUINA EN GENERAL

Examina seguidamente la máquina en general, su aplicación á usos distintos, la impresión que produce su contemplación aun en el ánimo más familiarizado á ella, impresión—dice—que no desvanece ni el conocimiento de la máquina, ni el científico análisis de sus elementos, pues aun los mismos hombres dedicados á las artes mecánicas se sienten llevados á ver en la máquina el espíritu de quien la inventó.

Pero el asombro se acrece y el prodigio se reviste de caracteres de magia al contemplar máquinas de ejecutar operaciones de cálculo.

Al fin y al cabo, las máquinas industriales no hacen sino lo que, si bien en peores condiciones, el hombre puede realizar con sus manos, pues un telar mecánico, aun de aquellos de Lyon, que reproducen en seda pinturas y cuadros famosos, no hace cosa, en substancia, distinta de lo que trama y urde grosera y toscamente el tejedor de aldea, con el hilo moreno torcido por el huso entre los dedos de la aldeana.

Pero ¡idear, construir y montar máquinas ó aparatos mecánicos para sumar, restar, multiplicar y dividir, extraer raíces y aun resolver ecuaciones! Pues ¿no es necesaria para operar con los números la intervención continua de la mente humana? ¿Es labor puramente material la del cálculo aritmético ó algébrico, para encomendarla á ruedas ó á discos movidos por un manubrio?

Bueno que se construyan máquinas para fabricar objetos, para librar al hombre de la esclavitud de la materia; para, según frase admitida en elogio y definición de la maquinaria, reemplazar al trabajador, sustituir con ventaja sus brazos ó ahorrarle esfuerzos; pero pretender cambiar por mecanismo el entendimiento humano y hacer manufactura de los productos intelectuales, parece temeridad insana. De ahí á fabricar mecánicamente estatuas en emulación con Fidias, ó pintar cuadros á millares en competencia con Velázquez, creyérase que no hay sino dar un paso.

Así tiene que pensar el vulgo, de quien yo ahora estoy haciéndome eco, mientras no le enseñen cómo Pascal inventara su máquina de sumar para aliviar á su padre, Intendente de Hacienda en Normandía, del pesado trabajo de la contabilidad financiera, ó quién sabe si para librarse del enojo de *sacar las cuentas* que á hijo tan despierto le encomendasen en la oficina paterna; y así tiene que pensar mucha gente antes de que se le explique cómo, no ya la simple suma en la máquina de Pascal, sino el Algebra con todas sus operaciones en las máquinas del Sr. de Torres y Quevedo, es, hasta cierto punto, labor mecánica; y aun así tienen que sentir, ya que no pensar, también los matemáticos que, no por entenderlos, dejan de calificar de admirables tales invenciones y artificios. Y buena prueba de sus dificultades es que, hasta el día de hoy, el problema no estaba bien planteado, ni, por consiguiente, resuelto en términos generales y completos, tal como el Sr. de Torres y Quevedo le ha planteado y resuelto, sin más precedente, á mi juicio, aunque embrionario en la teoría y deficientísimo en la práctica, que el de Stamm en sus *Ensayos de Automática pura* (1863).

LA MÁQUINA ALGÉBRICA

Dentro del tema que eligiera el Sr. de Torres Quevedo, dice el señor Arrillaga:

«Lo que en las máquinas industriales podrá ser sencillo prodigio de incorporación de una idea del inventor, mediante el ordenamiento de mecanismos para un fin dado, en las máquinas aritméticas, y más aún en las algébricas, el prodigio toma vuelos de portentoso.

Al oír al Sr. de Torres Quevedo en su discurso de esta tarde, no os habrá parecido nada de esto, sino cosa fácil y llana plantear de golpe

el problema y resolverle, estudiándole desde el primer sencillo elemento y remontándose hasta sus máquinas por escalones muy suaves y asequibles.

Ha comenzado por deciros, como verdad inconcusa y universalmente reconocida, que todo aparato que permita reproducir á voluntad un fenómeno físico, cuyas leyes estén formuladas matemáticamente, puede en rigor transformarse en máquina de calcular, representando los elementos del fenómeno á las variables, y estando todas éstas sujetas, como aquéllos, á la fórmula que es expresión del fenómeno.

El principio es evidente y la subsiguiente reflexión muy obvia, y lo son de la propia manera y sucesivamente uno por uno todos los grados de la indagación en el discurso del Sr. de Torres, sobre todo después de haber identificado casi la Cinemática con el Algebra, mediante una definición de *máquina*, idéntica á la de fórmula algebrica.

Pues, con todo y con eso, insisto yo en mi asombro y en lo sorprendentes que las máquinas algebricas son, aun antes que en la práctica, en la propia teoría.»

Expone á continuación la doctrina seguida por el recipiendario para su invento, y añade:

«No está, sin embargo, el mérito de la invención de las máquinas algebricas, ni lo más difícil de tal empeño, en fundar la teoría, en establecer las condiciones con que han de cumplir y en demostrar la posibilidad de construirlas, sino en dedicarse á renglón seguido á idear mecanismos al efecto, y á elegir entre ellos los más propios y de mejor y más fácil funcionamiento.

El mérito de esta primera parte de la teoría de las máquinas de calcular del Sr. de Torres y Quevedo estriba, á mi juicio y principalmente, en haber invertido el problema, generalmente planteado en la ciencia, de aplicar la Matemática pura á otras ciencias, puesto que él inversamente aplica á la Matemática la Cinemática. Claro es que lo hace á beneficio de ser ésta casi pura matemática; pero insinuando que del propio modo, más adelante, y avanzando en el conocimiento de los fenómenos físicos y mejorando los de medir sus elementos primarios, se llegará á hacer aplicaciones de cualesquiera de ellos á la labor del cálculo.

Además, el Sr. de Torres y Quevedo deriva de sus invenciones mecánicas la posibilidad, y en muchos casos la conveniencia, de servirse de aparatos cinemáticos, como él recientemente practicó en una conferencia del Ateneo, para muchas demostraciones científicas, con ventajas sobre las demostraciones efectuadas sobre figuras. Estas, con efecto, tienen que complicarse mucho ó repetirse con variaciones para las distintas fases de la demostración, mientras el aparato las presenta sucesivamente en su funcionamiento.

Quisiera yo disponer de la erudición indispensable y de la amplitud de discurso necesaria para narrar la historia de los aparatos y mecanismos ideados ó realizados en los siglos XVII, XVIII y XIX; pero, á

falta de ellas, séame dado siquiera apuntar algunas escuetas afirmaciones.

Las máquinas calculadoras no son los únicos artificios ideados para simplificar la prolija y penosa tarea de calcular: son no más que una de las dos especies del primer género de los cinco en que los clasificó D'Ocagne, en sus amenas conferencias de 1893, en el Conservatorio de Artes y Oficios de París.

Mucho más antiguos que las máquinas son los instrumentos formados por varillas, reglas ó listones, de que son tipo los de Neper (1617), pero que está averiguado fueron aplicados para efectuar multiplicaciones en el siglo xv por algún matemático árabe. Son igualmente anteriores á las máquinas, aunque por pocos años, las reglas y círculos de cálculo que, fundados sobre el principio de Gunter (1620), son hoy corrientes y muy útiles, después de las modificaciones de Lallemand y Mannheim y de sus combinaciones con otros órganos en el aritmoplánmetro de Lalanne (1840), con ventaja después sustituido por los plá-nímetros.

Los cálculos por trazados geométricos (que debieron de ser usados por los griegos), elegantes y expresivos, han llegado á constituir, por otro lado, toda la *Estática gráfica* en estos últimos sesenta años. Las tablas de simple, doble y triple entrada tienen su primer rudimentario precedente en la tabla pitagórica de productos de los números dígitos.

Las tablas gráficas ó *abacos* han progresado en un siglo, desde Pouchet acá, y después de pasar por la aplicación del principio de la *anamórfosis*, establecido por Lalanne y generalizado por Massau, hasta constituirse en cuerpo de doctrina en la *Nomografía* de D'Ocagne, autor de los abacos de puntos *isopletos*.

Enumera el Sr. Arrillaga los distintos aparatos de calcular conocidos, desde los tiempos de Pascal, en que se inventara el primero. Los divide en tres grupos: aritmómetros, planímetros y máquinas algebrícas; hace un estudio de estas últimas, y concretándose á la inventada por el nuevo académico, concluye:

«Hay, por último, un órgano en las máquinas de nuestro novel compañero, el husillo sin fin, destinado á sumar la construcción de un monomio con la de otro, que realza á mucha altura su inventiva poderosa, y le acredita de mecánico originalísimo. Ejecuta automáticamente tal husillo el cálculo de logaritmos aditivos de Gauss, expresando la relación

$$Y = \log. (10 \cdot + 1)$$

Se hacen lenguas de su ingeniosísima traza y artificio cuantos de él se dan cuenta ó tienen noticia; y en él veo yo también, en efecto, lo más culminante de la invención.

Mas no me maravilla sólo porque construye mecánicamente el logaritmo de una suma en función de los logaritmos de los sumandos, sino porque además, al idearle, realizando un peregrino invento, lo consigue sin tanteos, deductiva y directamente, como proceden los matemáticos de verdad, como ha procedido en todo el Sr. de Torres y Quevedo: leed en este punto su Memoria, ó medita en su discurso, y quedaréis edificadas.

Así nos enseña á todos cómo llega á lo que quiere llegar, quien

tenga medios de llegar, se entiende; así se da á conocer la excelsitud de las Matemáticas; así se demuestra que las ciencias exactas son lógica pura y engendro directo de la inteligencia; así se ve que el cerebro humano recibió el soplo divino, para contener un espíritu hecho á imagen y semejanza de Aquel que impuso orden y destino á la máquina del Universo.

Y así, por fortuna suya y en honra y prez de la ciencia patria, ha adquirido D. Leonardo de Torres y Quevedo el derecho de inscribir sus solariegos apellidos en el libro de la Historia de las ciencias, y en su capítulo con más limpios timbres blasonado, cual es el de la Historia de las Matemáticas.»

ATENEO DE MADRID

«OLIGARQUÍA Y CACIQUISMO»

En este mes de Junio quedará terminada en la docta corporación de la calle del Prado la información acerca de la notable *Memoria* con que D. Joaquín Costa convocara en torno suyo ilustres personalidades de la política, de la prensa, del foro, de la cátedra, representantes de nuestra riqueza intelectual, de nuestros más caros intereses materiales, cuantos piensan, sientan y quieran de algún modo, aunque por opuestos caminos, la reconstitución de nuestra patria, por la curación de uno de los muchos males que padece. . . .

Los debates han corrido por lo común tranquilos, á ratos alterados por la pasión de algunos de los que en él han intervenido, á veces por sendas de provechosa cultura, de luminosos reflejos de útil razonar.

Se han deslizado con ausencia total de la gran prensa, de esa prensa que tuvo abiertas sus columnas á las alteraciones administrativas de *Le Figaro*, cuyos pormenores adquirió espléndidamente por telégrafo, y á otras informaciones de no más interés, para España sobre todo. Y que no merecía tal suerte el debate del Ateneo de Madrid, proclamando el tema patriótico que lo inspirara y la calidad de la mayor parte de las personas que en él han intervenido.

Hemos de reconocer al examinar los trabajos por que estas líneas se escriben, que en el debate promovido en el Ateneo ha demostrado el Sr. D. Joaquín Costa, además de su patriotismo y vastísima cultura, una honrada buena fe en este caso perjudicial á sus buenos propósitos. La información ha podido á nuestro juicio reducirse, han debido omitirse en ella algunos testimonios que sólo sirven para dar carácter de excesiva latitud al estudio del problema. Tal amplitud estaría en su punto si los nombres que á nuestro juicio sobran en la información, hubieran podido sustituirse con otros, que, si no figuran en ella, no es ciertamente porque el Sr. Costa no lo haya procurado. Conste en su descargo esta manifestación.

Han tomado parte en la discusión de *Oligarquía y Caciquismo*, con su palabra ó con su pluma, los Sres. Sanz Escartín, Maura (Antonio), Unamuno, Leopoldo Alas, Canals, Royo Villanova, Marraco, Rocatalada (Manuel), Conde de Casa Valencia, Capdepón, Ripollés, Bonilla San Martín, Luis Navarro, Primitivo Ayuso, Sixto Espinosa, Bernaldo de

Quirós, Mafé y Flaquer, Pedro Dorado, Rahola (D. F.), Pi y Margall, Pella y Forgas, Casaña, hermanos Alcubilla, Isern (D. Damián), Ricardo Rubio, por el Círculo Industrial de Madrid, Cámara Agrícola del Alto Aragón, Fernández Alcázar (D. Basilio), Valentín (D. Ignacio), Conde y Luque, Solsona, Picón (D. J. O.), Salillas, Becerro de Bengoa, Espina y Capo, Alfonso González, Botella, Fernando Lozano, Fernández Prida, Cámara Agrícola de Barbastro, Ortí y Lara, Ovejero, Pompeyo Gener, Elías Romero, de Almazán, Francisco Rodríguez, Jenaro Arias, y Piernas Hurtado.

Para las dos sesiones últimas quedaron nombres de tanto fuste como los de Ramón y Cajal, Sales y Ferré, Alfredo Calderón, Pérez Galdós, Dato, Ugarte, E. Hinojosa y Doña Emilia Pardo Bazán, y como era demasiada labor para tan reducido espacio de tiempo, algunos de los trabajos de dichos señores no serán conocidos hasta que D. Joaquín Costa dé a la estampa la obra que prepara, formada de la Memoria por él escrita y que ha servido de tema a la discusión, y todos los dictámenes presentados. No hay para qué decir que, dada la cantidad de informantes, aquélla será voluminosísima. Formará dos tomos de unas cuatrocientas páginas en cuarto: el primero, que aparecerá dentro de un mes, empieza con la opinión del Sr. Maura, que ha sido el primero en responder a la invitación del Sr. Costa, y a continuación las de los profesores de la Universidad de Oviedo, la del Sr. Unamuno, la de Salvador Canals, etc., etc.

Notas salientes de este debate... Aparte las que en sus escritos ó de palabra dieran *dentro del tema* los que en él han intervenido, fueron la que dió el Sr. Becerro de Bengoa contra el Sr. Costa, por debidamente contestada, y la del Sr. Lozano (D. Fernando), quien se fué en su discurso por los campos de su incredulidad y libertad en materias de religión, teniendo que serle suspendido su discurso por el presidente.

Entre los trabajos escritos, enviados sin previa invitación del señor Costa, merece citarse uno anónimo, llegado de tierra andaluza, y que es una página elocuentísima del caciquismo en nuestra patria.

Titúlase: *Causas por las cuales informo que no puedo informar*. Es un relato de los sinsabores que una Sociedad anónima minero-hidráulica padece por la presión de un cacique. Se ve en la disyuntiva de pactar con él, para que se le permita la colocación de postes en las propiedades que cruza en la explotación de su negocio, cosa que en caso contrario le impiden los vecinos, ó buscar para un negocio que es genuinamente español el amparo de una bandera extranjera, cuya protección nobtendrá el embajador de la nación á que pertenezca. Cabe una tercera solución, y es la que toma el actor del informe: abandonar su participación en el negocio de que se trata, para no tener que optar por ninguna de esas determinaciones, ni llegar á la agresión material contra S. M. el Cacique.

Esta y otras notas curiosas ha ofrecido el debate ocasionado por la *Memoria* del presidente de la Sección de Ciencias Históricas del Ateneo.

Crónica de Aragón

Los ausentes.—La telepatía y el Dr. Ramón y Cajal (D. Pedro).—Extensión universitaria.—Las Escuelas de Artes y Oficios y los Círculos de Obreros católicos.—Los centros escolares.—El Ateneo de Zaragoza.—Sociedad de Ciencias Naturales.—Libros.—Literatura regional.

I

Si hubiera de escribir un estudio completo del *intelectualismo* de Aragón, es decir, de los aragoneses que cultivan ciencias, artes é industrias, llevando á ellas la manera de ser y el carácter de esta tierra, sería forzoso que á los que aquí viven y producen agregara todos aquellos, no despreciables en calidad y número, que salidos del solar de la región, han entrado en el común acervo de las fuerzas intelectuales españolas; porque es de notar este fenómeno curioso y digno de llamar la atención, sobre todo en los momentos actuales: los hijos de Aragón jamás han sido exclusivistas, ni el cariño á su patria chica lo entendieron en el sentido de proscribir cuanto directamente no atañía á la misma, logrando de esta suerte ser honra de Aragón y á la vez gloria de España. Pradilla es un aragonés que con su pincel inmortalizó la rendición de Granada y la poética figura de la reina loca que atraviesa con el cadáver de su esposo las áridas mesetas castellanas; Santiago Ramón y Cajal con su tenacidad aragonesa en el estudio del mundo microscópico, hizo respetar la bandera española á los vencedores de Cavite y Santiago de Cuba, días inmediatos á nuestra catástrofe colonial; el teatro de Eusebio Blasco deleita á una generación entera de españoles; Mariano de Cavia y el malogrado Royo Villanova, con su ingenio humorista, han esmaltado la prensa de España, y nuestro veterano poeta Marcos Zapata acaba de arrancar sentidos versos á su numen para cantar un episodio nacional, Covadonga.

Junto á éstos trabajan, dando á España fama y nombre, Salillas, notable criminalista; Joaquín Costa, sociólogo y pensador de altos vuelos; Matheu, excelente novelista, y filólogos como Commelerán y eruditos como el conde de la Viñaza, y catedráticos como Viscasillas y Codera, hebraísta distinguido lo primero y arabista de fama europea el segundo.

Y aun quedan pintores como Unceta, y músicos como Justo Blasco, y cantantes como Biel, Fidela Gardeta y Mariano Aineto: todos muy amantes de Aragón y de España, todos trabajando en la ciencia y en el arte llevando á sus trabajos el espíritu aragonés de constancia, seriedad y labor intensa, ordenada y maciza.

Si á los que aquí trabajamos se unieran todos los antedichos y algu-

no que por olvido pueda escapar á esta enumeración, el balance de *intelectualismo* aragonés arrojaría gran partida en favor nuestro; mas ahí están. Esos son de España; Aragón no resta, multiplica; no acordona sus fronteras ni concentra á sus hijos; antes bien, los envía para que á todas partes lleven su espíritu y su amor á España, harto necesitada de sumas más que de restas y de cariños más que de odios.

Mas permídenme los lectores de NUESTRO TIEMPO este prólogo de circunstancias, y veamos de presentar junto á los aragoneses que trabajan fuera de Aragón á los que trabajan dentro.

II

En dos partes podemos dividir este estudio: lo que en Aragón se trabaja de manera parecida á como se labora en el resto de España, y lo que aquí tenemos de peculiar y característico.

La Universidad de Zaragoza, aparte de las tareas docentes propias de su instituto, ha entrado hace ya varios años en el movimiento que se designa con la frase *Extensión universitaria*: organiza todos los cursos series de conferencias públicas á cargo de los catedráticos, y en este año se han leído ó pronunciado varias muy notables. La que más poderosamente llamó la atención, hasta el punto de dar lugar á juicios y discusiones apasionados, fué la segunda de las dos que leyó D. Pedro Ramón y Cajal, hermano del notable histólogo, honra de la Universidad madrileña, y dedicado á trabajos análogos á los que á éste han conquistado universal renombre; expuso sus observaciones y experiencias sobre varios individuos de una familia á quienes sugirió á distancia distintas voliciones, y expresó la exactitud con que fueron cumplidas. Entró después en el estudio de otra serie de fenómenos, consistentes en hipnotizar seres inorgánicos, v. gr., caramelos, que ingeridos por los individuos sujetos á la experiencia, habían de producir en ellos modificaciones expresadas con anterioridad, y el resultado de estas experiencias fué el afirmar categóricamente la existencia de una fuerza especial, capaz de afectar al sistema nervioso de los sujetos sometidos á ella y de determinar sus actos por sugerencias telepáticas. El doctor Ramón y Cajal prosigue con ahínco en sus investigaciones, de las que es posible que la ciencia obtenga fruto.

La Escuela de Artes y Oficios, deseosa de contribuir á la mayor ilustración de la clase obrera, también ha organizado conferencias públicas, que tienen lugar los domingos por la mañana, y en las que los profesores exponen de modo elemental y sencillo temas interesantes para los obreros. Este carácter han tenido las que con igual objeto organizó el Círculo de obreros católicos, que han estado á cargo de catedráticos de la Universidad y de personas ilustradas, que contribuyen con gusto á la tan necesaria obra de difundir entre los obreros la cultura intelectual.

Junto á estas conferencias pueden colocarse las de los centros escolares. Los estudiantes de nuestra Universidad y Escuelas especiales (Veterinaria y Normal de maestros) han constituido asociaciones en las que los alumnos dan conferencias semanales, y pueden asimismo agregarse á ellas las organizadas por el círculo de San Luis y la Academia Calasancia, centros dirigidos por los padres Jesuitas y Escolapios,

á los que acuden principalmente los alumnos que cursaron la segunda enseñanza en los colegios que dichas órdenes religiosas tienen establecidos.

Finalmente, también el Ateneo organiza conferencias y *conversaciones científicas*, en donde los socios, sin aparato oratorio, exponen y controvierten sus ideas, estableciendo de esta suerte una comunicación que mantiene vivo el deseo de trabajar y crear atmósfera intelectual.

Se ve, pues, que hay en Zaragoza movimiento similar en este punto al de las demás ciudades importantes de España. En el pasado año sumadas todas, pasaron de 100 las conferencias dadas acerca de materias muy diversas.

Aunque de índole distinta de las Sociedades anteriores, pues no se dan en ella conferencias públicas, merece citarse con elogio, por sus trabajos, la sección zaragozana de la Sociedad Española de Historia Natural. Está formada por entusiastas cultivadores de las ciencias, naturales que en los *Anales* y *Boletín* de la Sociedad, que ven la luz pública en Madrid, han publicado el resultado de sus investigaciones. Un resumen de estos estudios ha hecho D. Juan Pablo Soler en la *Revista de Aragón*. Allí se citan trabajos del jesuita P. Navas y de los señores Gila, Moyano, Jimeno Viza ra, Pardina, Dosset, Aguilar, Vicioso y Ramón y Cajal (D. Pedro). Para comprender su importancia, baste decir que en dos años han estudiado próximamente 400 líquenes, 900 plantas superiores, 400 insectos y varios minerales, rocas y fósiles. La sección ha conseguido relacionarse con las Sociedades similares de España y del extranjero, y sus socios están dispuestos á proseguir con ahinco en las tareas tan brillantemente comenzadas.

A pesar de esta actividad de los centros científicos, los libros publicados no son muchos. Apartando folletos, libros devotos y otras obras de menor cuantía, habré de apuntar en el pasado año dos libros de medicina, debidos á dos jóvenes catedráticos de nuestra Facultad: las *Lecciones de clínica quirúrgica*, de D. Ricardo Lozano, y la titulada *Diagnóstico de las enfermedades del corazón*, de D. Ricardo Royo Villanova; de ambas trató con elogio la prensa cuando aparecieron, y supla esta indicación mi carencia de condiciones técnicas para juzgarlas. La *Biblioteca de estudios árabes*, que se publica en Zaragoza sin ayuda oficial ni protección de ningún centro ni sociedad, contando sólo con sus propias fuerzas, ha dado su quinto volumen, que contiene la primera traducción en lengua española de *El filósofo autodidacto* de Abentofail, debida al malogrado arabista don Francisco Pons; la prensa elogió la obra, ya vertida repetidas veces al inglés, holandés, alemán y francés, y la acertada versión del Sr. Pons. Esta *Biblioteca* publicará pronto, pues ya está en prensa, el tomo sexto, que tratará de *Algazel y su influencia en la España musulmana*, debido al joven catedrático de este Seminario Pontificio D. Miguel Asín, distinguido arabista zaragozano, á quien presenta ante el público científico, prologando su obra, el eminente literato D. Marcelino Menéndez y Pelayo.

Veamos ahora lo que en Aragón tenemos de especial y característico.

III

Pasa como axioma de preceptiva literaria en las escuelas y en los tratadistas que ninguna manifestación de la actividad humana guarda relación estrecha con el genio y el carácter de un pueblo como su propia y peculiar literatura, y si este principio lo aplicamos á Aragón, vemos que la realidad lo confirma cumplidamente.

No es Aragón tierra de poetas, y así vemos que apenas contamos con uno en el sentido amplio de la palabra. La justicia exige que citemos á uno, á Luis Ram de Viu: comenzó muy joven á escribir versos, siguiendo en sus principios la *manera* y escuela de Campoamor, y de esta primera época son el poema *Amparo* y algunas composiciones de su libro *Flores de muerto*; mas pronto fué marcando su propia personalidad con estilo distinto del maestro, y fué Ram de Viu el poeta de los muertos, de las tumbas y de los desengaños de este mundo perecedero. El ideal religioso vino entonces á inspirar al poeta, quien voluntariamente rompió con sus anteriores obras, hasta el punto de recogerlas de la pública circulación, y, fruto de esta inspiración, se reveló bajo nueva fase en su último libro *Horas de luz*, en el que aparece como un poeta místico, enlazado en las ideas con los nuestros del siglo de oro, aunque los temas de sus composiciones estén en armonía con los problemas de ideas que hoy preocupan á los pensadores. Descansa hace ya bastante tiempo de sus tareas, y sólo da muestra de su vitalidad artística con algunas composiciones sueltas que publica en periódicos religiosos; mas á pesar de su pereza, es el único á quien se puede llamar actualmente poeta en Aragón. Versifica con soltura, tiene ideas y arranques líricos de primer orden, y su nombre no debe omitirse en una crónica donde se pretenda enumerar á los cultivadores de las letras aragonesas.

La novela, en cambio, cuenta con excelentes cultivadores en Aragón. Se aviene este género literario con el espíritu aragonés, observador, cachazudo, poco dado á idealismos, y antes por el contrario, fiel amante de la realidad. En este año ha aparecido un novelista de primera fuerza á quien con justicia se le apellida el Pereda aragonés: pues refiero á Luis María López Allué y su libro *Capuletos y Montescos*.

Encuentro en esta novela motivos de elogio que no suelen ser frecuentes. No es un conjunto de cuadros descriptivos y *coloristas* atados por la paginación. Hay en ella una *tesis* ó idea que se desarrolla, la lucha entre el *baturro* listo, trabajador, hijo de sus obras, con la personificación de una raza señorial y decadente como el último eslabón de una serie de ociosos parásitos: este es el verdadero argumento, aunque los amores de Pablo y Julio parezcan el asunto principal. La pintura de caracteres es fiel y exacta, el lenguaje apropiado y la descripción de las costumbres del alto Aragón muy bien trazada. Creo que es la novela mejor concebida y mejor escrita de cuantas en estos últimos años se han publicado intentando dar á conocer á Aragón, pues si bien nadie ha superado hasta hoy al señor López Allué, son varios los que en este género le han precedido.

Débase citar en primer término las novelas de asunto aragonés del Sr. Matheu. Muy estimables, y dentro de casa, están los cuentos de

Baselga, uno de nuestros más distinguidos literatos: en Baselga cabe separar dos fases en sus trabajos; unos de erudición literaria, otros de literatura amena, cuentos y novelitas cortas de asunto aragonés. A la cabeza de los primeros figura su edición del *Cancionero catalán del siglo XV*, de la Universidad de Zaragoza; sus *Cartas á Luisa*, en que satiriza la educación femenina actual, y sus *Estudios acerca de lo cursi*, donde analiza con mucho gracejo este concepto estético. Entre los segundos ha publicado dos libros: *Desde Cabezo-cortado y Cuentos de la era*, y está en preparación el tercero, *Por los ribazos*, del que han aparecido dos cuentos: *La tronada* y *El barbo de Utebo*, en la *Revista de Aragón*. En todos los libros de Baselga se ve un estilo peculiar, personalísimo, mezcla de nuestros autores clásicos y de un *humour* verdaderamente aragonés. Es ingenioso, graciosísimo, y ha conseguido trazar algunos cuadros rebosantes de vida y animación: el titulado *La cocina de Muñoz* es un prodigio de copia del natural; aquella cocina se ve con los ojos del espíritu como se ven con los de la cara los interiores de Téniers; el tipo del artesano de Zaragoza nadie lo ha pintado como Baselga, y maneja el habla del pueblo con una discreción y donosura extraordinarias. Es lástima que la dirección de importantes empresas industriales le haga dar paz á la pluma.

Otro nombre he de apuntar, el del sacerdote D. Gregorio Mover, autor de algunas novelitas de carácter histórico muy notables. En su libro *Religión y Patria*, relata algunos episodios de los sitios de Zaragoza con exactitud y verdadero colorido local; hay páginas que recuerdan los *Episodios*, de Pérez Galdós. Tenemos, pues, novelistas, y parece que se perciben tendencias á fomentar este género literario, pues en los carteles de los Juegos florales que este año han de celebrarse en Zaragoza y Calatayud, se consignan como temas «Novelas cortas de asunto aragonés».

La pintura de nuestros *baturros* ó campesinos ha tenido también su manifestación poética. Dos nombres podemos apuntar como principales: Alberto Casañal y Sixto Celorrio. Casañal es el más fecundo de nuestros poetas del *baturrismo*; ha escrito *Cantares baturros*, *Cuentos baturros*, *Baturradas*, y tiene en preparación *Más baturradas*; versifica con gran facilidad y ha conseguido pasar las fronteras, pues con el título de *Zaragozanen Schnurren*, ha publicado en Colonia el ilustre hispanófilo D. Juan Fasthenrat una traducción alemana de sus principales composiciones festivas.

Los cantares de Sixto Celorrio, repetidas veces premiados en los Juegos florales, y sus graciosos cuentos en verso publicados en la prensa diaria, están próximos á salir coleccionados en un libro, *Paella aragonesa*. Versifica con gran corrección y facilidad; recuerda la *factura* del malogrado Luis Royo Villanova, y con esto queda hecho el elogio, y conoce admirablemente el lenguaje de nuestros campesinos; algunas de sus composiciones son verdaderas fotografías de escenas populares; no hace mucho ha publicado en la *Revista de Aragón* un excelente cuento en prosa titulado *Filosofía baturra*, que debe animarle á seguir por ese camino, pues tal vez el poeta pudiera sin desventaja hacerse excelente novelista.

Junto á estos escritores podemos colocar los trabajos del *Folk-lore* aragonés: respecto de esta materia, en el presente año ha visto la luz

pública un excelente libro titulado *Cancionero popular de la provincia de Teruel*, formado por D. Severiano Doperto, distinguido catedrático del instituto de Teruel. Es una compilación de cantares de jota recogidos de boca del pueblo; el compilador los ha clasificado atendiendo a distintos puntos de vista y facilita el manejo de la colección con variados índices y un glosario de las voces regionales que aparecen en los cantares; la labor es digna de todo elogio, y abre una nueva dirección á nuestros literatos para que busquen en la musa del pueblo fuente de inspiración.

IV

Con la lista apuntada de obras y de autores, quedan consignadas las principales manifestaciones de nuestra producción científica y literaria. Esto es lo que en sentido estricto se denomina movimiento intelectual; y digo en sentido estricto, porque si en amplio sentido se tomara esta frase, comprendiendo en ella todas las aplicaciones de la inteligencia á la vida, la lista sería más larga y el presente artículo pudiera adquirir las proporciones de un libro. Habría que apuntar los nombres y analizar la labor de oradores sagrados como Jardiel, honra de nuestro púlpito; de abogados foralistas como el ex Ministro Gil Berges, Marton, Isabal y Ripollés; de médicos operadores como Arpal, de eruditos como La Sala, Ximénez de Eubún y Pano, y de tantos otros que aquí dan lustre á la ciencia; y aun podríamos ocuparnos del movimiento industrial sostenido vigorosamente por capitales é inteligencias aragoneses, y señalar como nuestra juventud va poco á poco sustituyendo á los empleados técnicos extranjeros, y ocupando en las minas, en las azucareras y en las sociedades productoras de energía eléctrica los puestos que al implantarse estas industrias desempeñaban franceses, belgas y alemanes, y ver cómo nuestro obrero rural se transforma con rapidez en inteligente operario industrial, y patentizar, en suma, cómo se despierta entre nosotros el deseo de estudiar ciencias positivas y de aplicación práctica.

Son todos estos síntomas de progreso no lejano, sino palpable y evidente. Aragón no desmaya ni decae; aporta á la obra de la regeneración patria el concurso de su labor incesante: ¡quiera Dios que ni dentro ni fuera de España surjan acontecimientos que la detengan ó paralícen, y que de esta suerte cumplamos todos nuestros deberes como españoles y como aragoneses!

EDUARDO IBARRA

Zaragoza, Mayo 1901.

Revista bibliográfica

TRABAJO

por Emilio Zola, traducción y prólogo de Leopoldo Alas (Clarín).

La nueva novela de Emilio Zola es libro profundamente revolucionario. En eficacia demoledora, en poder disolvente, emula con las obras más importantes de los grandes autores libertarios. En la magia del arte, en la grandeza épica del cuadro, en el interés y en el encanto de la narración, admite pocos rivales. En lo que tiene de doctrinaria, pudiera parecer endeble, y es seguro que á ningún pensador sólido convencerá la fe fourieri-ta que en su nuevo *Evangelio* proclama como redentora de la humanidad explotada y envilecida el gran escritor francés. Pero adornado el fourierismo con las galas del estilo zalesco, predicado con la elocuencia, con el entusiasmo, con el optimismo que el nuevo *Evangelista* pone en las páginas que lanza á la muchedumbre esclava del salario, hambrienta de libertad y justicia, no hay quien deje de rendirse al poder de inteligencia tan soberana, y por un momento no se considere ciudadano de aquella Jerusalén feliz, justa, gloriosa, que Lucas Froment erige sobre las ruinas del viejo Beauclair, abominable y maldito.

En Zola, el artista es muy superior al filósofo. El poder de la imaginación suple muchas veces la falta de labor reflexiva. Parece como que no sabe resistir las impresiones de lecturas fuertes. La primera impresión es en él definitiva: quedan todas como incrustadas en su espíritu. Diríase que es un convencido, sin contradicción, sin polémica, sin lucha. Hay poca grandeza en este modo de capitular un espíritu superior ante otro espíritu, que, por grande que sea, no merece tan cumplido é incondicional vasallaje. Zola se enpequeñece mucho, por lo que tiene de fourierista fanático. Lucas Froment, el protagonista de su novela, el apóstol, el fundador de la ciudad feliz, también resulta achicado moralmente cuando en una noche de insomnio, ante la lectura de un menudo libro, resumen de la doctrina fourierista, experimenta turbaciones y espasmos de pitonisa que cerca del trípode escuchara las frases del dios.

Como advierte un distinguido escritor—el Sr. Posada, si no estamos trascordados—, no todas las opiniones expuestas en *Trabajo* deben tomarse como expresión del pensamiento del autor de este libro admirable. Pero en lo que se refiere á la afirmación del fourierismo como doctrina verdaderamente soberana y redentora, no cabe dudar que

refleja la convicción íntima del autor. No sólo se encuentra esa afirmación en los labios del protagonista, sino que también se repite de página en página, como si fuera el motivo principal de aquel grandioso poema, donde tanto abundan los *ritornellos*, donde las ideas giran y tornan constantemente encerradas en las áureas líneas de una misma cláusula. Zola confiesa su fe en numerosos pasajes del libro, y al final de éste, cuando Lucas Froment se recrea con el espectáculo de su victoria, viendo á la ciudad del amor y de la paz triunfante sobre la tierra, repite por última vez su Credo en alabanza del filósofo de Besançon.

«Los arranques geniales de Fourier le habían inspirado —dice—: las pasiones humanas rehabilitadas, como fuerza de vida; el trabajo sacado de presidio, ennoblecido, agradable; nuevo código social: la libertad y la justicia conquistadas por la paz, juntando el capital, el trabajo, la inteligencia. A Fourier debía su ensayo de la Crecherie, la salud y la alegría de su nuevo pueblo. La religión de la humanidad, como el catolicismo, acaso tardaría en consolidarse, ¡pero qué evolución después, empujada por el amor!»

Y á continuación de estas palabras entrega el cetro de la ciencia á Fourier, como dominador de todas las doctrinas que hoy se difunden, inspiradas en un irresistible anhelo de terminar con las iniquidades que hace posible nuestra constitución social.

«Fourier práctico, evolucionista —dice—, llegaba al colectivismo, y hasta el sueño libertario de los anarquistas. En la asociación, el capital, paso á paso, dejaba el puesto al trabajo y á la inteligencia. Desaparecía el comercio; poco á poco el dinero. Avanzando así, á partir de Fourier, la ciudad nueva conquistaba sectas enemigas, colectivistas y hasta anarquistas, para unir las á todas en un pueblo hermano, trayendo el reino del cielo á la tierra.....»

Repetimos que este fetichismo fourierista quita valor á muchas páginas del nuevo libro. ¡Hasta resulta ridículo ver á este coloso del arte con la frente abatida ante el altar de un ídolo pequeño!

**

Cuando Zola no dogmatiza, cuando pinta lugares y figuras, entonces es el gran artista, el maestro de siempre. El lector se siente subyugado por su genio, y no hay quien deje de seguir al apóstol.

Comienza el libro con una descripción de Beauclair, al término de una huelga de dos meses, durante la cual los obreros del *Abismo* — gran fábrica de aceros establecida en aquel lugar, por el trabajo perseverante de una dinastía de trabajadores, los Qurigon — habían agotado todos los recursos para resistir las exigencias del ingeniero Delaveau, director de aquella industria colosal, cuyos intereses en peligro se esforzaba en poner á salvo, y tornar á las prosperidades de los mejores tiempos.

Los obreros habían vuelto vencidos, pero no resignados. Por los talleres en movimiento rugía, á compás del fuego en los hornos, la cólera en los pechos de aquella gente esclava de su miseria.

En medio de aquel cuadro lúgubre, se destaca la figura de Josina. Josina es una flor del arroyo, combatida por todas las tempestades del infortunio y del vicio: débil, hermosa, ingenua; caída por el amor en

brazos del malvado Ragú, obrero del Abismo, que la maltrata cuando se hastía de su belleza, y la arroja de sí cuando, herida por el trabajo y desfallecida de hambre y de frío, reclama su puesto en el cubil de aquella fiera. Lucas Froment, el apóstol, es testigo de la desventura de Josina; ve cómo Ragú maltrata á la niña infeliz, y estalla en ira contra un régimen social que hace posibles semejantes iniquidades y martirios.

«¡Oh mísero trabajo!—piensas Lucas al seguir entre las sombras de la noche á Josina y á su hermano Manet—. El hombre convertido en lobo por la faena abrumadora, por el pan tan malo de ganar y disputado por el hambre. Durante los dos meses de huelga, se habían arrancado unos á otros las migajas, en la exasperación voraz de las disputas; luego, el día de la primera paga, corría el obrero á aturdirse con el alcohol, y dejaba en la calle á la compañera de fatigas, mujer legítima ó seducida. Lucas volvía á ver ante sí los cuatro años que acababa de pasar en un arrabal de París, en unos de esos caserones emponzoñados, donde la miseria del jornalero solloza y se pelea en todos los pisos. ¡Qué de dramas había visto! ¡Qué de dolores había, en vano, intentado calmar! El formidable problema de las vergüenzas y torturas del salario se le había planteado muchas veces; había podido sondear hasta el fondo la atroz iniquidad, el cáncer espantoso que está acabando de roer la sociedad contemporánea. Había pasado horas de fiebre generosa fantaseando el remedio, estrellándose siempre contra la muralla de bronce de las realidades existentes. Y ahora, la misma noche del día en que llegaba á Beauclair, volvía á dar con esta escena salvaje, esta triste y pálida criatura arrojada á la calle, muerta de hambre, por culpa del monstruo devorador, cuyo fuego interior oía gruñir y veía escaparse en humo de luto, bajo el trágico firmamento.»

Hemos reproducido estas líneas, porque son una hermosa síntesis de todo el libro. Con efecto: en ellas no sólo se formula la condenación del régimen capitalista, sino que se achaca á éste la perversión de todos los sentimientos humanos, y se señala la redención de la mujer vilipendiada como el empeño más inmediato que ha de acometerse para conseguir instaurar entre los hombres el reinado de la paz y del amor. Por Josina, por la mujer rehabilitada, queda redimida la muchedumbre oprimida bajo el yugo del salario.

«En aquella niña—dice el autor, refiriéndose al estado de ánimo de Lucas cuando, con la ayuda del sabio ingeniero Jordán, se decide á echar los cimientos de la ciudad feliz—amaba al pueblo que padecía; era á ella á quien quería librar del monstruo. Había escogido la más miserable, la más ultrajada, tan cerca de enviarse, de caer en el lodo. Con su pobre mano, que el trabajo había mutilado, encarnaba toda la raza de las víctimas, de los esclavos, que daban su carne para el esfuerzo y para el placer. Cuando la hubiera rescatado, rescataría en ella á toda la raza, y además, y con delicia, era el amor, el amor necesario para la armonía, para la dicha de la ciudad futura.»

Este sentimiento de generosidad y de ternura hacia la mujer pobre y buena, su afán de entronizarla sobre la humanidad redimida, arrebatada las almas en pos de los ideales de Zola, y por equivocados que parezcan los derroteros que sigue para realizar aspiración tan nobilísima, y por mezquino que á la postre resulte el concepto que de la

felicidad humana tiene, oímos con gusto la palabra del nuevo evangelista y contemplamos impávidos el desplome de la podrida armazón que sostiene un mundo de iniquidad y de oprobio, donde resultan posibles tales tiranías y vergüenzas, y donde con refinamiento de crueldad implacable, son inmolados ante los pies del Becerro de Oro, del capital convertido en dios exterminador, la virtud, la inteligencia y el esfuerzo de los humildes, de los necesitados, de los buenos, del rebaño harapiento de siervos, en el cual, junto á las alimañas más feroces, camina herida, fatigada y cubierta de lodo la ovejuela de cándido vellocino.

Por eso decíamos, al comenzar estas líneas, que el libro de Zola es profundamente revolucionario. Los explotados que maldicen y juran en los talleres, lo oirán como una especie de toque de rebato que los convoca para intentar la emancipación deseada. Para los explotadores, es una exhortación elocuente á la generosidad, á la clemencia, y un aviso de la catástrofe que se avecina. No es que Zola predique el exterminio por la dinamita y por el cuchillo de los tiranos. Por el contrario: predica una revolución incruenta, mansa, verdaderamente idílica, una revolución que se realiza entre besos, entre caricias y entre flores, en una verdadera explosión de amor y de alegría. Y ahí está precisamente el peligro. El que no simpatice con el autor por las ideas, simpatizará con los medios; el que no, con el fin. A los espíritus superiores les halaga con un ideal de justicia; á los más bajos, con perspectivas de voluptuosidad y bienandanza epulona; á todos consigue cautivar con el entusiasmo vibrante de sus himnos á la gloria de la ciudad feliz y de la humanidad regenerada. En el mundo exterior, en el gran teatro donde los hombres luchan y se despedazan á diario, no se notarán por el momento los efectos del libro de Zola; pero en el mundo del espíritu, allí donde cada hombre levanta en silencio el alcázar de sus creencias íntimas, producirá honda conmoción el bracear furioso de este titán arremetiendo contra lo existente... ¡Allí será la catástrofe, allí el terremoto!

* * *

En los primeros libros de *Trabajo*, el autor describe el viejo Beauclair, con sus industriales de corazón endurecido ante los infortunios de los huelguistas; con sus comerciantes realizando *inicia*, *monstruosa ganancia*, con la miseria de los trabajadores; con sus autoridades, el suprefecto Chatelard, el alcalde Gourier, el magistrado Gaume, rutinarias, indiferentes ó desengañadas; con sus burgueses, como el matrimonio Mazelle, viviendo en el ocio de las rentas obtenidas en la explotación del obrero; y con sus sibaritas, como Boisgelin, dueño de *El abismo*, tipo perfecto del hombre de mundo, sensual, egoísta, frívolo, que desdeña á su esposa angelical Susana, para disipar en los brazos adúlteros de Fernanda, mujer del Ingeniero Delaveau, los montones de oro que la energía é inteligencia de éste hace amasar á los obreros en el antro tenebroso de la fábrica.

En un almuerzo que se celebra en la Guerdache, suntuosa residencia con parque verdaderamente señorial, donde habita Boisgelin, conocemos á todos estos personajes. Asiste también á la comida Lucas

Froment, y he aquí cómo expresa el autor las ideas del protagonista al verse rodeado de tales gentes y de tal magnificencia:

«Le encantó á Lucas la clara alegría, el agradable gran lujo del comedor, amplia estancia que ocupaba un ángulo entero del piso bajo, y por cuyas grandes ventanas se veía el césped y los árboles del parque. Parecía que aquel verdor entraba en la casa, que el comedor estilo Luis XVI, con sus maderas gris perla, tapizado de verde de agua, muy suave, se convertía en la sala de los festines, soñada en una ideal magia bucólica. La riqueza de la mesa, la blancura de los manteles, el brillo de la plata y del cristal, las flores que adornaban los cubiertos, coronaban la fiesta que daba á los ojos el maravilloso cuadro de luz y de perfumes. La sensación fué tan viva, que de pronto evocó toda la noche anterior: el pueblo hambriento y negro que pisoteaba como un rebaño el lodo de la calle de Brias; los pudeladores y arrancadores que se tostaban la carne ante las llamas infernales de los hornos; sobre todo la pobre vivienda de Bonnaire con la triste Josina sentada sobre un peldaño de la escalera, salvada del hambre por una noche, gracias al pan robado por su hermanillo. ¡Qué de miseria injusta, qué de trabajo maldito, de qué execrable sufrimiento se hacía el lujo de los ociosos y de los felices!»

Pocas páginas más adelante, el autor nos introduce en la Crecherie, donde habitan el ingeniero Jordán y su hermana Socurette.

Jordán es una de las más grandes y hermosas figuras de la obra. Es el sabio modesto, tenaz, incansable; físicamente débil, enfermizo, climático, pero espiritualmente fuerte, activo, templado para la lucha incesante por el ideal. Es un convencido del poder revolucionario de la ciencia. No cree que ésta haya hecho ni pueda hacer bancarrota en su noble empeño de conseguir el mejoramiento posible de la humanidad y conducirla á la patria feliz de las esperanzas realizadas y de las ilusiones cumplidas. Aplauda las tentativas de los filósofos encaminadas á este fin; apoya con entusiasmo los propósitos de Lucas de fundar la ciudad feliz sobre la base fourierista de las pasiones del hombre utilizadas en toda su fuerza expansiva; del trabajo convertido en obligación cívica, en fiesta permanente; de la solidaridad multiplicando los esfuerzos de una sociedad libre de hermanos, del comercio abolido, de los ejércitos disueltos, de la felicidad de cada uno fundada en la felicidad de los demás..... Pero él se quedaba recluso en su celda de sabio, abrigado entre sus mantas, trabajando con método, sin prestar oído al estrépito del combate, convencido, según su propia frase, de que él en su laboratorio fabricaba la felicidad del mañana.

Con efecto: gracias al auxilio de Jordán, Lucas echa en la Crecherie los cimientos de la nueva ciudad, y cuando llega la hora del triunfo, cuando desaparece el *abismo*, cuando el apóstol contempla el nuevo Beauclair, donde el trabajo regenerado «era la dicha de todos por el justo reparto de los bienes del mundo», los prodigios que acontecen en el pueblo venturoso son más bien que la obra del apóstol vigoroso é intrépido, la de aquel sabio enfermizo que logra domar la electricidad y convertirla en sierva humilde de las generaciones nuevas. Si sólo mirásemos en *Trabajo* una novela más; si creyéramos que se trataba de una obra de pura imaginación, dada á la estampa con el solo fin de entretener los ocios de la gente, podríamos señalar como defec-

to el eclipse que en ocasiones sufre la personalidad del protagonista ante la aureola gloriosa que circunda la figura de un personaje secundario.

Pero *Trabajo* es algo más que una obra de pura imaginación y pasatiempo. Si se la considerase sólo bajo este aspecto, podrían señalarse en ella tremendas inverosimilitudes, innumerables máculas. Pero el nuevo libro de Zola es algo más que eso. Es un *Evangelio*; es obra destinada á preparar una buena nueva. Cumple una misión sociológica más que artística, aunque el arte sea allí un elemento esencial. Y vista así la obra, hay que respetar los caprichos del maestro, y sacrificar á la intención simbólica lo que pudiera haberse concedido á simples conveniencias de euritmia literaria. La primera parte del libro es un puro realismo; la segunda, de una vaguedad ideal de ensueño. En la una se pinta la realidad existente, el mundo actual minado por la corrupción y el crimen; en la otra se describe la sociedad futura, la felicidad soñada, cumplida en el amor y en la paz. Por eso cuantos personajes conocemos en las primeras páginas del libro, con calor de humanidad, hollando la tierra y regándola con su sudor y sus lágrimas, toman después apariencias ingravidas, se esfuman en la atmósfera de la ciudad feliz como fantasmas, y aunque viven y se divierten y se aman, jamás llegan á pisar la tierra.

Defecto más imperdonable para nosotros es la indiferencia con que Zola rompe la áurea cadena de la tradición y aspira á crear un mundo nuevo que no tenga con el pasado vínculo alguno de recuerdo, ni de amor. Con el corazón frío ve desaparecer entre el incendio lo mismo la fábrica maldita, que desmoronarse el templo gótico, abandonado de los fieles, donde, en la augusta soledad de las ruinas, el sacerdote sigue ofreciendo sus sacrificios al Dios de la cruz, forta ecido por la fe y la esperanza. Esto, más que un alarde de escepticismo..... pudiera tomarse por perversión del sentimiento estético.

No pretendemos ahora hacer la crítica de las ideas religiosas de Zola, y damos aquí por terminado el examen de su última novela.

*
**

Fáltanos sólo dedicar algunas líneas de elogio á la versión castellana que *Clarín* ha hecho de este libro singular. De propósito hemos transcrito literalmente numerosos pasajes de la novela, para que los lectores de buen gusto, al saborear la prosa fluida y tersa en que el ilustre escritor español ha trasladado á nuestro idioma la obra del maestro francés, comprendieran que nuestras alabanzas no eran tributo obligado al reconocido arte del Sr. Alas, sino espontáneo encarecimiento de una labor realizada con tanta gallardía como honradez. Los menos versados en el conocimiento de las leyes de nuestro idioma, á poco que conozcan el francés, podrán darse idea del cúmulo de dificultades vencidas en labor heroica por el Sr. Alas, sin otro estímulo—pues la retribución pecuniaria dista mucho, aun siendo excepcional, de recompensar el esfuerzo realizado por un traductor de tal fuste—que el muy noble de ofrecer al público español la obra íntegra de Zola, sin que al cambiar de molde pierda la forma un á pice de su hermosura, ni las ideas un solo destello de su luz. Al leer la traducción hecha por *Clarín*,

parece no sólo que bebemos agua pura, ligeramente aromada por las flores que recogió en su camino desde el manantial, sino que la llevamos á la boca en vaso de cristal finísimo, cuya limpidez y tersura refrigeran los labios casi tanto como el frescor de la corriente linfa. Basta ver la noble sinceridad con que nos pinta las perplejidades de su espíritu en ciertos pasajes de la traducción, para comprender hasta dónde ha llevado sus escrúpulos de traductor concienzudo el prestigioso literato. Quede, pues, su labor como ejemplo que deben imitar así los editores como los traductores, y reciba *Clarin* el aplauso que merece por el desinterés y la nobleza de miras que ha puesto en esta labor.

PRUDENCIO ROVIRA

LA GOLETERA

por Arturo Reyes

La Goletera es la historia de unos amores interesantes que, por naturalmente humana, se desarrolla con la variedad de notas con que en la vida se ofrece el amor muchas veces. Este es el motivo principal de su éxito, consagrado por la crítica, pero formado al calor de muchas voluntades... de cuantas al encanto de las páginas de la obra voluntariamente se rindieron.

Otra cualidad que avalora el libro de Reyes es que aun cuando todo él es reflejo de hechos, dichos, aspiraciones y sentimientos de gentes de la más baja sociedad del pueblo en que la acción se desarrolla, con tal fuerza de arte está concebido, que si algún momento parece como puede ocasionar la repulsión del que lee, bien pronto el buen gusto se impone y vence, y sin dejar un punto de reflejar la vida, ofrécese esta vista por temperamento tan artístico, que el lector sigue de buen grado al novelador en fortuna adonde éste quiere llevarle, y es por su esfuerzo y la gallardía de su pluma ameno y sugestivo, hasta cuando describe escenas y lugares ocasionados á grave riesgo en temperamentos que no estuvieran tan discretamente formados como el de Arturo Reyes.

Pero concretemos algo acerca del asunto que es alma de *La Goletera*, y digamos lo que en síntesis viene á ser argumento de libro tan con justicia aplaudido.

Empieza el autor trazando admirablemente el marco que ha de servir al cuadro de su obra con la descripción de la vida social de los moradores de la calle de los Mármoles y en el corralón de Santa Isabel, en que uno de los personajes principales de la tragedia, Paco el de las *Campanillas*, tiene su residencia.

Paco es un excelente tocador de guitarra, el mejor de Andalucía tal vez, el mejor de los barrios extremos de Málaga desde luego, y vive en compañía de su madre, la seña Rosario, una vieja que adora en él, en una de las habitaciones del Corralón de Santa Isabel, especie de Casa de Tócame-Roque de la capital malagueña.

Paco se ocupa.... en tocar la guitarra. De eso vive.

Trini *la Goletera* es una andaluza morena, de ojos africanos y co-

razón de fuego, de poco más de veinte años, huérfana de padre, y que, como el de las *Campanillas*, vive con su madre, otra vieja que se mira en ella, y sólo para ella vive.

Trini, en brazos de la casualidad, viene á ponerse frente al de las *Campanillas*, en ocasión en que ya es tortura de los más apasionados amadores de entre la gente del bronce, por haber tomado una habitación contigua al Corralón de Santa Isabel.

De cómo se enamora el de las *Campanillas* de la *Goletera*, nos da testimonio muy elocuente Arturo Reyes, cuando hace decir al *tocaor* ante la presencia de Trini, á quien ve asomada á un balcón cercano al en que él se encuentra desperezándose de pasado sueño, y fumando un pitillo:

—¡Madre! ¡¡Madre!!... Venga usted. ¡Mire usted qué niña más rebonital! ¿Quién es esta criatura, madre?

La señá Rosario acude á las exclamaciones del hijo, y con la frialdad de los años, sólo contesta á tanto entusiasmo dando el nombre por que pregunta su hijo. Esa, dice, es Trini la *Goletera*. Y ya con esto encuéntranse frente á frente los principales personajes del drama.

Corren los días. En el corazón del de las *Campanillas* brota un amor intenso por la *Goletera*, amor verdadero, que de humilde chispa tornóse en hoguera inmensa bien pronto, y en fuego devastador al fin, que amenaza devorarlo todo, al amador, á la amada, á la madre de ésta, á la del *Campanillas*, á cuantos en torno de la llama amorosa se mueven por una ú otra razón lógicamente humana....

Pero no adelantemos los acontecimientos, y digamos antes cómo llega á producirse esa anomalía en el alma de todos estos personajes, para lo cual dejaremos en sus balcones respectivos y frente á frente al de las *Campanillas* y á la *Goletera*, en aquel su primer encuentro.

Hemos dicho de la *Goletera* algo que refleja su belleza material, pero no hemos contado que merced á ella tenía infinitos admiradores, todos en desgracia, pues cuando cualquiera de ellos pretendió llevar las cosas á mayor grado de consideración cerca de la moza, siempre que de admiradores pasaron á la categoría de pretendientes, oyeron de la *Goletera* invariablemente, unos y otros, la más desesperante respuesta. Aquella andaluza belleza igualaba á todos no rindiéndose á ninguno. ¿Debia prometérselas más felices el famoso tocador de guitarra el *Campanillas*? Estudiemos el proceso del amor de éste por la *Goletera*.

Un día, á los pocos del encuentro de Paco y Trini, la madre de ésta cayó en cama con enfermedad gravísima. Una pulmonía que amenazaba dejarla á ella sin vida y á Trini la *Goletera* solita en el mundo. Ocurrió lo que es natural en casos semejantes. Que á casa de la *Goletera* acuden para ayudarla en los menesteres que el cuidado de su madre en tan grave trance exigía, no solamente Lola la de los *Claveles*, su prima, sino que también alguna gente de la vecindad, entre ella Paco el de las *Campanillas* y su madre la señá Rosario.

Cómo se portó Paco durante la enfermedad aquella, no hay para qué decirlo, constando ya hasta qué punto habíasele entrado por el alma la hija de la enferma. El fué en casa de la *Goletera* verdadera providencia para todo; para buscar á los médicos á deshora, para ir á

la botica, para acudir allí donde fué menester, de noche como de día. Hubo un instante, el día en que la enfermedad de la madre de *la Goletera* ofreció mayor peligro, en que Trini lloraba sin consuelo su desgracia terrible....

Allí surgió consolador y amante y ofreciéndose con el alma el *Campanillas*. *La Goletera* oyó aquel inesperado eco de aliento, tan hondamente sentido y tan elocuentemente expresado, con inmensa gratitud..... Dió las gracias con sinceridad extrema al de las *Campanillas*, y éste no se sabe qué acertó á ver en la gratitud aquella, que desde aquel instante alimentó su esperanza en proporción tal, que creyóse por un momento vencedor afortunado de aquella fortaleza, decidiéndose á dar, por fin, el paso en que tantos y tantos otros antes que él habían naufragado.

La madre de *la Goletera* sanó, y para festejar su restablecimiento, acordóse una juerga, á que, además de Trini y su madre, asistieron *Lola la de los Claveles*, Pedro el *Pipirigaña*, novio de *Lola*, y Paco el de las *Campanillas*, que, acompañado de su guitarra, prometía ser alma de la fiesta con sus primores en el arte de rasguear la vigüela, como antes lo había sido con sus solicitudes mientras la madre de *la Goletera* estuvo enferma.

Y allá se fueron las personas dichas al arroyo *Toquero*, lugar que, por sus elementos naturales, era delicioso para la fiesta en proyecto.

No hacía falta — bien se vió durante la juerga — que el de las *Campanillas* se declarara á Trini *la Goletera*, pues ya ésta en los ojos del *tocaor* había leído más que él pudiera decirle. La juerga deslízase sin más incidente que uno, que ya al término casi de ella determinó el exceso de vino consumido.

A *Lola la de los Claveles* le dió la borrachera por mirar más que á su novio el *Pipirigaña* — que allí estaba, como queda dicho — á Paco el de las *Campanillas*. Esto no sólo excitó el amor propio de *la Goletera* que se abrasó en celos, sino que obligó al *Pipirigaña* á reconvenir á su novia y á faltar un tanto de palabra al de las *Campanillas*.

La Goletera, más discretamente, también reconvino á su prima por poner los ojos donde no debía. *La de los Claveles* satisfizo al *Pipirigaña* con una copla, en que se mostraba amorosa con él y le tachaba de injusto..... Sólo Paco no parecía darse por enterado de nada, ocupado en tocar la guitarra y en devorar con los ojos á *la Goletera*. Esta actitud del de las *Campanillas* no satisfizo mucho á Trini, quien pensó acaso que Paco debió contestar las insolencias con que el *Pipirigaña* en sus celos le ofendiera. La juerga acabó, en fin, para que las cosas no pasaran á mayores, y cada cual regresó á su domicilio.

Bien al contrario de lo que por su actitud en la fiesta pudo deducirse, el de las *Campanillas*, que era muy hombre, había tomado nota de lo que el *Pipirigaña* le dijo con gran molestia para *la Goletera*, y aquella misma noche buscó á su ofensor, y lo que no hizo en la juerga, porque era hombre que sabía el respeto que se debe á las mujeres, lo hizo entonces, provocándole, desafiándole y haciéndole, en fin, con toda la nobleza que el caso requería, un chirlo en una mejilla, con que quedó el *Pipirigaña* marcado para siempre.

El *Campanillas* fué encerrado en la cárcel, noticia que llegó á *la Go-*

letera por su prima *la de los Claveles*, acompañada con las maldiciones que estimó del caso, dirigidas á quien de aquel modo había desfigurado el rostro de su novio. Impresionó la nueva desagradablemente á Trini, quien, sin embargo, encontró muy de su gusto que el *Campanillas* demostrara su vergüenza y su valor, aunque fuera á tan dura costa para él. No podía ser que el hombre que la cortejaba resultara un mandria.

Mientras el *Campanillas* estuvo preso, la *Goletera* demostró su predilección mandándole un expresivo recado con Pepillo el *Cuchufleta*. Recibió el preso la buena nueva con tal emoción, que aun dudaba de que fueran ciertos los términos satisfactorios en que se la daban. Asegurábase la verdad de lo dicho Pepillo, y el *Campanillas* confiesa su locura por la *Goletera* en un arranque tan delicado, que hasta parece impropio de los labios que lo dicen.

—Mira,—le dice al *Cuchufleta*—, que no me engañes: que oyéndote, me ha nacido en el corazón una vara de azucenas.

Como lo del chirlo del *Pipirigaña* no tuvo consecuencias, con dos meses de cárcel y la elocuencia de un letrado, liquidó el de las *Campanillas* su vengativa acción contra el novio de *la de los Claveles*. Apenas dejó la cárcel, fué á ver á la *Goletera*, lleno el pecho de esperanzas que pronto se enfriaron, pues Trini á la declaración del de las *Campanillas*, á sus ofrecimientos de vivir por ella y sólo para ella y á sus propósitos de hacerla suya, respondió que le quería como un buen amigo, pero no podía hacer nada más en su obsequio.

Estrechó el cerco el amante, y sólo obtuvo de la *Goletera* la promesa de que, ya que no suya, tampoco sería de otro hombre.

En este punto, y cuando el de las *Campanillas* deja la casa de la *Goletera* más muerto que vivo, al ver el término de sus soñadas venturas, descúbrese el por qué Trini mostrábase tan displicente con cuantos la habían pretendido, tan indiferente á las ofertas amorosas del de las *Campanillas*. Trini sentía en el fondo de su alma el hielo de una deshonra en que ella no fué parte, y resultó víctima. La ocasión habíala entregado á la brutalidad lujuriosa siendo casi una niña, y ella no podía ser de nadie sin exponerse á una gran venganza, pues el autor de la infamia de que padecía, ausente de Málaga entonces, podía aparecer, y dada su ralea, más era de esperar de él una acción villana que nada meritorio.

De aquí la actitud extraña de la *Goletera* para con sus adoradores. Quería al de las *Campanillas*, como acaso quiso á alguno antes de conocerle á él, pero no se juzgaba en condiciones de corresponderle, cercada de continuo por razonables temores. La *Goletera* lloraba á solas con su madre su desventura y su infortunio, sentía que la pasión por el de las *Campanillas* le mordía muy adentro, pero se repudría y se abrasaba y se consumía, fingiendo una entereza y una indiferencia y una pasividad de que estaba muy lejos.

Mientras estos acontecimientos se desarrollaban, el marcado en la cara por Paco, el novio de Lola *la de los Claveles*, meditaba una venganza contra su ofensor. La preparaba ya y casi la tenía al ocurrir los hechos relatados. Ofreciósele la llegada al muelle de Málaga del *Cantimplora*, que atracó en una de esas expediciones de españoles que devuelve la República Argentina.

De este nuevo personaje sábase en la población andaluza que emi-

gró un día, como tantos otros, y que vuelve á su tierra con algunos pesos que ganó, no se dice en qué. Amigo el *Cantimplora* del *Pipirigaña*, con él vive casi á diario desde su vuelta á Málaga. Joven aún el *Cantimplora* y con algún dinero, nada más lógico que piense en casarse; ya decidido á ello, el *Pipirigaña* oriental hacia la *Goletera*, mujer para él que ni pintada, si no fuera porque es finca que guarda cautelosamente Paco el de las *Campanillas*.

El *Cantimplora*, reputado de siempre en la *Goleta* como hombre de pelo en pecho donde los hubiera, no había de detenerse por el único pero que á la *Goletera* poniale el *Pipirigaña*. ¡La *Goletera*!.... Tenía esta mujer para el *Cantimplora* el amargo de un recuerdo que guardaba muy hondo hacia algún tiempo, y sólo para él. No habló jamás á nadie de la cosa, pero por su acción infame con aquella mujer, acaso se fué él á América, como quizá su vuelta obedecía á haber sabido que el padre de la Trini—otro bravo—había ya muerto y no podía hacer en él la prometida justicia.

El *Cantimplora*, no obstante el recuerdo, aguijado por el incentivo de la pintura que de la *Goletera* le hacen, muy otra entonces de cuando él la ofendió, decidiese á probar fortuna cerca de ella. Su plan consiste en ofrecerle una reparación á la honra por él mancillada, casarse con ella, si le admite, poner después con sus ahorros y los de Trini una carnicería, y por último, si hay alguien que se oponga á semejante programa, quitarle de en medio del modo que sea menester.

Y dicho y hecho. Preséntase el *Cantimplora* en casa de la *Goletera*. Repuestas ésta y su madre de la sorpresa que tan inesperada visita les produce, convencen al hombre de lo loco de su pretensión, demuestranle el horror que les produce y le quitan toda esperanza de realización de sus proyectos.

El desairado pretendiente despidese de la *Goletera*, prometiéndola que, si no es suya, tampoco permitirá que sea de otro.

Tras varios días de ausencia completa del *Campanillas*, ocurrele rondar á la *Goletera* el día en que va el *Cantimplora* á exponer sus pretensiones. Ve el de las *Campanillas* salir al que toma por su rival, y ciego de ira, preséntase á la *Goletera*, la increpa y le pide cuentas de su conducta.

La muchacha niégase á lo que la exige el de las *Campanillas*. No tiene usted derecho—le dice—á recriminarme, y remordiéndose el corazón, le añade: Usted no es nada mío; y le muestra la puerta por donde tan atropelladamente entrara.

El de las *Campanillas*, en un raptó de locura, quiere deshacer á la que es causa constante de sus inquietudes, pero se repone un poco y sale como de huida.

Ya están todos los factores del drama en acción.

Paco vuélvese á su casa desesperado á buscar en el calor de su vieja el consuelo que el amor le niega. El *Cantimplora* mal devora su despecho en disquisiciones con el *Pipirigaña*, quien le objeta para exacerbarle más en contra del de las *Campanillas*:

—Ya te decía yo que esa finca estaba *mu bien guardá*.

La madre de Paco maldice hasta la hora en que su hijo conoció á la *Goletera*. La de Trini reniega del momento en que conocieron al ladrón del *Cantimplora*, y en esta intensidad de pasión camina la novela hacia su fin.

Si odio tiene el *Cantimplora* á Paco el de las *Campanillas*, éste no odia menos al *Cantimplora*, en quien encuentra el enigma del desvío que Trini le manifestara. Adivinase claramente que el choque de estos dos hombres será terrible.

La madre de Paco, madre al fin!, no se resuelve á una actitud pasiva. Sale de su casa, entra en la de la *Goletera*, y á ésta dícele tales cosas en defensa del amor de su hijo, y tantas en contra de la conducta que la *Goletera* sigue con él, que á punto está la muchacha, agotado el sufrimiento, y en lógico desborde del amor que por Paco siente, de confesar las causas de una conducta que todos juzgan inexplicable. Vencese otra vez y deja salir de allí á la madre del de las *Campanillas* en un mar de confusiones y sin nada concreto que poder decir á su vuelta al hijo que la aguarda.

Mientras se desarrolla en casa de la *Goletera* la anterior escena, el *Cuchufleta*, que acompaña á Paco constantemente en la tarea de ahogar en vino sus ansias amorosas, ha llegado á casa de éste, y vaso tras vaso toma una borrachera fenomenal mientras da esperanzas en su cuita amorosa al de las *Campanillas*. Llega la madre de Paco, cuenta á su hijo la entrevista que con la *Goletera* ha tenido, tórname Paco todo curiosidad por saber hasta los menores detalles, y el *Cuchufleta* apenas le deja oír con sus continuas interrupciones de borracho latoso.

—Voy á dejar á este en su casa—dice Paco á su madre—, y vuelvo á que me lo cuente usted todo.—Sale con el borracho á la calle, éntrasele á pesar suyo en una taberna, síguale Paco para sustraerle al peligro, y en esto aparece en la misma tienda Pedro el *Pipirigaña*, el señalado por Paco en la cara y el inseparable del *Cantimplora*.

Los que beben en la tasca preguntan al recién llegado por su amigo el *Pipirigaña*, vengativo siempre, y como si no hubiera visto á Paco, responde:

—¿El *Cantimplora*? El *Cantimplora* va ahora mismo á dár un bocado á la manzana más bonita de todos los manzanos de la *Goleta*.

Al oír esto Paco el de las *Campanillas*, se va al *Pipirigaña* como una flecha, y dándole en el hombro le pregunta si podría él decir qué manzana es esa que va á morder el *Cantimplora*.

—No hay inconveniente—le responde aquél—; la que á usted le parezca la mejor manzana de la *Goleta*, esa es la que va á morder el *Cantimplora* ahora mismito.

El de las *Campanillas*, fingiendo gran tranquilidad, deja la taberna, toma rumbo distinto al que realmente quiere seguir, para no denunciar sus propósitos, dirígese rápidamente á casa de la *Goletera* y llega á la puerta de la habitación de ésta al tiempo en que el *Cantimplora* segunda vez prueba fortuna en sus pretensiones. Oye Paco la nueva declaración, pero oye también algo que habla de deshonor, y al lado de la ardiente confesión de cariño que por él hace Trini, siente que algo se le agarra al pecho y se lo oprime amenazando ahogarlo. Aquel odiado rival es quien deshonoró á la *Goletera*, sí; escucha la confesión de *Cantimplora*, cuando vencido por un sentimiento generoso, casi inverosímil, y desde luego único en él, promete respetar la voluntad de la *Goletera*, que está por Paco y solamente por él, y no meterse con el *Campanillas* para nada.

Generosidad tardía. Paco comprende que su dicha es imposible

mientras el *Cantimplora* viva; le acecha, le aguarda y le desafia.

Los dos rivales están frente á frente, y como son muy hombres, escogen pronto lugar apropiado al duelo.

Al saber el *Cantimplora* el nombre de quien había llevado al de las *Campanillas* á casa de Trini, replica: Si usted no me mata, yo enseñaré á ese mozo á que venga sus cosas él solo.

Y con esto empieza el duelo, demostrando guapeza y serenidad increíble los dos tiradores de navaja. Iba á rendirse ya á la fatiga el de las *Campanillas* por el continuo ir y venir, saltar y agacharse en busca ó en defensa de su contrario, cuando en un supremo esfuerzo alcanzó con su arma el pecho enemigo. El *Cantimplora* cae bañado en sangre, exclamando:

—¡De las de chipél ¡Valiente cartel te ganas!

La herida era enorme. Llevado el *Cantimplora* al hospital, se moría á chorros cuando llegó el juez, y á sus preguntas de ¿quién le ha herido á usted?, el *Cantimplora*, agonizante, exclama:

—¡El *Pipirigaña*! ¡El *Pipirigaña*!

Este nuevo é inesperado arranque generoso del *Cantimplora*, sobre servir como venganza suprema contra un cobarde, devuelve la felicidad á dos corazones dignos de ella. Paco el de las *Campanillas* y Trini la *Goletera* pueden ser dichosos. ¡Con qué fiebre no se cobrarán de un amor que les costó tantol

Así termina Arturo Reyes su hermoso libro, libro cuyo estilo es siempre adecuado, trasunto fiel de un pedazo de vida, reflejo acertado de afectos y pasiones, y respecto del cual no cabe decir más que, puesto que en él ha salvado el autor con inspiración dichosa y arte magistral las dificultades inherentes al género á que pertenecen los personajes que le dan vida—según expresión del insigne maestro D. Juan Valera—, es justo que se rinda la voluntad y el espíritu, como en efecto se rinden, á su lectura, y merece en la expresión más amplia el unánime aplauso con que lo han recibido el público y la crítica.

FÉLIX DE MONTEMAR

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO: Los albores de la Monarquía española.—La pareja intelectual en la novela rusa.—El hombre prehistórico en el mediterráneo central.—La tuberculosis experimental y los nuevos tratamientos de la tuberculosis humana.—Aparato para evitar los peligros de los cables aéreos.—Contra la ortografía.—La festa d'Ells.—La educación de un rey.—Un pintor español.—La antigüedad del nuevo mundo.—El arte ante el socialismo.—La flora microbica del cuerpo humano.—Opinión de Kropotkine sobre los sucesos de Rusia

REDACCIÓN —*Revistas científicas en general*, Vicente Vera. — *Revistas médicas*, Dr. Malo. — *Revistas alemanas*, Gabriel Maura y Gamazo. — *Revistas inglesas*, Clodomiro M. Aldama, Severino Aznar y Felipe Bareño. — *Revistas francesas*, Felipe Bareño, Victor Espinós, José Rocamora y Enrique Tomasich. — *Revistas italianas*, Enrique Tomasich. — *Revistas rusas*, Ernesto Bark. — *Revistas escandinavas*, Felipe Bareño. — *Revistas polacas*, Ernesto Bark. — *Revistas neerlandesas*, Felipe Bareño. — *Revistas portuguesas*, Félix de Montemar. — *Revistas griegas*, Felipe Bareño. — *Revistas japonesas*, Sr. Casares — *Revistas españolas*, Tomás Carretero.

LOS ALBORES DE LA MONARQUIA ESPAÑOLA

El Sr. D. Teodoro San Román, catedrático y director del Instituto de Toledo, ha publicado en la *Revista Contemporánea*, con el título *Los albores de la Monarquía española*, un interesante trabajo, que, en extracto, es como sigue:

Empieza exponiendo el concepto de la Historia en general y sus caracteres en la Edad Media, señalando el periodo de los reinados de Alfonso VIII á Fernando III como la época en que empieza el momento de transición á la Edad Moderna, calificándole como el eslabón que engarza las dos Edades, el germen de una nueva vida para los Estados cristianos y el resultado á su vez de las grandes conquistas que en el orden moral y material ha alcanzado la civilización española, momento en que alborea nuestra Monarquía y se inaugura el renacimiento social de nuestra patria.

Señala después los caracteres integrantes de la Historia; traza el bosquejo de la civilización europea hasta constituirse la verdadera nacionalidad, asentando que en el siglo XIII se hallaba ya en posesión de todos los elementos que habían de concurrir á la formación de la sociedad moderna, y empieza en él el trabajo de elaboración de los distintos elementos que después la caracterizan, por lo que puede afirmarse—dice—que en el siglo XIII comienza el verdadero renacimiento social.

Expone el paralelismo en que, á su juicio, marchan siempre el desarrollo material y el desenvolvimiento intelectual y político de los pueblos, cumpliendo una ley histórica, y los distintos elementos componentes de toda civilización. Traza un cuadro de las tres épocas que ofrece el período de la Reconquista en nuestra patria: desde Covadonga á la conquista de Toledo, en que es España la nación que pugna por vivir; desde Toledo á Sevilla, en que vive y se robustece luchando, y desde Sevilla á Granada, en que trabaja ya en organizarse.

La pubertad de la sociedad española es desde Pelayo á Alfonso VI; de éste á Fernando III, su juventud y virilidad, y desde el Rey Santo á Isabel la Católica, su madurez y decrepitud. Estos tres períodos—dice—dan los caracteres de la civilización cristiana en Castilla durante la Reconquista; caracteres que han de dar como resultado la restauración de la unidad nacional, que ya se columbra en el siglo XIII. En este tiempo Castilla ofrece en embrión lo que había de ser más tarde la Monarquía española.

Llega en esto al período histórico en que se desenlaza la epopeya de la Reconquista.

Expone la organización política de Castilla en el tercer período de la Edad Media, en que ya todo tiende á la unidad, constituida por el Rey, clero, nobleza y estado llano, y la esfera en que cada uno de estos organismos se mueve. El mayor poder de los Mocarcas empieza desde Fernando III, con el aumento de sus dominios, recursos y riquezas, que le permiten mejorar el sistema administrativo, robustecer su poder y dar mayor extensión y vigor al ejercicio del gobierno. Esto no obstante, hasta el siglo XIII continúa el progreso de la nobleza, que no oculta su sed de poder y tiene al reino en continua y lamentable agitación.

Alfonso V y Alfonso VII trataron de refrenar la nobleza; ésta empieza á decaer con Fernando III, y contribuye á mermar su poderío el espíritu de independencia en que se desarrollan los Consejos, favorecidos para este fin por los Monarcas desde el Rey Santo.

Estudia el Sr. San Román la autoridad é importancia del clero, cuyo influjo político arranca—dice—de la época visigoda; la influencia social de la Iglesia cristiana, y el monopolio que ejercía del saber. A medida que los cristianos extendían sus fronteras, aumentaban la piedad y la devoción, y con ello las donaciones á iglesias y monasterios, lo que también acrecentaba las prerrogativas del clero.

Por el estado de guerra é invasiones continuas, hasta el siglo XIII no se pudo lograr la formación de una población compacta ni el establecimiento de grandes villas y ciudades. Quienes no eran clérigos ó guerreros, pasábanlo en situación lamentable; la población agrícola y el estado llano estaban casi reducidos á la esclavitud. Desde el siglo XI, los Monarcas cambian tal estado de cosas, constituyen la vida local, instituyen los fueros y cartas pueblas en beneficio de los antiguos moradores, á cambio del apoyo de éstos contra los sarracenos, etc., etc. Los Monarcas hacen de los pueblos instrumentos contra las ambiciones de los ricos hombres, con los hombres que los Consejos reclutan para las huestes de los Reyes.

Lo que dió más influjo al estado llano fué su intervención en las Cortes del reino, que comenzó á tener en el último tercio del siglo XII.

Alude el articulista al papel principalísimo de las Cortes en la historia de la Edad Media: ellas han sido la base del establecimiento de los Gobiernos representativos.

Expone el Sr. San Román cómo en los primeros tiempos de la Restauración aun se celebraban las Juntas generales del clero y de los magnates. Estas *Juntas* son derivación de los Concilios de Toledo; denominanse *Juntas*, y no Cortes, por lo común, pues el nombre de Cortes aun no se había generalizado, y la importancia de ellas data del hecho de la intervención de las villas y ciudades en sus deliberaciones, intervención que se les concede al obtener existencia propia.

Estudia el articulista la influencia política de las Cortes, por haberse hermanado las tres clases sociales que las componen, y desaparecido el espíritu local é individual para fundirse en una aspiración única y originar una verdadera nacionalidad. Es decir, la multitud de asambleas concejiles de existencias é instituciones locales vinieron á resumirse en un concejo ó Ayuntamiento general bajo la presidencia del monarca, como lo exigían los progresos de la unidad nacional y la mancomunidad de intereses.

El germen de la importancia de las Cortes debe buscarse en el siglo XIII. La legislación de Castilla, desde el siglo XI al XIII, retrata el estado social del reino. La nación se reorganiza por esfuerzos parciales.

La legislación ofrece el carácter del privilegio.

La legislación foral, bárbara en su parte penal, rudimentaria en su parte civil, da al cabo fecundos resultados, afianza la constitución de las municipalidades, es arma poderosa que garantiza la autoridad real.

Expone el Sr. San Román la obra del ordenamiento de Cortes de Nájera, la formación del fuero viejo y la traducción del Fuero Juzgo al idioma vulgar como ensayos para preparar la unidad legal.

Cabe á D. Fernando la gloria de la idea de uniformar la legislación y de inspirar á su hijo la creación del monumento legislativo más grandioso. Como consecuencia del pensamiento de San Fernando en este punto, surge la necesidad de reformar la justicia. Cita la obra de varios monarcas desde Alfonso V hasta el Rey Santo, en la práctica de la justicia y en su cuidado y guarda.

Trata el articulista del progreso de la cultura intelectual, diciendo, entre otras cosas, que al siglo XIII estábale reservado recoger el fruto del esfuerzo y de los sacrificios de las cinco centurias anteriores. Las conquistas de las letras en esta época no eran menos sorprendentes que las de las armas.

Señala la obra de los monarcas en este punto, creando centros de cultura y enseñanza. Indica cómo á mediados del siglo XII existía ya un idioma nacional que no era el latín, idioma que á la entrada del siglo XIII aparece ataviado con las galas de una regular estructura, obteniendo del Rey Fernando III que le declare oficial.

Examina la condición material de Castilla, el estado de la vida agrícola, el desarrollo de la industria y el comercio que igualó al acrecentamiento de la agricultura, así como la política liberal de los monarcas acrecentó el número de ferias y mercados que tanto debían favorecer al comercio.

Como resumen de su trabajo, el Sr. San Román asienta que del análisis de la organización política, la legislación, cultura intelectual

y desarrollo material de Castilla, en la centuria que abarca los reinados de Alfonso VIII y Fernando III, no puede negarse que ofrece una fisonomía especial distinta de las de siglos anteriores.

En el siglo XIII asientan las bases de la Monarquía española. Su tendencia es de conciliación de todas las fuerzas sociales que encarnan la vida política, y en los distintos puntos de vista que hay que considerar en la vida interna de una nación, aparece un propósito de centralización, unidad y armonía de fuerzas.

La autoridad real era sentida de manera elevada por los monarcas, cuyas personas inspiraban respetos y prestigio al pueblo. La excepción de algunos sucesores de San Fernando no contraría aquel acontecimiento general.

LA PAREJA INTELECTUAL EN LA NOVELA RUSA

Este es el título de un artículo de Vera Starkoff, publicado en uno de los últimos números de la *Revue et Revue des Revues*, en el cual analiza el autor las causas que producen en la literatura moscovita la creación de esa pareja ideal unida por un amor más elevado que el del vulgo, por una comunidad de pensamiento y de ideas que sobresalen entre las del medio social en que vive esa pareja de intelectuales.

En Rusia es verdaderamente trágica la situación de los hombres y mujeres de gran cultura, pues el atraso general del país coarta sus aspiraciones hacia un ideal humano muy elevado de fraternidad, de verdad y de justicia. Las ideas revolucionarias francesas, y las filosóficas de Alemania é Inglaterra con que se han nutrido sus cerebros, contrastan con la ignorancia de la masa y se ven ahorradas por la omnipotencia de la policía y de la administración rusas, que los reducen al estéril combate contra la fuerza bruta. De ahí se produce en los resignados el *spleen* ruso llamado *handra*, esa tristeza sombría y ese profundo disgusto de la vida que dan á la cara de muchos rusos la expresión desolada de un cielo gris y uniforme.

Eugenio Onieguin, el héroe de la novela en verso de Púshkin, trata ese estado de alma. Como todos los hijos de aristócratas rusos, fué educado por ayos extranjeros, y completó su educación visitando á Francia y Alemania, y cuando se volvió á su país se encontraba fuera de su centro, inspirándole acerbos críticas la brillante sociedad rusa y sus costumbres groseramente depravadas. Entonces va á curar su *handra* en sus posesiones rurales, donde trata de aliviar la suerte de los campesinos.

Onieguin se prenda de Tatiana por el encanto íntimo que le inspira ésta con su belleza moral. Tatiana se eleva también sobre el medio ambiente, y es una de esas figuras femeninas célebres que reflejan la poesía de los pueblos. Menos bonita y graciosa que Manon Lescaut, menos ingenua y cándida que Margarita, de Goethe, y menos pura que Ofelia, se enamora de Onieguin, en quien cree adivinar el alma de Werther, y desconociendo aún la duplicidad humana, toma en serio las hermosas virtudes de que se adorna Onieguin, por inconsciente coquetería de seductor, y educada como ha sido en el campo,

no sabe distinguir el *firt* del amor, confesando en una carta á Onieguín el amor que atormenta su alma virginal. Pero esa ingenua y encantadora carta no conmueve el corazón estragado de Onieguín, que se va en busca de otras conquistas más complicadas. Algunos años después vuelve á encontrarla casada con un general, y le hace de nuevo la corte; pero ella, sin negarle que lo ama, rehusa su amor, porque no quiere labrar su dicha sobre la desgracia de otro.

Los escritores que siguieron á Púshkin continuaron levantando un pedestal á la mujer, que encierra, según ellos, el sentido de la vida verdadera, el sentido humanitario. En la actualidad el pensamiento ruso, fortificado por la filosofía occidental, dejó el mundo de los sueños y transportó su ideal á la realidad, poniéndolo al servicio del bien público, dirigiendo sus primeros golpes contra la sujeción de la mujer, que convierte el matrimonio en una institución caduca, contraria á la concepción moderna de justicia, en una especie de anacronismo. Los intelectuales rusos, que no podían hacer nada en la vida pública, llevaron sus ideas humanitarias al seno de la familia: en la novela de Herzen *¿Quién es culpable?* tenemos un caso de ello.

Beltóf, un gran señor, había recorrido todos los vicios, conservando, no obstante, algunos vestigios de conciencia en su alma, ocultos bajo la capa de lodo que le envolvía; para despertar en él los sentimientos humanos había que horadar esa corteza, siendo la encargada de ello una campesina que estaba de institutriz en casa de una tía de Beltóf, por la que tuvo un capricho; pero ella, que poseía el sentimiento de dignidad, ausente en el amo, se le niega, y despreciando sus ofertas de joyas y dinero se marcha á San Petersburgo, donde se coloca de institutriz en un colegio de niñas. Vuelve á encontrarla allí Beltóf y la persigue con mayor encarnizamiento, empleando contra ella hasta la calumnia y haciendo correr el rumor de que había sido su querida, lo cual hace que la despidan del colegio; entonces ella le reprocha en una hermosa carta su indigna conducta y el desprecio que por él siente. La tal carta produce en su perseguidor un despertar de la conciencia y le hace cambiar de vida, acabando por hacerse amor por la joven y casarse con ella.

De ellos nace el héroe de la novela, quien hereda la naturaleza apasionada del padre y el vigor intelectual y moral de la madre.

También sufre Beltóf (hijo), como Onieguín, por la barbarie de su país; pero su evolución intelectual avanza más que la del héroe de Púshkin, pues no contento con la crítica, quiere llevar á la acción sus ideas, y marchándose á sus tierras presenta su candidatura para la asamblea general de nobles, encargada de arreglar los asuntos locales; pero es vencido por el medio ambiente administrativo, y se desespera sin saber cómo aplicar en bien del público sus energías intelectuales y morales.

En estos momentos de depresión moral encuentra Beltóf á la mujer que hubiera podido hacerle feliz. Liuba, dotada de una naturaleza tan bella y potente como la de él, era también hija de una criada seducida por su amo, un general que se casa luego con otra; su esposa, al saber que tiene una hija, la hace traer á su casa y allí creció Liuba, sabiendo desde muy temprano el secreto de su nacimiento y sintiendo, desde que el matrimonio tuvo dos hijos, la diferencia que el gene-

ral, su padre, hacia entre los hijos legítimos y ella, la campesina, que sólo toleraba á su lado por complacer á la generala.

Liuba se casa con un profesor de Instituto, muy trabajador, pero de naturaleza algo blanda, que vale mucho menos que su esposa, cuya superioridad reconoce y la ama con un amor estrecho, exclusivo: el amor que encadena á los esposos y destierra á la humanidad de dentro de la familia. Liuba, que, sin dejar de cumplir sus deberes de madre y esposa, se interesa vivamente por los destinos del pueblo y siente necesidad de ensanchar sus horizontes, de tomar parte en el progreso, conoce á Beltof, existiendo entre ambos desde el primer momento una penetración íntima, una tácita inteligencia, producida por la misma sed de progreso, por el interés idéntico hacia el pueblo, por la unidad de pensamientos que á los dos apasionan.

A pesar de este amor que Beltof llega un día á hacerle confesar, ella le dice que pertenece á otro, y toda la intriga amorosa entre estos dos seres que se quieren apasionadamente, queda reducida á esa franca y sincera explicación, después de la cual se separan los dos desgraciados: él deja á Rusia, y ella se muere de pena. El marido, que ha adivinado el amor de su esposa hacia Beltof, acepta su sacrificio como una cosa necesaria; pero cuando sabe que el público murmura de su mujer, se da á la bebida. No obstante, Herzen no lo acusa á él en *¿Quién es culpable?*, sino á la hipocresía del matrimonio, á la falsa moral que sanciona la indisolubilidad de la unión legal. Liuba divorciada hubiera podido ser feliz con Beltof, y el marido habría hallado fácilmente quien le consolara. En cuanto al hijo de ambos, hubiera sufrido menos con esto que con la embriaguez del padre y con la muerte de la madre.

Otra idea se desprende de la obra de Herzen: la idea de las necesidades intelectuales de la mujer. En la mayoría de los casos, el hombre que subviene á los gastos de la casa y es fiel á su mujer, se tiene por un marido modelo, sin tomarse el trabajo de «destapar el alma de su compañera», según dice Herzen, y así los esposos, aunque ligados físicamente, permanecen moralmente aislados.

Después de haber conquistado la mujer rusa los dominios del pensamiento, sintió la necesidad imperiosa de la acción, y el amor llegó á ser para ella no sólo la unión con el hombre amado, sino principalmente su participación en la vida universal por intermedio del marido, cuya compañera es y discípula ferviente.

La novela de Turguénief *En la víspera* da una idea de este sentimiento. Jusarof pretende libertar á Bulgaria, oprimida por los turcos, y Elena, que ve en la empresa de él una idea superior en grandeza y hermosura á todas las concebidas por ella, experimenta el deseo de asociarse á él. Al conocer que se aman, Jusarof, pobre y desterrado, huye de la señorita rica y noble; pero ella, que no puede vivir sin su amor, va á buscarlo y le dice que lo seguirá á todas partes, al fin del mundo que vaya, que se siente dispuesta á todas las privaciones y humillaciones que sobrevengan, porque lo ama. Se marchan, muere Jusarof en el viaje, y ella, en vez de volver á su casa donde sus padres, que la han perdonado, la aguardan, se va á continuar la obra de su marido y se mezcla en el movimiento insurreccional búlgaro.

Y por último, la obra de Tchernichevsky *¿Qué hacer?* proclama la

expansión integral de la mujer, porque en la libertad de todos los seres humanos, sin diferencia de sexos, está la garantía esencial de su dicha. Hay que observar, antes de explicar el argumento de la novela del gran escritor socialista, la influencia que ha producido el feminismo ruso. El caso de Beltof al querer influir en la vida pública se ha repetido muchas veces, y los desengañados se refugiaban en la economía política, obteniendo el socialismo gran número de adeptos entre la juventud progresista. Dado el carácter autocrático del Gobierno ruso, no podía la propaganda hacerse tan al descubierto como en la Europa occidental, y necesitó apoyarse en el feminismo, que pareció á los poderes públicos una cosa anodina.

En la novela antes citada, Kirsanof es un médico muy laborioso y apasionado por su profesión; Vera, su mujer, una gran organizadora, ha fundado una cooperativa socialista de costureras, y, cuando ve que ya puede marchar sin su dirección, se encuentra ociosa, y temiendo que esa inactividad dañe al amor que siente por su marido, concibe la idea de trabajar también ella como lo hace incansablemente su marido y le declara que no quiere continuar siendo un simple parásito en la casa, y que por estar cerrada á la mujer la mayoría de los caminos, excepto los de la familia y de institutriz, ella quiere aprovechar la ventaja que le da el tenerle á él, médico célebre, por esposo, y le ruega que la inicie en su ciencia para hacerse doctora. Kirsanof acepta, siendo para él una continua fuente de alegría el abrir el paso á las mujeres en una profesión que adora.

Tchernichevsky, en una página conmovedora, escrita en el destierro, dice respecto del amor que une á la pareja intelectual: «El encanto que da el amor á la existencia no debería ser un fenómeno pasajero en la vida humana; ese brillante resplandor de la vida no debería iluminar solamente la época en que el hombre y la mujer se buscan; esa época no debería ser más que la aurora de un día infinitamente más bello, cuya luz y cuyo calor duren mucho tiempo, muchísimo tiempo, hasta la muerte».

Según la articulista de la *Revue*, ese es el verdadero amor, la pasión única de la vida, la dicha realizable, pero no realizada, del matrimonio. El matrimonio, que dicen destinado á desaparecer como institución ya caduca, obtendrá, continúa ella, su sentido real en lo porvenir, en la humanidad culta, regenerada por la abolición de todas las servidumbres y principalmente la de la mujer.

Si, como promete Vera Starkoff, continúa en lo sucesivo estudiando la evolución de estas ideas en los novelistas rusos contemporáneos, tendremos sumo placer en dar á conocer sus trabajos á los lectores de esta Revista.

FELIPE BAREÑO

EL HOMBRE PREHISTORICO EN EL MEDITERRANEO CENTRAL

La revista inglesa *Knowledge* publica, en su último número, un esmerado trabajo, al que sirve de epígrafe el mismo con que encabezamos estas líneas, en las que nos proponemos dar ligera idea de los da-

tos y observaciones que el autor del citado trabajo, John H. Cooke, miembro del Real Instituto Geográfico de Londres, presenta á la consideración de los eruditos.

La creencia general entre los aficionados á estos estudios de que el Sur de Italia y la costa Norte de Africa son restos de un istmo que dividía el Mediterráneo y conexiionaba los continentes de Europa y Africa, es la base de que parte Mr. Cooke para darnos á conocer cuanto con este asunto se relaciona.

«Es cierto, dice, que desde los tiempos primitivos geológicos existía tal barrera ó istmo. El núcleo de los Alpes y Apeninos consiste en rocas jurásicas, y con anterioridad á la inmersión que produjo el período cretáceo ó gredoso, el arrecife de estas rocas se extendía sobre el nivel del mar desde el Norte de Italia, á través de Sicilia, hacia el Sur, hasta la isla de Galita, en la costa de Túnez.

Durante los tiempos miocenos, el arrecife formaba una parte del lecho de un océano extenso, y fué envuelto entonces con una serie de arcillas y piedra cal de gran espesor, cuyos representantes pueden ahora señalarse en Túnez, Malta, Sicilia, Italia y hasta los límites más septentrionales. La evidencia que tenemos de la existencia anterior de un paso terrestre entre el Mediterráneo Central entre los dos continentes, demuestra que durante la última parte del período mioceno, el lecho del Mediterráneo y una extensa área de la Europa Meridional se elevaron lentamente. En las islas Maltesas deben de encontrarse extensos depósitos de piedras calizas, que fueron sumergidas en un mar cuya profundidad variaba de mil á tres mil metros, y estos depósitos fueron cubiertos por margas, arcillas y piedras de coral que se depositaron sobre ellos.

Asegura el sabio profesor Cooke que iguales series de depósitos pueden encontrarse en Sicilia, Italia y Austria, donde esas series fueron á su vez cubiertas por extensos depósitos de guijarros, arena y restos de la edad terciaria. El período plioceno fué época de gran conmoción en el Mediterráneo Central.

Presenció entonces el nacimiento del Etna y la nueva emergencia del puente ó istmo entre Europa y Africa. La inversión de la Europa Occidental empezó al terminar dicho período, y además de formarse las islas de Malta y de Sicilia, nos trajo piedras conglutinadas y multitud de restos de anteriores conmociones, que se extendieron sobre las extensas vías que empiezan en los Urales hasta las columnas de Hércules.

De estos grandes cambios físicos existen pruebas que se reflejan en la serie de capas, en los contrastes zoológicos y afinidades de los fósiles y en la mezcla de formas meridionales y septentrionales en la vida animal y vegetal, fósil y reciente, de las cavernas y depósitos superficiales en una y otra orilla del Mediterráneo.

La barrera del Mediterráneo Central se encuentra ahora en parte sumergida, siendo los únicos restos visibles Sicilia, las islas Maltesas y unos cuantos islotes cerca de la costa de Africa; pero la profundidad de la inmersión no es grande, encontrando la menor entre Malta y Sicilia y la mayor entre Malta y las Costas de Africa. Una elevación de esta parte del fondo del Mediterráneo hasta la altura de sesenta brazas restablecerá la antigua conexiion continental.

Tras algunas consideraciones sobre este restablecimiento de la comunicación terrestre entre Europa y Africa, entra el autor del estudio en el detalle de las riquezas que para el geólogo encierra la región citada. Enormes monumentos de piedra, multitud de utensilios, sitios de enterramiento y otros recuerdos de la indudable existencia del hombre prehistórico, primitivo, encontrarán los aficionados á estos estudios, que además presentan grandes sorpresas á los exploradores. En los últimos veinticinco años se han hecho intentos para clasificar los restos encontrados y para seguir, ayudados de ellos, las huellas de los pueblos que los construyeron. Algo se ha conseguido; pero aun queda mucho que hacer para determinar de dónde vinieron aquellas gentes y la parte que la lengua terrestre de comunicación tomó en las emigraciones. En Sicilia se han encontrado restos de gentes neolíticas ó de la última edad de piedra. Algunos de los más interesantes de esos restos fueron exhumados cerca de Caltanissetta y en Motagna Grande, cerca de Palermo.

En 1890 fueron exploradas varias cavernas neolíticas en Isnello, provincia de Palermo; una de las cavernas estaba casi llena de huesos humanos; en las demás había abundancia de ornamentos, armas de piedra y las cenizas de fuegos hechos en la cueva. En 1891 se descubrió una cueva en Catania que contenía restos de fuego, una colección de huesos de mamíferos, varias mandíbulas humanas y cierto número de herramientas de pedernal.

Al principio ofreció alguna dificultad el origen del pedernal, pues no se sabía que se hubiera presentado en ninguna formación siciliana. Mr. Cooke dice que en un viaje por Sicilia en 1893, lo vió en depósitos calizos en el Val di Noto y en las quebraduras de Ragusa, donde se presenta mezclado en tiras con masas concrecionarias de cuarzo. Siguiendo hacia el Sur, hasta Cerdeña, se encuentran algunas cuevas artificiales, utilizadas por los primitivos habitantes como sepulcros y habitaciones, en los flancos de las montañas y valles. Estas cuevas varían mucho en tamaño y aspecto en distintas partes de la isla; pero entre las naturales todas ellas reciben el nombre de *domos digianas*. Estas se encuentran siempre en las cercanías de los grandes *megalíticos* (piedras enormes), pero son muy anteriores á estas ruinas y pertenecen lo menos al último período neolítico. Las razas neolíticas hicieron su primera aparición en las orillas del Mediterráneo, al terminar el período llamado Post Glacial, y no hay evidencia alguna acerca de su anterior existencia.

Sus predecesores los paleolíticos vivieron en Europa durante los últimos tiempos Pliocenos, y los primeros Pleistocenos es decir, en el período en que la mayor parte del Norte de Europa se hallaba envuelta en un *mar de hielo*.

Estos pueblos fueron arrojados hacia el Sur por el intenso frío, y se establecieron en muchos puntos cerca del Mediterráneo; y es interesante la observación de que, aun cuando los restos de las razas neolíticas se hallan tan abundantemente distribuidos por el área central del Mediterráneo, no se encuentra indicio alguno por donde pueda demostrarse que los paleolíticos lo habitaron alguna vez.

Una explicación probable de la ausencia de restos paleolíticos en la región central del Mediterráneo se encuentra estudiando la naturaleza

de los cambios físicos que tuvieron lugar en aquellas proximidades al empezar el período Pleistoceno. Los depósitos Pleistoceno y Plioceno, que se encuentran en las tierras bajas y flanquean las montañas del Sur de Francia, Italia, Sicilia, Malta y Africa septentrional, así como el vasto trabajo de acreción que el Etna ha llevado á cabo durante su existencia relativamente corta, dan idea de la naturaleza y magnitud de las fuerzas que han actuado sobre aquella área.

El nacimiento del Etna, al cerrar el período Plioceno, fué seguido por la rotura de la barrera terrestre que unía á Europa con Africa, y á la rotura siguió su inmersión gradual bajo las invasoras aguas. Los cambios se sucedieron lenta y casi experimentalmente, sin que en ellos aparecieran los signos del cataclismo. Los animales y las plantas de la barrera ó puente terrestre fueron extirpados del sitio, y según los habitables fueron gradualmente disminuyendo en extensión, así ellos iban pereciendo y dejaban sus restos para formar los aglomerados óseos macizos que ahora llenan las cuevas, quebraduras y todos los rincones ocultos de Sicilia y Malta.

Nada se sabe del hombre de este período; pero lo posible es que reconociera el peligro de la situación, y emigrando escapara á la suerte que amenazaba al resto de la vida animal de la región.

Y desapareció tan milagrosamente como vino; y la *débâcle* que barrió finalmente aquellos lugares y dividió los continentes fué de tal género, que hizo desaparecer todo vestigio de la antigua vida y toda evidencia de su ocupación.

El sucesor Neolítico disfrutó de tiempos más tranquilos y vivió en condiciones que fueron favorables á la conservación de sus restos. No son Sicilia y Cerdeña los únicos sitios de la barrera central que nos han proporcionado evidencia de las razas prehistóricas. Las islas Maltesas han sido exploradas muy recientemente, y han ayudado, si no en gran escala, á proporcionar interesantes datos á nuestro conocimiento actual del asunto.

Al empezar el año 60 el difunto almirante Spratt y el también ya finado profesor Leith Adams llevaron á cabo, según el sabio Cooke asegura en su interesante estudio, una serie de investigaciones en las islas. El descubrimiento de un arma de piedra en un jardín, en Villa Frere, cerca de Valetta, llamó la atención de Adams, y durante varios años dedicó especial atención á la cuestión de la ocupación de las islas por el hombre prehistórico. El profesor Isael, de Florencia, visitó las islas en 1868, y mientras dirigía la excavación de una serie de grandes hoyos en la caverna de Har Dalam en Marsa Scirocco, descubrió á profundidad de un metro veinte centímetros desde la superficie los restos de un fuego juntamente con una colección de huesos de mamíferos abrasados y fragmentos de una clase ordinaria de loza. Es de sentir que durante cerca de un cuarto de siglo, después de la vuelta de Isael á Italia, no se diera paso alguno para continuar las excavaciones.

En 1887 y 1894 el mismo autor del trabajo que nos ocupa, Mr. Cooke, dice que tuvo la fortuna de aumentar sus conocimientos acerca de la extinción de la fauna de aquel distrito, descubriendo más evidencias sobre la historia de los primeros habitantes de las islas en Vied Har Dalam, garganta situada en la costa oriental de Malta, y cuyos lados están perforados por una serie de cuevas y quebraduras. La ma-

yor de estas cuevas está llena hasta más de la mitad de una serie de depósitos terrestres estratificados, que consisten en mezclas arenosas de arcilla y cal, estalagmitas y rocas. Las capas estaban dispuestas en dos divisiones bien definidas, separada la inferior de la superior por una capa maciza de conglomerado estalagmítico, representando un período de tiempo de duración considerable. En la división inferior de la serie se encontró una curiosa colección de mandíbulas, colmillos, dientes y huesos de extinguidos elefantes, hipopótamos, osos, gamos, lobos y gigantescas ardillas. En la superior abundan millares de huesos, mandíbulas, dientes y cuernos de gamos, juntamente con los restos de caballos, perros, cenizas de fuegos de hogar doméstico, fragmentos de loza ordinaria y el hueso metacarpo de un esqueleto humano. Estos restos de los aborígenes malteses se encuentran en varios puntos de la cueva, pero siempre en casi la misma dirección y en la división superior de los depósitos. El último hecho es significativo por convenir con resultados obtenidos de otras pesquisas hechas en Sicilia, donde ninguna evidencia en el hombre se había aún presentado procedente de depósitos que fueran contemporáneos de los ya extinguidos mamíferos cuaternarios. Los tipos diferentes de animales en las dos divisiones del Har Dalam, y los estados distintos de mineralización donde los restos se presentan, indican que las divisiones pertenecen a dos épocas distintas y que un período largo de tiempo intervino entre ambas.

Debe buscarse esto indudablemente en las condiciones físicas en que quedaron los depósitos en la caverna, y por las que la garganta fué profundizada hasta su actual nivel.

Seguramente ninguna parte de Europa ha sufrido tan grandes alteraciones en su configuración en tiempos recientes como el área que nos ocupa. La inestabilidad del suelo del Mediterráneo se ha demostrado muchas veces durante el pasado siglo; prueba de ello, las inundaciones en toda la extensión de la costa italiana y las erupciones volcánicas submarinas a la altura de Pantaleria, 1892.

No hace muchos años existía entre los geólogos la tendencia de acudir a los cataclismos y a otras operaciones repentinas de la Naturaleza para explicar los fenómenos geológicos; pero desde fecha reciente se opina de muy distinto modo, y esta doctrina de los cataclismos ha dejado paso a la de aquellos que defienden la teoría de la progresión lenta como efecto de numerosos siglos de movimiento imperceptible. El área que rodea Malta y Sicilia presenta abundantes ejemplos de ambos sistemas. La garganta Har Dalam, como la mayor parte de los valles y quebraduras de Sicilia, Malta, Gozo y Túnez, está rodeada de escabrosos y terribles peñascos, cuyos lados ofrecen evidencias abundantes de la acción de los agentes marinos y de los torrentes.

Muchas de estas gargantas se iniciaron probablemente durante el levantamiento de la corteza terrestre que toda aquella área sufrió en los primeros tiempos Pliocenos, y después sirvieron como conductos principales del desagüe del país.

La citada garganta Har Dalam fué entonces, según todas las probabilidades, un tributario del río, cuyo lecho puede trazarse todavía a lo largo del fondo del mar por varias millas al Sudeste de Malta. En las orillas de este río descubrió el difunto profesor Leith Adams res-

tos de tortugas, cisnes y otros pájaros acuáticos, juntamente con inmensas cantidades de huesos de elefantes é hipopótamos. Esta notable fauna existió en un tiempo en que el área maltesa estaba formada del gran puente terrestre del Mediterráneo, y cuando las condiciones del clima en la Europa meridional eran muy diferentes de las de ahora.

La cuestión de la edad de la caverna de Har Dalam y de sus fósiles contenidos, es para el sabio Cooke campo interesante para estas investigaciones. La profundidad de la garganta—dice—es de unos 21 metros, y la caverna está situada á la altura de 12 metros desde el fondo. El área hidrográfica limitada de la garganta hace imposible, cualquiera que sea la cantidad de agua que envíen las nubes, el que se llene con ésta. La serie superior de los depósitos del suelo tuvo que formarse en una época en que la garganta era mucho más profunda que ahora. Y es difícil expresar la cantidad de aquellas capas en términos históricos, pues la estimación del tiempo por la formación y destrucción de las rocas está expuesta á tantos errores, que no merece confianza tal cálculo. Los templos fenicios, las tumbas y los depósitos de agua que se encontraron en esta garganta en nivel más bajo que el de la caverna Har Dalam, indican cuán poco han llevado á cabo las fuerzas de erosión desde el tiempo en que aquéllos se construyeron, como unos tres mil años hace.

Recientes investigaciones en el delta del Nilo han demostrado que existieron dos distintos géneros de arte con anterioridad al advenimiento de las dinastías egipcias y los edificadores de las pirámides, dando así una historia continua de ocho mil años para el hombre en Egipto.

Las fases que caracterizan en Europa los períodos Paleolítico y Neolítico no aparecen cerca del Nilo; pero esto se explica diciendo que los depósitos de aluvión en la cuenca del Nilo no cuentan arriba de ocho mil años de antigüedad. Muchas observaciones han demostrado que durante los últimos ocho mil años la medida de deposición del terreno de aluvión en el Nilo es por término medio como un metro en mil años.

Las perforaciones practicadas acusan que el espesor máximo del lodo del Nilo en los valles es como de ocho metros, indicando esto que, inmediatamente antes del tiempo en que se formó la primera capa de lodo, la cantidad de lluvia era suficiente para llenar los valles del río y evitar la deposición del terreno de aluvión. La configuración y aspecto físico de los valles del Nilo y de las gargantas maltesas tienen muchos puntos de contacto. Las condiciones del clima de las dos áreas son, y probablemente lo habrán sido siempre, semejantes. Por esto es probable que el trabajo de erosión de la garganta fuese contemporáneo, y que la profundidad y extensión del Har Dalam difiera poco de lo que fueron al principio cuando se presentó el gran cambio en el clima.

Si fuera posible fijar con exactitud el tiempo en que se depositaron en esta caverna los lechos superiores, entonces se determinaría la edad de las herramientas de piedra y de otras reliquias de la industria humana. No es probable que esto llegue á conseguirse.

Las evidencias presentadas por las cuevas sicilianas y las margas osíferas del Har Dalam son un avance en la solución del problema so-

bre las emigraciones del hombre prehistórico en el Mediterráneo central. Ciertamente es que el paso es muy corto; pero el trabajo de exploración va despacio, y llegará un tiempo en que el golfo que al presente separa el dominio del anticuario del que corresponde al geólogo podrá salvarse por los descubrimientos, que vendrán á despejar la nube de incertidumbre que al presente obscurece tan importante cuestión.

Al concluir Mr. John H. Cooke su interesantísimo estudio sobre el hombre prehistórico, anuncia nuevos trabajos, que vendrán indudablemente á aumentar la serie de los ya verificados por él y que tanto contribuyen á las investigaciones geológicas en el Mediterráneo central.

CLODOMIRO M. ALDAMA

LA TUBERCULOSIS EXPERIMENTAL Y LOS NUEVOS TRATAMIENTOS DE LA TUBERCULOSIS HUMANA

He aquí lo que de una conferencia dada ante la Sociedad de Amigos de la Universidad de París por M. Carlos Richet, profesor de Fisiología en aquella Facultad de Medicina, el 14 de Febrero último, extractamos de la *Revue générale des Sciences pures et appliquées*.

Empezó el insigne fisiólogo con una sucinta reseña histórica del tema, y dijo á este propósito que los conocimientos médicos sobre la tuberculosis han pasado por las siguientes fases:

Primero, un período muy largo, desde Hipócrates hasta Laënnec, en el que apenas se halla una que otra observación aislada que pueda prestar utilidad. Aunque la palabra tuberculosis se haya pronunciado en el siglo XVIII, no se conoció claramente esta enfermedad hasta Laënnec, quien en 1819, y precedido en algunos años por Bayle, creó en todas sus partes la nosografía de la tuberculosis; y demostró que el tubérculo podía encontrarse en todos los órganos, tanto en el pulmón, como en el peritoneo, el cerebro, el hígado ó el bazo; describiendo con precisión la enfermedad y afirmando su unidad.

Después de Laënnec, muchos se entregaron á largos y laboriosos estudios, principalmente microscópicos, que no aportan dato alguno. Sólo el gran histólogo Virchow cometió el error de suponer dos tubérculos distintos, rompiendo así la unidad nosográfica que tanto trabajo había costado establecer á Laënnec, y esta equivocación fué repetida como artículo de fe por todos los que le siguieron, hasta que en 1865 llegamos á la experimentación. Villemain estableció que la tuberculosis era una enfermedad contagiosa, como ya se sospecha, demostrándolo con la inoculación de esputos á varios conejos, que murieron poco después de tuberculosis.

No faltaron á Villemain impugnadores que se negaban á aceptar las ideas nuevas, pero la verdad logró abrirse camino, y desde entonces acá se han hecho los experimentos más importantes sobre este asunto, entre los que merece citarse los de Koch, quien fué el descubridor del microbio de la tuberculosis.

Entre las conclusiones actuales de la ciencia se limitó el ilustre

conferenciante á citar los datos fundamentales para probar que la Medicina experimental habia enriquecido en gran manera á la Clínica médica, tan pobre en documentos patogénicos. Helos aquí resumidos en estas cuatro leyes.

Primera ley.—Ningún animal es refractario á la tuberculosis, pues se ha podido inocular la infección, no sólo á los animales de sangre caliente, sino á los peces y las ranas; si bien algunos animales son atacados más que otros, como el mono, que es sumamente sensible á una inyección en cantidad pequeñísima, y muere á los quince, veinte ó treinta días cuando más; mientras que otros, como los solípedos, son mucho más resistentes.

Segunda ley.—Todos los órganos pueden ser atacados por la tuberculosis, si bien hay preferencia por el tejido pulmonar

Tercera ley.—Lo que determina la enfermedad es el bacilo de Koch, que sabemos es muy resistente á la luz, la desecación y el calor, de lo que resulta el gran peligro de los esputos de tuberculosos, que constituyen el principal agente de contagio y de infección.

La *cuarta ley* pertenece de lleno á la Patología experimental, y muestra todo lo que puede esperarse de los recursos de la experimentación. Los fisiólogos italianos han descubierto dos especies de tuberculosis: la de las aves y la de los mamíferos, que son antagónicas, pues las especies de animales que son muy sensibles á una de ellas, no lo son tanto á la otra; como ocurre con el mono, que resiste bastante la tuberculosis aviaria y es muy vulnerable á la tuberculosis de los mamíferos. De lo cual podemos deducir que, con el tiempo, deben encontrarse nuevas formas y razas especiales que constituirán una virulencia atenuada, una vacuna contra la tuberculosis.

En la segunda parte de la conferencia expuso el Sr. Richet algunas de sus experiencias personales relativas á la Terapéutica de la tuberculosis, en las cuales ha tenido como colaborador al Sr. Héricourt. Desde 1888 pudo comprobar que la transfusión peritoneal de sangre perteneciente á un animal vacunado contra una enfermedad, protege contra esta misma enfermedad; como, por ejemplo, inocular perros con un estafilococo, y después de curado, sirve su sangre para inmunizar conejos contra este mismo estafilococo. Era el principio de la *hematoterapia*, de donde se ha derivado la *sueroterapia*. Desde entones, añade, se dedicaron él y su colaborador á estudiar la sueroterapia de la tuberculosis, en la que sólo han obtenido mediocres resultados.

Entre los varios experimentos que cita, es el más notable uno que fué debido á la casualidad, cual fué el de alimentar con carne cruda á uno de los perros inoculados, el cual, no sólo vivía á los tres ó cuatro meses, cuando todos los demás habían muerto, sino que estaba en perfecto estado de salud. Desde entonces emprendió Richet varias experiencias metódicas sobre ese importante hecho que le llamó la atención, y asegura que los perros que recibieron esa alimentación *vivían siempre*, mientras que los alimentados de distinto modo *siempre se morían*. A continuación, y valiéndose de cuadros gráficos, mostró sus experiencias, en las que ponía siempre perros sometidos á la alimentación ordinaria, como testigos, y perros alimentados con carne cocida ó cruda, resultando de todos los cuadros una notable diferencia de peso en favor de los sometidos á esta última.

La objeción que se le ha hecho fué la de que el perro era carnívoro y que al someterlo á la carne cruda no se hacía más que traerlo á su régimen normal, á su estado de naturaleza; pero que no pasaba lo mismo con el hombre, que era omnívoro. Objeción á que respondió el señor Bouchard diciendo que, en ese caso, hay que convertir al hombre en carnívoro, alimentándolo con carne cruda.

También se le ha objetado que se trataba allí de una *sobrealimentación*, pero eso es, más que una objeción, una verdadera explicación del hecho, que resulta tan incontestable con la hipótesis de la *sobrealimentación* como con cualquiera otra (1).

Termina la notable conferencia del profesor Richet con indicaciones sobre la manera de aplicar á los enfermos estas conclusiones de la *Terapéutica experimental*.

En vez de dar carne cruda, basta dar el jugo de la misma (*ζυμος*, en griego, de donde el nombre de *zomoterapia* que da el autor á ese tratamiento), pues los perros alimentados con carne lavada, es decir, sin jugo, no resistieron nunca la inoculación, como pasaba á los alimentados con el jugo, que es, por tanto, el que contiene los elementos defensivos contra el tubérculo.

De esa manera se obvia la dificultad de hacer comer la carne cruda, que, por lo general, disgusta al paciente, en la cantidad necesaria para su curación. Según se deduce de las experiencias, hacen falta 750 gramos diarios de suero para un adulto; y para obtenerlos se necesita exprimir el jugo de dos kilos de carne.

Y con la exposición de algunas consideraciones científicas sobre la

(1) Cuantos tratamientos se han ensayado contra la tuberculosis, que han sido muchos, podrían clasificarse en estas dos clases: ó pretenden oponerse á la vida y propagación del germen aniquilándolo, salvando así el organismo enfermo; ó tratan de aumentar las energías ó el vigor de ese organismo ó terreno en que arraigó el bacilo, para que por sí se oponga á los estragos de éste; y no deja de ser notable... y aun censurable, que mientras la generalidad de médicos y pacientes persiste, con tenacidad no siempre justificada por el éxito, en el empleo de la primera categoría de medios ó recursos (cuando lo sean), desanimanse unos y otros con frecuencia (pese á los buenos resultados iniciados ó obtenidos) en el uso de los medios de la segunda clase ó que van en favor del terreno para que éste inutilice la semilla dejándola estéril.

Nos ha sugerido la anterior observación el hecho de que mientras miles de tuberculosos perturban, sin beneficio por otra parte, sus digestiones con innumerables preparaciones farmacológicas que no son del caso, esos dos tratamientos ó elementos preciosos de tratamiento á que se refiere Richet, la *sobrealimentación* y la *zomoterapia*, apenas si ha logrado en nuestro país vida efímera, tan suficiente para el éxito (sí, como creemos, pueden darlo) como para el fracaso.

Habiendo empleado nosotros ambos medios terapéuticos y conservando de ellos impresión clínica nada desfavorable, no podemos aceptar que el exigir el primero visitas médicas algo más largas que las usuales, y el segundo manipulaciones domésticas y dispendios, aunque no muy crecidos, sean motivo suficiente para prescindir de recursos á que tal vez está reservado un gran porvenir en la curación, tan justamente ansiada, de la tuberculosis.

hipótesis que el conferenciante propone para explicar la acción del sueño muscular, puso fin al notable discurso cuyo extracto acabamos de ofrecer á los lectores de NUESTRO TIEMPO.

APARATO PARA EVITAR LOS PELIGROS DE LOS CABLES ELECTRICOS AEREOS

Conocidos son ya de todo el mundo los peligros que resultan de los alambres y cables eléctricos aéreos cuando, por cualquier circunstancia, éstos se rompen y caen, tocando al suelo los extremos por donde se ha verificado la rotura, mientras el resto del cable ó alambre está en comunicación con el foco de electricidad.

Para remediar estos peligros se ha inventado un aparato que corta automáticamente las porciones colgantes de los cables ó alambres, cayendo éstas al suelo, muertas, es decir, sin dar paso á la corriente eléctrica, y, por lo tanto, sin que puedan ocasionar daño alguno.

Según *The Mechanical Engineer*, de Londres, se han verificado recientemente, en la ciudad de Hull, pruebas muy precisas para asegurarse de la eficacia del nuevo aparato. Para este fin se produjo, á una señal dada, una rotura en el cable aéreo de un tranvía eléctrico y en las condiciones más semejantes posibles á una rotura accidental. Inmediatamente, el aparato cortador automático respondió cortando instantáneamente las dos porciones colgantes del cable, que cayeron muertas al suelo de la vía; la parte cortada del cable se repuso en seguida, y en muy pocos minutos la línea estuvo en disposición de funcionar como si nada hubiera sucedido. Todos los testigos de las experiencias se manifestaron altamente satisfechos de la manera tan práctica con que opera el referido aparato, por el cual han sacado patente de invención los Sres. Bostock y Cheetham, de Brighouse.

CONTRA LA ORTOGRAFIA

Con este epígrafe publica M. Augusto Renard un extenso artículo en la *Revue de Revues*, que si bien no tiene para nuestro idioma la importancia que para el francés, juzgamos de interés porque resume el estado actual de esta cuestión tan debatida actualmente entre nuestros vecinos de allende los Pirineos.

Entre los partidarios de una reforma radical de la ortografía francesa y los partidarios de conservar la actual manera de escribir, se suscitan diariamente polémicas y discusiones. El artículo que extractamos es una crítica de las opiniones expuestas por Brunetière, tratando de probar que la reforma de la ortografía sería un crimen por las siguientes razones: 1.º Modificar la ortografía actual sería «mutilar las obras maestras de los clásicos». 2.º Sería bárbaro cambiar la «fisonomía» de las palabras, que perderían de ese modo su «individualidad». 3.º Las anomalías ortográficas son formas interesantes á la naturaleza misma de esta ciencia. Y 4.º No hay que tener en cuenta, en

la cuestión de la reforma, ni «las exigencias de la escuela primaria» ni las relaciones con el extranjero.

M. Renard combate una por una estas cuatro objeciones con gran riqueza de ejemplos y de datos para demostrar que los clásicos no tuvieron, en su modo de ortografiar, la menor semejanza con la ortografía actual; que había, no sólo diferencias entre unos autores y otros, sino también que un mismo autor ortografiaba de muy diverso modo una misma palabra. Esto, que no es privativo de la lengua francesa, es, sin duda alguna, un argumento de fuerza contra ese respeto idólatrico que sienten por la ortografía los que son del parecer de M. Brunetière; pero el articulista no se conforma con él y emplea otro *ad hominem*, pues cita los *Sermones* de Bossuet y obras antiguas que M. Brunetière ha editado y en las cuales, lejos de respetar la ortografía de esos clásicos, les ha impuesto la del siglo XIX, y por tanto, si al hacerlo no ha cometido nada «bárbaro», tampoco lo cometerán los reformistas al modificar la ortografía de los contemporáneos.

Hay, además, otra objeción de Brunetière, que por cierto no desarrolla y que el articulista le combate como la anterior: es la referente al cambio de fisonomía de las palabras, la cual no es más que una reproducción de la que han hecho en todos los tiempos los adversarios de las reformas ortográficas; por ejemplo, Chapelain, en el siglo XVII, argumentando contra Corneille. Bossuet, la escuela de Port-Royal y otros reformadores de la ortografía, dice, como hoy Bergerat, Sully-Prudhomme y Brunetière, «que si se quitara á la palabra *phantome* su *ph* y su *s*, como quisieran algunos reformadores utopistas que no comprenden que estas letras son los títulos de nobleza de la lengua.... esta palabra escrita *fantome* tomaría un aspecto chocante y perdería su fisonomía y su individualidad». No de otra suerte razona Brunetière al decir que «un *lis* no es un *lys* (lirio), que la *scintillation* (centelleo) de las estrellas se apagaría si en adelante se escribiera *cintillation*».

Si el oponerse á estos cambios es por considerar á la lengua una obra de arte, continúa M. Renard, ¿acaso ha dejado de ser la lengua de Bossuet una obra de arte desde que los *Sermones*, por ejemplo, han sido publicados por Brunetière modificando la ortografía del gran escritor y cambiando la «fisonomía» de las palabras?

El movimiento de reforma no es una novedad en Francia, y en tiempos diversos han hecho los escritores y sancionado la Academia enormes podas en las llamadas letras etimológicas. En 1740 la Academia, en su tercera edición, modificó de un golpe la ortografía de 5.000 palabras entre 18.000 que contenía entonces el Diccionario, y veintidós años más tarde hacía otra reforma más formidable, añadiendo al alfabeto dos letras nuevas, la *j* y la *v*, que hasta entonces se confundían con la *i* y la *u*, respectivamente, sin contar las muchas *ph*, *th*, *ch*, letras dobles y etimológicas que cayeron de un golpe. Júzguese si entonces las palabras cambiarían de aspecto y si el Diccionario tomaría un aspecto «bárbaro»!

Pero lo más notable en este asunto es que, aun dejando á un lado la cuestión de la precisión y exactitud, así como también el alivio de trabajo que supondría en los escolares, resulta que los esfuerzos actuales son inútiles, pues nadie logra saber completamente la ortografía. Las faltas no las cometen solamente los escolares, sino también los

maestros encargados de enseñarles y hasta los propios académicos. Baste citar estos tres casos: El señor Duque de Audiffret Pasquier, al presentar su candidatura para la referida corporación, escribió *accadémie* con dos c. M. Gastón Boissier, en una almoneda, vió que á un autógrafo suyo lo tasaban más caro, y al día siguiente fué á decirle á Renan que en la sala de ventas había visto que tasaban en cinco francos una carta suya, mientras que otra de Renan sólo lo estaba en tres; pero Renan le hizo saber, mostrándole la carta en cuestión, que se la había traído un amigo para que no estuviese expuesta á la pública crítica, que el aumento de precio era debido á las faltas ortográficas que la adornaban. Por último, la Emperatriz Eugenia propuso una prueba de escritura al dictado de un trozo escogido adrede por Próspero Merimée, y ni uno solo de los académicos salió triunfante del examen; la Emperatriz, que declaraba no comprender que se ignorase la ortografía, cometió 90 faltas, 30 más que su augusto esposo el Emperador. Bien es verdad que Merimée había sembrado el trozo de toda clase de escollos y dificultades.

En resumen: que según opina Renard, deben dejarse á un lado todas esas minucias de apreciación personal y de pretendidos atentados contra el arte para entrar resueltamente, como hicieron el italiano y el castellano antes, y hoy está haciendo el alemán, en la vía de la reforma ortográfica, que reclaman la utilidad práctica, la lógica y el deseo de que la lengua francesa se vulgarice, haciéndola más fácil y accesible á los extranjeros, y, sobre todo, aligerando á los niños de la escuela de ese trabajo fatigoso y estéril que, no sólo está en contradicción con las generalizaciones lógicas que á sus cerebros infantiles acudan, sino que los acostumbra á no pensar por sí propios, sino á repetir lo dicho por otros sujetándoles á la regla prefijada, al *magister dixit*, además de impedirles estudiar, durante esas horas, multitud de conocimientos mucho más útiles y necesarios para la vida práctica contemporánea.

LA FESTA D'ELLS

Yo no sé si en las revistas españolas hubiese hallado cabida un trabajo del erudito é incansable Pedrell sobre el asunto á que alude el epígrafe de estos renglones; pero no puedo menos de lamentar que sea preciso para conocerlo acudir á las páginas de la excelente *Sammelbande der Internationalen Musik-Gesellschaft*, de Leipzig, y leer allí, en idioma extraño, un interesantísimo estudio sobre la Fiesta de Elche, algo muy característico, esencialmente hispánico, ya que en el mundo entero no es posible admirar en pleno siglo XX un drama lírico litúrgico que tiene por escenario el templo y algunos cientos de años de antigüedad.

Antes de ahora (1) habló el Sr. Pedrell de este resto de aquel consorcio entre la fe y el arte, que si no es aún divorcio completo—sobre

(1) Escuela de estudios superiores del Ateneo de Madrid.—Curso de 1897-98.

todo en lo que á la música se refiere—no es por falta de motivos humanos, ciertamente.

Pero el maestro Pedrell, que conocía el poema y la música del drama lírico de la Asunción de la Virgen, fué á la moruna Elche y presencié la representación de la obra.

En el estudio ya aludido, publicado en la revista de Leipzig, consigna el maestro, con gran amenidad por cierto, la impresión de su viaje y la que en el alma le dejó la *Festa d'Ells*, documento vivo de nuestro teatro de otros días, gracias á la constancia y al entusiasmo de los ilicitanos.

La iglesia en que el drama se representa parece construída (1) para el espectáculo. Elche entero la llena, ocupando altares, frisos, pedestales, cornisas y, no hay que decirlo, tribunas y cuantos asientos hay disponibles.

A la fiesta asiste el clero, revestido como para una ceremonia del culto y, naturalmente, el Concejo y las personas de viso de la población. En lo que pudiéramos llamar entrada general, dicho queda, el pueblo todo, ávido de presenciar la representación, como si cada año fuese el primero. El amor á la tradición rejuvenece todas las cosas viejas, que bien amadas jamás parecen caducas. Dos jornadas tiene el drama lírico de *La Asunción de la Virgen*. La primera—14 de Agosto—, llamada en lemosín *Vesprá* ó víspera, y la segunda—15 de Agosto—, ó *Festa* propiamente dicha. Ambas se representan por la tarde.

EL POEMA

La *Vesprá* comienza por una escena en la que la Virgen María, á la vista de los instrumentos de la Pasión de su Hijo, atormentada por los recuerdos que la Cruz, el Sepulcro, evocan en su alma, lamenta su soledad en estrofas, cuya letra lemosina dice:

*Ay trista vida corporal
O, mon cruel y desigual
¡Trista de mí yo, ¿qué faré?
Lo meu car Fill ¿cuán lo veuré?*

Insiste luego la Virgen madre en sus quejas porque no ve al Hijo, y entonces, envuelto en una nube, baja de lo alto de la cúpula del templo, entre el estrépito del órgano, de las campanas y de los fuegos de artificio, un mensajero celeste, portador de aurea palma, el cual, dirigiéndose á María, la saluda en nombre de Jesús, le entrega la palma, con que ha de ser llevada al sepulcro, y le anuncia la llegada de los Apóstoles, que de los confines de la tierra vienen á verla, de orden de Dios.

Desaparece el ángel, con nuevo estruendo, y en tanto avanza hacia la escena San Juan, á quien siguen de cerca San Pedro, Santiago y otros de los discípulos de Cristo.

La Madre de Dios va á morir, y los amigos de su Hijo han llegado á acompañarla en tal trance. Despidese María de los Apóstoles, póstrase en el lecho y entrega su espíritu entre el canto de éstos, el de los

(1) Data del siglo xvii.

elegidos que en el *Ara cæli* baja de la cúpula, los acordes del órgano y los gritos del pueblo, aun de aquella parte de él que no logró un lugar en el interior del templo, y aguarda en la plaza pública el fin de la *Vesprá*, verdadero prólogo del drama lírico litúrgico.

Entre la jornada primera y la última del drama hay un verdadero intermedio, constituido por la procesión—que en alguna parte de la región levantina se llamaba *del enterro de la Mare de Deu*—y en la que la imagen de la Virgen—cubierto el rostro de una máscara, cuyos ojos están cerrados—, va acompañada de muchos de los personajes que intervienen en la primera parte del drama litúrgico.

En la segunda, que se representa, como va dicho, en la tarde del 15 de Agosto, aparecen los Apóstoles—excepto Santo Tomás—escortados por ángeles y elegidos. Todos invitan á las mujeres piadosas á adorar el sagrado cadáver, como lo hacen, y entonces Pedro entrega la palma simbólica á Juan, el cual, reverenciando el celestial emblema, promete cumplir lo que el ángel notició á María al entregárselo.

Los Apóstoles dispónense entonces á efectuar el sepelio, pero se ven sorprendidos por muchos judíos que reclaman, en nombre de *Adonai*, el cuerpo de María.

Los Apóstoles defienden la santa reliquia y van hacia ellos prestos á combatir; pero la espada de Pedro los vence en pocos instantes, humillando su altivez.....

Los Apóstoles les preguntan:

—¿Creéis todos que la Virgen es la Madre inmaculada del Hijo de Dios?

—Lo creemos y en esta fe deseamos vivir y morir—responden los judíos, y se disponen á asistir al entierro de María, que se verifica poco después.

La escena de la Asunción viene en seguida.

Cuatro ángeles bajan del cielo á invitar á la Virgen á emprender con ellos el camino de la morada eterna.

En este punto entra en la escena el apóstol Tomás, que con grandes muestras de sorpresa excusa su tardanza, diciendo:

—Perdóname, Virgen piadosa. Los negocios de Indias me han retenido lejos de aquí.

Los ángeles ascienden entre nubes de incienso y lluvia de flores y perfumes, llevando consigo á María, y el santo grupo encuentra en el camino á la Trinidad, que sale de las nubes á recibir á la Hija del Padre, Madre del Hijo y Esposa del Espíritu Santo, y á coronarla.

Cuando la corona ciñe las sienes de María, se canta un triunfal *Gloria Patri*, y suena el órgano, voltean las campanas, estallan los cohetes y grita y aplaude el pueblo en un desbordamiento de fe entusiasta y conmovedor.

Este es el drama lírico litúrgico de Elche: tal es esta reliquia de «ingenua literatura», este documento curiosísimo.

LA MÚSICA

Lo que pudiera ponerse en parangón con *La Festa d'Ells*, la Pasión que se representa en Oberammergan, es, sin embargo, esencialmente distinto de ella. Y lo es precisamente porque el drama de la Asunción es un drama lírico en absoluto.

El Sr. Pedrell hace de la música de la fiesta de Elche un estudio, cuya importancia y profundidad aparece con sólo consignar que es suyo.

La revista de Leipzig publica los veinticuatro números de música de la obra, escritos en moderna notación, y es curioso é instructivo en sumo grado seguir las observaciones que de cada uno de ellos hace el Sr. Pedrell.

Dice este musicógrafo que se advierte con facilidad examinando tales composiciones que son muestras polifónicas del siglo XVI y de autores diferentes.

El consuetu del drama, escrito en 1639, habla de tres de ellos, cuyos nombres aparecen en la segunda jornada del drama.

El canónigo Pérez, Ribera y Luis Vich.

Opina Pedrell que el primero no puede ser otro que Juan Ginés Pérez, de Orihuela, maestro de capilla en Valencia en 1581, y llega á esta conclusión por el estudio de los procedimientos armónicos y de cierta particular manera que á él solo puede atribuirse.

Ribera debe de ser un cantor de la Capilla Pontifical de Roma, y de Luis Vich no hay otra noticia que la que en el consuetu ha quedado.

No es posible transcribir aquí todas las atinadas observaciones y disquisiciones eruditas de Pedrell á propósito del drama litúrgico de Elche; pero no puede pasarse en silencio su descubrimiento de un poema y una música más antiguos que los citados hasta aquí, y con arreglo á las cuales se celebra la fiesta ilicitana en nuestros días.

El texto del antiguo drama ha aparecido, y Pedrell lo estudia con gran detenimiento, estableciendo la probable relación entre el español y otros poemas semejantes del extranjero, sentando la opinión de que su origen está en los trovadores provenzales de la Edad Media, quienes lo escribieron en catalán primitivo, habiendo sido después adaptado al lemosín valenciano, sobre cuyo texto se escribieron la mayor parte de los fragmentos musicales, eliminando buen número de personajes del drama original é introduciendo aquella escena en que Santo Tomás se excusa de llegar con retraso por habérselo impedido los «asuntos de Indias»—descubiertas, como todo el mundo sabe, en 1493.

Por último, resumiendo el Sr. Pedrell sus impresiones de la actual representación del drama, opina que, aparte de algunos defectos ó ridiculeces que en ella se advierten, muy fáciles de suprimir, sería muy sencillo devolverle su pureza hierática primitiva, haciendo de la fiesta algo único en el mundo, que sería sin duda objeto de artística peregrinación internacional, tan favorable al arte como á los intereses materiales de Elche, la encantadora y oriental ciudad de los granados de flor sangrienta y los bosques de palmeras elegantes y esbeltísimas.

VÍCTOR ESPINÓS

LA EDUCACION DE UN REY

Notable, no solamente por su aspecto pedagógico, sino también por las enseñanzas políticas que contiene, es el libro que acaba de publicar Luis Morandi con el título de *Cómo fué educado Víctor Manuel III*, libro que analiza Domingo Oliva en un artículo de la *Nuova Antologia*, de donde tomamos los siguientes datos.

La figura saliente en la educación del que era entonces Príncipe de Nápoles es la del General Osio, que era, cuando se le designó para vicedirector del Príncipe, Teniente coronel de Estado Mayor, y que no podía, en consecuencia, ser nombrado Gobernador de S. A., porque ese cargo corresponde en Italia á un General poseedor del collar de la Anunciata. Osio era, al decir de Morandi, afable, cortés y severo, rígido, inflexible en el cumplimiento de su deber, como buen militar, habiéndose formado en la incomparable escuela de la guerra, en la que dió pruebas de su valor en los años 1859 y 1860, en la toma de Capua, y en 1866 tomando parte en la expedición contra el Rey Teodoro de Abisinia. Ha desempeñado después cargos diplomáticos.

Respecto á la educación del príncipe se le dieron amplios poderes, y él fué el encargado de dirigirla exclusivamente en cuanto al plan general, reservándose la enseñanza de la historia general, la historia y arte militar, la geografía, la lengua y la literatura alemana, y confiando á otros profesores que él dirigía las restantes enseñanzas. Merecen conocerse las instrucciones dadas al profesor encargado de letras italianas. «Que tratase al príncipe como á cualquier otro de los alumnos; que no tuviese para con él ninguna indulgencia ó miramiento inoportuno ni en la más mínima cosa; si, por ejemplo, durante las lecciones hiciese falta algún objeto, el príncipe, y no el profesor, debía ir por él; si se cayese un libro ú otra cosa, que aquél se bajara á recogerlo...» Los mismos soberanos no tomaban determinación alguna respecto de su hijo sin consultar al vicegobernador. «Oigamos al coronel», era su respuesta cuando les rogaban que dejasen al príncipe aceptar alguna invitación; y el coronel casi siempre contestaba que no.

El horario fijado se cumplía inflexiblemente; había señalada en él una hora de equitación cada día, y de nada valían los resfriados de cabeza á que era propenso el príncipe.

Una mañana lluviosa de invierno en que estaba más resfriado que de ordinario, Morandi hizo observar al coronel que quizás fuera conveniente que no montase, y respondió Osio: «Y si el día de mañanauviésemos una guerra, ¿no tendría el príncipe que montar á caballo aunque estuviese resfriado?»

En cuanto á los castigos, eran siempre del mismo género: reprochar acerbamente al príncipe sus faltas, haciéndolo frecuentemente en presencia de Morandi, el cual encuentra que en ocasiones era no sólo severo, sino duro. Un día dijo: «¡Téngase presente que el hijo de un rey, como el de un zapatero, cuando es asno, es asno!» Su dominio sobre él era absoluto, y en casa del príncipe no se conocía otra voluntad que la suya. «¡Oh!—decía—, el príncipe puede hacer todo... lo que quiero yo.»

¿Y qué efectos producía este régimen espartano? Vistas superficialmente las cosas, aparece el príncipe como una víctima del tirano Osio, y muchas almas tiernas compadecerán al ilustre descendiente de

reyes; pero el príncipe se daba cuenta del alto deber que se cumplía, y cuando, después de una filípica del coronel, Morandi confortaba amigablemente al regio alumno, diciéndole: «Se hace por su bien, alteza», él respondía en seguida y convencido: «Lo sé».

Una mañana en que Luis Bazzani, pintor, daba lecciones de dibujo al príncipe, que ya tenía diez y ocho años, S. A. miraba de cuando en cuando al reloj, contra su costumbre, haciendo pensar á Bazzani que estaría aburrido; pero á un momento dado se levantó el príncipe y corrió hacia su inflexible gobernador, abrazándolo y besándolo, mientras decía á Bazzani: «Ahora hace exactamente siete años que me presentaron al coronel.» A pesar de su severidad, y quizás á causa de la misma, había logrado Osio hacerse amar por S. A.

Tiempo es ya de hablar exclusivamente del príncipe con todas las salvedades necesarias para que no parezca adulación. Apenas salido de la infancia, comenzó Morandi á darle lecciones de lengua y literatura italiana; y asegura en su libro que antes de terminar la primera lección «se había ya convencido de que S. A. tenía inteligencia despierta y sagaz». El príncipe hablaba entonces tres lenguas: el italiano, el francés y el inglés, habiendo recibido, en cuanto á la nacional, la mejor instrucción práctica posible, porque la reina Margarita había querido que lo sirviese un criado florentino, Casimiro Casaglia, que le sirvió, no sólo para familiarizarle con el habla toca más pura, sino que durante sus estudios secundarios le fué de gran utilidad, como también á Morandi, pues como vocabulario viviente y seguro, ahorra-ba á profesor y alumno en algunas ocasiones tiempo y fatiga.

El inglés lo había aprendido con la institutriz Isabel Lee, y lo ejercitaba hablándolo con su augusta madre. A todo ello tenía una cultura general adaptada á sus años, pero que se ampliaba con conversaciones y lecturas, especialmente de Historia y Geografía; y gracias á su buena memoria aprendía rápidamente lo que escuchaba ó leía. Mostrábase contento y hasta orgulloso de esos conocimientos.

Una de sus aficiones favoritas era la de contar anécdotas, y Morandi tuvo que poner coto á los paréntesis que intercalaba en las lecciones. También era aficionado á hacer preguntas agudas é inesperadas, defecto atávico, pues el gran Rey se complacía en atormentar de este modo, sobre todo, á los ministros. En una ocasión en que preguntó el Príncipe á Morandi una cosa que no tenía la más remota relación con la literatura italiana, tuvo éste que contestarle: «esta es una de las cien mil cosas que no sé»; y en otra ocasión trató de hacerle hablar de cosas que lisonjaban el amor propio del profesor, pero Morandi le dijo: «Yo debo enseñarle el italiano. Pues bien: ¿ha oído alguna vez este dicho: *cundo el diablo nacta, el mto ya iba á la escuela?*»

Al comenzar el Príncipe los estudios secundarios era un niño bastante culto, de aguda inteligencia, deseoso de aprender y dotado de amor propio. La víspera de su primer examen dijo: «Si hubiese de quedar mal, sería cosa de tirarme por la ventana». Morandi lo estimulaba fácilmente con estas palabras: «Tenga cuidado, Príncipe, que todas las personas con que hablo me preguntan continua é insistentemente por usted, y yo no estoy acostumbrado á decir falsedades.»

Con el capitán Carlos Alberto Morelli di Popolo aprendía Matemáticas, Topografía, nociones sobre la Artillería, sobre fortificaciones

campales y permanentes, sobre las armas portátiles, los ejercicios militares, el Código penal y las ordenanzas militares; el profesor Francisco Zambaldi le enseñaba el Latín; monseñor Valerio Anzino, la Religión y la Filosofía; el profesor Perotti, las ciencias naturales; los profesores César Mariani y José Arnaud, la lengua y la literatura francesas; el Sr. Guillermo Bliss, la lengua y la literatura inglesas; el pintor César Mariani, los elementos del dibujo de figura y la Historia del arte; Luis Bazzani, los elementos de perspectiva, el dibujo de paisaje y la acuarela; la seño a Julia De Cousandier, la música; el Conde Uises Calori y Masaniello Parise, la esgrima. En suma, toda la instrucción llamada técnica, más toda la instrucción militar, una preparación á las Bellas Artes y toda la instrucción clásica, excepción hecha del griego, que fué eliminado del plan tras largas y maduras deliberaciones, sustituyéndolo con amplias nociones de aquella literatura y con el estudio de las principales obras, valiéndose de las magníficas traducciones que honran á la lengua y al genio italianos.

Los ejercicios físicos, el reposo, los juegos, estaban juiciosamente distribuidos, así como las visitas á museos, viajes, etc.

El resultado de esos estudios fué, según Morandi, de inmenso provecho para S. A. R., mostrando excelentes disposiciones y afición por las diversas asignaturas que estudiaba, excepto por la música, en la que, sin embargo, mostró siempre predilección por la nacional.

En los estudios de numismática ha llegado á tener nada comunes conocimientos, sin que por esta afición, que espontáneamente nació en él, haya robado tiempo á otros estudios que, como la Geografía y la Historia, le son tan familiares como la numismática.

El libro de Morandi, muy digno de ser leído por todos, pues encierra, al par que bellezas literarias y un estudio pedagógico, una verdadera crítica en acción de los actuales métodos de enseñanza, confirma al articulista en la idea que dice tenía ya formada, respecto al actual Rey de Italia, que es, según él, un hombre capaz de conocer los tiempos y los hombres, no sólo por condiciones y aptitudes naturales, sino también por la sólida y brillante educación que recibiera.

UN PINTOR ESPAÑOL

La revista artística *The Studio* inserta en su número de Abril un artículo sobre nuestro pintor afamado D. Francisco Pradilla, debido á la pluma de Delia A. Hart, y del que extractamos las siguientes líneas.

Después de algunos datos biográficos en que dice el articulista que los primeros pasos del artista zaragozano fueron penosos y or su situación precaria, contribuyendo estas privaciones á desarrollar el carácter de vigor y sinceridad que se reflejan en el arte de Pradilla, y en los que hace resaltar las relevantes dotes de erudición que distinguen á este artista, examina algunos de sus más famosos cuadros, emezan do por el titulado *Juana la Loca*.

Conocida es de todos los lectores españoles la crónica en que se funda tal cuadro, en el que Doña Juana, al frente del cortejo fúnebre,

acompaña el cadáver de D. Felipe el Hermoso hasta Granada. La escena patética que sirve de asunto á la obra de Pradilla es cuando después de tres meses de penosas marchas piden hospitalidad en un convento, y cuando la Reina, que velaba atentamente sobre su tesoro, notó que estaban en un convento de monjas, gritó asustada: «Fuera de aquí, fuera de aquí al instante.» En el cuadro de Pradilla se ve la figura espectral de la Reina, en cuyo semblante se reflejan las divagaciones de un espíritu destrozado por los celos insensatos, contribuyendo á que resalte este personaje sombrío el resplandor y el humo de un mezquino fuego campestre, completándolo los grupos hábilmente dispuestos á su alrededor, medio muertos de agotamiento y brutalmente privados de un abrigo por la crueldad inconsciente de una mujer afligida, la triste escena que alumbra débilmente la luz crepuscular.

La entrega de Granada es otro cuadro de inmenso realismo que comunica al espectador los pensamientos que animan la expresión de cada actitud. Lo pintó en Roma y representa el momento en que Boabdil entrega á los Reyes Católicos las llaves de Granada, y cuando se dispone á echar pie á tierra, un gesto del rey de España le releva de esta última humillación. Tanto el acompañamiento de los reyes cristianos, como el del vencido moro, presentan en sus rostros y actitudes esa nota de realismo que antes mencionábamos.

Cita después otros cuadros de Pradilla, como el *Suspiro del Moro*, en que se ve á Boabdil arrodillado en una colina no lejos de Granada y que ha recibido por tradición el nombre que sirve de título al cuadro.

La Strada del Santuario, que representa una escena de las costumbres populares y piadosas de la Campiña romana; iguales costumbres, pero en España, representa la *Misa al aire libre*.

Termina el artículo con una ligera idea de dos cuadros de Pradilla titulados *Deshoje de matz* y la *Corte de amor*, respecto de los cuales escribe Delia A. Hart los mismos elogios que para nuestro artista tiene cuando examina los anteriores lienzos.

Acompañan al artículo cuatro fotografados que reproducen los siguientes cuadros de Pradilla: «El día del Apóstol», «El camino del Santuario», «La entrega de Granada» y «Triste vida».

LA ANTIGÜEDAD DEL NUEVO MUNDO

Según se desprende de unos descubrimientos importantísimos hechos en Nuevo Méjico, el continente americano estaba poblado por seres humanos en la época terciaria. Con objeto de dar á conocer á nuestros lectores estos descubrimientos, hacemos á continuación un resumen del artículo que publica sobre este asunto el doctor Latouche-Tréville en la *Revue et Revue des Revues*.

Sabido es que las poblaciones primitivas de la América del Norte eran, como sus coetáneas de Europa, tan industriosas como lo permitían sus escasas herramientas, no siendo menores ni su actividad ni su valor. La naturaleza hostil por doquiera les obligaba á una ince-

sante lucha y se les hacía necesario el construir obras de defensa y de refugio. Los *Mound Builders* que en el país de los grandes lagos y la cuenca del Mississippi edificaron esos inmensos montículos de arena, tenían ya alguna idea del progreso y de la arquitectura, porque daban á los «mounds» formas que pudiéramos llamar decorativas, reproduciendo, ya un pájaro, ya un reptil, ya un hombre.

El Nuevo Méjico es muy rico en vestigios de ese género, y el profesor Hewet, de la Universidad de Nuevo Méjico, ha emprendido una investigación sistemática de las cavernas del país recogiendo pruebas de la remotísima antigüedad de aquellos aborígenes; ha encontrado habitaciones prehistóricas en sitios no visitados hace miles de años, en donde los *kjoekkenbeddings* habían quedado intactos.

Los refugios de los «cliff dwellers» (habitantes de cavernas) en Arizona, suministran datos no menos preciosos [para la arqueología y la etnología, presentando un campo inexplorado é inmenso para los investigadores. Esas aldeas, situadas á dos ó tres mil pies de altura al borde de las simas que dominan los cañones y donde se agrupaban tribus cuyo número sería imposible calcular, y que escogían, sin que se haya podido saber por qué, para sus habitaciones, el borde de los vertiginosos precipicios, han quedado desiertas por completo, dando lugar á una infinidad de problemas.

En un estrecho cañón de los montes Bronco, á unas 32 millas al Sur de Holbrook, sobre la línea Atchison-Topeka Santa Fe, Mr. Fulmer y otros varios observaron 22 casas de piedra edificadas sobre una cadena de rocas de unos treinta pies de anchura y que se elevaban 900 pies por encima del lecho de un arroyuelo que corre por entre los dos muros graníticos del cañón. Arrostrando temerariamente muchos peligros en aquellos precipicios y ayudados por vaqueros que los sujetaban con cuerdas, pudieron los exploradores llegar á las habitaciones prehistóricas provistos de aparatos fotográficos. Observaron allí que el camino que debieron seguir los aborígenes para bajar al llano, y que está obstruido por seculares árboles, era en algunos sitios tan estrecho que sólo daba paso á una persona, lo cual facilitaba grandemente á los habitantes medios de rechazar una invasión extraña.

Dos meses tardaron los exploradores en acabar sus trabajos, encontrando, durante ese tiempo, osamentas de animales, arcos y flechas, hachas de piedra, martillos, etc. La mayoría de las casas debían de tener tres pisos y se penetraba en ellas, probablemente, por medio de escalas.

En una de las cavernas había un muro de protección de siete pies de altura, resultando verdaderamente inexplicable cómo pudieron transportar allí esas enormes piedras; misterio que ninguno de los instrumentos prehistóricos allí encontrados basta á explicar. A la entrada de esa misma caverna, y bajo un montón de tierra dura allí existente, los exploradores hallaron, después de levantar una capa de cerca de dos pies y de cavar en la arena como unos tres pies de profundidad, dos piedras chatas de granito colocadas paralelamente, y á tres pies de distancia una de otra. Bajo esas piedras estaba enterrado un ser humano, probablemente un niño, completamente encerrado en una gran cesta de yuca trenzada; tenía los miembros apretados contra el cuerpo por medio de cuerdas y fibras, y una especie de túnica de yuca

le cubría la parte inferior del cuerpo. Este descubrimiento ha sido muy comentado en los periódicos científicos de Norte América, pues la referida momia pertenece, en opinión de muchos, á la época terciaria, diferenciándose de los braquicéfalos de mandíbulas salientes y de abultados pómulos, encontrados en el valle alto del Colorado, los cuales pertenecen al comienzo de la época cuaternaria. El tipo de esta momia, que es, indudablemente, de un hombre, tiene, sin embargo, semejanzas notables con el *pithecanthropus erectus*, que es ya un mono; y si las conjeturas del profesor Fulmer son fundadas, tendremos un nuevo eslabón antropológico de un valor considerable.

Otro hallazgo de no menos interés es el del profesor Jorge L. Cole, de la Universidad de Illinois, que ha encontrado, á 30 millas de Santa Fe, restos de una habitación, la más vasta hasta hoy, pues cubre un espacio de 140.000 pies cuadrados y es capaz de albergar 25.000 seres humanos, pudiendo compararse su importancia arqueológica con las de Tebas, Ninive ó Babilonia. Entre los varios objetos allí encontrados, llama la atención una especie de cuchillo metálico que no puede saberse si es de fabricación indígena ó de importación extranjera; pero que demuestra la existencia de otra civilización más avanzada que la de la edad de Piedra. El doctor Cole se inclina á creer que los pueblos que habitaron aquella casa pertenecen á los que hace unos dos mil años emigraron hacia el Sur á causa de los terremotos y fueron á fundar las primeras colonias mejicanas y el reino de los Moctezumas.

Ambos descubrimientos sirven de apoyo para sostener la antigüedad del hombre en el continente americano, sobre todo el de la momia, que parece pertenecer á la edad terciaria; pero todavía no se ha hecho suficiente luz en estas cuestiones, y es preciso esperar, como dice muy bien el articulista de la *Revue*, á que otras revelaciones confirmen las inducciones de los sabios norteamericanos.

EL ARTE ANTE EL SOCIALISMO

En un artículo así titulado é inserto en la *Revue des Revues*, examina M. Camilo Mauclair la cuestión relativa al poco interés que muestran los actuales socialistas por el arte, doliéndose de que sólo una exigua minoría se vea libre de la falta de idealismo, y de la excesiva timidez que en cuestiones morales presentan las revistas socialistas, dándose el caso de que muchos burgueses se muestren en estas cuestiones mucho más liberales que los socialistas.

Esa despreocupación por todo lo que no sea de inmediata aplicación práctica y económica, contrasta en gran manera con la actitud de una porción de artistas que aceptan el socialismo con simpatía, porque ven en él la justicia para los pobres; pero aun cuando comprenden su necesidad, se encuentran obligados, á causa de esa desconfianza molesta que él muestra para con ellos, á no considerarle más que como un preludio, imperfecto y transitorio, de un estado social más elevado.

Es, pues, de temer que el progreso del socialismo llegue á crear entre él y los artistas un abismo infranqueable, á pesar de los esfuerzos de algunos socialistas y de muchos artistas en pro de una concilia-

ción. Es triste el tener que reconocer el hecho de que dondequiera que el socialismo llega sufre el arte sus consecuencias, y así como los burgueses comenzaron á afeár las ciudades, los socialistas parecen dispuestos á completar la obra, casi con el mismo instinto de vaga oposición á un aspecto de la humanidad pensante que consideran como inútil y perverso.

Hay, por tanto, derecho á preguntar si el arte desaparecerá ante el empuje social; y la fracción de artistas resueltos al aristocratismo de gustos y á la forma rara, no duda ya de su próximo destierro, formando una pequeña sociedad análoga á la de los emigrados de la revolución. Odia al socialismo y se busca ya un Coblentz más lejano, fuera de la Europa socializada. Pero la fracción de los conciliadores, sublevada por la injusticia y despilfarro intelectual y moral de semejante desacuerdo, se esfuerza en izar bandera blanca en medio de la pelea, y tentando un esfuerzo supremo, pretende interesar á la masa proletaria en el único ideal que le queda y que hoy se le niega.

Después se extiende el articulista en juiciosas observaciones sobre la cuestión de que el arte no puede morir, que hallará siempre medios de triunfar y de imponerse, si bien habrá necesariamente de operarse una transformación.

La arquitectura es la más amenazada, pues la higiene tiende á sustituirla únicamente en la disposición de las habitaciones, predominando el *cuartelismo* en las construcciones modernas. La exclusión de todo ideal religioso destierra el lujo y el misterio de que tan sublimes encarnaciones nos legó el pasado. Pero si el poema de la piedra ha terminado, el hierro comienza ya á dejar entrever nuevos ideales arquitectónicos.

Aun cuando el socialismo continuara la obra de afeár las ciudades, cabe prever un renacimiento potente del arte industrial por la aproximación de los obreros de arte y los artistas, que en nuestros días ha comenzado, y es en el terreno de las artes industriales todas donde mejor podrá realizarse la aproximación y la concordia.

La pintura, las letras y la música, privadas de esas relaciones directas con las artes manuales y técnicas, parecen más comprometidas por la argumentación de los utilitarios; pero basta tener en cuenta que desde hace tiempo vienen luchando igualmente, y sostenidas tan sólo por una ínfima minoría, han logrado permanecer á flote, para tener absoluta fe en que también, con sus recursos infinitos, con la maravillosa flexibilidad que les caracteriza, sabrán encontrar los medios de imponerse á las limitaciones arbitrarias de una sociología de orden inferior.

Ya comienzan á verse, sobre todo en la pintura, intuiciones, presencias de lo que acabamos de decir, y se vislumbra ya un nuevo arte decorativo. La escultura, que tiene un papel menos importante en el arte decorativo, puede, no obstante, por medio de las artes adyacentes, alfarería, cerámica, aplicadas á frisos ornamentales, completar la obra de la arquitectura y la pintura.

La música, antes que ninguna otra de las artes, tendrá un papel preponderante, por contener en germen la idea de la socialización, por agrupar en la orquesta gentes escogidas encargadas de darle una expresión, no individual, sino general y colectiva. Su lenguaje es inter-

nacional y da la fórmula del internacionalismo espiritualista. La orquesta llegará á ser en la sociedad colectivista una necesidad, y la elevación de la cultura hará la música más asequible á todos, llegando á exigirse la lectura de la música tan naturalmente como se exige la del alfabeto. Corresponde á la música, más que á ningún otro arte, el conservar en el mundo el elemento del espiritualismo, sin el cual no puede ser viable ninguna sociedad humana.

Y en cuanto á las letras, tratan en la actualidad de recuperar la hegemonía que tenían comprometida. La novela se abre á la expresión de la conciencia; los Rosny, Paul Adam, León Daudet, etc., crean seres profundamente humanos, accesibles á una moralidad nueva, ó describen aspectos sociales del porvenir. La literatura social crece, invade los periódicos y los libros; y análoga evolución se producirá también en la poesía popular y en el teatro, como ya comienza á suceder, viéndose cada día nuevos esfuerzos por estrechar el contacto con el pueblo, por renovar los dialectos, por cantar la naturaleza y la vida.

El arte, pues, sabrá transformar sus modos de expresión de un modo tan natural y tan sencillo que jamás ha de aparecer como inútil, y preparará contra la estrechez de miras del socialismo la mejor y la más noble de las oposiciones; le habrá prestado por adelantado tantos servicios que del sobresalto brutal, de la objeción mediocre habrá llegado á ser una fuerza constitutiva del Estado nuevo.

Como se ve por todo lo anterior, tiene M. Maclair una fe absoluta en el triunfo definitivo del arte, al que no es posible destruir con fútiles argumentos impregnados de un grosero y mal comprendido utilitarismo, que por fortuna no todos profesan.

LA FLORA MICROBICA DEL CUERPO HUMANO

La Sociedad Literaria y Filosófica de Manchester se reunió en sesión extraordinaria el día 22 de Abril último para oír la lectura de un interesantísimo trabajo del doctor Elie Metchnikoff, del Instituto Pasteur, de París. El trabajo del Dr. Metchnikoff es un estudio acerca de los microbios existentes en el cuerpo humano, y ha merecido la medalla Wilde, correspondiente á 1901, que fué entregada al referido doctor por el presidente de la Sociedad Manchester con toda solemnidad.

La revista inglesa *Nature* da cuenta de la Memoria premiada, cuyo contenido vamos á extractar, pues el asunto es interesante en grado sumo.

El Dr. Metchnikoff manifiesta que los seres humanos, en el momento de nacer, están exentos de microbios; pero después del nacimiento, la piel y todas las membranas mucosas se pueblan de dichos microbios de tal modo, que á los pocos días ya son numerosos y variados. Los gérmenes de estos microbios provienen del aire ó del agua empleada en lavar á los niños. En el verano se desarrollan con más rapidez que en el invierno, y algunas veces la infección es tan rápida, que á las cuatro horas de nacer ya se encuentran diferentes clases de microbios en los intestinos del infante. Sin embargo, la regla general es que la primera aparición de los gérmenes se nota entre diez y diez

y siete horas después del nacimiento. La habitación preferida por los microbios encontrados en la piel son siempre los folículos capilares; pero las membranas mucosas, cuya superficie está siempre húmeda y cubierta de sustancias que constituyen medios nutritivos para los microbios, contienen por lo general mayor número de gérmenes y más variados que la piel. Exceptuase la conjuntiva del ojo por estar siempre bañada por el humor lagrimal.

Los microbios penetran también hasta las porciones más profundas del aparato respiratorio, si bien es difícil dar nota precisa de los que durante la vida del sujeto viven normalmente en la laringe, en la tráquea, en los bronquios y en las ramificaciones bronquiales, puesto que los microbios encontrados en todos estos sitios, después de la muerte del individuo, pueden proceder de la invasión de las referidas partes por microbios procedentes de otras regiones del cuerpo. De todos modos puede asegurarse que el desarrollo de microbios en las porciones más profundas del aparato respiratorio del ser humano en estado de salud nunca es grande.

Donde los microbios se presentan en mayor abundancia es siempre en los órganos correspondientes al aparato digestivo. El Dr. Miller, de Berlín, ha descrito más de treinta especies, habitadoras de la cavidad bucal del hombre, y algunas de las cuales pueden encontrarse también en la piel. Otras que se hallan generalmente junto a los dientes, son especiales de la boca y no se encuentran en ninguna otra parte del organismo. Algunas de las especies características de la boca se corren hacia el interior del aparato digestivo y se las encuentra también en el estómago y en los intestinos. El estómago, con sus jugos ácidos, presenta condiciones que afectan de un modo excepcional el desarrollo de los gérmenes microbianos. Muchas clases de bacterias no pueden vivir en un medio ácido; pero hay otras que lo toleran, hasta el punto de que en el estómago humano se han podido caracterizar unas treinta diferentes especies de bacterias, algunas de las cuales son peculiares del estómago; esto es, que no se encuentran en ninguna otra porción del aparato digestivo. En el estómago y, en grado más saliente, en los intestinos delgados, los microbios que predominan corresponden a la forma de bacilos, y su número y la proporción relativa de las distintas especies varían con la alimentación del sujeto. Las carnes estimulan el desarrollo de formas especiales de bacterias, y la alimentación vegetal favorece el desarrollo de otras; pero, sin embargo, aun sin variar la alimentación se pueden observar grandes fluctuaciones en la población microbica del aparato digestivo.

Desde los intestinos delgados los microbios pasan a los gruesos, donde se les unen otras nuevas especies, formando un total considerable. De todas las regiones del cuerpo humano, los intestinos gruesos son indudablemente los más abundantes en microbios. Se han podido caracterizar en tal región unas cuarenta y cinco diferentes especies, principalmente bacterias, y de éstas, las más de ellas, bacilos.

El intestino grueso empieza a ser habitado por los microbios inmediatamente después del nacimiento del hombre. Aun antes de haber ingerido alimento alguno, pueden encontrarse numerosas especies de microbios en la región de que se trata. En cuanto el niño empieza a mamar, la población microbica de los intestinos gruesos cambia y se

hace más uniforme. Si los niños son alimentados con leche de vacas por medio del biberón, las especies de microbios que se encuentran en el intestino grueso son más variadas, y, en fin, cuando el niño se nutre ya con diferentes substancias, la abundancia de microbios se hace mayor y aun más variadas las especies.

El número total de especies distintas de microbios existentes en el cuerpo humano, en estado de salud, no puede todavía precisarse; pero aproximadamente y de un modo provisional, puede calcularse que oscila entre sesenta y setenta.



¿Qué puede decirse ahora de las funciones que desempeñan estos organismos microscópicos dentro del cuerpo humano? Esta es otra de las cuestiones que el Dr. Metchnikoff trata en su trabajo.

Entre los animales invertebrados, se encuentran muchos cubiertos con más microbios que los que se hallan en la piel del hombre. Por ejemplo, en las costas del Sur y del Oeste de Inglaterra abunda extraordinariamente una especie de cangrejo, cuyo caparazón se encuentra cubierto enteramente por una vegetación especial. La función de esta especie de envoltura es bien ostensible. El cangrejo se asemeja entonces á una porción de vegetación marina y pasa inadvertido para sus enemigos y para sus presas. No puede darse una demostración igual de la utilidad de los microbios en la piel humana.

Respecto á la flora microbica de la cavidad bucal, sí que puede estimarse que presta al sér humano algunos servicios importantes. Todo el mundo sabe que las heridas en el interior de la boca cicatrizan mucho más rápidamente que las que corresponden á la piel exterior. Humedecidas por la saliva las heridas bucales, permanecen en contacto con los microbios y sus productos solubles, los cuales estimulan en grado muy marcado la reacción del organismo humano. Las secreciones de los microbios atraen gran número de glóbulos blancos de la sangre, que limpian la herida eliminando de ésta microbios y tejidos mortificados, favoreciendo así el proceso de restauración de los tejidos.

En las porciones más profundas del aparato digestivo, esta función de los microbios es menos importante, porque la membrana mucosa sufre menos; pero es probable que los ácidos, segregados por muchas bacterias en los intestinos delgados, presten un importante servicio, impidiendo con dicha secreción el desarrollo de otros microbios que tiendan á impedir las digestiones. Esta función preventiva se manifiesta también en el conflicto entre el organismo humano y los microbios de especie muy dañina, habiendo motivos y razones para creer que en muchos casos los gérmenes del cólera morbo asiático se han hecho inocuos por la acción de los microbios que se han encontrado en los intestinos de las personas atacadas. Sostienen también algunos observadores de gran autoridad que los microbios del aparato digestivo desempeñan un papel muy importante en la digestión de los alimentos, y que, sin ellos, dichos alimentos no podrían ser asimilados.

Sin embargo, hasta el presente no hay datos ni experimentos positivos que demuestren que la presencia de los microbios existentes en el estómago y en los intestinos sea absolutamente indispensable para la digestión normal en el hombre.

Se ha tratado asimismo de averiguar si los microbios del cuerpo humano pueden perjudicar á la salud. Cuando las fuerzas defensivas del cuerpo se debilitan por cualquier causa, los microbios de la piel comienzan á multiplicarse y á verter sus productos nocivos en la sangre y en los tejidos. Sucede con frecuencia que en personas que padecen diabetes ó alguna otra enfermedad general, se desarrollan anthrax malignos, y que la causa de estos anthrax no es la introducción de gérmenes morbosos procedentes del exterior, sino la multiplicación excesiva de alguno de los microbios que se encuentran en la piel del hombre, que, aprovechando la debilidad de las células defensoras ó protectoras, penetran en el interior del organismo. Pero el daño más importante para la salud puede provenir de los microbios del estómago y de los intestinos. Se ha reconocido que la gravedad del peligro en los casos de perforación de los intestinos proviene de la acción inflamatoria que ejercen los microbios que se escapan hacia el peritoneo. El efecto dañino no está limitado á los casos en que los microbios penetran directamente en la sangre, ó en otros órganos distintos de aquellos que ordinariamente ocupan; los microbios producen substancias solubles, que pueden ser absorbidas á través de las paredes de los intestinos, y llegar de esta manera al torrente circulatorio. Varias de estas substancias son más ó menos ponzoñosas en su acción, y es muy probable que muchos de los productos tóxicos de la flora intestinal humana no se conozcan todavía. Pero á pesar del conocimiento imperfecto que de estos productos se tiene, hay razones para asegurar que los venenos producidos por los microbios intestinales desempeñan un papel muy importante en la generación de ciertas enfermedades. Cefalalgias, neurastenias, asma dispéptica, ciertas formas de epilepsia, depresión de fuerzas y varias enfermedades de la piel, son atribuidas, por muchas autoridades médicas, en todo ó en parte, á la acción de los venenos originados por los microbios de los intestinos y, en general, del aparato digestivo. Tampoco puede negarse su influencia en algunos casos de enfermedades mentales, y tienen también relación con males que producen la atrofia de órganos de primera importancia, como el cerebro, el corazón, el hígado y los riñones.

El Dr. Metchnikoff pasa después á discutir las relaciones existentes entre la población microbica normal del cuerpo humano, esto es, los microbios que se presentan en el estado de salud, y los microbios patológicos, ó sean los que producen directamente enfermedades específicas. Señala el referido doctor los métodos practicados en medicina y cirugía para limitar ó contrarrestar la acción de dichos microbios patológicos, y estudia lo que él cree que debe ser limitaciones á la acción benéfica de los antisépticos. Hay, en efecto, una tendencia á renunciar más ó menos completamente al uso de dichos antisépticos, y á recurrir cada vez más á sencillas medidas mecánicas para impedir el acceso al cuerpo humano de los microbios del exterior; tales medidas son: el lavado prolongado de las manos, el humedecer algunas membranas mucosas con líquidos que no dañen las células vivas epiteliales,

etcétera. El método mejor de tratamiento antiséptico del intestino en cuanto á su eficacia para prevenir trastornos morbosos, es el uso de laxantes que produzcan frecuentes y abundantes evacuaciones.

*
**

¿Cómo se compaginan el hecho de que sean nocivos tantos microbios encontrados normalmente en el cuerpo humano y el principio de Darwin, según el cual, si nuestros microbios son tan peligrosos, debían hace ya mucho tiempo haber sido eliminados por selección natural? El Dr. Metchnikoff trata también de resolver esta cuestión haciendo observar que los órganos del cuerpo humano que sustentan la flora microbica son, por lo general, inútiles ó perjudiciales para la salud y aun para la vida. Los folículos capilares son asiento de una vegetación microbica frecuentemente origen de serias enfermedades; pues bien, estos folículos capilares son actualmente órganos inútiles, y representan solamente en la especie humana actual lo que ha quedado del pelo que cubría la piel de nuestros progenitores. En el aparato digestivo del hombre, las porciones más ricas en microbios son las menos importantes y actualmente casi inútiles. El apéndice vermiforme, por ejemplo, no es más que vestigio de un órgano, mucho más desarrollado en los animales predecesores de nuestra especie; en los monos antropoides ya se encuentra dicho órgano en vías de reducción. Hasta el mismo estómago, órgano que parece absolutamente indispensable para la digestión y para la existencia normal del hombre, no es más, en realidad, que un receptáculo para el alimento; receptáculo del que puede prescindirse en condiciones apropiadas sin inconvenientes serios para la vida. El Dr. Metchnikoff dió cuenta de cuatro personas que á la sazón viven sin estómago, presentando con esto un fuerte argumento contra la absoluta necesidad de este órgano para la vida.

De todas las porciones del aparato digestivo, la más indispensable para la continuación de la existencia del hombre es, indudablemente, el intestino delgado, y, sin embargo, en el hombre, que puede vivir con alimento fácilmente digestible, el intestino delgado tiene un desarrollo desproporcionado. En lugar de tener de diez y ocho á veintidós pies de longitud, podría, sin inconveniente alguno para la vida, reducirse á la tercera parte. Kukula refiere un caso, en el cual separó las dos terceras partes del intestino delgado, con gran beneficio para el paciente; Körte, en otra ocasión, extirpó con una porción del intestino delgado gran parte de los intestinos gruesos, dejando sólo la sección terminal y quedando el enfermo completamente curado. Se pueden citar otros muchos casos de operaciones quirúrgicas con éxito completo, que demuestran que los intestinos gruesos no son absolutamente indispensables para la vida. En un individuo, todo el intestino grueso se atrofió por sí mismo sin necesidad de operación, á consecuencia de una fistula, y sin impedir en lo más mínimo la vida activa del sujeto afectado. El resultado de todo esto es demostrar que poseemos un órgano voluminoso y muy desarrollado, cual el intestino grueso, que no desempeña funciones indispensables para la vida, y que es albergue de una copiosa masa de microbios de varias especies, que pueden perjudicar grandemente la salud á causa de sus secreciones ponzoñosas.

Se preguntará entonces: ¿Cuál es el origen y la razón de la existencia de ese órgano que resulta inútil? La historia de los folículos capilares es relativamente sencilla, pues son los vestigios que quedan del pelo que protegía contra el frío a los animales predecesores del hombre; el intestino grueso, por el contrario, no es una reliquia, sino un órgano en la plenitud de su desarrollo. Existe solamente, por lo general, en los mamíferos, y no se encuentra en las aves, ni en los reptiles, ni en los vertebrados inferiores. El Dr. Metchnikoff cree encontrar, en algunos detalles del desarrollo del intestino grueso, ciertas relaciones con las condiciones especiales de la vida de los vertebrados, herbívoros capaces de caminar con grandes velocidades, hallando en esto el origen del gran desarrollo de este órgano en los actuales mamíferos; pero como las condiciones de vida de la especie humana son ya distintas de las de los mamíferos grandes corredores, el intestino grueso, al resultar inútil, presenta una lenta tendencia a su atrofia, tendencia que debe ser ayudada por la medicina y la cirugía: la primera atacando con eficacia los microbios nocivos y sus efectos, y la segunda procurando extirpar, en cuantas ocasiones propicias se presenten, órganos que son albergue de la mayor parte de los microbios que pueden llegar a ser nocivos.

VICENTE VERA

LA REVOLUCION EN RUSIA Y EL PRINCIPE KROPOTKINE

Rusia está pasando ahora por momentos de prueba. A la crisis económica de que dábamos cuenta en el número anterior, tiene que añadir otra crisis aún más honda y temerosa, de la que son espontáneas y súbitas revelaciones las algaradas estudiantiles de los últimos meses, y aun la agitación obrera de que el telégrafo nos da cuenta en estos días.

Es crisis de la educación nacional, latente rebeldía de las inteligencias que con cualquier pretexto estalla, sordos y vigorosos anhelos de una Constitución política que dé ambiente de libertad a un pueblo á quien la autocracia ha hecho grande, pero no feliz ni soberano.

The North American Review trae un interesante artículo sobre este gran problema que Rusia tiene hoy planteado, y su autor es el Príncipe Kropotkine.

Ni de la revista ni del famoso filósofo del anarquismo hay que decir nada para su presentación. *The North American Review* cuenta ochenta y siete años de existencia, y es quizá la revista más cosmopolita y más importante de los Estados Unidos; el Príncipe de Kropotkine, de la más rancia nobleza rusa, matemático y geólogo, infatigable explorador de las estepas siberianas y político que desde 1874 viene viviendo alternativamente en la cárcel ó en el destierro, es más conocido en España por su libro famoso *La conquista del pan*, Evangelio de una nueva Religión, hoy quizá mal comprendida, pero que él, lo mismo que Budha la suya, ha querido fundar sobre el amor y la igualdad y con el ansia de borrar sobre la tierra la iniquidad y la opresión.

El Príncipe Kropotkine dice que la agitación estudiantil comenzó por una bobada.

Un estudiante de Kieff fué llevado ante el juez de paz por escándalo en la calle. Debíó de haber intemperancias en la policía, excesos quizá en el juez, y los estudiantes, reunidos en meeting, protestaron. El Rector de la Universidad expulsó á algunos por un año y arrestó á otros. Soliviantaron aún más estas medidas á los estudiantes, y de nuevo se reunieron, invitando al Rector á que tuviera con ellos una conferencia. El Rector envió la policía primero, luego la Guardia civil (*etate police*), por último las tropas. El meeting era ilegal y era preciso disolverlo á todo trance. El General Nivitsky, que vió en el meeting estudiantil una ligera nube de verano, consiguió del Rector que se presentara en él, donde fué cortésmente recibido; pero el Rector no rectificó y mantuvo sus intransigencias. Desde este momento principió esa serie de algaradas juveniles, de matanzas, deportaciones y ferocidades que han escandalizado al mundo.

Esa convulsión de la juventud intelectual en Rusia significa para Kropotkine dos cosas: la quiebra de la educación nacional y ansias poderosas de una reforma constitucional. Rusia quiere instrucción y libertad.

«En Rusia—dice—todo se ha reformado desde 1861. Se ha abolido la servidumbre; casi ha desaparecido el castigo corporal; se ha introducido el Jurado y las vistas son ya públicas en los Tribunales; se ha reformado el ejército; el servicio militar es obligatorio. Sólo la instrucción pública permanece estacionaria y mirada con recelosa suspicacia. Toda Rusia, sin excepción de clases, reclamaba y pedía en todos tonos instrucción. Las clases más ricas estaban dispuestas á gastar su tiempo y su dinero en extender la educación por los campos. A ello se prestaban con entusiasmo los profesores de las Universidades, los directores de los Colegios, las autoridades de las provincias autónomas, los municipios ricos, la generosidad de opulentos donantes; todo en vano. Sus esfuerzos se estrellaban contra la incomprensible resistencia de los Ministros de Instrucción pública, nombrados siempre, no para extender la instrucción, sino para impedirla.»

El articulista teme que no se crea semejante enormidad, y para sincerarse, aduce los siguientes hechos que nos muestran un aspecto interesante de Rusia: el estado de su Instrucción pública, y las posiciones que toma en la lucha entablada hoy entre la antigüedad clásica y la ciencia moderna que se disputan la formación de los espíritus, la educación inicial de las presentes generaciones.

Primera enseñanza.—En la Rusia Europea hay una escuela por cada 2.230 habitantes, y á ella asiste un 5 por 100 de los niños que podrían y deberían asistir. Pues bien, durante el Imperio de Alejandro II, los Ministros de Instrucción pública devolvían al Tesoro la mitad de lo consignado en Presupuestos para atenciones de primera enseñanza, y esto ascendía á la ridícula cifra de 20.000.000 de francos.

Hoy se gasta todo ese presupuesto; pero no porque se abran las escuelas necesarias, sino porque se subvenciona á los curas de las aldeas, quienes ocupados en tareas más propias de su misión, entregan á su vez la enseñanza en manos de ignaros cantores, ó soldados retirados. La Prensa protesta, protestan los Municipios, todos protestan, pero el Gobierno se hace el sordo, y el descontento y el espíritu de protesta cunden y aumentan.

Otro detalle que confirma la paradójica afirmación de Kropotkine: Cuanto más libre se ve una región de la influencia del Ministro del ramo, más y mejores escuelas tiene. El Cáucaso, Turkestán, la provincia de los Cosacos del Don y en general las regiones que tienen alguna autonomía, tienen también bastante floreciente su instrucción primaria. En el resto de Rusia da lástima y vergüenza.

Segunda enseñanza.—Hace ya cuarenta años que no hay otro clamar en Rusia: «Basta de latín y de griego; más ciencias naturales y más escuelas técnicas.» «El proteccionismo sin estas escuelas es una contradicción.»

Es inútil: el Ministro no presta oídos a estos clamores: «Esa enseñanza—se ha dicho en documento oficial—es revolucionaria.» «Mientras el estudiante tenga que traducir para el día siguiente dos páginas de Cicerón, no tendrá tiempo para leer a Pisareff ni a Droboluhoff.»

Sólo ahora que el Ministro de Hacienda Witte ha hecho ver a sus compañeros de Gobierno la imposibilidad de proteger la industria nacional y más aún de explotar por cuenta del Estado, como allí se hace, en grande escala, minas y líneas férreas, construcciones y fabricaciones variadísimas, sin ingenieros ni químicos, sin técnicos ni obreros inteligentes, es cuando se va pensando un poco en la creación de esas Escuelas.

Universidad.—Casi todos los mejores profesores, las glorias de las ciencias históricas y humanitarias de Rusia han tenido que abandonar sus cátedras; así lo han hecho Kostomaroff, Kavelin, Stasulevitch, Kovalevsky, el fisiólogo Syechenoff y otros muchos. Se ha prohibido el estudio de la legislación comparada para que así se ignoren y no se deseen y pidan las leyes constitucionales de las naciones civilizadas. Muchas cátedras de ciencias naturales han estado y están, durante muchos años, desiertas.

Estudiantes.—Todo estudiante, desde el momento que entra en la Universidad, entra también a figurar en la lista de sospechosos. Para las altas autoridades de la instrucción pública, el estudiante es un enemigo de la sociedad y debe ser tratado como tal; por eso, al frente de las Universidades pone el Gobierno, más que a hombres de ciencia, hábiles polizontes. De aquí también la frecuencia de deportaciones estudiantiles a las colonias ó a los presidios, la ferocidad empleada en apaciguar cualquier agitación estudiantil.

Con estos antecedentes, cuya autenticidad no comprobamos, dejándolos a la responsabilidad del articulista de quien tomamos estas notas, se explican fácilmente los motines de estos días. Son la lucha por la libertad, el vapor comprimido que hace explosión, la tiranía que se defiende.

Los encargados de informar al Zar fueron Pobiedonostseff y Bogolepoff: procurador el primero del Santo Sínodo y fanático intransigente; Ministro el segundo de Instrucción pública é instrumento de aquél.

—Me cargan ya los estudiantes—dicen que dijo el Zar—, y a poco que hagan voy á cerrar las Universidades. Habló también de deportar á Port-Arthur á los estudiantes en masa.

Ello es que pronto se promulgó una orden en virtud de la cual los estudiantes que tomaran parte en las agitaciones universitarias que-

daban condenados á servir dos ó tres años como soldados rasos en el ejército colonial; 183 estudiantes de Kieff y 22 de San Petersburgo fueron condenados á esta pena, y como criminales, sigilosamente y con rumbo desconocido, fueron deportados, probablemente á Port-Arthur. Doce de ellos se rebelaron; se les aplicó la ley marcial, y en vez de fusilarlos se les condenó á trabajos forzados por toda la vida en los batallones disciplinarios del Imperio.

«Estas medidas—añade Kropotkine—produjeron una conmoción general en todo el Imperio. Yo he visto cartas escritas por padres de estudiantes, de las clases más elevadas, que reflejan un estado de loca exasperación. Centenares de padres se agitaban en San Petersburgo, tocando todos los resortes para salvar á sus hijos.

«Representantes de la ley que habían tenido alguna intervención en el conflicto creado por los escolares, protestaron por escrito contra la aplicación de la orden imperial. Sesenta y cinco catedráticos de la Universidad enviaron al Zar una carta colectiva pidiéndole la derogación de su Real orden, á riesgo de ser juzgados como rebeldes y transportados á la Siberia, pues las cartas colectivas caen bajo la ley dada contra los conspiradores. Y cuando 12.000 estudiantes unidos en un levantamiento general, y las manifestaciones escolares de la capital, de Moscow y de Kharkoff, secundadas por el elemento obrero, fueron tranquilamente disueltas por los férreos látigos de los cosacos, la indignación general llegó á su colmo.

La respetable Sociedad de autores y un venerable miembro del Consejo de Estado, el Príncipe Vyazemsky, protestaron abiertamente contra las violencias cometidas contra la multitud, y el Consejo de Ministros, asumiendo por primera vez desde los tiempos de Alejandro I el papel de Ministerio, discutió la orden imperial é insistió en que se derogara. Resistió al Zar y consiguió de él la dimisión del jefe de policía, General Kleigels.

Kropotkine trata de demostrar luego que se han violado las leyes fundamentales del Estado.

Hacer del servicio militar una pena de carácter general es contrario á la ley del Ejército, y el Tribunal de Casación formado por el Jurado encontraría delito en el acto realizado por el Ministro de Instrucción pública al presentar á la firma del Zar dicha orden.

El Zar ha delinquido también, según él.

«Nosotros—dice—no tenemos Constitución. Es cierto. Padecemos la Autocracia, pero la Autocracia no es el despotismo. El Zar puede derogar todas las leyes existentes, pero antes de derogarlas debe consultar al Consejo de Estado. Sin este trámite ninguna ley puede ser derogada, y sin ser derogada, obliga lo mismo al Zar que á sus súbditos.

«La ley orgánica del Ejército ha sido derogada? ¿Cuándo y cómo ha sido consultado el Consejo?»

Sin los sucesos sangrientos de los motines escolares, esta grave infracción de la ley fundamental del Estado ruso hubiera pasado inadvertida. La bestial intemperancia de la policía ha motivado también que las clases elevadas de Rusia, los Ministros inclusive, hayan meditado sobre los peligros de la Autocracia, y que allí se haya planteado ya como una amenaza para las clases el problema de *Absolutismo ó Gobierno representativo*.

En estos últimos cuarenta años ha habido ya dos tentativas de cambio de régimen. De 1861 á 1863, parecía ya un hecho. Alejandro II había resuelto gobernar con Cortes y dar una Constitución. El redentor de los siervos quería borrar de su Imperio toda clase de servidumbres. Durante dos años, Rusia estuvo en animada y entusiasta ebullición. Se preparaba al nuevo régimen, y para obra tan gigantesca el Zar había pedido la colaboración de todos, la de los grandes y la de los pequeños.

La insurrección de Polonia dió al traste con aquel hermoso movimiento.

En 1880 el mismo Zar renovó sus promesas. El Comité Ejecutivo del Terror, en su lucha implacable contra el Zar, acababa de volar el Palacio de invierno, preferida residencia de Alejandro. Llamó al General Melikoff y le dió poderes dictatoriales. No sólo sabía los entusiasmos constitucionales del General, sino que él los alentó. Rusia no tuvo entonces representación en Cortes y amplia Constitución, por falta de resolución en Melikoff.

«Es un hecho conocido—dice Kropotkine—, que ha circulado con la autorización del Censor, que el 13 de Marzo de 1880 Alejandro II firmó una orden comunicando al General Melikoff que al día siguiente, jueves, presentara ante el Consejo de Estado un proyecto para la convocación de lo que el Zar llamaba Asamblea de Notables.

Cada provincia elegiría un representante por medio de sus Diputaciones (Zemstvos), y todos ellos se reunirían en San Petersburgo á discutir los asuntos generales del Estado.

Sabido es también que aquel mismo día fué asesinado el Zar, y Melikoff, en vez de aprovecharse de la autorización del Zar muerto, creyó más delicado esperar las órdenes del nuevo Soberano. Alejandro III dió un Manifiesto á la Nación, en el que declaraba su intención de continuar con el antiguo régimen. Al mismo tiempo obligó á dimitir á todos los Ministros, incluso al ídolo de su padre, al General Melikoff.

La historia de las semanas que precedieron á la publicación de este Manifiesto tienen gran interés dramático. El nuevo Zar quería seguir las huellas de su padre; también quería que su pueblo tuviera representación en Cortes. A ello le estimularon su tío, el Gran Duque Constantino, el Emperador de Alemania, tío también suyo, y la mayor parte de los magnates rusos á quienes consultó. Se estudiaron varios proyectos, y parecía que se tenía intención de dar á Rusia una Constitución descentralizadora, parecida á la que ahora tiene el Canadá.

Las vacilaciones de los Ministros, explotadas hábilmente por los partidarios del antiguo régimen, inutilizaron tan buenos propósitos. Rusia se quedó otra vez sin Asamblea legislativa y sin Constitución.

Kropotkine cree que el actual Zar concluirá por concederla. Las convulsiones de estos días le abrirán los ojos, y le harán comprender que su pueblo lo quiere ardientemente, y que resistirse es luchar con el alma del Imperio y amargar su vida. Mientras no lo haga, cualquier motincillo escolar degenerará en conmoción política y le creará graves conflictos.

S. AZNAR

La verdad de una mentira

De las últimas elecciones ha dicho la Prensa diaria cuanto decir pudieran humanas lenguas en son de vituperio. Las grandes rotativas madrileñas multiplicaron y esparcieron por todas partes las censuras que han merecido los gobernantes, por sus violencias, y el cuerpo electoral, por su apatía y mansedumbre. A estas fechas no queda un solo vasallo de esta minúscula monarquía que deje de abrigar la convicción de que su voluntad ha sido falseada en los comicios, y de que el procedimiento bajo el cual son posibles tamaños fraudes del voto público, ó se purifica pronto de sus vicios, ó no podrá sobrevivir á su deshonor. Al hacer objeto de un estudio especial las últimas elecciones de la Regencia, he de huir, sin embargo, de toda censura á los directores de jornadas tan oprobiosas. Doy por bueno que las últimas elecciones han sido un modelo de sinceridad; que los gobernantes han conservado sus manos abstinentes y puras, en medio de las solicitudes de los parciales, para que manejasen en su favor los resortes de la influencia oficial. Pueden aceptarse desde luego los datos facilitados en el Ministerio de la Gobernación, sobre los nuevos Diputados á Cortes, como la más pura expresión de las determinaciones de un pueblo que ejerce con toda espontaneidad el sufragio para procurarse ante los poderes del Estado intérpretes leales y celosos de sus aspiraciones y deseos. Para mí, las credenciales de los nuevos Diputados han salido de las urnas sin la más ligera mácula. Sólo me permitiré examinar lo que colectivamente significan y valen los elegidos, á fin de que el lector benévolo deduzca las consecuencias propias del caso.

Tienen gran importancia estos estudios de psicología parlamentaria, porque á sus conclusiones se llega mediante el análisis de hechos fáciles de comprobar, y no puede desacreditarlas la malicia ni hacerlas sospechosas la pasión, porque la superchería, que tan fácil albergue suele hallar entre los laberintos de la Retórica, no encuentra siempre cómodo hospedaje en las formas austeras del lenguaje aritmético. Hechos y cifras son los que voy á exponer á la consideración del que leyere, y sólo he de permitirme algún comentario volandero para no dejar tan escueto este escrito, que su lectura resulte del todo desabrida.

La Nación—según el convencionalismo imperante—ha elegido los Diputados que han de representarla en el Parlamento. Esos Diputados, ¿quiénes son? De muchos conocemos sus nombres por haberlos visto consignados en las estadísticas oficiales; de algunos, su historia porque la pregonan hechos públicos ó cuchicheos reservados; de todos el honor de la investidura alcanzada. Mas particular y colectivamente, ¿qué significan y qué valen? ¿En qué disciplinas emplean su inteli-

gencia, en qué empresas su fortuna, en qué negocios su actividad? De sus hábitos profesionales, de su posición social, de su educación cívica y del origen de sus poderes, ¿qué puede esperar el pueblo que los privilegia con su representación para que decidan de sus intereses y de sus destinos?

Paréceme justo consignar antes de seguir adelante que no me corresponde la originalidad de la idea. Edmond Demolins, ilustre profesor de Ciencia Social en París en un libro (1) de fama universal, vulgarizado en España por una versión excelente (según me aseguran), al estudiar el personal político de la República vecina, comparándolo con el de Inglaterra, me da trazada la pauta que he de seguir en este trabajo.

«Exteriormente—dice Demolins—, todas las Asambleas legislativas se parecen más ó menos. Un espectador que contemplase desde lo alto de una tribuna el Reichstag alemán, la Cámara de los Comunes de Inglaterra, la Asamblea italiana ó la Cámara de Diputados de Francia, obtendría de ellas una impresión bastante uniforme. Si juzgase con arreglo á esta impresión del aparato exterior, deduciría que el Gobierno de estos países es en apariencia el mismo; que todos practican sobre poco más ó menos el régimen de asambleas; que la principal diferencia consiste en la proporción variable de los diversos partidos. Esto es, como diría Bastiat, «lo que se ve»; pero hay también lo que «no se ve»; y esto es lo que importa precisamente ver. Lo que no se ve, porque carece de manifestación óptica, son las categorías sociales entre las que se recluta la representación nacional, es la proporción según la que están representadas en el Parlamento las diversas profesiones.»

He traducido estas palabras del notable sociólogo, porque sintetizan muy bien el objeto de mi estudio. Yo intento poner á la vista de los lectores lo que *no se ve* del nuevo Congreso, lo que esa Asamblea representa fuera del Salón de sesiones, cuando sus individuos dejan en el guardarropa la toga del legislador, cuando no bostezan aburridos mirando los grutescos de la bóveda pompeyana que cubre el hemiciclo, cuando se han despojado de sus dalmáticas los maceros, cuando descansan de su prodigiosa actividad los taquígrafos, cuando se arria la bandera nacional en el frontispicio del Palacio de las Cortes y cuando los porteros de entrada hacen las últimas genuflexiones á los *ustas* que se restituyen al hogar doméstico. Esos caballeros tan graves, tan correctos y, en gran número, tan orondos y relucientes, que esperan sus coches bajo las marquesinas de cristales, ó que suben con andar reposado por la Carrera de San Jerónimo, entreteniendo con afables pláticas el paseo, mientras los sigue con ansiosa mirada la turba de pretendientes y la clientela de parásitos que á diario los acecha en la calle de Floridablanca, aparentan un envidiable bienestar y toda la satisfacción del que ha resuelto definitivamente el problema de la vida y acepta con gusto el sacrificio de dedicarse á la defensa de los intereses públicos mediante una representación puramente honorífica y gratuita. Veamos por tanto á qué categoría social, como diría el autor ci-

(1) *A quoi tient la supériorité des Anglo-Saxons*, pág. 318.

tado, pertenecen tan afortunados mortales, y deduzcamos por las profesiones que ejercen el grado de preparación que alcanzan para intervenir en la vida política. No ha sido tarea fácil la de reunir estos elementos de juicio. No abundan las fuentes de información, y las que existen no son muy puras. Por otra parte, la copiosa representación que en el Congreso tienen las provincias españolas ha hecho muy prolija la labor de buscar una por una la profesión de sus respectivos delegados en la Cámara popular. De todas suertes, dentro del coeficiente de error, tolerable en toda estadística sin pretensiones, creo haber llegado á cifras bastante exactas. El *solitario*—como un orador insigne llamó á las estadísticas de circunstancias—lo he juzgado con verdadera lealtad. Si en el montón de los oros se ha deslizado alguna copa, ó en el de los bastos alguna espada, ó si resultan trastrocados ases y figuras, lo cual no creo, culpa será de los que barajaron los censos que me han servido de guía. Por mi parte subeané todos los errores que advertí. He utilizado para formar el cuadro que á continuación reproduzco: las guías oficiales, en primer término; después, algunas tan famosas como el Anuario del Comercio, de la casa Bailly Bailliére; luego, las especiales formadas en algunas poblaciones de importancia, y donde no alcanzaron las noticias de las unas y de las otras, empleé en muchos casos la información directa. Sólo me he declarado vencido cuando estas diligencias han resultado inútiles. La cifra que corresponde en la casilla de *Profesiones* al concepto de *Indeterminadas* representa el número de mis fracasos inquisitivos.

El resultado de mis pesquisas va en el estado que á continuación publicamos.

PROFESIONES	Adictos.	Oposicio- nes.	Indepen- dientes.	TOTAL
Agricultores.....	2	»	»	2
Comerciantes.....	10	8	»	18
Industriales.....	14	8	»	22
Propietarios.....	53	38	6	97
Abogados.....	81	45	2	128
Periodistas.....	19	8	1	28
Médicos.....	6	2	»	8
Ingenieros.....	15	6	»	21
Funcionarios.....	20	9	»	29
Militares.....	16	6	»	22
Procuradores.....	1	»	»	1
Indeterminada.....	14	2	»	16
	251	132	9	392
Diputados fallecidos.....	»	»	»	2
Actas dobles.....	»	»	»	8
TOTAL DE LA CÁMARA....	»	»	»	402

Analicemos esas cifras y esos conceptos.

Agricultores: 2.—Pocas cifras habrá en el anterior estado tan elocuentes como ésta. Da perfectamente idea de lo vilipendiada que está entre nosotros la profesión rústica, de la vanidad señorial que caracteriza á la sociedad española, del poco sentido práctico que en las manifestaciones de su actividad revela. Entre varios centenares de personas sólo dos tienen á gala confesar públicamente su condición labriega. Otras muchas de las clasificadas de distinto modo, acaso pudieran lucir los mismos timbres campesinos. Abundan en las otras profesiones los grandes terratenientes, muchas personas cuyo principal medio de vida son los rendimientos de sus granjas, cortijos y dehesas. Pero del mismo modo que manifiestan su repugnancia al terruño, dejando la regencia de sus fincas en manos asalariadas y visitándolas de tarde en tarde en excursiones deportivas, prefieren lucir en el padrón y en la cédula un título académico tan desacreditado como inútil, á declarar su honrosa profesión de labradores.

Si á cualquiera de estas personas se les dijera que merece más consideración social un simple cosechero de aceites ó un ganadero de reses de cerda que un licenciado en ambos Derechos ó un prócer de nuestra Administración, el uno sin más norte que el presupuesto y el otro sin más norma de sus actos que la rutina imperante en la cova-chuela, entre aspavientos de indignación declararía loco de remate á quien de tal suerte lastimase sus susceptibilidades de hidalgo en corte. Como dice Pérez Galdós en uno de los escritos que últimamente ha dado á la estampa, «la estirpe del Caballero del verde gabán ya no retoña». Con efecto, escasean mucho aquellos dignos representantes de esa aristocracia rural que vive, como vivía el buen D. Diego de Miranda, con su mujer y con sus hijos en medio de sus tierras, vigilando las labores, fraternizando con los labriegos, socorriendo á los pobres, reverenciando á Dios y entreteniendo los ocios de la labranza en plática con los amigos, ó en la lectura de libros que no fueran de caballerías. Ha prevalecido el atolondramiento bachilleresco del hijo de D. Diego, más aficionado á la ciudad que al campo, más amante de las diversiones urbanas que de las faenas rústicas, y mientras se hacen más raras las virtudes del padre, cunden y prosperan los defectos de la prole descastada. Así hemos llegado á estos infelices tiempos en que se registran en España más de 41 millones de hectáreas sin cultivar; en que el laboreo de la tierra se tiene como cosa infamante y en que apenas una profesión tenida por muy honrosa y principal en países como Inglaterra, puede contar en una Cámara de representantes del pueblo con dos que no se desdoren en publicar su procedencia agraria.

Por fortuna no, faltan en el Congreso personalidades con tradición muy gloriosa en la defensa de los intereses agrícolas. ¿Pero qué eficacia puede tener su voz en espíritus tan desapegados del terruño? El amor á la agricultura, la protección á los labradores, son para la generalidad de los oyentes tópicos de la oratoria parlamentaria, cháchara fría jamás animada por un latido de corazón agradecido á los dones de la tierra. ¿Quién duda que el diputado rural es, para la mayoría de los concurrentes al salón de conferencias, un tipo grotesco y abonado para toda clase de burlas?

Industriales: 22.—**Comerciantes:** 18.—Después de la agricultura,

que proporciona en muchos casos las primeras materias y siempre la nutrición, nada más lógico que estudiar la industria y el comercio, encargados de transformar y difundir aquellos productos en las formas más convenientes á las necesidades públicas. Pasemos de la obra de la naturaleza á la obra de los hombres, de los cimientos á la cúpula. Por abatida que supongamos la industria nacional y por perezoso que sea el movimiento mercantil, todos convendrán en que la proporción en que figuran los industriales y los comerciantes en la nueva Cámara es exigua. Sorprende más esto cuando en ella figura por primera vez una fuerza política, la Unión Nacional, que, con razón ó sin ella, se atribuye la representación de aquellos elementos. No se crea tampoco que entre esos 22 industriales y 18 comerciantes figuran muchos cuyos respectivos negocios supongan considerables capitales, portentosa actividad y multitud de inteligencias y de brazos ocupados en labor fecunda. No escasean entre ellos los banqueros, y hay también algunos fabricantes de importancia; pero en cambio abundan los industriales subalternos y los comerciantes de escaso fuste: sirva de ejemplo el saber que entre los primeros hay un alquilador de carruajes en una capital de segundo orden y entre los segundos un farmacéutico en localidad poco importante. No basta para explicar la ausencia de estos elementos la robustez y la disciplina que va tomando el partido socialista, que ve su natural enemigo en el patrono, y al cual han dejado los obreros de prestar la obediencia ciega que en cuestiones electorales le prestaban antaño. Acaso, como indica Demolins, estriba la causa de este alejamiento en que los negocios de la industria y del comercio son incompatibles con el régimen de asambleas, pues obligan á alejarse de la fábrica y del escritorio con mucha frecuencia. Pero en España esta consideración no tiene gran fuerza. Como el cargo de representante del país es gratuito, no resulta el que lo alcanza muy obligado á concurrir asiduamente á la Cámara, ni á solicitar la venia del presidente para ausentarse cuandolo tiene á bien. Nuestros diputados gozan en esto de libertad plena; muchos, como sucedió en las Cortes conservadoras, juran el cargo, y satisfecha la vanidad de lucirse en los escaños rojos y de recibir algunos pliegos de la Secretaría del Congreso en el hotel donde se hospedan, vuelven á su retiro provinciano á vegetar en calma ó á cuidar de sus negocios. Sabido es que en las votaciones de empeño el primer cuidado del ministro de la Gobernación es dirigir citaciones telegráficas á los diputados ausentes. Y de esta libertad de locomoción y residencia nace, en otras cosas el poder de la *imperiosa vacación* del estío. De modo que el dirigir grandes empresas industriales y mercantiles no implica incompatibilidad absoluta con el cargo de diputado. El alejamiento de tan poderosas fuerzas en el Congreso estriba en el desdén que inspira el régimen imperante á cuantos viven de un modo independiente, y en la seguridad de que en momentos decisivos para los intereses de comerciantes y de industriales basta el simple viaje de una Comisión de personas calificadas á la corte, para que diputados y ministros se deshagan en zalemas al recibirla y en actividad para complacerla. El hecho de que sean necesarias estas Comisiones, cuando se trata de asuntos importantes, da idea de la poca autoridad que, por regla general, tiene la representación parlamentaria de la industria y del comercio.

Propietarios: 97.—Al llegar á este concepto, la cifra, como verá el lector, se eleva bruscamente. El capital tiene en el nuevo Congreso representación muy cumplida. Si los socialistas, que con tan extraordinaria disciplina lucharon por algunos distritos, hubiesen alcanzado la representación á que aspiraban, no hay duda de que habrían tenido oportunidad de hacer una campaña brillante. El evidente predominio (sólo los abogados alcanzan cifra mayor) de la gente acaudalada en los escaños de la Cámara popular se presta á otras consideraciones. A primera vista no puede menos de producir impresión lisonjera esa abundancia de riqueza y bienestar. No hay temor de que, con un lastre de esa importancia en su seno, se despeñe la asamblea por el abismo de las temeridades demagógicas. Por instinto de conservación, ese gran núcleo de propietarios, unido á los muchos que, no obstante estar clasificados de otro modo, cuentan con no pequeña y saneada hacienda, propenderá de continuo á secundar una política de orden, de templanza, de resistencia á toda novedad peligrosa. A cambio de esto, la cifra que analizamos nos ofrece al descomponerla enseñanzas lastimosas. De esos 97 propietarios, 53 pertenecen á la mayoría y 44 á las oposiciones. ¿Qué demuestran estas cifras? Por de pronto, que la mayoría fusionista es muy inferior en medios de fortuna reconocidos y confesados á las minorías; pero, además, y esto es lo verdaderamente lastimoso, que en el régimen de arbitrariedad bajo el cual se desenvuelve el sufragio, en la mayor parte de los casos el acta la obtiene el más rico. Cuando el favor ministerial no ayuda, ó cuando su ayuda no basta, el triunfo es cuestión de dinero. La lucha es imposible para el hombre de posición modesta, aunque sus méritos sean sobresalientes y sus simpatías en el distrito muy profundas. La gran mentira democrática del sufragio universal permite esta ominosa tiranía del oro. Lo que en Inglaterra se llamó un tiempo distritos *podridos* (1) abunda cada vez más entre nosotros, con la agravante de que en esa podredumbre entra por mucho la concupiscencia y no la ambición política. Claro es que todo lo dicho no va contra la presencia de los propietarios en el Congreso, sino contra los medios reprobables que en muchos casos han tenido que poner en práctica para lograr la representación que ostentan. Por lo demás, á nadie puede sorprender que, siendo la mayor parte de ellos grandes tenedores de papel del Estado, avocindados en capitales populosas, donde se sienten todos los estímulos de la vanidad y del lujo, experimenten la necesidad de invertir una parte de sus capitales ociosos en la adquisición de un acta, que tanto contribuye al lustre y al honor de quien la ostenta en la vida mundana. Fuera de alabar el gusto si no quedara satisfecho á costa de la moral.

Abogados: 128.—Confieso que al llegar á esta cifra me sorprendió su pequeñez. Positivamente el número es mayor, pues entre los asignados á otras profesiones más notorias en ellos, hay de fijo no pocos abogados. De todas suertes, es natural que en las Cortes aparezca tan nutrida falange de legistas. El régimen parlamentario tiene el favoritismo de la elocuencia. Nada más lógico que elija sus favoritos entre los que, por su profesión y sus estudios, se adiestran de continuo en el ejercicio

(1) A. Posada: *Estudios sobre el régimen parlamentario en España*.

de la palabra. Al desertar de la política militante las otras profesiones, cubre los huecos que dejan aquella cuyos individuos tienen mayores aptitudes para brillar en la tribuna. El régimen parlamentario, entre sus muchas culpas, tiene acaso la de haber fomentado la afición á la retórica, con detrimento de otras disciplinas más fecundas. De ahí que el déficit de agricultores, de industriales y de comerciantes se cubra en las Camaras con el *superávit* de abogados que nuestras Universidades arrojan á la lucha por la vida. La abundancia de jurisconsultos en una sociedad demuestra, ó una perturbación de las relaciones jurídicas, ó un vicioso sistema de educación en los ciudadanos. De cualquier modo, no es muy consolador el síntoma.

El picapleitos suele ser la larva del político de oficio y del burócrata insaciable. No hay atmósfera más propicia que la del Parlamento para el desarrollo de ese germen dañino. Y cuenta que de los 128 abogados que figuran en la estadística, una gran parte de ellos no ejerce. Estos son los peligrosos. La presencia de tantos hombres de ley en el mismo Centro en que éstas se elaboran, ofrece, sin embargo, la ventaja de dar gran perfección á la obra legislativa. Por eso en España abundan las leyes excelentes. Lo detestable en ellas suele ser la aplicación, la práctica. Pero en cambio tienen los abogados el inconveniente—salvo excepciones marcadas por notorias cualidades de elevación de espíritu—de ser grandes discutidores é intransigentes doctrinarios. A ellos se debe, en buena porción, la prolijidad de los debates parlamentarios. Como dice Cermenín, estos hombres que viven del derecho dudan perpetuamente de él y lo discuten sin cesar.

Funcionarios: 29.—No he incluido en este concepto á los altos funcionarios que ocupan puestos de carácter político, es decir, á los directores generales, subsecretarios, etc. Estos cargos son transitorios, y aunque el afán de poseerlos estimule la avidez presupuestívora de los diputados de segunda y tercera fila, no constituyen realmente su profesión habitual, que es lo que aquí se examina.

En este epígrafe van comprendidos tan sólo los diputados que, en virtud de derechos reconocidos por la ley, cobran constantemente del presupuesto; por ejemplo, los catedráticos y magistrados. No puede desconocerse la utilidad de su concurso á la obra del Parlamento: los unos como hombres de ciencia y los otros como hombres acostumbrados á interpretar la ley, suelen tener una preparación para la vida parlamentaria, de que la mayor parte de sus compañeros de representación carece. Como los ingenieros, de los cuales concurren 21 á las nuevas Cortes, pueden aportar enseñanzas muy apreciables á los debates cuando versan éstos sobre asuntos de su respectiva competencia. No es excesiva la proporción en que unos y otros figuran, y por todo ello sería soportable esta manifestación del funcionarismo en las Cortes, si á ellos solos quedara limitada. No es así, desgraciadamente. Una ley de incompatibilidades poco severa, no obstante la iniciativa plausible del Gobierno conservador, permite que invada los escaños rojos gran número de altos burócratas, cuyos particulares intereses son radicalmente contrarios á los del país (1). Este, como indica en su libro De-

(1) Y eso que el Sr. Rovira no incluye en el número de «funcionarios» unos cuantos modestísimos empleados de 10 ó 12,000 reales de suel-

molins, quiere una administración sencilla, barata, expedita, responsable. Los burócratas del Parlamento desean, y á todo trance intentan, sostener una administración complicada, fastuosa, claudicante é inhumane. Por eso la política de economías tiene ya pocos seguidores, y por eso la reorganización de los servicios es tarea que ningún gobierno encuentra oportunidad de emprender. Y no se diga que á tan lastimosa situación se llega por inveterada sordidez de miras en los que debieron acometer tan útil empresa. Aunque las responsabilidades correspondan á los que temen operar con excesiva crueldad sobre cuerpos vivos y á los que bostezan con languidez senil á toda hora cuando caen en sus manos las riendas del Gobierno, el origen de este triunfo de los e-píritus tímidos y de los ánimos cansados sobre la voluntad pública está en la representación defectuosa que el país tiene en las Cortes. Con efecto, no hay en él un grupo numeroso de agricultores, de comerciantes ni de industriales que en todo momento clame con energía contra esa administración parásita que debilita y sofoca todos sus esfuerzos é iniciativas. Como dice el autor citado al estudiar el Parlamento francés, las profesiones que alimentan el presupuesto tienen menos representación que las que viven de él. Aunque algunas personalidades de posición independiente defiendan la buena causa, su voz quedará sin eco. Por cumplir, se hará alguna reforma secundaria. Lo demás seguirá en pie, y allá, en lo más íntimo del pecho, aunque el rostro adopte una máscara grave, saltará regocijado el corazón al ver que todavía continúa fácil y llano el camino del presupuesto.

Médicos: 8.—No sé hasta qué punto serán compatibles los cuidados de una gran clientela con los deberes de representantes del país. Demolins supone que los médicos diputados son médicos sin clientes. Yo no me atrevo á tanto.

Periodistas: 28.—Es el actual uno de los Congresos donde mayor representación tiene la prensa política. Esto significa dos cosas: que el periodismo es una gran fuerza en la sociedad contemporánea, y que los partidos políticos procuran captarse su apoyo concediéndole puesto muy principal en sus filas. Hoy los periódicos derriban situaciones, designan la que ha de suceder á la caída, hacen ministros, gobiernan provincias enteras y logran formar verdaderos núcleos parlamentarios. No son nuevos estos éxitos. Toda la época revolucionaria está llena de episodios parecidos. Lo curioso es que se repitan ahora, porque el suceso evidencia estados del alma popular muy parecidos á esos otros de combustión íntima y sorda que suelen preceder en la Naturaleza á la explosión rabiosa del fuego subterráneo. Parodiando una frase célebre, puede decirse que la estatua de la revolución tardará en ser fundida, pero el bronce comienza á hervir. Hervores revolucionarios son, efectivamente, los que han dado por espuma las actas de Blasco Ibáñez, de Rodrigo Soriano y de Lerroux. Pocos diputados, en las presentes Cortes, pueden ufanarse con mejores títulos que estos tres periodistas de haber conquistado la representación de sus electores en lucha franca y abierta contra el desenfreno de la violencia ministerial. Aunque

do, que desde el rincón de la oficina pública se lograron el acta, y que, como no les salgan bien los negocios, á aquélla han de volver cuando la regia prerrogativa los deje sin el mandato que hoy ostentan.—*N. de la R.*

en las estadísticas de Gobernación figuren con la inicial de *adictos*, no deben tampoco los redactores del *Heraldo* que son diputados la popularidad de su nombre á sus devociones sagastinas, sino á haber secundado en las columnas del periódico el toque de clarín que el Sr. Canalejas lanzara en el Parlamento contra algo cuya sombra entenebrece el camino de la España nueva. ¿Qué significa la presencia de tantos periodistas en el Congreso? Una opinión profundamente agitada. Podrá discutirse la causa; no se puede desconocer el hecho. Lo difícil es saber la influencia favorable que esa agitación, y los que la representan, pueden tener en los problemas pendientes. Los periodistas llevan al Congreso, aparte de sus talentos notorios, una perceptiva rápida, un criterio habituado á juzgar con exactitud. En cambio, suelen ser impresionables con exceso y muy dados al efectismo. Hay entre ellos buenos oradores; pero, en general, más dueños de la palabra escrita que de la hablada, adoptan en las Cámaras una actitud reservada, pasiva. Para sus éxitos en la tribuna tiene un gran inconveniente: la hostilidad disimulada y sorda de los políticos. Sufren éstos á diario las censuras del periodista, y cuando en la tribuna le ven comprometido, se apresuran á corear el fracaso. El placer de la venganza, sobre todo de las venganzas miserables, es el gran placer de los hombres públicos.

Militares: 22.—No predisponen las armas para las lides de la tribuna; sin embargo, los militares no escasean en el Congreso. Se distinguen por la sobriedad relativa con que ejercitan su derecho; suelen hablar espontáneamente en asuntos de su competencia, y, cuando terciaban en debates políticos, lo hacen ordinariamente para recoger alusiones. Comparado con el de agricultores, su número resulta excesivo, pues es notorio, según la lógica de Pedro Crespo,

que no hubiera un capitán
si no hubiera un labrador..

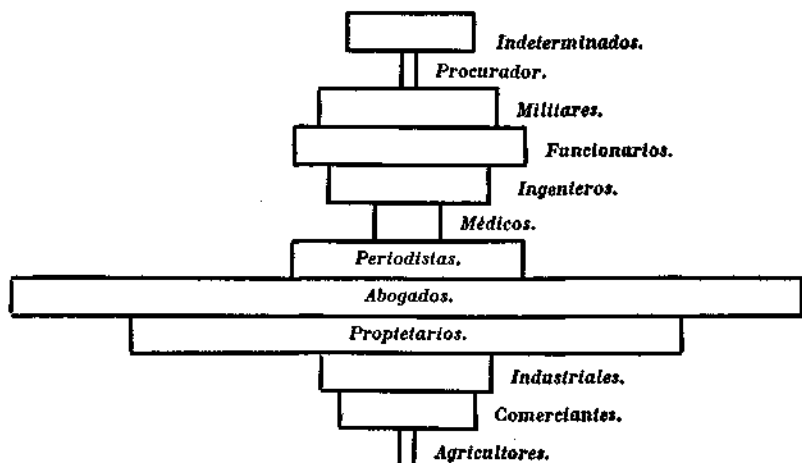
Procuradores: 1.—La impopularidad de la curia se prueba en esa cifra. ¡Es realmente tranquilizadora!

Indeterminados: 16.—En este grupo van comprendidos aquellos diputados cuya profesión no consta ni en el Censo de Madrid ni en el de las circunscripciones ó distritos por donde aparecen elegidos. Posible es que estén vecindados en otras localidades; pero he rehuído la molestia de buscarlo. Alguno hay que aparece inscrito en la lista oficial con sólo el nombre y el primer apellido. Buscado por estas señas en el Censo, resulta inscrito como *Agente de negocios* un señor cuyo nombre y apellido coinciden con los del nuevo padre de la Patria. Me parecía imperdonable ligereza, faltando el segundo apellido, clasificarlo en profesión tan poco acomodada á la austeridad del legislador, y he preferido incluirlo en esta sección. Cito el caso para demostrar que, en lo posible, he evitado todo motivo de error.

Lo interesante en esta casilla es saber que en ella están incluidos los profesionales de la política... en el caso de no haber hallado para ellos clasificación más *presentable*. Aquí figuran algunos de aquellos cuyo modo de vivir se reduce á ser amigo, rodrigón ó fámulo de tal ó cual primate. Los que no tienen más profesión conocida que la *sinecura* que deben á la munificencia del magnate que los tiene á su servicio. Son los representantes de una política aventurera, personal, ham-

pona. De ellos nada bueno puede esperarse; jamás procurarán por la Patria teniendo necesidad de procurar para sí.

¿Quiere ahora el lector tener imagen exacta de lo que es una Cámara constituida del modo que lo está la actual? Pues contemple en el gráfico que en esta página publicamos el trasunto de cuerpo tan desmedrado y vicioso. Ahí encontrará traducido en líneas lo que antes vió representado en guarismos. La sola inspección de esa figura demuestra que nos hallamos en presencia de algo que contradice las leyes de la estática. Diríase que tenemos delante un sér monstruoso en el cual el desarrollo de las vísceras más groseras del estómago y del vientre se hubiese logrado á costa del encanijamiento y de la atrofia de órganos que alcanzan, en la economía del individuo, categoría muy noble.



Hace también el efecto de una peonza que girase obedeciendo á un impulso artificioso, y que rodará por el suelo cuando ese impulso llegue á faltarle. Y no son menester grandes dotes de fantasía para descubrir en esa figura el esbozo de una máquina concebida para triturar, exprimir y laminar cuanto coja entre sus múltiples ruedas. Algo de instrumento de tortura, de juguete liviano y de engendro monstruoso tiene, en efecto, la nueva asamblea, como lo prueba lo desproporcionado de sus componentes, lo inestable de su condición y los ayes que sus primeros movimientos han arrancado al país. Sin embargo, por extraña paradoja, aunque esa Cámara es una mentira, representa una verdad. ¿Quién no reconocerá en la figura de que hablamos una imagen exacta de España, con su agricultura abandonada, su comercio estadizo, su industria en crisis, sus capitales ociosos, y, á pesar de todo, soportando, no sin verter ríos de sangre y de lágrimas, la carga abruma-

dora de innumerables obligaciones adventicias? En vista de ello, si no se da la razón á Spencer cuando duda de que los electores tengan sentido político, habrá que convenir con Costa en que nuestra forma de Gobierno no es un régimen parlamentario viciado por corruptelas; sino que esas corruptelas son el verdadero régimen, y que estamos, ante todo y sobre todo, como dice este ilustre pensador, frente á un problema constitucional.

PRUDENCIO ROVIRA



Crónica Financiera

LA HACIENDA ESPAÑOLA

Madrid, 8 de Junio de 1901.

El suceso culminante del período á que hemos de referirnos no es siquiera suceso, como que no sale de la categoría de conversaciones y rumores. Nos referimos á la especie puesta en circulación de que el Ministro de Hacienda proyectaba aplicar al Exterior estampillado el impuesto sobre las utilidades. Ya decíamos en nuestro número anterior que esa parecía, en efecto, la aspiración del Sr. Urzaiz; pero que teníamos por seguro que se contentaría con volver al convenio Comyn-Laiglesia, y afirmábamos que acabaría por resignarse con el *statu quo*. Parecemos que esto hállase ya confirmado, y que el Gobierno se ha decidido por la opinión del Sr. Moret, resueltamente contrario á todo gravamen para aquella Deuda. De esto se infiere que, si la difusión de aquellas aspiraciones del Sr. Urzaiz no ha servido para alguna combinación bursátil, ha servido seguramente para menoscabar nuestro crédito y poner en entredicho durante algunos días nuestros valores.

Merced á esto ha ganado partidarios la idea ya generalizada de que lo mejor será no ocuparse de esa Deuda. Entre importantes financieros hemos oído que todo lo que en eso se podía hacer sería poner un límite al tipo á que se haya de pagar en francos el cupón de esos acreedores del Estado. Cuando se les reconoció el derecho á cobrar en oro, éste hallábase alrededor del 12. ¿Se debe pagar al 38 como está ahora, ó al precio á que lo eleven las combinaciones bancarias ó la situación monetaria nacional, ó cabría señalarle un máximo del cual no se pudiera pasar en momento alguno? Es probable que esto influyese sobre los cambios, pero es indiscutible que eso ya no sería pagar en oro ni en francos, sino en pesetas, con cierta prima equivalente á la que tenía el oro cuando se reconoció aquel derecho.

* * *

De todas suertes, no parece que sea esto el problema que más deba preocuparnos en cuanto atañe á la Hacienda nacional.

En el de los cambios, por ejemplo, vamos de mal en peor. Del 1 al 31 de Mayo han pasado de 36,10 á 37,30, y en lo que va de Junio siguen su marcha ascensional. El artículo del Sr. Villaverde, que en este número publicamos, y las opiniones circulantes en Londres y que

el lector puede ver á continuación en la carta de nuestro corresponsal, nos permiten no insistir aquí en la materia, tanto menos cuanto que ningún factor nuevo podemos presentar al lector.

Las estadísticas del comercio exterior siguen produciendo hondas preocupaciones. La última publicada corresponde al mes de Abril, y de ella resulta que las importaciones durante los cuatro primeros meses del año representan un valor de 291.700.912 pesetas, y las exportaciones, 211.202.884. Comparando con igual período del año pasado, hay un aumento en las importaciones de 6.746.734, y una baja en las exportaciones de 36.496.364, baja que bien se puede evaluar en cuarenta millones para esos cuatro meses, si se deduce de la cifra dada lo correspondiente á la plata exportada.

Las cifras son aún más desconsoladoras entrando en detalles. El algodón en rama importado aparece en aumento, más de cuatro millones, respecto de 1900; pero en baja de más de 12 millones comparando con 1899, lo que significa que esas manufacturas, aunque recuperen algo de lo perdido, no vuelven ni con mucho á lo que eran antes de la crisis.

La adquisición de barcos, que tan boyante aparecía en los primeros meses del año anterior, ha decaído mucho en los de éste, pues de las 21.692 toneladas del 1900, se ha bajado á 5.854. Los valores de esta importación en ese período han sido de 13.180.023 pesetas en 1901, 23.088.800 en 1900, y 17.480.600 en 1899.

Las importaciones de trigo y harinas de trigo han bajado bastante; más de siete millones de pesetas al primero, y más de 600.000 la segunda.

La exportación de minerales de hierro aparece con una baja de cinco millones respecto de 1900, y de ocho millones comparando con 1899.

En las manufacturas de algodón, la baja es de cuatro millones comparado con 1900, y de seis millones respecto de 1899.

En sustancias alimenticias, el quebranto es enorme: en total la baja es de treinta millones y medio de pesetas.

Detallando, se ve que los principales factores son el vino de Jerez (se ha exportado la mitad de lo que se exportó en 1900 y la tercera parte de lo que en 1899), los vinos comunes (baja de quince millones respecto de 1900), el aceite (baja de 12 millones) y la naranja (baja de un millón).

También merece ser registrado el hecho de que el comercio con Fernando Poo está en grave descenso: el cacao importado de esta colonia, en lo que va de año, se representa por un valor de pesetas 700.918, contra 1.158.415 en el mismo período de 1900. El café ha bajado de 178.452 pesetas (1899) á 17.116 (1900) y á 179 (1901).

A esta estadística prefieren los ministeriales la de la recaudación, pues en los cálculos provisionales de la de Mayo aparece un aumen-

to de unos cinco millones y medio, comparando con el mismo mes de 1900. Acaso se deba ver el estado del país, mejor que en esto que se le cobra, en aquello que expresa su tráfico internacional.

En cuanto á la Bolsa, poco movimiento han tenido en ella durante Mayo los valores del Estado. El interior tiene su historia mensual entre las cotizaciones de 72,10 y 72,80; amortizable 4 por 100, entre 80,70 y 81,50, y el amortizable 5 por 100, entre 93,15 y 92,75.

Desde Londres

Londres, 31 de Mayo de 1901.

EL EXTERIOR ESPAÑOL

Los anuncios de que la Deuda al 4 por 100 exterior estampillada había de ser objeto de impuesto que la colocase en igual situación que la interior, y las condiciones generales del mercado bursátil, han producido, durante el mes, la baja de los fondos españoles, cerrando en el día de hoy á 69 3/4 para compra y 69 1/4 para venta, con pérdida de 3 enteros respecto al mes anterior. A decir verdad, ninguno de los elementos directores de la contratación de estos valores parece estar convencido de que el ministro de Hacienda se halle en condiciones de sacar adelante el proyecto que se le atribuye. Se cree por la generalidad que la única idea que pudiera exponerse ante las Cámaras sería la reproducción del fracasado concierto Laiglesia-Comyn, y se espera que las mismas razones que levantaron la oposición en el año anterior serían invocadas en contra. El argumento más serio entre todos los empleados es el de que el Estado español, en un número de años considerable, pagaría íntegro el 4 por 100 de interés, sin que la operación remediase dificultades del momento ni del futuro próximo.

Quienes así piensan, no invocan, ciertamente, avaricias de tenedor de valores. Mejor diríase que miran hacia la conveniencia del país español. Dicen que las naciones, como los deudores particulares, solicitan rebaja de los créditos demandables cuando el activo no es suficiente para responder á ellos, y así resulta de buena prueba. La nación española podría demostrar que lo que ha de abonar á sus acreedores en el extranjero supera el límite de las fuerzas contribuyentes al mantenimiento de las cargas públicas; pero de esto, y con este lenguaje sencillo de la verdad, jamás se ha dicho palabra, pareciendo indicio vehemente de que no se halla el país en tales aprietos la actitud misma de parte de los ministros, á juzgar por las noticias transmitidas en contra, decididamente, de la solicitud de *quita*.

Sentado el hecho de que la nación seguiría pagando el mismo 4 por 100 anual—continúan alegando aquellos cuya opinión aquí se expone,—quedaría el mérito de la operación reducido á una redención de deuda fundada en cálculos con más incógnitas á despejar en lo venidero, que las justificadas por una administración seria. Por de pronto, entregaríase al acreedor, capitalizada, una suma de 100 por lo que vale 70 en el mercado. Para lo porvenir, se anticiparía el juicio de la situación del crédito español, en el caso de que fuese bajo, cerrando la

puerta á los convenios; en el caso de que prosperare, poniendo obstáculos al ejercicio del derecho reconocido á los pueblos de renovar, conforme á él, las condiciones de sus deudas, devolviendo á los que no las acepten el importe de sus valores á la par, en virtud del principio probado de que el precio del dinero es esencialmente variable, y el de que sujetarlo á medida permanente es injusto, algunas veces, para el que presta, y casi siempre, y por el curso natural de los capitales, para el prestatario.

Sea de ello lo que quiera, el caso es que, así como el temor de que se impusiese gravamen sobre la Deuda exterior estampillada ha producido la baja, la previsión de que ha de ser difícil conseguirlo mientras se anuncie que la Hacienda prospera, sin insinuar á costa de qué ó de quién, ejerce una influencia moderadora que ya comienzan á reforzar las compras de los bajistas para cerrar sus cuentas.

LA HACIENDA ARGENTINA

Los argentinos, en general, han ganado en sus cotizaciones, en razón á creerse que el proyecto de unificación pasará en el Congreso, y por el apoyo que á los valores prestan las mejores condiciones económicas que prevalecen en aquella República. A probarlo así concurren las declaraciones del presidente Roca en la apertura de la Cámara el día 3 del presente mes.

Severa crisis—reza en extracto el discurso—nos obligó, hace algunos años, á suspender por primera vez en una vida constitucional de medio siglo el servicio de la más sagrada de las obligaciones; pero éste ha sido resumido en su totalidad. El Tesoro tiene un millón de libras esterlinas depositado en el Banco de Inglaterra para atender á los pagos de 1.º de Julio, cuyo total monta á libras esterlinas 1.300.000 inclusive la amortización, que en dicha fecha empezará de nuevo, después de haber estado en suspenso durante diez años.

En 1899, los ingresos nacionales fueron de 26.454.000 pesos oro y 101.192.000 pesos papel, computados, á 0,44, en pesos oro 70.979.000. Los gastos autorizados para 1900 quedaron reducidos á pesos oro 23.820.000 y 93.445.000 pesos papel, con baja, por consiguiente, respecto al año anterior, de 6.000.000 de pesos oro y cerca de 14.000.000 de pesos papel. Los resultados de la liquidación dan pagos inferiores á los presupuestos, no habiendo sido preciso desembolsar 4 397.000 pesos oro y 9.993.000 pesos papel.

Los ingresos para el pasado año fueron calculados en 36.912.000 pesos oro y 63.962.000 pesos papel, con total de pesos oro 65.055.000; pero la recaudación superó las cifras previstas en oro hasta llegar á 87.938.000, aunque en papel se redujo á 62.189.000, obteniéndose un aumento de 246.000 pesos oro.

Si los gastos públicos se hubieren contenido dentro de las autorizaciones, el balance anterior habría sido satisfactorio; pero no ha ocurrido así. En 1900 los créditos extraordinarios sumaron pesos oro 2.821.000 y 14.817.000 pesos papel, todos para obligaciones ineludibles y algunas tan perentorias como las de las inundaciones y las sanitarias. La ley ha puesto remedio á estos peligros mediante preceptos que impiden su repetición, y el año actual ha empezado sin más gas-

tos que los incluidos en el presupuesto. «Dominamos enteramente la situación financiera», asegura el presidente. «Los únicos créditos contra el Estado que contribuyen á formar la Deuda flotante son los originados por la canalización y trabajos del puerto, los del nuevo palacio del Congreso y cuarteles de Liniers, y algunas expropiaciones para ferrocarriles, que representan 4.300.000 pesos, además de 18.000.000 de pesos oro por letras de Tesorería y otros conceptos.

A fin de aligerar y distribuir con más equidad en lo futuro la carga acumulada durante el período de diez años de dificultades financieras, se propone el Gobierno de la República unificar las Deudas exteriores, reduciendo sus diversos intereses á un solo tipo, lo cual producirá economías de importancia. Además, es de esperar, á juicio del Ministerio, que la medida, cuando llegue á ser efectiva, favorezca las cotizaciones de los valores argentinos en Europa, puesto que así habrá dejado de existir la poderosa causa de incertidumbre que representa la existencia de treinta deudas de diferentes denominaciones, garantías, intereses y apreciación bursátil.

«Las negociaciones están casi terminadas, y en poco tiempo—promete la cabeza del Gobierno al Congreso—podré presentaros un proyecto cuyos puntos principales son los siguientes: 1.º Reducción del servicio de Deuda exterior en 5.000.000 de pesos oro. 2.º Consolidación de treinta empréstitos en uno solo con un solo tipo de interés y de amortización. 3.º Pago del balance de Deuda flotante en Europa con vencimientos en este año y en el próximo, por un total de 18.000.000 de pesos oro.

LOS CAMBIOS EN ESPAÑA

El problema de los cambios de España sobre el extranjero ocupa en estos momentos la atención de los hombres de negocios, quienes, como es natural, lo plantean aquí desde el punto de vista que pudiera ser llamado del banquero. Un artículo sobre el asunto inserto en *The Statist* del día 25 representa fielmente la opinión más general.

Se fija la acreditada revista en los hechos de que en 27 de Abril los billetes del Banco de España en circulación representaban la suma de 1.618.244.350 pesetas, ó sea muy cerca de 64 $\frac{3}{4}$ millones de libras esterlinas, tomando la peseta por su valor nominal, y de que á fines de 1886 excedían los mismos en muy poco la cantidad de 21.000.000 de libras esterlinas. Marca la mitad de la carrera, próximamente, la fecha de mediados de Julio de 1892, en que el aumento suponía trece millones y medio de libras esterlinas, ó sea, poco más ó menos, el 63 por 100. A juicio de articulista, nadie se quejó de que la circulación fuera insuficiente en 1886. La causa de los aumentos la halla en la necesidad de fondos por parte del Tesoro, y en que el Gobierno obligó al Banco á que le prestara á manos llenas. Las insurrecciones de Cuba y de Filipinas estimularon el crédito obtenido de igual manera, y la guerra con los Estados Unidos agravó los males con las obligaciones de Deuda nuevamente adquiridas. El resultado es que hoy la circulación fiduciaria del Banco es tres veces mayor que en fines de 1886. De todo ello deduce que la depreciación de los billetes, aun en grado tan considerable, ofrece prueba de que durante los pasados catorce años España ha progresado, puesto que debiera ser aún mayor aquel quebranto.

Al mismo tiempo que los billetes en circulación suben hasta cerca de 63 3/4 millones de libras esterlinas, el oro de las reservas suma sólo poco más de libras esterlinas 14.000.000, ó sea el 23 por 100. Aunque el Banco posee también 417.106.456 pesetas, su valor supone menos de la mitad en el mercado, y es difícil considerarlos como existencia real, porque para ello sería necesario que se presentase antes la ocasión de la venta. La reserva verdad está constituida, pues, por el oro acumulado, y éste ofrece garantía inadecuada. Pero aun así no está en ello la causa de los efectos lamentables, dado que las promesas de pago no son realizables en metal, y mientras tal ocurra, sea grande ó pequeña la cantidad del oro, el poder liberador de los billetes no ha de mantenerse á su nivel nominal, cuando la cantidad en circulación sobrepasa en mucho las necesidades del país. Como el Estado únicamente ha podido cumplir sus obligaciones obligando al Banco de España á que le suministre los medios, y éste no ha podido suministrárselos más que obteniendo de aquél que forzase la circulación, el público ha absorbido tal masa de papel á condición de que quedase depreciada. La razón, por consiguiente, de la baja es en primer lugar—á seguir el juicio que se extrae—el exceso de la circulación, y, en segundo, el descrédito de la Hacienda. El total del débito de ésta en el Banco excede de libras esterlinas 63.000.000, y se ve claro que es el gobierno quien ha inducido á dicho establecimiento de crédito á que se sumerja en las dificultades actuales.

Para extirpar el cáncer, una solución tan sólo cabe: la de descargar la cartera de Banco de su crédito contra el Estado por medio de un empréstito exterior: pero la consecuencia inmediata se tocaría en la falta de recursos financieros para afrontar la nueva obligación.

La teoría expuesta no deja de tener fundamento. Algo de verdad hay en ella, aunque limitado á un aspecto parcial y reducido; al meramente bancario, y así lo comprenden otras apreciaciones no menos autorizadas. Lo que *The Statist* alega es, en último término, que el Estado español, abusando de un medio de crédito, ha creado valores que no tienen la garantía de recursos materiales de la nación, de presente ó por realizaciones prontas factibles. En su consecuencia, ha arrastrado y unido á su suerte á la institución de que se ha valido; pero si así no hubiese ocurrido, tampoco cabría afirmar que, dada la misma cantidad de responsabilidades nacionales de valores fiduciarios emitidos directamente, habrían impedido la llegada al estado presente de los cambios.

Por encima del respetable principio, aceptado por la generalidad europea, de que la moneda en sí misma no es más que mercancía que se toma por lo que intrínsecamente vale, y más alta aún que la misma ley económica conocida por el nombre de Gresham y formulada en los evidentes términos de que «la moneda mala legal expulsa la buena», está la consideración de que el primer fundamento económico monetario es el de que el numerario, cualquiera que fuere, tiene por primera función la de medida, y en tal sentido ha de guardar la relación de límites que le impongan los servicios que como instrumento ha de prestar.

En pura verdad, sería arriesgado suponer que la entrega del oro que representan los créditos del Banco contra el Estado habría de im-

pedir la salida del país y la pérdida de dicho metal. La Historia de España ofrece la experiencia de lo contrario. Las enormes importaciones de metales preciosos, consecuencia del descubrimiento de América, no remediaron el empobrecimiento de la nación. Lo mismo, probablemente, y por idénticas fuerzas, los 63 millones de libras de los débitos nacionales irán en corto plazo á parar al extranjero, en el momento en que pasaran á la circulación general, si con el hecho no coincidiera el crecimiento de la riqueza pública.

La doctrina sustentada coincide con los juicios expuestos por el señor presidente del Trabajo Nacional de Barcelona, en su notable carta inserta en el número anterior de NUESTRO TIEMPO.

EL COMERCIO DE LAS CANARIAS

Aumentan lo arduo del mismo problema de los cambios las indicaciones, á primera vista contrarias á las conclusiones más generalmente aceptadas de la ciencia económica, que las declaraciones de testigos imparciales aportan en cuanto á los efectos del estado de desequilibrio entre la moneda española y la extranjera. La Memoria comercial del cónsul inglés en Canarias, Mr. Croker, merece especial mención por las observaciones valiosas que al asunto dedica.

«El comercio general de las Canarias durante el año 1900, escribe, aunque indudablemente ha sufrido á causa de uno ó dos factores de perturbación, puede con motivo decirse que ha realizado los cálculos formados respecto á su fomento después de la guerra hispano-americana. La mejora, sin embargo (habla desde el punto de vista inglés), ha sido más notable en el tráfico con la madre patria, porque en varias de las ramas de los negocios con otros países, ha bajado considerablemente. La razón se encuentra sin duda en la pérdida de valor de la peseta. El alza de los cambios sobre los países que tienen la base oro, no solamente tiende á reducir el consumo efectivo de las manufacturas de éstos, sino que también induce á que las compras tengan lugar en España sobre la base plata.

«Otra de las particularidades del caso, que obra en detrimento del comercio del Reino Unido y otras naciones que embarcan mercancías para Canarias, es la inestabilidad del cambio. La mayor parte de los negocios aquí se efectúa á crédito en moneda esterlina, de manera que, á no ser que los precios cubran el riesgo, los compradores prefieren, naturalmente, realizar las compras en la Península en la misma moneda en que venden.

«Ha habido, en efecto, baja permanente en más de una importante rama del comercio exterior con estas islas desde principios de 1898, cuando... el cambio (á la vista) sobre Londres se elevó á 33,60 pesetas. La consecuencia inmediata de este tipo relativamente alto fué la desviación hacia España de gran parte de los negocios en tejidos de algodón y lana y manufacturas de hierro con el Reino Unido, desviación que, en cortos intervalos, se ha mantenido hasta el presente día. Es verdad que una buena parte del tráfico en tejidos de lana ha sido recobrada; pero la tabla de importaciones en Tenerife bastará para demostrar la baja que ha habido en las de tejidos de algodón procedentes del Reino Unido.»

Las cifras de referencia en cuanto á España é Inglaterra son las siguientes:

	ESPAÑA		INGLATERRA	
	1899	1900	1899	1900
Algodones (toneladas).....	»	171	525	282
Hierros y aceros manufacturados (toneladas).....	»	143	163	525

Omitiendo, para ganar espacio, las prolijas observaciones del cónsul inglés acerca del mercado de las Canarias para los productos de importación, merecen extracto las referentes á las exportaciones. Los artículos principales que constituyen éstas son los tomates, plátanos, patatas y cebollas.

Los embarques de plátanos y tomates desde Tenerife en 1899 y 1900 están representados como sigue:

	1899		1900	
	Cantidad.	Valor en lbs. est.	Cantidad.	Valor en lbs. est.
Tomates (toneladas).....	6.280	55.820	5.050	44.864
Plátanos (racimos).....	149.519	14.950	204.917	20.490

La pérdida parcial de la cosecha de tomates de primavera en 1900 resultó un desastre para los cultivadores y para los exportadores: los mercados de Londres y Liverpool se mostraban excelentes desde Marzo en adelante. Para recuperarse, los primeros hicieron plantaciones para el otoño en grande escala; y aunque éstas obtienen precios más bajos casi siempre, la última produjo ganancias relativamente buenas. Los buenos precios, sin embargo, originarán probablemente en el otoño de 1901 exceso de producción. No faltan señales de que los cultivadores de Tenerife y la Palma se darían por satisfechos de hallar otra cosecha que no fuese tan susceptible á los cambios atmosféricos como la del tomate. Las miradas caen sobre la caña de azúcar, como solución posible; pero habrán de tener en cuenta que el mercado para ésta será muy limitado, mientras que el de los tomates en el Reino Unido parece ensanchar sus límites casi de semana en semana.

Ante la idea de que Jamaica pueda llegar á tener éxito en sus nuevos propósitos, tanto cosecheros como exportadores determinaron sacar hasta la última peseta de los plátanos antes de que los proceden-

tes de aquella isla llegasen al mercado británico, que, afortunadamente, se mantuvo bueno durante todo el año. Los mayores cosecheros de Tenerife comprenden la necesidad de cultivar mejor á fin de competir con Jamaica, porque es natural que el valor de los plátanos de Canarias disminuya cuando los de Jamaica entren de lleno en el comercio. Y si la baja impidiera la plantación, los agricultores canarios recibirían rudo golpe y las islas empobrecerían, habiendo de ser difícil el remedio, especialmente en vista del aumento en el coste de la vida.

Los exportadores se habrían alegrado de que la cosecha de patata en 1900 hubiera sido mayor, porque el mercado inglés, en la primavera y en Diciembre, fué bueno. En 1901 el área de cultivo será algo mayor. El comercio de este producto con las Antillas crece; pero como los labradores conocen la fertilidad del terreno para otras cosechas, no se preocupan de ayudar á la Naturaleza, como sería necesario.

También va en aumento la exportación de cebollas á las Antillas, y aun sería mayor si los servicios de embarcaciones de vapor entre las Canarias y aquel grupo de islas fuese más frecuente.

PRECIOS DE LA PLATA

Día 1, 27 3½; día 2, 27 3½; día 3, 27 1½; día 4, 27 9½; día 6, 27 5½; día 7, 27 5½; día 8, 27 7½; día 9, 27 1¼; día 10, 27 1¼; día 11, 27 5½; día 13, 27 3½; día 14, 27 1½; día 15, 27 3½; día 16, 27 3½; día 17, 27 1½; día 18, 27 5½; día 20, 27 1½; día 21, 27 1½; día 22, 27 9½; día 23, 27 1½; día 24, 27 7½; día 25, 27 7½; día 28, 27 1½; día 29, 27 1½; día 30, 27 1½; día 31, 27 9½.

ÍNDICE ALFABÉTICO DE AUTORES

- Alcántara (Francisco).—La Exposición Nacional de Bellas Artes, 829.
- Altamira (Rafael).—Las sentencias del Presidente Magnaud, 657.
- Arias de Velasco (Jesús).—La vida intelectual en Asturias, 717.
- Avilés (Ángel).—D. Juan F. Riaño, 652.
- Aznar (Severino).—*La confederación australiana*, 858 (1); *Eduardo VII de Inglaterra*, 588; *Mr. Witte y la crisis comercial en Rusia*, 882; Orígenes del justicia de Aragón, según D. Julián Ribera, 929; *La revolución en Rusia y el príncipe Kropotkine*, 1.108.
- Bareño (Felipe).—*Notas feministas*, 866; *Revistas escandinavas*, 548; *Maraton*, 759; *La pareja intelectual en la novela rusa*, 1.078.
- Beltrán y Rózpide (R.).—El mundo en 1801 y en 1901, 451.
- Bueno (Manuel).—El teatro en Italia, 629.
- Buylla (Adolfo A.).—Reformas sociales compatibles con el estado actual de la cultura en patronos y obreros españoles, 808.
- Canals (Salvador).—El mes pasado: Enero, 9; Febrero, 216; Marzo, 419; Abril, 608; Mayo, 787; Junio, 958.—*Electra*, 308.
- Cervera y Baviera (Julio).—Telegrafía sin hilos, 286.
- Cortón (Antonio).—La vida intelectual en Barcelona, 526.
- Oubillo (Leandro).—Energía hidráulica, 819.
- D'Annunzio (Gabriel).—En la muerte de Verdi, 477.
- Dabor.—La política en Inglaterra, 68; Victoria Regina, 258; La expansión de Rusia, 429.
- Echegaray (José).—El siglo de las matemáticas, 28.
- Espinós (Víctor).—*La evolución de las ideas en los niños*, 178; Giuseppe Verdi, 467; *La festa d'Ells*, 1.092.
- Ferrer y Vidal (Luis).—Los cambios, 944.
- García Alix (Antonio).—La Facultad de Ciencias Sociales, 225.
- García Izcara (Dalmacio).—La triquinosis y su actual aparición en España, 285.
- Gibson Bowles.—El problema de Gibraltar, 481.
- Gil (Rodolfo).—La vida intelectual en Granada, 850.
- González Serrano (Urbano).—D. Ramón de Campoamor, 459.
- Hume (Martín).—Las relaciones históricas entre Inglaterra y España, 231.

(1) Los títulos en cursiva corresponden á trabajos no originales, como *Revista de Revistas*, etc.

- Ibarra (Eduardo).—*La vida intelectual en Aragón*, 1.066.
- Icaza (Francisco A. de).—*Poetas modernos de Méjico*, 84.
- Lobo Regidor (Ramón).—*El mayor adelanto de la Medicina en el siglo XIX*, 623.
- López Ballesteros (Luis).—*Jacinto Benavente y su teatro*, 271.
- Malo (Dr.).—*La tuberculosis experimental y los nuevos tratamientos de la tuberculosis humana*, 1.087.
- Martínez Aldama (Clodomiro).—*La navegación submarina*, 371; *El hombre prehistórico en el Mediterráneo central*, 1.061.
- Maura y Gamazo (Gabriel).—*Los absurdos de la práctica penal inglesa*, 544; *Una reina constitucional*, 726; *El problema militar inglés*, 887; *La política en Alemania*, 991.
- Montemar (Félix de).—*La Goletera*, novela de Arturo Reyes, 1.068.
- Morato (Juan José).—*El socialismo en España*, 642.
- Navarro Ledesma (F.).—*D. Benito Pérez Galdós*, 89.
- Oller (Narciso).—*El tesoro de Amelia*, 618.
- Posada (Adolfo).—*Programas, textos y exámenes*, 439.
- Raffalowich (Alexis).—*Cómo está gobernada Rusia*, 611.
- Rectitudes.—*El problema social militar en España*, 1.025.
- Redondo (Inocencio).—*La catedral de León*, 1.008.
- Rocamora (José).—*El impuesto sobre los alcoholes*, 43; *Los sindicatos industriales en Alemania*, 856; *El proteccionismo marítimo en Francia*, 733; *Inducciones*, de Pompeyo Gener, 925.
- Rovira (Prudencio).—*La acción inglesa en Galicia*, 243; *Trabajo*, novela de Zola, 1.062; *La verdad de una mentira*, 1.118.
- Sela (Aniceto).—*La política en Francia*, 297.
- Sienkiewicz (E.).—*El torrero del faro de Colón (cuento)*, 53.
- Tomasich (Enrique).—*La escuela en el Transvaal*, 964.
- Uribe (Antonio José).—*La política en Colombia*, 799.
- Vera (Vicente).—*La radioactividad de la materia*, 764; *Las impreiones de los dedos como medio de identificación personal*, 898; *La flora microbica del cuerpo humano*, 1.103.
- Villaverde (R. F.).—*El problema del cambio en España*, 977.
- Varios.—*La vida intelectual en España*, 99, 823, 497, 668, 888 y 1.044.
- Revista de Revistas, 146, 353, 588, 726 882 y 1.075. — *Crónica financiera*, 198, 411, 592, 769, 944 y 1.124. — *Revista bibliográfica*, 897, 925 y 1.062.
- ***.—*Novelistas polacos contemporáneos*, 82.—*La huelga de Gijón*, 582.

INDICE DE MATERIAS

CIENCIAS

ARQUEOLOGIA: Estudios arqueológicos, conferencia de E. Serrano Fatigati, 843.—Maratón, 759.

ASTRONOMIA: Los canales de Marte, 568.—El Almuqantar, 570.—El próximo eclipse total de sol, 736.—La estrella *Nova* de Perseo, 768 y 905.

BOTÁNICA: La lucha por la vida en el mundo vegetal, discurso de Lázaro Ibiza, 109.

DERECHO: Historia jurídica de España, conferencias de Ureña, 128, 392, 511, 715 y 878.—La ignorancia del derecho, discurso de Costa, 499.—Práctica penal inglesa, 544.—Las sentencias del Presidente Magnaud 567.—Medios de identificación judicial, 556 y 893.

FILOSOFIA: Acción intermental, 160.—Sobre un libro de Haeckel, 181. Nietzsche en Rusia, 758.—Inducciones, de Pompeyo Gener, 925.—Vives, por Menéndez Pelayo, 887, 505, 707 y 870.

FISICAS: Radiaciones no sospechadas, 174.—Radioactividad de la materia, 764.—El Kammatógrafo, 555.—Fotografía en colores, 893.—Aplicaciones del sonido, 749.—Telegrafía sin hilos, 266.—Peligros de los cables aéreos, 569.—Tracción eléctrica, 570.—Nuevo acumulador, 922.—De Francia á Rusia en globo, 572.—Un torpedo aéreo, 755.—La locomoción aérea, 901.—La navegación submarina, 871.—Marina mercante y construcción naval en Inglaterra, 754.—Energía hidráulica y energía calórica, 819.—Progresos de la seismología, 565. Los alambres del telégrafo indicadores del tiempo, 916.—Lluvia roja, 921.

GEOGRAFIA: La República Argentina, 340.—El mundo en 1801 y 1901, 451.—Un viaje al país de los araucanos, 521.—Figura de la tierra, 578.

GEOLOGIA: Su importancia en arquitectura, 677.

HISTORIA: Alejandro Farnesio, 100.—Semblanza del siglo XIX, 146.—Carácter del siglo XIX, 348.—La leyenda de Moltke, 362.—La juventud de la Ratazzi, 377.—Crónica de la vida intelectual: en Granada, 350; en Barcelona, 526; en Asturias, 717; en Aragón, 1.056.—Etnología de la his-

toria antigua, 563. — Los americanos en Europa, 739. — Orígenes del Justicia de Aragón, 929.

MATEMÁTICAS: El siglo de las matemáticas, por D. José Echegaray, 23. — Funciones elípticas, 29. — Máquinas algébricas, 1.044.

MEDICINA: El Dr. Viforcós, 119. — El Dr. Sánchez Rubio, 122. — Alcoholismo, 134. — La mortalidad en Madrid, 138. — Profilaxia sanitaria y moral, 143. — La teoría de los bacilos, 189. — La malaria, 192, 762 y 906. — Bacteriología, 196. — Venenos celulares, 575. — Los agentes físicos en la vida de las bacterias, 579. — La anestesia, 623. — Los ciegos, 762. — La transfusión de la sangre, 838. — Tuberculosis experimental, 1.087. — La flora microbica del cuerpo humano, 1.103.

PEDAGOGÍA: Formación de las ideas en los niños, 173 y 375. — La escuela primaria, 364 y 917. — Programas, textos y exámenes, 439. — Manchester, 566. — Enseñanza de la Fisiología, 745. — D. Augusto Comas, 857.

QUÍMICA: El argón, 369. — Bronces de aluminio, 392. — Estequiología, 497. — Hidrógeno en el aire, 743. — El cobre y la electricidad, 915.

SOCIOLOGÍA: Plan de sociología, por Sales y Ferré, 123. — Proletariado agrícola alemán, 150. — Alemania é Inglaterra comparadas por un inglés, 164. — La facultad de ciencias sociales, 225. — Notas feministas, 366. — Las huelgas de Gijón, 582. — Reformas compatibles con la cultura actual de patronos y obreros en España, 808. — El problema social militar en España, 1.025.

VETERINARIA: Su historia y sus progresos, 324. — La triquinosis y su aparición en España, 285.

ZOOLOGÍA: Distribución de los vertebrados en la India, Ceylán y Birmania, 384. — Para los amantes de los pájaros, 396.

ARTES

Historia del teatro Español, 125. — Un drama de Maeterlinck, 157. — Jacinto Benavente y su teatro, 271. — *Electra*, 308. — El teatro en Italia, 692.

Poetas modernos de México, 84. — *Sus sum Corda*, 397. — Las ranas de Horacio, 739. — El verso libre en Francia, 766.

El terrorero del faro de Colón, 53. — El tesoro de Amelia, 618.

Novelistas polacos contemporáneos, 82. — Pérez Galdós, 89. — Campoamor, 459. — Revistas escandinavas, 548. — Literatura brasileña, 571. — *Trabajo*, 1.062. — *La Goletera*, 1.063.

Proyecto de Gramática castellana para extranjeros, 99.

El drama lírico y Wagner, 125, 349, 517, 714 y 877. — Sir Arturo Sullivan, 171. — Franz Listz, 182. — Verdi, 467. — La festa de Ellis, 1.062.

Historia del arte griego, 181, 334, 514, 710 y 864. — Los pintores sevi-

llanos, 359.—La catedral de Cuenca, 524.—D. Juan F. Riaño, 652.—La crítica pictórica en el Renacimiento, 668.—El arte compostelano, 701.—Para copiar grabados, 755.—La Exposición de Madrid, 829.—La catedral de León, 1.008.

POLÍTICA

ESPAÑA: Crónica política, 9, 216, 419, 608, 787 y 958.—Relaciones históricas entre Inglaterra y España, 231.—La acción inglesa en Galicia, 243.—Gibraltar, 481.—El socialismo en España, 842.—Oligarquía y caciquismo, 682.—La Embajada española en la corte de Marruecos, 755.—Lo que no se ve del nuevo Congreso, 1.118.

INGLATERRA: La política inglesa, 63.—Los boers en Santa Elena, 167.—Reformas en el Ejército inglés, 178.—Victoria Regina, 258.—La confederación de Australia, 858.—La cuestión del Transvaal, 880.—La expropiación forzosa en Irlanda, 387.—Eduardo VII, 588.—Entre bastidores de la prensa política, 552.—Una reina constitucional, 726.—Alejandro I, 898.—Los boers, 911.—Una raza estéril, 912.

FRANCIA: La política en Francia, 297.

ITALIA: La tercera vida de Italia, 166.

RUSIA: La expansión de Rusia, 429.—Cómo está gobernada Rusia, 611.

ALEMANIA: La política en Alemania, 991.

AMÉRICA: Ingleses y franceses en la República Argentina, 155.—México, 520.—Colombia, 799.

CHINA: Las potencias en China, 172 y 558.

HACIENDA

Crónica financiera, 198, 411, 592, 769, 944.—Impuesto sobre los alcoholes, 48.—Los cambios en España, 778, 944 y 977.—Los Sindicatos industriales en Alemania, 856.—Temores del comercio inglés, 394.—Proteccionismo marítimo en Francia, 783.—Witte y la crisis comercial en Rusia, 882.—México, 769.—Nicaragua, 946.

